



UN INSTRUMENTO CONTUNDENTE

GEORGETTE HEYER

Lectulandia

¿Por qué mataron al pobre Ernest Fletcher? Era un hombre agradable, exquisito, generoso; pero también un experto y competente coleccionista de mujeres hermosas. El policía Glass encontró su cuerpo en el despacho de aquél, una noche de junio, con él cráneo machacado por un instrumento contundente. Más de una persona tenía motivos para haber cometido el asesinato. Interviene Scotland Yard, y el pasado de la víctima revela cosas insospechadas.

Entran en escena una señora, un marido receloso, un agente de bolsa, una muchacha de cabaret muerta, un criminal y un sobrino sospechoso, complicados en el caso. El factor más importante del crimen es el instrumento contundente que causó la muerte, cuyo descubrimiento podría esclarecer el misterio. El instrumento contundente obsesiona a la policía, y sin embargo jamás está escondido, aunque nunca es posible encontrarlo. Todos lo ven y no lo advierten.

Lectulandia

Georgette Heyer

Un instrumento contundente

Inspector Hannasyde - 4

ePub r1.0

smonarde 19.11.13

Título original: *A blunt instrument*
Georgette Heyer, 1938
Traducción: Rosa S. De Naveira

Editor digital: smonarde
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Una brisa, casi sería más exacto decir un hálito, agitó las cortinas que colgaban a ambos lados de la ancha vidriera y proyectó al interior de la habitación el perfume de la enredadera que trepaba por toda la pared de la casa. El policía volvió su cabeza al percibir el ligero rumor de las cortinas, con sus ojos cansados, fijos y llenos de sospecha. Enderezándose, porque se hallaba inclinado sobre la figura de un hombre sentado tras de un labrado despacho situado en el centro de la habitación, se acercó a la ventana y atisbó el jardín oscuro. Su linterna exploró las sombras que proyectaban dos arbustos en flor, sólo pudo ver a un gato callejero, cuyos ojos reflejaron la luz un instante, antes de que el animal se deslizara para esconderse entre las ramas. En todo el jardín no había otro signo de vida, y después de largo rato de atenta vigilancia, el policía volvió a entrar en la habitación y se acercó al despacho. El hombre que había dejado allí estaba sentado en la misma posición porque había ya muerto, lo que el policía descubriera ya antes. Su cabeza descansaba sobre la carpeta abierta, y la sangre se iba coagulando en su cabellera brillante y bien alisada.

El policía respiró profundamente. Estaba bastante pálido, y la mano que acercó al teléfono le temblaba un poco. El cráneo de Mr. Ernest Fletcher no tenía la forma normal, presentaba una depresión bajo la sangre coagulada.

La mano del policía se detuvo antes de llegar a coger el auricular. La retiró, buscó un pañuelo y con éste secó primero una mancha de sangre de su mano, y luego levantó el auricular. Al hacerlo, percibió unas pisadas que se acercaban a la habitación. Sin soltarlo, volvió la cabeza en dirección a la puerta.

Ésta se abrió y un mayordomo de edad indefinida entró llevando una bandeja con un sifón, una botella de whisky y unos vasos. Al ver al policía no pudo disimular el sobresalto. Su mirada se posó inmediatamente en la figura de su amo. El vaso que traía en la bandeja golpeó la botella a causa del temblor del viejo mayordomo, quien, no obstante sostuvo la bandeja, aun cuando lo hizo maquinalmente, sin apartar la vista de la espalda de Ernest Fletcher.

P. C. Glass pidió el número de la comisaría de policía. Su voz, indiferente y seca, hizo que Simmons le mirara fijamente.

—Dios mío, ¿está muerto? —preguntó como en murmullo.

Glass, con mirada severa y voz hosca, le respondió:

—No pronunciarás el nombre de Dios en vano.

Estas palabras resultaron bastante más comprensibles para Simmons, que era miembro de la misma secta protestante que P. C. Glass, que para el que estaba al otro lado de la línea, a quien le hicieron poca gracia. Comprendió el que oía, que aquellas palabras no se dirigían a él. Mientras tanto, Simmons había dejado la bandeja y se acercó, temeroso, para contemplar el cuerpo de su señor. Una sola mirada al cráneo

herido le produjo tal impresión que retrocedió. Levantó su rostro verdoso y preguntó con voz trémula:

—¿Quién lo mató, señor?

—Eso lo averiguarán otros —contentó Glass—. Le agradecería, Mr. Simmons, que cerrara esa puerta.

—Si usted me autoriza, Mr. Glass, saldré y la cerraré —observó el mayordomo—. Esto..., esto constituye un espectáculo que me trastorna, y no me avergüenzo incluso de confesar que me ha producido náuseas.

—Usted tendrá que permanecer aquí hasta que le haya interrogado —replicó Glass.

—¡Pero si no le puedo decir nada! Nada tengo que ver con esto.

Glass no le hizo caso, y precisamente en aquel momento le daban comunicación con la comisaría de policía. Simmons, asqueado, se acercó a la puerta cerrada y permaneció apoyado en ella, pero en forma que viera lo menos posible al muerto.

P. C. Glass, después de anunciar su nombre y el lugar en que se encontraba, participó al sargento que se trataba de un asesinato.

—¡Qué gente! —murmuró Simmons, molesto ante la indiferencia de Glass, quien trataba de aquellos asuntos como si se tratase de algo corriente y normal. Glass era así. Se hallaba tan acostumbrado a aquellas escenas, ahora tan junto al muerto que podía haberlo tocado con sólo extender la mano, y sin embargo hablaba por teléfono como si contestara ante el tribunal, sin dejar de mirar un solo momento al cadáver, sin expresar la menor emoción, cuando cualquier otra persona hubiera mostrado algún trastorno.

Glass dejó el teléfono y volvió a guardarse el pañuelo en su bolsillo.

—He aquí a un hombre que no puso su confianza en el Señor, sino en la abundancia de sus riquezas —comentó.

Aquella frase condenatoria despertó al deprimido Simmons, que se hallaba como atontado ante la desgracia.

—Es cierto, Mr. Glass. Malditos sean la ambición y el orgullo. Pero ¿cómo ocurrió? ¿Cómo se ha enterado usted? ¡Dios mío, Dios mío, jamás pensé encontrarme mezclado en un crimen como éste!

—Entré por este sendero —murmuró Glass mientras señalaba hacia la vidriera. Sacó una libreta del bolsillo y una punta de lápiz, y dirigió una mirada autoritaria al mayordomo.

—Mr. Simmons, ¿quiere hacer el favor...?

—Es inútil que me pregunte. No sé nada, se lo aseguro.

—Sabe por lo menos cuándo vio usted vivo, por última vez, a Mr. Fletcher —afirmó Glass, sin impresionarse por la evidente emoción del mayordomo.

—Debió de haber sido cuando hice pasar a Mr. Abraham Budd —replicó

Simmons, después de una ligera vacilación.

—¿Hora?

—La ignoro..., no estoy seguro. Hará cosa de una hora —realizó un esfuerzo para recordar y añadió—: Quizás eran las nueve. Recuerdo que estaba retirando el servicio de la mesa del comedor. Por consiguiente, no podía ser más tarde.

—¿Conocía usted a Mr. Budd? —preguntó Glass sin levantar los ojos de la libreta.

—No. Jamás le había visto..., por lo menos que yo recuerde ahora.

—¡Ah! ¿Y cuándo se marchó?

—No sé. Ignoraba que se hubiese marchado hasta que he entrado ahora. Debí de salir por el jardín, por el mismo camino que siguió usted para entrar, Mr. Glass.

—¿Era esto corriente en esta casa?

—Lo era... y no lo era —replicó Simmons—. No sé si me entiende, Mr. Glass.

—No —contestó éste sin vacilar.

—Mi amo tenía amistades que acostumbraban visitarle de esa forma —explicó Simmons—. Mujeres, Mr. Glass.

—«Tu morada —comentó Glass, con una mirada condenatoria alrededor de aquella habitación lujosa— está envuelta en engaño».

—Es verdad, Mr. Glass. ¡Cuántas veces he rogado para que cambiara!

El ruido de una puerta que se abría, le interrumpió. Ni él ni Glass habían oído unos pasos que se acercaban al despacho y ninguno de los dos pudo evitar la entrada en la estancia de un joven alto y buen tipo, pero vestido con un *smoking* que le caía mal. Se detuvo en el umbral, titubeó al ver a un policía y sonrió como pidiendo excusas.

—¡Oh, perdón! —murmuró—. No sospechaba que pudiera estar usted aquí.

Hablaba con soltura y rápidamente, pero con voz baja, de modo que era algo difícil comprender lo que decía. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente. Lucía una camisa arrugada y una corbata deplorable, y según P. C. Glass, parecía un bohemio.

Su exclamación dejó a Glass perplejo, y en el acto sospechó algo anormal.

—Por su actitud deduzco que me conoce. ¿Es cierto?

—¡Oh, no! —contestó, mientras examinaba con la mirada la habitación y descubría el cuerpo de Ernest Fletcher. Su mano soltó la puerta, se acercó a la mesa y palideció—. Quizá no crean propio de un hombre el que casi se desmaye ante esto. No sé qué he de hacer para reanimarme.

Su mirada pareció pedir consejo a Glass o a Simmons, pero no lo halló. Luego tropezó con la bandeja que Simmons había entrado.

—Sí, ya sé lo que se hace —dijo, acercándose a la bandeja y sirviéndose un vaso de whisky.

—Es el sobrino del amo, Mr. Neville Fletcher —aclaró Simmons contestando a la mirada interrogante de Glass.

—¿Vive usted en esta casa, señor?

—Sí, pero francamente, no me gustan los asesinatos. Los encuentro faltos de belleza, ¿no le parece? Además, son cosas que no ocurren todos los días.

—Sí, claro, pero ahora ha ocurrido —contestó Glass un poco sorprendido.

—Sí, y eso es lo que me desconcierta. Los asesinatos sólo ocurren cuando uno menos lo sospecha. ¿Ha reparado usted en esto alguna vez? No, supongo que no. Creía poseer en la vida una gran experiencia y, no obstante, ahora no sé cómo reaccionar ante esta situación.

Terminó con una dudosa carcajada, pues a pesar de ella, era evidente que estaba algo emocionado. El mayordomo le miró fijamente y luego dirigió sus ojos a Glass, quien, después de contemplar fijamente a Neville Fletcher por un momento, mojó el lápiz y preguntó:

—Por favor, señor, ¿cuándo vio usted por última vez a Mr. Fletcher?

—Durante la cena. Quiero decir en el comedor. No, seamos exactos, en el comedor no. Fue en el vestíbulo.

—Haga usted el favor de concretar, señor —aconsejó Glass secamente.

—Sí, eso es. Después de cenar, él vino aquí y yo me dirigí a la sala de billar. Nos separamos en el vestíbulo.

—¿A qué hora sucedía eso, señor?

Neville movió la cabeza dubitativamente.

—No puedo decírselo. Fue después de cenar. ¿Sabe usted la hora, Simmons?

—Con exactitud, no. El señor acostumbraba salir del comedor a las nueve menos diez.

—¿Y después no volvió a ver a Mr. Fletcher?

—No, hasta ahora. ¿Quiere usted saber algo más, o puedo ya retirarme?

—Sería mejor, señor, que me explicara lo que hizo entre la hora en que salieron ustedes del comedor y las diez y cinco.

—Bien. Fui a la sala de billar y me entretuve haciendo unas carambolas.

—¿Solo, señor?

—Sí, pero mi tía vino a buscarme y me fui con ella.

—¿Su tía?

—Miss Fletcher —aclaró el mayordomo—. Se trata de la hermana del señor, Mr. Glass.

—Entonces, ¿salió usted de la sala de billar con su tía? ¿Permanecieron juntos?

—No. Y esto me demuestra que la corrección, al fin y a la postre reporta beneficios. Me despedí de ella, y ahora lo lamento, porque si la hubiera acompañado al salón, poseería una coartada que ahora no tengo. Subí a mi dormitorio y leí. No sé

si me dormí leyendo —contempló el muerto y se estremeció—. No, Dios mío, es imposible que pudiera yo ni siquiera en sueños intentar un crimen así. ¡Es ofensivo sospechar de mí!

—Si me permite, Mr. Glass... Me parece que he oído llamar a la puerta —interrumpió Simmons saliendo de la habitación.

Unos minutos más tarde un sargento de policía, seguido de varios números entró en el despacho, y en el vestíbulo se oyó la voz de Miss Fletcher deseando saber con urgencia el porqué de aquella invasión. Neville salió y cogió a su tía del brazo:

—Yo te lo diré, ven al salón.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Miss Fletcher—. Tienen todo el aspecto de policías...

—Y lo son, tía —contestó Neville—. Casi todos por lo menos. Oye, tía Lucy...

—¿Nos han robado?

—No... —se detuvo— o bueno, no lo sé. Sí, quizá sea eso. Lo lamento, tía, pero es mucho peor. Ernie ha sufrido un accidente.

Dijo estas palabras tartamudeando mientras contemplaba a su tía con ansiedad.

—Por favor, no tartamudees, Neville querido. ¿Qué me has dicho?

—Dije que sufrió un accidente, pero no es toda la verdad. Ernie ha muerto.

—¿Ernie? ¿Muerto? —balbuceó Miss Fletcher—. ¡Oh, no! No creo que hables en serio. ¿Cómo puede estar muerto? Neville, ya sabes que no me gustan estas bromas. Es una cosa poco amable, querido, por no decir de muy mal gusto.

—¡No es broma!

—¿No? ¡Oh, Neville! ¡Oh, déjame que le vea!

—Es inútil. Además, no debes ir. Lo siento mucho, pero será mejor. También yo estoy un poco afectado.

—Neville, tú ocultas algo.

—¡No! ¡Ha sido asesinado!

Sus ojos pálidos azules y algo saltones le miraron fijamente. Hizo un gesto de hablar, pero de sus labios no salió una sola palabra.

Neville, desazonado, hizo un vago gesto con sus manos.

—¿Puedo ayudarte en algo? Quisiera hacerlo, pero no sé cómo. ¿Te sientes mareada? Sí, ya sé que no sirvo para nada, pero todo esto es tan brutal... Me parece que he perdido el dominio de mí mismo.

—¿Ernie asesinado? ¡No puedo creerlo! —murmuró Miss Fletcher.

—No seas tonta —exclamó, perdiendo la serenidad—. Un hombre no se aplasta su propia cabeza.

La dama lanzó un gemido y, tanteando, se dejó caer en la silla más próxima. Neville encendió un cigarrillo con mano temblorosa y se excusó:

—Lo siento, pero tenías que saberlo tarde o temprano.

Miss Fletcher intentó recobrar su presencia de ánimo, y después de un momento de silencio, exclamó:

—¿Pero quién podía desear asesinar a mi querido Ernie?

—Desde luego, yo no he sentido tal deseo.

—Debe de haber sido una horrible equivocación. ¡Oh, Ernie! ¡Oh, Ernie!

Rompió a llorar. Neville, sin intentar consolarla, se sentó en un sillón frente a ella y se fumó el cigarrillo lentamente. Entretanto, en el despacho, P. C. Glass daba un informe laborioso a su superior. El doctor se había ido ya, los fotógrafos habían tomado sus clisés y el cuerpo de Ernest Fletcher había sido ya retirado.

—Hacía mi ronda, sargento, andando por la Avenida Vale, y la hora era las diez y dos minutos. Cuando llegué a la esquina de Maple Grove, que como usted sabe es la calle que se extiende entre la Avenida Vale y Arden Road, por la parte superior de la casa, me llamó la atención un hombre que salía por la verja lateral de esta casa en una forma que consideré sospechosa. Iba andando muy de prisa, hacia Arden Road.

—¿Lo reconocería usted?

—No, sargento. Era casi de noche y no le pude ver el rostro. Había dado la vuelta a la esquina de Arden Road antes de que yo mismo pudiera tener tiempo siquiera de preguntarme qué es lo que estaba haciendo —titubeó y prosiguió—. Por lo que pude ver, era un hombre de estatura corriente, con un sombrero de fieltro de color claro. No sé lo que me hizo sospechar que ocurría algo extraño al verle salir del jardín de Mr. Fletcher, quizá fue la prisa que demostraba. El Señor guio mis pasos.

—Sí, bien, pero vayamos al grano —masculló el sargento—. ¿Qué hizo usted entonces?

—Le di el alto, pero no me hizo caso, y a los pocos minutos había desaparecido por Arden Road. Esta circunstancia me llevó a inspeccionar aquel paraje. Encontré la puerta del jardín abierta y, viendo que salía luz de esta vidriera, me dirigí hacia ella por el sendero con intención de descubrir si ocurría algo anormal. Vi el cadáver, tal como usted lo encontró, sargento. La hora, comprobada por mi reloj y por el de aquí, eran las diez y cinco minutos. Mi primer acto fue averiguar si Mr. Fletcher estaba muerto. Una vez seguro de que ya no podía recibir ningún auxilio eficaz, efectué un reconocimiento de la habitación y comprobé que nadie se escondía entre las plantas del jardín. Luego llamé por teléfono a la Jefatura de policía. Eran las diez y diez. Mientras esperaba que me pusieran en comunicación, el mayordomo, Joseph Simmons, entró en la habitación con la bandeja que ve usted sobre la mesa. Le detuve para interrogarle. Dice que a las nueve una persona llamada Abraham Budd vino a ver al fallecido. Le acompañó a esta misma habitación. Afirma que ignora en qué momento Abraham Budd abandonó la casa.

—¿Detalles personales?

—No los he pedido, señor. Mr. Neville Fletcher llegó cuando iba a hacerlo.

Asegura que vio al muerto por última vez a las nueve menos diez, al salir juntos del comedor.

—Muy bien, le veré en seguida. ¿Algo más?

—Nada más que yo haya visto —replicó Glass después de un momento de meditar escrupulosamente la respuesta.

—Echaremos un vistazo. Parece ser un caso clarísimo que acusa al hombre que vio usted huyendo: el amigo Abraham Budd, ¿eh?

—A mi entender no, sargento —opinó Glass.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no? ¿Es que el Señor otra vez le está inspirando?

Una llamarada de ira pareció dar vida a los ojos fríos de Glass.

—«El escarnecedor será la abominación a los hombres» —añadió como contestación.

—Basta —gritó el sargento—. Amigo mío, recuerde que está usted hablando con un superior.

—«El escarnecedor —prosiguió Glass, inexorable— no ama al que le reprende, ni se allega a los sabios». Ese sujeto, Budd, entró francamente por la puerta principal, sin tomar ninguna precaución para que su nombre quedara desconocido.

—Sí, lo reconozco —refunfuñó el sargento—. No obstante, pudo no haber habido premeditación. Llame al mayordomo.

—Joseph Simmons me es conocido como miembro de mi secta —dijo Glass, dirigiéndose a la puerta.

—Muy bien, muy bien. Vaya a buscarlo.

El mayordomo fue encontrado en el vestíbulo, todavía muy afectado. Al entrar en el despacho lanzó una mirada nerviosa hacia el pupitre y suspiró francamente aliviado al ver vacío el sillón.

—¿Su nombre? —preguntó el sargento.

—Joseph Simmons, sargento.

—¿Ocupación?

—Soy..., era el mayordomo de Mr. Fletcher.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted a su servicio?

—Seis años y medio, sargento.

—Y afirma usted —prosiguió el sargento, consultando las notas de Glass— que vio a su amo vivo por última vez a las nueve, cuando acompañó a Mr. Abraham Budd a esta habitación. ¿Es así?

—Sí, sargento. Esta es la tarjeta de la persona —contestó Simmons, alargando un pedazo de cartulina.

El sargento la tomó y leyó en voz alta:

—Mr. Abraham Budd, 333c Bishopsgate E. C.. Muy bien, ahora ya sabemos dónde encontrarle. Según veo, usted dice que le es desconocido.

—Estoy seguro de que le vi por primera vez, sargento. No era de la clase de personas que estoy acostumbrado a recibir en la casa —dijo Simmons con altivez.

Glass intervino para humillarle.

—Aunque uno se crea muy poderoso y rico, ha de amar y respetar al humilde —exclamó—, y el orgulloso ha de ser apartado de nuestro lado.

—Mi alma se inclina humildemente —murmuró Simmons.

—Deje su alma tranquila —exclamó el sargento, impaciente— y no le haga caso a Glass. Escúcheme. ¿Puede darme algún detalle de ese Budd?

—Si, sargento. Era grueso y bajo, y llevaba un traje que yo diría que era chillón, y un sombrero hongo. Me produjo la impresión de que es judío.

—Bajo y gordo —repitió el sargento, decepcionado—. Me parece que no es ésta la verdad. ¿Es que su señor esperaba esa visita?

—No lo creo. Mr. Budd aseguró que su asunto era urgente y no tuve más remedio que pasar su tarjeta a Mr. Fletcher. Mi impresión fue que Mr. Fletcher no estaba muy satisfecho con aquella visita.

—¿Se alarmó?

—¡Oh, no, sargento! Mr. Fletcher dijo no sé qué de «condenada impertinencia», pero inmediatamente me ordenó que hiciera pasar a Mr. Budd, y así lo hice.

—¿Y eso ocurría alrededor de las nueve? ¿Le pareció a usted oír rumores de discusión?

El mayordomo vaciló antes de contestar:

—No puedo decir que discutieran, sargento. La voz de mi amo se impuso una o dos veces, pero no pude oír lo que decía porque me encontraba entonces en el comedor, en el otro lado del vestíbulo, y luego pasé a la cocina.

—Entonces, ¿no cree usted que discutieran?

—No, sargento. No me pareció Mr. Budd una persona quisquillosa, sino todo lo contrario. Mi impresión era que temía a mi señor.

—¿Que le tenía miedo? ¿Es que Mr. Fletcher tenía mal carácter?

—¡Oh, no sargento! Era un caballero muy atento y amable. Pocas veces le vi alterado.

—¿Pero lo estaba esta noche? ¿Por la visita de Mr. Budd?

El mayordomo volvió a titubear:

—Creo que ya lo estaba antes, sargento. Me parece que Mr. Fletcher tuvo una... ligera diferencia de opinión con Mr. Neville, antes de cenar.

—¿Mr. Neville? ¿Es el sobrino? ¿Vive aquí?

—No. Mr. Neville llegó esta tarde para pasar unos días con sus tíos, según creo.

—¿Le esperaban?

—Si le esperaban no me lo advirtieron. Debo decir, refiriéndome a Mr. Neville, que es... si se me permite decirlo..., un caballero algo excéntrico... Es costumbre

frecuente en él llegar aquí sin avisar.

—Y las pequeñas diferencias con su tío, ¿eran frecuentes?

—No quisiera que recibieran una impresión equivocada, sargento: no discutieron, si a esto se refiere. Todo cuanto sé es que, cuando entré el jerez y el cóctel antes de la cena, me pareció que acababa de interrumpir un altercado. El señor parecía disgustado, cosa por cierto muy rara en él, y en el momento en que yo entraba le oí decir que no quería oír hablar más de aquello, y que Mr. Neville podía irse al infierno.

—¡Ah! ¿Y qué decía Mr. Neville? ¿Estaba también disgustado?

—Preferiría no hablar, sargento, Mr. Neville es un joven caballero muy especial, poco dado a demostrar lo que siente, si es que siente algo, que lo dudo francamente.

—Pues me ocurre con frecuencia —aclaró Neville, quien había entrado en la habitación a tiempo de oír esta observación.

El sargento, poco acostumbrado a la forma silenciosa con que el joven Mr. Fletcher entraba en las habitaciones, se sobresaltó momentáneamente. Neville sonrió con su timidez habitual, y dijo suavemente:

—Buenas noches. ¿No consideran vergonzoso este crimen? Espero que haya descubierto algo. Mi tía desea verle antes de que se marche. ¿Ha averiguado ya quién mató a mi tío?

—Es muy pronto para preguntarme eso —replicó el sargento, puesto a la defensiva.

—Sus palabras insinúan que nos hallamos aún en los preparativos y esto resulta muy deprimente.

—En efecto, es muy desagradable para todos, señor —asintió el sargento. Dirigiéndose a Simmons, añadió—: Nada más por ahora.

Simmons se retiró, y el sargento, que había estado observando a Neville con curiosidad, le invitó a sentarse. Neville aceptó amablemente la invitación, escogiendo para ello un cómodo sillón junto a la chimenea. El sargento le dijo muy correctamente:

—Espero que pueda usted ayudarme, señor. Por lo visto era usted íntimo del fallecido.

—¡Oh, no! —contestó Neville escandalizado—. No me hubiera gustado nada.

—¿Por qué? ¿Es que no estaba usted en buenas relaciones con Mr. Fletcher?

—De ningún modo. Yo estoy en buenas relaciones con todos. Únicamente lo que no soy es «íntimo».

—Bueno, pero lo que yo quiero decir, señor, es...

—Sí, sí, ya sé lo que quiere usted decir. Quiere saber si yo conozco los secretos de la vida de mi tío, ¿verdad? No, sargento. Odio los secretos, como también las preocupaciones de los demás.

Dijo esto con un tono de afable amabilidad.

El sargento quedó algo sorprendido, pero reaccionó y prosiguió:

—De todos modos, usted le conocía bien, ¿verdad, señor?

—Esto sí que no lo puedo discutir —murmuró Neville.

—¿Sabe usted si tenía enemigos?

—Naturalmente que los tendría, ¿no le parece?

—Claro, pero lo que yo intento averiguar...

—Ya lo sé. Pero comprenda que yo sé tan poco como usted. ¿Conocía usted a mi tío?

—No puedo decir que lo conociera, señor.

Neville lanzó al aire unas volutas de humo y las contempló, soñador.

—Todos le llamaban Ernie —suspiró—, o bien, Ernie querido, según fuera hombre o mujer quien lo llamara. ¿Usted me comprende?

El sargento se quedó perplejo durante un momento y luego contestó lentamente:

—Creo que le comprendo bien, señor. Debo decir que siempre he oído hablar bien de su tío. ¿He de entender de sus palabras que no conoce usted a nadie que tuviese un resentimiento contra de él?

Neville negó moviendo la cabeza. El sargento lo miró, disgustado, y consultó la libreta de Glass.

—Veo que usted afirma que después de salir del comedor pasó a la sala de billar, donde permaneció hasta que Miss Fletcher vino a buscarle. ¿A qué hora fue eso?

Neville sonrió, excusándose.

—¿Lo ignora, señor? ¿No tiene la menor idea? Intente recordar.

—Desgraciadamente hasta ahora el tiempo no ha significado nada para mí. ¿Lo comprenderá si le digo que mi tía me dijo que un visitante extraordinario se encontraba con mi tío? Un hombrecillo gordo que llevaba el sombrero en la mano. Ella lo vio en el vestíbulo.

—¿Vio usted a ese hombre? —preguntó el sargento rápidamente.

—¡No!

—¿Sabe usted si se encontraba todavía con su tío cuando usted subió a su dormitorio?

—Sargento, sargento, ¿cree usted acaso que escucho por el ojo de las cerraduras?

—Claro que no, pero...

—Por lo menos no lo hago cuando no siento curiosidad —explicó Neville, conciliador.

—Bien, señor. Digamos que entre las nueve y las diez usted subió a su habitación.

—A las nueve y media —interrumpió Neville.

—¡Ah!... Hace un momento, señor, dijo que no tenía idea de la hora que era.

—No, no la tenía. Pero ahora recuerdo a un cuco solitario.

El sargento lanzó una mirada sorprendida en dirección a Glass, que permanecía

inmóvil y con expresión de censura junto a la puerta. La sospecha de que el excéntrico Neville Fletcher estaba medio loco empezaba a abrirse paso en su cerebro.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Me refiero al reloj del rellano —contestó Neville.

—¡Ah, un cuco, un reloj! Vaya, realmente, por un momento pensé... ¿y dio la media hora?

—Sí, pero con frecuencia anda mal.

—Conforme. Investigaremos esto en seguida. ¿En qué dirección está orientado su dormitorio, señor?

—Al Norte.

—Entonces está en la parte posterior de la casa. ¿Es posible que desde allí oiga usted si alguien se acerca por el sendero?

—No lo sé. No oí a nadie, pero en realidad no escuchaba.

—De acuerdo —dijo el sargento—. Bien, creo que esto es todo por el momento. Gracias, señor. Naturalmente, usted comprenderá que no puede salir de esta casa en uno o dos días. Una mera cuestión de rutina, ¿sabe usted? Esperamos que no tardemos en esclarecer todo el asunto.

—Sí, sí, esclarezcámoslo —afirmó Neville. Su mirada se posó, dubitativa, sobre un cuadro colgado en la pared opuesta a la chimenea—. El motivo, ¿no sería robo?

—No lo creo, señor. Pero naturalmente, no podemos asegurarlo todavía. No es fácil que un ladrón entrara estando Mr. Fletcher levantado, por no hablar del resto de la casa.

—No es fácil. Únicamente le diré que la caja de caudales está detrás del cuadro, por si no lo supiera.

—Sí, señor, me informó el mayordomo. La hemos estado observando en busca de huellas dactilares, y tan pronto podamos ponernos de acuerdo con el abogado de Mr. Fletcher, la abriremos. Diga, Hepworth, ¿ha encontrado algo?

Estas últimas palabras iban dirigidas a un policía que había entrado en la habitación cruzando la puerta vidriera.

—Poca cosa, sargento, pero quisiera que viera usted algo interesante.

El sargento le siguió al momento. Neville se desperezó, se levantó y fue pisándole los talones.

—No le importa que les acompañe, ¿verdad? —murmuró al ver que el sargento volvía la cabeza.

—No hallo ningún inconveniente, señor. Lo que ocurre es que se vio a un hombre escapar por la puerta del jardín después de las diez y, si no me equivoco, se trata del que buscamos.

—¿Un... hombre gordo? —sugirió Neville parpadeando.

—¡Ah!, eso sería demasiado fácil, señor —observó el sargento, con indulgencia

—. No, un hombre de tipo corriente, con sombrero claro. Bueno, Hepworth, ¿de qué se trata?

El policía les acompañó junto a un arbusto que estaba cerca de la casa. Dirigió el haz de luz de su linterna hacia el suelo. Sobre la tierra blanda se veían las huellas profundas de un par de zapatos de tacón alto.

—Son recientes, sargento —observó Hepworth—. Alguien ha estado escondido debajo de ese arbusto.

—¡Mujeres en la causa! —exclamó Neville—. ¡Qué divertido!

Capítulo 2

Alrededor de las once y media, la policía, exceptuando a un hombre, que permaneció para vigilar la casa, se había marchado de Greystones. Miss Fletcher, interrogada astutamente por el sargento, nada dijo para ayudar a la justicia. La noticia del descubrimiento de las huellas de unos zapatos de mujer no pareció preocuparla o sorprenderla.

—Era un hombre tan atractivo —confió al sargento—. Claro que yo no quiero insinuar..., pero uno tiene que recordar que los hombres no son como nosotras, ¿verdad?

El sargento se encontró escuchando un panegírico del difunto Ernest Fletcher: ¡qué encantador!, ¡qué popular!, ¡qué bien educado!, ¡qué arrogante!, ¡qué generoso! De entre este torbellino de palabras sobresalían ciertos hechos. Neville era el hijo del hermano de Ernie, Ted, que había muerto hacía mucho tiempo, y desde luego era su heredero. Además, era indudable que a Neville se le consideraba un muchacho delicioso, pero uno ignoraba siempre cuál sería su próxima jugarreta, y... en efecto, molestó al pobre Ernie cuando le encarcelaron en un espantoso país de los Balcanes... ¡Oh!, nada serio desde luego, pero Neville estaba tan aturdido, que había perdido su pasaporte. En cuanto a la mujer rusa que apareció en el hotel de Neville con todo su equipaje, una mañana en Budapest, antes del desayuno, diciendo que él la había invitado a una fiesta la noche anterior... Bueno, uno no podía aplaudir aquellas actitudes, naturalmente, pero los jóvenes se emborrachan algunas veces y, de todos modos, la mujer no valía gran cosa, y en el fondo, Neville no era así. Al mismo tiempo uno se sentía dispuesto a compadecer a Ernie, que al fin tuvo que pagar por deshacerse de la mujer. Afirmar que Ernie no quería a Neville, era absolutamente, absolutamente, mentira. Tenían poco en común, pero los vínculos de la sangre son muy fuertes, y Ernie se hacía cargo de todo.

Interrogada con más precisión confesó que no sabía de nadie que odiara a su hermano. Pensaba que el asesino debía de haber sido uno de esos locos homicidas que a veces merecen la atención de la prensa.

El sargento se separó de ella no sin dificultad, y pronto salió de la casa. Tía y sobrino se encontraron solos, cara a cara, en el salón.

—Me hace el efecto de que todo esto es una horrible pesadilla —observó Miss Fletcher, sosteniéndose la cabeza con las manos y apoyando los codos en las rodillas—. Hay un policía en el vestíbulo y ha cerrado con llave el despacho del pobre Ernie.

—¿Te preocupa eso? —preguntó Neville—. ¿Había algo allí que quisieras destruir?

—No —exclamó Miss Fletcher—, porque hacerlo sería falta de honradez. Aunque creo que Ernie lo hubiera preferido a que manos extrañas revolvieran sus

papeles. Naturalmente, yo no destruiría nada importante, porque estoy segura de que no existe. Sólo que tú ya sabes cómo son los hombres, querido, incluso los mejores.

—No. Dímelo.

—Pues —aclaró Miss Fletcher— es mejor que uno cierre los ojos a una de las partes de la vida de un hombre, aunque te confesaré, Neville, que creo que ha habido mujeres en su vida. Y algunas de ellas aunque claro, yo no lo sé, no eran lo que precisamente se llaman decentes.

—Los hombres son así —disculpó Neville, melosamente.

—Sí, querido, y, naturalmente, yo estaba contenta, porque hubo un tiempo en que creí que cazarían a Ernie.

—¿Cazarían?

—Por el matrimonio —explicó Miss Fletcher—. Para mí hubiera sido un gran disgusto. Felizmente, él no era un hombre muy constante.

Neville la miró, sorprendido. Miss Fletcher sonrió sin darse cuenta, al parecer, de que había dicho algo extraordinario. Su aspecto no permitía deducir que bromeaba. Una dama sin expresión, regordeta, de pelo gris y ojos humildes, enrojecidos de tanto llorar, y una boca menuda, sin pintar.

—Estoy francamente trastornado —murmuró Neville de pronto—. Me parece que me voy a descansar.

—¡Oh querido!, ¿es por lo que te he dicho? —preguntó desolada—. Como va a saberse todo, era mejor que te enteraras de ello tarde o temprano.

—No por mi tío. Por mi tía —contestó Neville.

—Dices unas cosas muy raras, querido. Estás excitado, y no me sorprende. ¿Te parece que invite a un refresco a ese policía?

Neville la dejó enfrascada en una conversación con el policía de guardia en el vestíbulo, mientras él subía a su habitación. Pasado un corto intervalo, su tía golpeó la puerta con los nudillos, deseando saber si se encontraba bien. Neville contestó que estaba muy bien, pero que tenía muchísimo sueño. Y, después de desearle las buenas noches y de prometerle que no le volvería a molestar, Miss Fletcher se dirigió a su propio dormitorio, situado en la parte delantera de la casa.

Neville Fletcher, después de cerrar su puerta con llave, saltó por la ventana y llegó sin daño al suelo gracias a una cañería y al tejadillo de una baranda que se extendía ante el salón.

El jardín estaba bañado por la luz de la luna. Por si acaso se vigilaba la entrada lateral, Neville se dirigió a una pared del extremo del jardín que lo separaba de Arden Road. Se apoyaban en ella unos árboles frutales que facilitaron así la tarea de escalarla. Neville consiguió llegar arriba y se dejó caer por el otro lado. Llegó al suelo con la facilidad de un atleta, se detuvo para encender un cigarrillo y emprendió la marcha por la carretera, en dirección oeste. Unos treinta metros de paseo le dejaron

en el cruce de un camino que corría paralelo a Maple Grove. Lo enfiló y pasó la primera verja que encontró. Una casa grande y cuadrada se perfilaba claramente a la luz de la luna. Se veían luces encendidas a través de las cortinas de varias de sus ventanas. Una de aquellas ventanas, en la planta baja, a la izquierda de la puerta principal, estaba abierta. Neville se acercó a ella, separó las cortinas y miró al interior. Una mujer se hallaba sentada ante un escritorio, y la luz de una lámpara transformaba en fuego su pelo rubio. Estaba vestida con un traje de noche y una capa de brocado colgaba sobre el respaldo de su silla. Neville la contempló pensativo durante un momento y luego saltó a la habitación.

La mujer levantó la vista rápidamente y lanzó una exclamación ahogada. El pánico en sus ojos desapareció inmediatamente para expresar serenidad completa. La sangre afluyó de nuevo a su lindo rostro. Su mano se crispó sobre su pecho y dijo con voz entrecortada:

—¡Neville! ¡Oh, qué susto me has dado!

—Este no es nada comparado con el que he pasado yo. No sabes lo que nos hemos divertido y jugado en Greystones, querida. No lo creerás nunca.

—¿No los has recuperado? —preguntó, indecisa, mientras pasaba el secante sobre su carta a medio escribir.

—Todo lo que tengo son náuseas —contestó Neville. Se acercó a ella, y ante su inmensa sorpresa, se arrodilló.

Su mano rodeó el tobillo de la mujer.

—Déjame que vea tus pies, cariño —y cogiéndolos, contempló sus zapatitos de piel plateada—. ¡Ah, mi alma profética, no me engañaba! ¿De modo que ahora estamos en un lío? Nos hallamos tan encenagados como tus zapatitos —soltó su pie y se levantó.

El pánico dilató los ojos de la mujer. Contempló sus zapatitos y arregló sobre ellos los pliegues de su falda.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, preciosa. Esta noche has ido a visitar a Ernie y te has escondido detrás de un arbusto que crece junto a la vidriera de su despacho.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó la joven.

—Intuición. Podías haber dejado eso para mí. ¿Qué necesidad tenías de embarcarme si al final tú ibas a meter la pata? Bien sabe Dios que lo hacía de mala gana.

—Por eso mismo. Por eso pensaba que no me servirías de nada. Puedo confiar tan poco en ti.... Además, sabía positivamente que no te gustaba hacerlo.

—Claro. no me gustaba hacerlo, se puede confiar poco en mí y no sirvo para nada, pero de todos modos fue una estupidez que no esperaras a que yo lo hubiera intentado. A propósito, ¿te has apoderado tú de ellos?

—No. Él solamente..., se rio, y... bueno, ya lo sabes.

—Vaya, muy bonito —replicó Neville—. ¿Por casualidad le has dado un golpe en la cabeza también?

—¡Oh, no digas estupideces! —exclamó con impaciencia.

—Si representas una comedia lo haces bien —observó Neville contemplándola atentamente—. ¿Has visto quién lo hizo?

—¿Si yo vi quien lo hizo? ¿Pero de qué me hablas?

—Pegar a Ernie en la cabeza. Mi deliciosa muñequita, Ernie ha sido asesinado. Algo entre un sollozo y un gemido escapó de los labios de la joven.

—¡Neville! ¡Oh, no! Neville, tú bromeas como siempre.

Él la miró con una sonrisa algo irónica.

—¿No lo sabías?

La sangre se retiró lentamente de su rostro y sus ojos se posaron en los de Neville.

—Yo no he hecho tal cosa —gimió.

—No creía tampoco que tuvieras fuerza para ello —observó el muchacho.

Les interrumpió el ruido de una puerta que se abría. Una mujer joven y delgada, de rizado pelo castaño y con un monóculo en el ojo izquierdo, penetró en la estancia, diciendo con calma.

—¿Me has llamado, Helen? Sus ojos se posaron en Neville, y, sin disimular su disgusto, prosiguió. —¡Ah!, ¿estás aquí, verdad?

—Sí, pero yo no hubiera venido de haberme enterado de que tú estarías aquí, gato montés —replicó Neville cariñosamente.

Miss Drew lanzó un respingo despreciativo y contempló a su hermana.

—Tienes un aspecto completamente antipático —observó—. ¿Ocurre algo?

Las manos de Helen North se retorcieron nerviosamente.

—¡Ernie Fletcher ha sido asesinado!

—Estupendo —contestó Miss Drew, imperturbable—. ¿Ha venido Neville a decírtelo?

—¡Oh, por favor! ¡Es horrible, horrible! —exclamó Helen, estremeciéndose.

—Personalmente —dijo Miss Drew, tomando un cigarrillo de la caja que estaba encima de la mesa y metiéndolo en una larga boquilla— lo considero como algo definitivamente memorable. Odio a los hombres de modales afeminados y sonrisas encantadoras. ¿Quién lo mató?

—No pretenderéis que yo lo sepa —gritó Helen—. ¡Oh, Dios mío! —miró enloquecida a ambos y se dejó caer sobre el sofá, cubriéndose el rostro con las manos.

—Si todo es comedia, mereces un aplauso —le aseguró Neville—. Si no lo es, es una pérdida de tiempo. Basta, Helen. Me avergüenzan tus actitudes.

Sally le contempló con cierta antipatía, observando:

—No pareces muy disgustado.

—Es que no me has visto hace una hora —replicó Neville—, incluso perdí mi actitud de siempre.

—Será mejor que me lo cuentes todo. Puede resultar un buen material —expuso Sally.

—¡Quizás sí!

—Siempre había querido asistir a un asesinato verdadero —observó Sally, pensativa—. ¿Cómo le mataron?

—Aplastándole la cabeza —contestó Neville.

Helen dejó escapar un gemido, pero su hermana asintió con aire de experta en la materia:

—Un golpe de instrumento contundente. ¿Tenéis alguna idea sobre quién lo hizo?

—No, pero Helen quizás sí.

Helen levantó la cabeza y gritó:

—Os digo que yo no estaba allí.

—Tus zapatos te traicionan, bonita.

—Sí, sí, pero no cuando le mataron. Os digo que no estaba, no estaba.

El monóculo se desprendió del ojo de Miss Drew. Lo volvió a colocar en su sitio y miró fijamente a su hermana.

—Qué significa: «Sí, pero no cuando le mataron». ¿Has estado esta noche en Greystones?

Helen parecía vacilar sobre cuál debía ser su respuesta, pero después de un momento aclaró:

—Sí, sí fui a ver a Ernie. Me... mareaba el ruido de tu máquina de escribir, por un lado, y por el otro... quería especialmente verle.

—Mira —aconsejó Sally—, será mejor que nos lo digas todo ahora que luego. ¿Qué hay entre tú y Ernie Fletcher?

—Como purista —interrumpió Neville—, debo llamarte la atención sobre el uso incorrecto del tiempo presente. Ernie ya no existe y pertenece al pasado.

—Supongo que tú también estás metido en este lío, sea el que sea. Será mejor, pues, que cantes de una vez —le increpó Sally.

—No es lo que creéis —exclamó Helen, rápidamente—. De verdad que no lo es, Sally. Confieso que me gustaba, pero no... no tanto para llegar a esto.

—Si puedes decir la verdad a Neville, también puedes decírmela a mí. Y no me vengas con estas historias de que le ibas a ver porque te molestaba mi máquina de escribir, porque todo eso son majaderías.

—Díselo —aconsejó Neville—. Le gustan estas historias.

—¿Tú lo crees así? —murmuró Helen, sonrojándose.

—Pequeña, te dije desde el principio que lo consideraba de un género literario

que no me gustaba. ¿Por qué vuelves a hablar de esto ahora? —suspiró Neville.

—Es que no sabéis lo que es estar desesperada —confesó amargamente.

—No, yo disfruto de una indiferencia extraordinaria.

—Muy bien, espero que te detengan por asesinato —interrumpió Sally—, ¿de qué te servirá entonces tu indiferencia?

—Sería extraordinariamente interesante —afirmó, pensativo—. Desde luego, trataría de mantener la calma exterior, ¿pero fracasaría en la interior? ¡Espero que no! Si lo hiciera, dejaría de conocerme, y me resultaría muy molesto.

Helen golpeó el brazo del sofá con sus manos crispadas.

—¡Hablar, hablar, hablar! ¿Qué utilidad tiene?

—No hay nada más desagradable que eso de la utilidad —replicó Neville—. Querida mía, tienes mentalidad de peatón.

—Callaos —suplicó Sally. Se acercó al sofá y se sentó junto a Helen—. Anda, pequeña, será mejor que me cuentes toda la historia. Si estás en un aprieto, trataré de sacarte de él.

—No puedes —contestó Helen tristemente—. Ernie tiene pagarés míos y la policía los descubrirá y habrá, por tanto, un escándalo espantoso.

—¿Pagarés? ¿Por qué? Quiero decir, ¿cómo los tiene? ¿Para qué son?

—Deudas de juego. Neville cree que tal vez los compró.

—¿Para qué? —preguntó Sally, volviendo a perder el monóculo.

Neville la contempló asombrado.

—Esta mujer tiene una mentalidad tan pura como un lirio —observó—. Soy yo ahora el que se halla asombrado.

—Eso de lirio es fantasía. Y toda esta historia del *precio del deshonor*, es desesperadamente anticuada. ¡Santo Cielo, no me atrevería a ponerlo en ninguno de mis libros! —replicó Sally indignada.

—¿Eres aficionada a lo truculento? —preguntó Neville, solícito—. ¿Es por esto por lo que escribes novelas inverosímiles? Has descubierto que la trivialidad de la vida real es intolerable.

—Mis novelas no son inverosímiles. A lo mejor te interesa saber que los críticos me consideran como una de las mejores novelistas policíacas.

—Me parece que te han juzgado mal como psicóloga —comenzó a comentar Neville.

Helen chilló exasperada:

—¡Basta! ¡Basta! ¿Qué importa todo esto ahora? ¿Por qué ocuparse de ello?

Sally se apartó de Neville, diciendo:

—Tienes razón. Estudiemos este asunto. No creo que nos hayan dado todos los datos. ¿Cuándo empezaste a interesarte por Ernie Fletcher?

—No me gustaba. ¡Pero resultaba tan atractivo y... parecía comprenderlo todo de

tal manera! Casi tenía la delicadeza femenina, pero no por completo. No lo puedo explicar. Ernie me hacía actuar con el cuidado con que se trata una porcelana preciosa y frágil.

—Eso ha debido de añadir bastante encanto a tu vida —murmuró Neville, preocupado.

—¡Cállate! Continúa, Helen. ¿Cuándo empezó eso?

—No lo sé. Supongo que desde el momento en que le conocí..., en que le conocí a fondo, quiero decir. No debéis creer que él... que él me cortejó, porque jamás lo hizo. Hasta hace poco no comprendí lo que en realidad quería. Yo creía... bien, ni yo misma sé lo que creía.

—Me parece que ni pensaste, ni creíste nada —explicó Neville, amablemente—. No hiciste más que flotar en un mar engañoso.

—Esto es probablemente cierto —asintió Sally—, estabas del todo anestesiada. Bueno, ¿y John, qué pensaba de todo eso?

Helen se ruborizó y apartó el rostro.

—No lo sé. John y yo..., la corriente nos separó... antes de que Ernie entrara en mi vida.

Neville, aparentemente abrumado, se dejó caer en una silla y escondió la cabeza en sus manos.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —gimió—. Me siento arrastrado al mar engañoso. Querida mía, deja que la corriente nos separe, que me separe de tu vida antes de que me encuentres hablando con frases cursis. Sé positivamente que es una fatal costumbre mía.

—Debo confesar —observó Sally, justificándose— que yo jamás digo «la corriente nos separó» y «entró en mi vida». Helen, trata de no ponerte sentimental. Todo esto me parece a mí muy serio. Creí observar, en efecto, que tú y John no os llevabais demasiado bien. Algunas mujeres ignoran que en su vida han encontrado oro de ley. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros dos? Yo hubiera jurado que John era una bendición para los deseos juveniles.

—¡Oh, es tan difícil de explicar! —dijo Helen, con los ojos cuajados de lágrimas—. Era tan joven cuando me casé con él, que creí que todo ocurriría según mis sueños. No trato de excusarme. Sé que John es muy bueno, pero no me comprendía ni quería lo que yo más amaba: vivir, alegría y agitación.

—¿Es que no le querías? —preguntó Sally.

—Así lo creía. Pero todo ocurrió al revés. Si John hubiera sido distinto..., pero ya sabes cómo es. Si se hubiera impuesto a mí, o incluso si me hubiera pegado, yo hubiera reaccionado. Pero no lo hizo. Se conformó con recluirse en sí mismo. Además, estaba muy ocupado y yo me aburría. Comencé a salir sin él. Sally, te aseguro que ignoro cómo empezó todo esto o cómo hemos llegado a esta situación,

pero estamos muy distanciados.

Las lágrimas resbalaban ahora por sus mejillas y con voz entrecortada prosiguió.

—Daría cualquier cosa por volver a empezar, pero no puedo, y ahora se abre entre nosotros un abismo que no puedo cruzar. Precisamente eso ha ocurrido ahora y será el final de todo. Habré arrastrado el nombre de John por el fango y lo menos que puedo hacer es dejarle que se divorcie.

—No digas majaderías —replicó Sally—. John es demasiado decente para abandonarte cuando estás en un apuro. Uno no se divorcia de la gente porque haya contraído deudas. Y si se encuentran tus pagarés en posesión de Ernie Fletcher estará probado que no has sido una mujer infiel.

—Si los encuentran y se descubre todo, me mataré —anunció Helen—. No podría soportarlo. ¡No podría! John no sabe nada de mi afición al juego. Esta es una cosa que odia por encima de las demás. Neville no merece ni un minuto de atención, pero tiene toda la razón al decir que es una historia desagradable. No se trata de *bridge* ni de lo que se juega en las reuniones, sino... el verdadero infierno.

—¡Atiza! —dijo Miss Drew galanamente—. ¿El vicio tentador como tal, arpías desencajadas y suicidios adyacentes? ¿Era ése el tipo de juego?

—No era así, ni he oído hablar de suicidios, pero era un lugar horrible y en cierto modo... también extraordinariamente atractivo. Si John lo supiera... si supiera la gente que iba... Sally, nadie querría creer que soy una buena mujer si se supiera que iba a ese lugar.

—Pues ¿por qué ibas?

—¡Oh!, por su atractivo. Como uno va a los barrios bajos. Desde el primer día me sentí atraída hacia él. Me gustaba la excitación del juego. Luego perdí mucho dinero y como una imbécil creí poder volver a recuperarlo. Espero que no te será desconocida la impresión de que te arrastran contra tu voluntad y debes seguir jugando.

—¿Por qué no vendías tus perlas?

Una débil sonrisa entreabrió los labios de Helen.

—Porque no valen nada.

—¿Qué? —preguntó Sally.

—Son una imitación —confesó Helen amargamente—. Vendí las auténticas hace mucho tiempo. Para otras cosas. Siempre he sido una imbécil extravagante y John me había advertido que no lo consentiría. Fui vendiendo mis cosas.

—¡Helen!

Neville, que había estado descansando en un cómodo sillón con los ojos cerrados interrumpió, soñoliento:

—¿No habías dicho que deseabas material?

—Aunque no se tratara de Helen, no podría utilizar éste. No entra en mi tipo de

producción. Tengo que concentrarme únicamente sobre el asesinato. A propósito, Helen, ¿quién te llevó a ese lugar infernal? ¿Nuestro querido Ernie?

—¡Oh, no, no! —exclamó Helen—. Al contrario, él fue quien me rescató. No puedo decirte lo bien que se portó conmigo. Dijo que todo se arreglaría y que no debía volver a preocuparme, rogándome que le prometiera ser buena en adelante.

—¡Serpiente! —masculló Sally, indignada.

—Sí, sólo que... no lo parecía. ¡Tenía un modo de decir las cosas! Se apoderó de aquellos malditos pagarés y al principio yo le quedé agradecida.

—Luego te hizo un chantaje.

—¡No! No lo hizo. Bueno, no lo hizo por completo. No sé explicártelo, pero no era exactamente lo que imaginas. Naturalmente, utilizó los pagarés como un arma, pero quizá no lo decía en serio. ¡Lo hizo todo tan... sonriente y estaba tan enamorado de mí! Creo que perdí un poco la cabeza y no supe tratarlo de una forma apropiada. Pero me asusté, ni siquiera podía dormir pensando que mis pagarés estaban en poder de Ernie. Por eso se lo dije a Neville. Creí que quizá podría hacer algo.

—¿Neville? —preguntó Miss Drew con un acento de desprecio no fingido—. Era como si se lo hubieras encargado al tonto del pueblo.

—Ya lo sé, pero no había nadie más. Y él es inteligente a pesar de ser tan inútil.

—¿Esto es desde el punto de vista del pueblo? —preguntó Neville, ligeramente interesado en la conversación.

—Puede que tenga una especie de cerebro, pero todavía no he oído hablar de que se moleste por nadie o que se porte como una persona servicial. No puedo imaginar cómo lograste persuadirlo de que se ocupara de este asunto.

—Lo de la gota de agua sobre una piedra —murmuró Neville.

—Bueno, puesto que lo habías prometido, creo que debías de haber hecho algo. ¿Lo intentaste siquiera?

—Sí, fue algo espantoso.

—¿Por qué? ¿Se puso Ernie furioso?

—Se mostró más sorprendido que furioso. Y yo también. Deberíais haber visto en mi caracterización de hombre digno y serio, con un respeto para las buenas formas y las cosas correctas. No quisiera jurar que no le supliqué que jugara limpio. Ernie terminó fastidiado y os aseguro que no me sorprendió.

—Mira, no sólo no tienes corazón, sino que tampoco posees un alma digna —opinó Sally. Dirigiéndose a su hermana, preguntó—: ¿Me invitaste para hacer de carabina?

—En cierto modo. Además te necesitaba.

—Muchas gracias. ¿Qué ha ocurrido esta noche?

—Nada, Sally, nada. Fue una tontería, pero creí que si solamente lograba hablar con Ernie y entregarme a su generosidad, todo se arreglaría. Tú estabas ocupada con

tu libro, yo cogí la capa y me fui, entrando por la parte posterior de Greystones con la esperanza de encontrar a Ernie en su despacho.

—Me parece que no es ésta la primera vez que has visitado a Ernie de esa forma —interrumpió Sally, astuta y maliciosa.

Helen se ruborizó.

—Pues no. Yo... he ido una o dos veces antes de ahora, pero no desde que comprendí que se había enamorado de mí. Sinceramente te confieso que le había considerado hasta entonces como una especie de tío.

—Todavía más tonta. Sigue. ¿A qué hora saliste para ir a esa estúpida entrevista?

—A las nueve y media, cuando comprendí que tú estarías absorta en tu estúpido libro —replicó Helen, indignada—. Y sabía que Ernie estaba en su despacho porque cuando entré en Maple Grove vi a un hombre salir por la verja de Greystones y marcharse en dirección a la Avenida Vale.

—Abraham —exclamó Neville—. Bien, de todos modos esto lo confirma. Lástima, porque el nombre ofrecía posibilidades.

—No sé de qué estás hablando. Entré en el jardín y subí por el sendero hasta el despacho de Ernie. Estaba allí, pero pronto comprendí que mi visita había sido un error. Me pareció... despreciable, tan despreciable como una persona encantadora como él podía serlo.

—Eso es lo que ocurre por haberme hecho intervenir —observó Neville—. No se le puede reprochar a Ernie.

—¿Cuánto rato estuviste con él? —preguntó Sally—. Piénsalo bien, puede ser importante.

—No tengo necesidad de pensar. Lo sé sin titubear. Ernie dijo algo sobre si me encontraba con él a una hora tan comprometedora y yo consulté el reloj y dije que si consideraba comprometedora las diez menos cuarto, debía de tener una mentalidad francamente ochocentista, mientras que yo le consideraba únicamente de principios de siglo...

—Estupendo —aplaudió Sally.

—Sí, estaba furioso —confesó Helen—, y salí inmediatamente por donde había venido.

—¿Te fuiste directamente a casa?

Helen vaciló, con la mirada fija en Neville, que la contemplaba con una expresión de soñolienta diversión.

—¡No! —aclaró después de una pausa—. No... Oí que se abría la verja del jardín y, naturalmente, no deseaba que me vieran, por lo que me escondí detrás de un arbusto, cerca de la casa.

—¿Quién era? —preguntó Sally, rápidamente.

—No lo sé. No le pude ver. Lo único que puedo decir es que era un hombre.

Sally escudriñó su rostro y se limitó a decir:

—Muy bien, continúa.

—Entró en el despacho, creo que cerró la puerta tras él. No oí nada, excepto un lejano murmullo de voces.

—Escapaste en cuanto tuviste oportunidad.

—Naturalmente —afirmó Helen.

—¿Y nadie más te vio, excepto Ernie?

—Nadie más.

—¿Y no dejaste caer algún pañuelo o algo por el estilo?

—Claro que no.

—Entonces no existe nada más que los pagarés que pueden relacionarte con el asesinato —declaró Sally—. Debemos apoderarnos de ellos antes de que la policía lo haga.

—¡Oh, Sally, si pudiera! Pero ¿cómo? No están en su pupitre...

—¿Cómo lo sabes? —interrumpió Sally.

—Porque yo... por algo que dijo Ernie —tartamudeó Helen.

—No confiaría demasiado en lo que él afirmó. Claro que pueden estar en una caja de caudales, pero quizá no los pusiera allí. Neville, he aquí tu misión.

Neville abrió los ojos. Después de contemplar a ambas hermanas en su forma adormilada habitual, se levantó del sillón y se acercó a la mesa en que se encontraba la caja de cigarrillos. Cogió y encendió uno, sacó su petaca vacía y la llenó, mientras con tranquilidad comentaba:

—Toda esta excitación se os ha subido a la cabeza.

—¡Oh, no! Tú vives en la casa. Tú te comprometiste a ayudar a Helen. Tú puedes encontrar esos pagarés antes de que Scotland Yard meta baza.

—¿Scotland Yard? —preguntó Helen.

—Sí. Estoy segura de ello —replicó Sally—. Esto entra en su jurisdicción. Probablemente mandarán un hombre a que haga las investigaciones. Neville, ¿estás dispuesto a correr un riesgo?

—No, querida —contestó colocando el último cigarrillo en su pitillera.

—Ya te preocuparías de hacerlo si fueran tus pagarés.

—Me atrevo a decir que sí. Pero no son los míos. No quiero saber nada de ellos.

—Si tuvieras un gramo de decencia... o de caballerosidad...

—Mira, deja de adornarme como para representar el papel de héroe —imploró—. Busca a algún otro para que haga el trabajo. Debes de conocer a un ejército de hombres más valientes y mejores que yo.

—Muy bien —exclamó Sally—, si tú no tienes valor para hacerlo, yo lo tengo y lo haré.

—No quisiera enfriar tu ardor juvenil, cariño, pero creo que es mi deber advertirte

que hay un vigoroso y decidido policía apostado en el vestíbulo.

—No se me había ocurrido —murmuró Sally desalentada. De pronto tuvo una idea— ¿Significa eso acaso que vigila a los que habitamos la casa?

—Verás, desde luego no es un invitado.

—Animal, idiota, ¿por qué diablos has venido aquí si la casa estaba vigilada?

—A buscar cigarrillos. Se nos han acabado.

—¡No seas imbécil! ¿No comprendes que les has guiado directamente hacia Helen?

—¡Oh, no! No, no lo he hecho —replicó Neville con tímida sonrisa—. He saltado por la ventana de mi cuarto y por encima de la tapia del jardín.

—¿Has..., has hecho esto realmente? —exclamó Sally, dulcificando su mirada tempestuosa—. Confieso que jamás se me hubiera ocurrido que pudieras tomar esta precaución.

—Atavismo —explicó Neville.

—¡Oh, Neville!, ¿cómo diablos te las arreglaste? —preguntó Helen, admirada.

—Por favor, no os confundáis —les advirtió alarmado—, no fue un acto heroico ni atrevido, ni siquiera difícil.

—Debió de haberlo sido. No comprendo cómo lo hiciste. Jamás hubiera tenido ese valor.

—No es cuestión de valor, es únicamente una de las ventajas de una educación universitaria.

—En fin, considero que por lo menos fue un acto deportivo —observó Sally—, pero no nos ayuda a solucionar el problema de apoderarnos de esos pagarés.

—No te esfuerces —recomendó Neville—, no puedes cogerlos. Están probablemente en la caja de Ernie, tal como tú insinuaste.

—Siempre hay modos de abrir cajas de caudales —expuso Sally, apoyando la barbilla en sus manos—. Supongo que ni por casualidad sospechas la combinación.

—Por primera vez en toda la noche, has acertado. Dios mío, cómo odio a las mujeres.

—Sally, ¿no sabrás tú abrir cajas de caudales? —preguntó Helen, olvidando sus preocupaciones.

—No sin un estudio. Tendría que verla primero. Claro que sé algo de la sopa.

—¿Qué clase de sopa? —preguntó Neville—. Si vamos a hablar de gastronomía, puedo ser muy inteligente, aunque pocas veces me hallo inspirado.

—No seas así. No se trata de esta sopa. Me refiero a la pasta que sirve para reventar cajas de caudales. He olvidado exactamente de qué se compone, pero es un explosivo.

—¿De verdad? —preguntó Neville—. ¡Qué diversión tan estupenda! ¿Haremos saltar al policía que está en el vestíbulo?

—No estaba pensando en utilizar este método aunque supiera prepararlo, cosa que ignoro.

—Querida, mira, eso no es más que tu débil naturaleza femenina que rompe la corteza. Haz un esfuerzo y no te limites a la caja. Procura que salte toda la casa y así eliminaremos al policía.

—Anda, riéte —aconsejó Sally—, después de todo tú no estás en el lío, ¿verdad? —Se levantó y paseó de un lado a otro de la habitación—. En fin, enfrentémonos con la realidad. No podemos abrir la caja y no sabemos cómo deshacernos del policía. En realidad no podemos hacer nada. Pero si yo creara esta situación en un libro, debería pensar en la forma de solucionarla. ¿Por qué diablos no se me ocurre nada ahora?

Neville demostró un fingido interés:

—Si todos nosotros estuviéramos en uno de tus libros, tendríamos bastante más valor del que tenemos para empezar.

—No necesariamente.

—¡Oh, sí! Tú siempre pintas tus personajes más que perfectos. También seríamos más inteligentes. Tú, por ejemplo, sabrías preparar tu sopa...

—Y también sabría dónde comprar... los ingredientes, cosa que actualmente ignoro —interrumpió Sally.

—Exactamente. Helen saldría y lanzaría alaridos fuera de la casa, para atraer al policía, mientras tú volabas la caja. Y yo prepararía una escena para entretenerle a su vuelta, diciéndole que creía haber oído algo en el despacho y acompañándole por donde tú habías escapado con los documentos comprometedores. ¿Te imaginas a alguno de nosotros ejecutando esto?

—No. No puedo. En todo caso no es muy inteligente el plan. Desde luego atraería a toda la policía hacia nosotros por causa de Helen.

—A Helen no se la vería. Se habría fundido en la noche cuando el policía llegara a la calle.

—Discutamos las posibilidades —suplicó Helen.

—Además discutiré las inevitabilidades. Todos nosotros nos sentaremos quietecitos y dejaremos que la policía se preocupe. Ernie ha muerto y no podemos hacer otra cosa sino conservar nuestro equilibrio. En realidad estamos en manos de la suerte, que es una situación encantadora.

—Situación peligrosa y no encantadora —rectificó Sally.

—Naturalmente. ¿Te has fijado alguna vez en lo atractivo que puede ser el miedo? Helen lo ha probado en su infierno de juego.

—¡Oh, no habléis de eso! —suplicó Helen—, es demasiado espantoso. Me siento mareada... y me desespero cuando pienso en ello.

—Toma bicarbonato —insinuó burlonamente Neville—. Entretanto yo me voy a mi casa para acostarme. ¡Ah!, ¿os he dado las gracias por los cigarrillos? A propósito,

¿dónde se supone que está John ahora?

—En Berlín —contestó Helen, desanimada.

—Pues te equivocas. Lo he visto hoy mismo en Londres.

Helen se levantó de un salto, blanca como el papel, mirándole fijamente.

—No puede ser. Sé que está en Berlín.

—No obstante, yo lo he visto —murmuró Neville.

Estaba junto a la ventana con una mano en la cortina.

Helen se le acercó rápidamente para evitar que se fuera, preguntándole, exaltada:

—¿Le has visto o has creído verle? ¿Te imaginas acaso que ignoro dónde está mi propio marido?

—¡Oh, no! —contestó Neville dulcemente—. No te he dicho esto, preciosa.

Capítulo 3

—Vaya, no me parece un caso tan fenomenal —observó el sargento Hemingway entregando el informe a su superior. Sólo veo a aquel sujeto, por lo menos de momento.

—En efecto —afirmó Hannasyde—. No obstante, hay otros puntos.

—Tiene razón, comisario —dijo el inspector True—. Eso es lo que yo opiné. ¿Qué me dice de las huellas del jardín? No eran de la vieja. Ella no puede usar ese tipo de zapatos.

—De una camarera despidiéndose de su novio —murmuró el experto Hemingway.

—Lo dudo —comentó Hannasyde—. Difícilmente escogería un arbusto frente a la ventana del estudio de su señor.

—No, y tampoco hay en la casa nada parecido —explicó el inspector—. La cocinera es una mujer respetable, casada con Simmons, el mayordomo, y la camarera es su propia sobrina y esa Mrs. Simmons jura que lo mismo ella que la ayudante de cocina no salieron de casa en toda la noche.

—Estoy convencido de que las huellas de las pisadas no tienen importancia —repitió Hemingway, con obstinación—. Necesitamos atrapar al individuo que su subordinado, ¿cómo se llama?... ¡ah!, Glass, vio huir. Sólo esto y basta.

—¿Se siente nervioso? —preguntó Hannasyde, mirándole de reojo.

—No me gusta esto. Con frecuencia me ocurre. Y tampoco me tranquiliza el cráneo aplastado. No me dice nada. Dénme algo un poco complicado y me lanzaré de cabeza en seguida en busca de la pista.

Hannasyde sonrió.

—Le repito que hay algo en todo esto. El hombre que ha sido asesinado parece ser que contaba con el aprecio de todos. Ni siquiera se ha insinuado que existiera un motivo que justificara su muerte.

—Espere a trabajar media hora en este caso —aconsejó Hemingway—. No me importaría apostar a que encontraremos cientos de personas rebosantes de motivos para cometer el crimen.

—Creía que usted acababa de decirme que lo que hacía falta era encontrar al hombre que vio P. C. Glass.

—Creo que lo dije, jefe. Y lo que es más, tenía razón. Pero fíjese en mis palabras: encontraremos suficiente material desconcertante antes de llegar a la solución. He visto casos parecidos a éste antes de ahora.

—Tal como yo lo veo —comentó el inspector lentamente—, lo primero que hay que encontrar es el instrumento con que se cometió el crimen.

—Sí, este es otro de los puntos —replicó Hannasyde—. Su subordinado Glass

parece estar seguro de que el individuo que vio huir no llevaba nada en las manos. ¿Qué clase de hombre es? ¿Es de confianza?

—Sí, señor, de absoluta confianza. No tiene más inconveniente que su conciencia. Glass es un hombre extraordinariamente religioso. Jamás puedo recordar a la secta que pertenece, pero es una de las que asegura que sus miembros son tentados por el demonio y movidos por el Señor a levantarse y confesar. Yo no pienso como él, pero considero que para formar ahora el mundo se necesita toda clase de gente y de opiniones. Estaba precisamente pensando en mandarle a Glass para que le preste cuanta asistencia necesite, comisario. Lo considero uno de mis mejores hombres. Algo lento, pero no es de los que pierden la cabeza o se salen por la tangente. Además, me parece justo encargarle de este caso, teniendo en cuenta que fue él quien descubrió el cadáver.

—Muy bien —contentó Hannasyde, distraído, leyendo los pliegos que tenía en la mano.

El inspector tosió para llamarle la atención:

—Creo que es mejor que le advierta, señor, que tiene una costumbre muy pesada y es la de hablar con frases sacadas de la Biblia. Es uno de esos hombres que hablan siempre de fuego y castigo, no sé si me comprende. Es imposible quitársela. Según él, está guiado por el espíritu bueno.

—Apuesto a que Hemingway sabrá tratar con él —dijo Hannasyde, riéndose de ello.

—Ya sabía yo que este caso no iba a gustarme —afirmó Hemingway, abatido.

Media hora más tarde, después de haber dado una vuelta por el jardín de Greystones, inspeccionando las huellas de pisadas que se veían detrás del arbusto, y lanzado una mirada curiosa sobre la rígida silueta de P. C. Glass, volvió a repetir aquella afirmación de que era un asunto poco simpático.

—«Si fueres flojo en el día de trabajo, tu fuerza será reducida» —censuró Glass.

El sargento le contempló con verdadero disgusto.

—Si se pone impertinente conmigo, muchacho, acabaremos mal —le advirtió.

—Las palabras no son mías, sargento, sino que están en las Sagradas Escrituras —explicó Glass.

—Siempre hay un momento y un lugar para todo —replicó el sargento—. Y este no es momento ni lugar para las Sagradas Escrituras. Ahora fíjese en lo que le digo. Cuando vio al individuo escapar por esta puerta, anoche, habían dado las diez, ¿verdad?

—Sí, sargento.

—¿Y era de noche?

—Sí, sargento.

—¿Demasiado oscuro para poderle ver claramente?

—Demasiado para distinguir sus facciones, pero no demasiado oscuro para que observara su silueta e indumentaria.

—Mi opinión es que era demasiado oscuro para que viera si llevaba algo o no —prosiguió el sargento.

—Nada llevaba en sus manos —replicó Glass seguro—. No quiero levantar falsos testimonios contra un semejante mío.

—Bien, dejémoslo. Ahora dígame, ¿hace mucho tiempo que está usted en este distrito?

—Tres años, sargento.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre estos Fletcher?

—Sus ojos salen fuera empujados por la gordura. Poseen más que lo que se puede desear.

—¡Caramba! Muy agradable, ¿no le parece? ¿Y qué me dice del sobrino?

—No sé nada de él. Ni bueno ni malo.

—¿Y del muerto?

Una mirada sombría se reflejó en los ojos de Glass.

—Aquel que persigue el pecado, lo persigue hasta su propia muerte.

El sargento aguzó los oídos.

—¿Qué pecado?

Glass lo contempló severamente y murmuró:

—Creo que se había entregado por completo a las ligerezas y vanidades, tenía doblez de corazón, era impuro...

—Bueno, bueno, basta —exclamó el sargento molesto—. Ninguno de nosotros es un santo. He oído decir que el muerto era apreciado por todos.

—Es cierto. Se dice que era un hombre de modales agradables, amable y servicial. Pero el corazón es engañoso por encima de todo, y desesperadamente malo. ¿Quién puede conocerlo?

—Muy bien. Todo esto está muy bien, ¿pero en qué se funda su opinión de que era impuro? ¿De las huellas de zapatos?

—No. Joseph Simmons, que avanza por el camino de la luz verdadera, aunque es un infeliz, conocía alguno de los secretos de la vida de su amo.

—¡Ah, sí! Vamos a comprobarlo —dijo el sargento, emprendiendo rápidamente el camino de la casa.

Entró por la vidriera del despacho, encontrando allí a su superior con el abogado de Ernest Fletcher y con Neville Fletcher, perezoso sobre un sillón, con el inevitable cigarrillo colgando de la comisura de sus labios.

—Si no es nada más que eso, comisario —estaba diciendo el abogado—, me despediré de ustedes. Si en adelante precisa de mis servicios, ésta es mi dirección.

—Gracias —contestó Hannasyde, tomando la tarjeta.

El abogado cogió el testamento de Ernie Fletcher y lo volvió a meter en su cartera. Por encima de sus lentes lanzó una mirada severa a Neville, diciéndole:

—Neville, es usted un joven afortunado. Espero que sabrá ser digno de las riquezas que su tío le ha legado.

—Lo mismo deseo yo —contestó Neville, con su sonrisa fugaz—. Trataré con todas mis fuerzas de evitar que esta vulgar riqueza corrompa mi alma.

—Es una gran responsabilidad —añadió gravemente el abogado.

—Ya lo sé y esto es lo que me descorazona. La gente esperará de mí que me ponga sombrero y que lea las cotizaciones de bolsa.

—Espero que hará usted bastante más que esto —replicó el abogado—. Ahora, si me lo permiten, me gustaría decirle unas palabras a su tía. Quizá usted mismo podría acompañarme hasta ella.

Neville se levantó amablemente y abrió la puerta al abogado. Salieron juntos de la habitación y el sargento Hemingway, que había permanecido silencioso junto a la ventana, preguntó:

—¿Quién es esta especie de fideo, jefe?

—El heredero —contestó Hannasyde—. Neville Fletcher.

—En fin, no se lo discutiré. Parece que no tenga un par de céntimos para hacer sonar en los bolsillos y desde luego carece absolutamente de fuerzas para levantarse sin agarrarse a algo.

—No debe usted fiarse de las apariencias, sargento —replicó Hannasyde, sonriendo—. Este descolorido joven es el campeón de saltos de altura. Ganó esta distinción en Oxford, según me dijo el abogado.

—¿Es posible? En fin, no lo hubiera creído nunca. ¿Y es el heredero? ¿Qué le dije a usted? Motivo número uno.

—Lo recordaré cuando elimine al visitante desconocido —prometió Hannasyde—. Entretanto, hemos encontrado este pequeño botín.

El sargento se acercó a la mesa y por encima del hombro de Hannasyde contempló tres hojas de papel, todas ellas firmadas por Helen North.

—Pagarés —dijo—. Vaya, vaya, vaya. Fue sembrando dinero, ¿verdad? ¿Sabe lo que pienso, comisario? Estos papelitos me huelen a chantaje. Me parece que nuestro amigo Ichabod no andaba tan descaminado con sus insinuaciones sobre el pecado.

—Mi nombre no es Ichabod, sargento, sino Malachi —protestó Glass, ofendido, desde la ventana.

—No me extraña —murmuró el sargento—. ¿Qué piensa de las huellas de zapatos femeninos, jefe?

—El informe médico demuestra que es absolutamente improbable que una mujer pudiera asestar el golpe que mató a Ernest Fletcher. No obstante, estoy de acuerdo en que estos papeles necesitan ser examinados detenidamente.

—¿Es que el joven Neville tiene alguna idea sobre esta Helen North?

—No se lo he preguntado. Suponiendo que estos pagarés no tengan ninguna relación con el caso, no deseo promover escándalos —y levantó la mirada descubriendo a Glass con el ceño fruncido—. ¿Qué? ¿Es que este nombre no le dice nada?

—Un caballero con ese apellido vive con su esposa a unos cinco minutos de esta casa —contestó Glass lentamente.

El sargento frunció los labios en un silbido inaudible. Hannasyde preguntó:

—¿Sabe algo de ellos?

—No, señor.

—¿Dirección?

—Encontrará la casa en el camino paralelo a Maple Grove. Se llama «The Chestnuts».

Hannasyde lo apuntó. El sargento, entretanto, se entretenía mirando una colección de fotografías y clisés desparramados sobre la mesa.

—Glass, por lo visto andaba usted descaminado —observó—. Tengo que inclinarme ante el difunto Ernest. Desde luego, sabía escogerlas. ¡Estupendo harán!

Cogió una gran fotografía de una rubia hechicera, vestida, al parecer, con un abanico de plumas, y la contempló admirado.

—Esta es Lily Logan, la bailarina. ¡Qué cuerpo!

Glass apartó los ojos, estremeciéndose.

—«¿Tomará el hombre fuego en su seno, sin que sus vestidos se quemen?». «Como zarcillo de oro en la nariz del puerco, es la mujer hermosa y apartada de razón».

—Eso es lo que usted cree —refunfuñó Hemingway, dejando a Lily Logan sobre la mesa y observando detenidamente a otra belleza sonriente—. Aprovechaba el tiempo, ¿no le parece? ¡Hombre! —sus ojos habían, tropezado con el retrato de una morena de pelo rizado. Cogió la fotografía y observó—. Me parece que he visto a esta dama antes de ahora.

—Teniendo en cuenta que sus amigas femeninas consistían principalmente en coristas, no es extraño que la haya usted visto —comentó Hannasyde.

—«Con cariño, Angela» —leyó el sargento—. ¿Angela...? —se rascó la barbilla, reflexionando—. Esto parece que me dice algo. ¿Recuerda usted esta cara, jefe?

Hannasyde estudió la fotografía durante unos minutos y finalmente confesó:

—Desde luego me es familiar. Debe de ser alguna actriz. Supongo que es inútil preguntárselo a Glass.

—No deseo mirar el rostro de una mujer perdida —masculló Glass—. «Su fin es amargo como el ajeno, agudo como el cuchillo de dos filos».

—Oiga, ¿qué le pasa? —preguntó el sargento—. ¿Es que una actriz le ha dado

calabazas o qué?

—No me trato con actrices.

—Muy bien, pues si no se trata con ellas, no las ataque tampoco. A propósito, ¿cómo sabe usted el final de esta pobre muchacha? —añadió dejando la fotografía—. ¿Algo más, jefe?

—Por ahora, nada.

En este momento se abrió la puerta y entró Miss Fletcher. Iba severamente enlutada, y sus mejillas redondas habían palidecido, pero sonrió amablemente a Hannasyde.

—¡Oh, comisario!..., porque usted lo es, ¿verdad?

Hannasyde se había puesto de pie y disimuladamente había hecho desaparecer las fotografías debajo de la carpeta.

—En efecto, señora.

—Válgame Dios, cuánto trabajo debe de tener —exclamó, contemplando aquel montón de papeles—. Ahora dígame, ¿quiere usted un refresco?

El comisario declinó el ofrecimiento, cosa que parecía obsesionar a la señora, y le preguntó si deseaba hablar con él.

—Sí —confesó—. En cualquier momento que usted quiera. Veo que está ocupado ahora y no quisiera molestarle.

—Me pongo a su entera disposición, Miss Fletcher. ¿Quiere sentarse? Muy bien, Glass, pueda esperar fuera.

—Tiene usted una expresión tan amable —dijo Miss Fletcher—, que es completamente distinta a la que uno espera. Creo que con usted podré hablar. ¿Está usted seguro de que no quiere nada? ¿Un poco de café y un emparedado?

—No, muchísimas gracias. ¿Qué es lo que deseaba usted decirme, Miss Fletcher?

—Temo que piensa que abuso de su bondad con mis tonterías. Ha sido una pena haber cometido la torpeza de no habérselo preguntado a nuestro querido Mr. Lawrence mientras estaba aquí. Hace tantos años que lo conocemos, que siempre digo que parece más un amigo que un abogado, aunque realmente no hay motivo para que no sea ambas cosas a la vez, y confío que él también pensará así. Fue una simpleza mía, porque precisamente se trata de algo que él podía saber.

—¿De qué se trata, Miss Fletcher? —preguntó Hannasyde, interrumpiendo aquel alud de palabras.

—Se trata de los reporteros —confesó—. Pobrecitos, uno sabe que tienen que ganarse la vida y que debe de ser un trabajo muy desagradable si se piensa bien y uno no desearía mostrarse poco amable con ellos...

—¿Es que la han molestado? —interrumpió Hannasyde—. Todo cuanto debe hacer es advertir a su mayordomo que les diga que no tiene nada que declarar.

—Parece tan descortés... —murmuró la señora—. Uno de ellos creo que se halla

muy desnutrido. Al mismo tiempo no me gustaría ver mi fotografía en los periódicos.

—Lo comprendo. Cuanto menos les diga, mejor, Miss Fletcher.

—Bien, esto es lo que yo pienso. ¡Pero mi sobrino es tan malo! Siempre tiene ganas de bromas, pero uno no sabe lo que pensará la gente, ¿verdad? ¿No querría usted insinuarle que no debe hacerlo? Me parece que lo que usted le diga tendrá más peso que mis palabras.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Hannasyde.

—Verá usted, ha dicho a uno de los reporteros que él estaba empleado aquí de botones y cuando el hombre le preguntó cómo se llamaba, dijo que su nombre era Crippen, pero que no quería que se supiera.

Hannasyde rio.

—No creo que tenga mucha importancia esto, Miss Fletcher.

—No, claro, pero a otro le dijo que acababa de llegar de Yugoslavia y que estaba aquí en misión secreta. En realidad, ahora está en el jardín contando a tres de ellos una ridícula historia sobre una intriga internacional en la que mezcla a mi hermano. ¡Y ellos la apuntan en sus libretas! Neville es un actor maravilloso y, naturalmente, habla el serbio porque ha viajado por los Balcanes. Pero yo creo que no tendría que engañar a estos pobres señores, ¿no le parece?

—Claro —asintió Hannasyde—. Es peligroso jugar con los caballeros de la prensa. Hemingway, vaya a decirle a Mr. Fletcher que quiero hablar con él.

—Muchas gracias —dijo Miss Fletcher, agradecida—. ¡Pobre Neville! Debemos recordar siempre que no ha conocido el amor de una madre y esto es muy influyente en la formación, ¿no le parece? No es que sea un chico malo, yo le quiero muchísimo, pero es como tantos jóvenes de hoy día: parece que no tengan corazón. Nada parece importarles, ni siquiera una cosa así —sus labios temblaron, buscó el pañuelo y se secó los ojos—. Debe perdonarme, pues yo quería mucho a mi hermano. Todavía me parece que todo esto no puede haber sucedido.

—Ha tenido que ser un disgusto terrible para usted —murmuró Hannasyde, compadecido.

—Sí. Mi hermano era un hombre muy simpático. Todos le querían.

—Así lo he oído decir, Miss Fletcher. No obstante, parece ser que tenía un enemigo por lo menos. ¿No sospecha usted quién pueda ser?

—¡Oh, no! No sospecho de nadie. Pero... yo no conocía a todas sus... amistades... Comisario —la dama levantó la vista angustiada, pero Hannasyde permaneció en silencio—. Esta es una de las cosas de las que quería hablar con usted. Quizá pensará que soy muy atrevida al mencionarle estas cosas, pero estoy decidida a hacerlo.

—Puede usted hablarme con entera franqueza —aconsejó el comisario dándole ánimos.

—A mi hermano —comenzó con voz opaca y mirando hacia un punto más allá de su interlocutor— le gustaban mucho las mujeres.

Hannasyde asintió, riendo.

—Nunca quise entrometerme y, naturalmente, jamás me habló de ellas, pero lo sabía. En mi juventud, comisario, las señoras no discutían estas cosas. Hoy día todo ha cambiado y la gente joven habla de todo, cosa que me parece lamentable. ¿No le parece que es mucho mejor cerrar los ojos ante ciertas cosas? Pero se me ha ocurrido..., lo recordé durante la noche..., de que el que mató a mi hermano... puede haberlo hecho inducido por celos.

—Sí, podría ser —murmuró Hannasyde.

—Sí. Si lo fuera, se sabría. Lo comprendo. Pero si usted pensara que no era, si... o no descubriera al hombre que lo hizo..., ¿cree usted que los asuntos privados de mi hermano... deben ser necesariamente propagados?

—De ningún modo —replicó Hannasyde—. Comprendo perfectamente sus sentimientos, Miss Fletcher, y le aseguro que los respetaré cuanto me sea posible.

—¡Qué amable! —suspiró—. Tengo tanto miedo a los periódicos y a sus fantásticas historias acerca de mi pobre hermano... o que se apoderen de sus cartas. Comprende lo que quiero decir, ¿verdad?

—No tema —le aseguró—. No existen cartas como las que usted sospecha.

—¡Oh, qué agradecida estoy! —suspiró—, me ha quitado un peso de encima.

Se levantó en el momento en que el sargento Hemingway acompañaba a su sobrino a la habitación y se despidió del comisario con una sonrisa trémula. Neville entró hablando, como siempre, rápidamente y con amabilidad y, a juzgar por la expresión desesperada de Hemingway, se comprendía que los comentarios del muchacho eran más bien ligeros. Cuando vio a su tía, se interrumpió en mitad de una frase y le recomendó que no dijera nada como no fuera en presencia de su abogado. Miss Fletcher explicó a Hannasyde que aquella era una de sus bromas y se dirigió hacia la puerta.

Neville la cerró tras ella, diciendo, plañidero:

—Naturalmente, uno no tiene más remedio que obedecer la llamada de la ley, pero me ha interrumpido en un momento delicado, comisario.

—Lo siento —replicó Hannasyde, añadiendo con un destello de malicia en los ojos—: ¿Complicaciones internacionales?

—Sí, acababa de atacar a un patriota montenegrino con un cuchillo. La historia se desenvolvía maravillosamente, pero ahora me han hecho perder el hilo.

—Acepte mi consejo y no intente burlarse de la prensa. Suponga, aunque no es fácil, que se publicara su historia internacional.

—¡Oh!, espero que lo hagan —contestó Neville—. Le aseguro que es estupenda y que no he reparado en ningún sacrificio. No lo hago habitualmente, pero el viejo

Lawrence parece creer que debería tomármelo más en serio. ¿Necesita de mí para algo especial? Porque, si no es así, le advierto que estoy en la mitad de una historia que cuento al sargento y que me ocurrió en Skoplie. No es precisamente una narración correcta para todos los oídos es más bien poco recomendable, pero a él le gustan. En realidad, los dos tenemos afinidades.

La sonrisa que todavía perduraba en el rostro del sargento, se desvaneció de pronto. Enrojeció violentamente y tosió como excusándose.

—Quizá sea así —replicó Hannasyde—, ¿pero no cree usted que éste no es el momento oportuno para contar estas cosas?

—No estoy de acuerdo con usted —protestó Neville—. Si uno está con personas con oídos anchos para todo, no creo que exista una época de veda para mis cuentos.

—Dígame, Mr. Fletcher, ¿conocía usted bien a su tío?

—Creo que ganaremos tiempo si le digo que no —contestó Neville—. Veo que estamos ya en el umbral de combinar palabras cruzadas para hablar.

—¿Por qué? —preguntó Hannasyde no comprendiendo bien la contestación.

—Porque uno nunca conoce a la gente. Las madres dicen siempre que conocen perfectamente a sus hijos. Presunción. Además, es una cosa desagradable el tener que buscar pruebas y los resultados generalmente nos engañan. Los pensamientos no formulados del cerebro humano son insospechados y saberlos resultaría inquietante.

—¡Oh! —exclamó Hannasyde, quien había seguido con dificultad aquel discurso rápido y de estilo telegráfico—. Comprendo lo que usted quiere decir, pero mi pregunta queda sin contestación. Todo lo que una persona puede conocer de otra, podía conocer usted de su tío.

—No, porque el interés es el anticipo natural a la comprensión.

—¿Y usted no sentía ningún interés por él?

—Ninguno, como no fuera objetivo. Y esto tampoco lo puedo asegurar. ¿Le gusta a usted la gente?

—¿Y a usted?

Neville extendió las manos y se encogió de hombros.

—Algunos... un poco... pero a distancia.

—¿Tiene vocación de asceta? —preguntó Hannasyde.

—Hedonista. Al principio me gusta el trato personal, aunque luego me produce infinitas molestias.

Hannasyde le contempló, ceñudo.

—Tiene usted ideas extrañas, Mr. Fletcher, pero no me sirven para mi caso.

Una sonrisa brilló en los ojos de Neville.

—Rehúya mi compañía. Como usted puede comprender, no quiero llegar a ninguna parte. Una conversación prolongada conmigo resulta molesta para su carácter.

—Probablemente tiene usted razón —replicó Hannasyde con ligera aspereza—. No quiero entretenerle por más tiempo.

—¿Así, puedo regresar junto a mis entrañables reporteros?

—Si lo cree prudente... o lo desea.

—Lo deseo como dar de comer a los peces de colores —contestó Neville, dirigiéndose afuera por la puerta vidriera.

El sargento le vio marcharse y suspiró profundamente.

—Es algo sorprendente —exclamó—. Desde luego es el primer tipo de su clase que he conocido.

Hannasyde refunfuñó. El sargento le miró de reojo astuto y preguntó:

—Supongo que no le gusta, ¿verdad, jefe?

—Ni me gusta, ni le creo.

—Debo confesar que no me entero de todo lo que dice..., de lo que puedo oír, que no es mucho.

—Creo que sabe más de lo que pretende y rehúye ser interrogado. No obstante, tenemos tiempo. Hasta ahora no hay nada en contra de él —contempló su reloj de pulsera y se levantó, ordenando al sargento—: Hágase cargo de estos papeles y de estas fotografías. Ahora me voy a visitar a Mrs. North. A usted le dejo a Abraham Budd. Telefonee a Jefatura mientras esté en la ciudad y pregunte si han descubierto algo por las huellas digitales.

No tuvo ninguna dificultad en encontrar «The Chestnuts» y después de entregar su tarjeta le hicieron pasar a una agradable salita de la parte posterior de la casa. Allí no sólo encontró a Helen North, sino también a Miss Drew, que estaba sentada en una mesa junto a la ventana con una máquina de escribir portátil frente a ella.

Helen se adelantó unos pasos saludando nerviosa:

—Buenos días. Soy Mrs. North. Creo que quiere usted verme.

—Sí —contestó Hannasyde. Dirigió la vista hacia la ventana y añadió—: Quizá sería mejor que hablara a solas con usted.

—¡Oh, no! Prefiero que se quede mi hermana. ¿Quiere usted sentarse? Es... la primera vez que recibo a un detective.

—Debo explicarle, Mrs. North, que estoy investigando el asesinato de Ernest Fletcher quien, según parece, era amigo suyo.

—Sí. Sí, lo comprendo. Siga, por favor.

—¿Sabía usted que Mr. Fletcher ha sido asesinado? —preguntó.

Antes de que pudiera contestar, Sally interrumpió, diciendo:

—Así como lo sabían ya el carnicero, el panadero, el lechero, los criados, el cartero y el repartidor de periódicos.

Hannasyde la contempló con admiración pero no contestó, limitándose a inclinar la cabeza.

—Las noticias circulan con terrible velocidad en los suburbios —explicó Helen con su risita nerviosa y forzada.

—En efecto, así suele ser. ¿Cuándo vio usted por última vez a Mr. Fletcher, Mrs. North?

—¿Cuál es el motivo que le induce a hacer esta pregunta? —exclamó Sally.

—Estoy investigando un asesinato, Miss...

—Soy Sally Drew. No veo por qué piensa usted que mi hermana pueda estar enterada de los detalles de un asesinato.

—Estoy completamente dispuesto a creer que no lo sabe —replicó con cierta inflexión de buen humor, cosa que la sorprendió—, pero tengo una razón para hacer ciertas preguntas a Mrs. North y un derecho a hacerlas.

—Claro, naturalmente —reconoció Helen sin titubear—, sólo que es muy difícil precisar cuándo vi a Ernie Fletcher por última vez. Veamos... fue probablemente en la ciudad. ¡Ah, sí, sí!, nos encontramos la semana pasada en una fiesta.

—¿Está usted completamente segura de que no le volvió a ver desde entonces?

Hannasyde mantuvo clavados los ojos en el rostro de ella, fijándose en la variación de color de sus mejillas y en la mirada asustada y desesperada que expresaba claramente la indecisión que la dominaba.

—No, no..., no lo creo.

—¿Acaso no le vio usted anoche?

—¿Anoche? —repitió Helen—. ¡No! ¿Por qué sospecha usted tal cosa?

—Tengo motivos para creer que una mujer le visitó anoche.

—¡Santo Dios! ¿Por qué debo ser yo?

—Por favor, no interprete mal mis palabras, Mrs. North. Estoy completamente dispuesto a creer que esa mujer no fue usted. Desde luego, lamento verme obligado a molestarla con este interrogatorio. Pero estoy seguro de que usted comprenderá que la presencia anoche de una mujer en Greystones debe ser investigada, porque es posible que ella, fuera quien fuera, pueda dar alguna luz sobre el asesinato.

—¿Cómo? —preguntó Helen rápidamente.

—Porque, por casualidad y sin saberlo, pudo haber visto al asesino.

—¡Oh! —exclamó estremeciéndose—, es descabellado suponer que yo...

—Más concretamente, Mrs. North —le interrumpió con naturalidad— la cuestión quedará zanjada fácilmente. ¿Qué número de calzado gasta usted?

Un temblor estremeció su rostro. Lanzó una mirada hacia su hermana, quien salió inmediatamente en su ayuda:

—Treinta y cuatro, ¿verdad?, como yo.

—Sí —confesó—, en efecto. Es lo que calzan la mayor parte de las mujeres de nuestra estatura.

—Gracias —contestó Hannasyde—. ¿Le importaría prestarme los zapatos que

llevaba usted anoche?

—¿Prestarle mis zapatos? Esto, comisario, es imposible.

—¿Por qué, Mrs. North?

—Pues, verá usted... ¡Oh!, esto es estúpido. Yo no tuve nada que ver con la muerte de Ernie Fletcher.

—Entonces no comprendo por qué se niega a prestarme sus zapatos sólo por media hora —replicó Hannasyde.

—No se niega —rectificó Sally—. Además le voy a prestar los míos. Yo también conocía a Ernie Fletcher. Por consiguiente, hay el mismo motivo en sospechar tanto de mí como de mi hermana por haber estado en Greystones anoche.

—No es lo mismo —replicó el comisario.

Helen se dejó caer de pronto sobre el sofá.

—No puedo soportar esto —murmuró con voz entrecortada—. No hay ningún motivo para que venga usted a atosigarme por el solo hecho de conocer a Ernie Fletcher...

—No se trata de lo que supone. ¿No es suyo esto, Mrs. North?

Helen contempló las hojas de papel que Hannasyde tomó de su cartera. El color encendió su rostro y ella perdió parte de su dominio.

—Sí, son míos —contestó— ¿y qué le hacen sospechar?

—Supongo que reconocerá conmigo en que es necesaria una explicación. ¿Debía usted esta suma de dinero a Mr. Fletcher?

—No. Es decir, no en la forma que usted cree. Compró estos pagarés para sacarme de un... apuro y yo..., yo le pagaba poco a poco —levantó la mirada y, retorciendo el pañuelo entre sus dedos, añadió—: No quería que mi... marido se enterara. Él..., yo... ¡oh, esto es horrible!

—Comprendo que le desagrade hablar de estos asuntos, Mrs. North. Todo resultaría más fácil si hablara sinceramente conmigo y comprendiera que, excepto en el caso que puedan tener relación con el asesinato que me cuido de desentrañar, no tengo el menor interés por ello, y desde luego, no deseo hundirla a usted... en ningún escándalo innecesario.

—No hay nada que justifique un escándalo —interrumpió—. Mr. Fletcher era en mi vida sólo un amigo y no hay nada inconfesable en la compra de los pagarés. Ignoro lo que usted pueda forjarse, pero...

—Puede usted misma poner fin a mis sospechas siendo sincera conmigo, Mrs. North. Le he dicho que comprendo su situación. Pero no debe usted ignorar que el descubrimiento de estos pagarés en la caja fuerte de Mr. Fletcher es una circunstancia que hay que investigar. Si puede usted demostrarme que no estuvo en Greystones anoche, no tendré necesidad de seguir molestándola con interrogatorios que, naturalmente, le son desagradables. Pero si no puede usted probarme lo que afirma y

persiste en no prestarme sus zapatos para comprobarlos con las huellas descubiertas en el jardín de Greystones, no tengo otra alternativa que seguir adelante mis investigaciones. En tal caso me temo que tiene pocas probabilidades de evitar la publicidad que tanto teme.

Sally se levantó de su asiento y se adelantó nerviosa:

—Esa parece una coacción, comisario.

—Sí, lo reconozco —asistió—. No obstante, no lo es. Sólo intento hacer ver a su hermana que lo mejor para ella es ser sincera conmigo. Si tengo que interrogar a la servidumbre acerca de lo que hizo anoche...

—Le comprendo —confesó Sally con desenfado.

Tomó un cigarrillo de la caja y lo introdujo en la boquilla. Contempló inquisitivamente a Hannasyde mientras sacaba un encendedor del bolsillo. La llama danzó por un momento, encendió el cigarrillo, volvió a mirar a Hannasyde y, por fin, dijo con firmeza:

—Tiene razón, Helen. No le importan tus asuntos ni tiene nada contra ti, pero, naturalmente, has de demostrar en este asesinato tu inocencia.

Helen se mostró confusa de momento, pero después de reflexionar, explicó:

—Anoche vi a Mr. Fletcher. Ya le he explicado que era un... buen amigo, sin duda mejor que yo. Lo consideraba algo así como a un tío.

—Muy bien —murmuró Hannasyde—, tenía usted un motivo para visitarle.

—No, no precisamente. Mi hermana estaba ocupada y yo me aburría. Era muy temprano y pensé en ir a visitar a Ernie.

Se ruborizó involuntariamente, pero Hannasyde se limitó a preguntar:

—¿A qué hora llegó usted a Greystones?

—Alrededor de las diez menos veinticinco. Lo sé porque salí de casa a las nueve y media.

—Dígame exactamente todo lo que ocurrió, Mrs. North.

—Realmente tengo poco que declarar. Fui por Arden Road porque es más rápido y por otra parte, aunque esto le parezca extraño y no obstante es cierto, no tenía ganas de ver a Miss Fletcher. Por consiguiente, decidí entrar por el jardín, creyendo encontrar a Ern..., a Mr. Fletcher solo en su despacho —se interrumpió y exclamó, abatida—. ¡Oh, esto es imposible explicárselo! Parece como si acudiera a una inconfesable cita, pero no era así. No lo era.

—No te atormentes —aconsejó su hermana—, está claro que no ibas a ninguna cita, de lo contrario tendrías ahora una explicación convincente de tu visita a Ernie.

—No, Sally, no. Me hago cargo de lo que todos sospechan por desconocer mis relaciones con Ernie.

—La única impresión que el comisario tiene es que eres una susceptible tonta —contestó Sally, animándola—. Que tú escogieras entrar por la puerta del jardín no

importa gran cosa. Continúa con tu relato.

—No sé donde estaba. ¡Ah, sí! Pues Mr. Fletcher estaba en su despacho..., ¡oh!, se me olvidó decir que vi a un hombre salir por la puerta del jardín en el momento de entrar en Maple Grove. No... no sé si esto le puede ser útil.

—¿Puede usted describirme cómo era ese hombre?

—No, excepto que era pequeño y gordo. Comprenda usted, era de noche y no le pude ver el rostro. Se fue en dirección a Vale Avenue. Como le he dicho, encontré a Mr. Fletcher en su despacho.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Y después?

—Pues..., pues en realidad nada. Hablamos... y luego yo dije que ya era muy tarde... y me marché.

—¿Sabe usted qué hora era entonces?

—Sí, las diez menos cuarto.

—¿Las diez menos cuarto? —preguntó de nuevo levantando la vista de la libreta.

—Sí. Había un reloj sobre la chimenea e instintivamente me di cuenta de la hora.

—Entonces, ¿sólo estuvo usted diez minutos con Mr. Fletcher?

—Supongo que sí. Sí, no fueron más.

—¿No le parece una visita muy corta, Mrs. North?

—No comprendo... ¿Qué quiere insinuar?

—Únicamente que me llama la atención que habiendo ido, como usted dice, a ver a Mr. Fletcher porque se hallaba aburrida, estuviera usted tan poco con él. ¿Ocurrió algo que la obligó a marcharse en seguida?

—No, en absoluto. Me di cuenta de que estaba ocupado y no quise molestarle.

Hannasyde tomó nota en su libreta.

—Bien. Así pues, dejó usted el despacho a las nueve cuarenta y cinco. ¿Volvió a casa por el mismo camino de ida?

—Sí, pero no inmediatamente. Oí que se abría la puerta del jardín y sospeché que no era correcto que... me vieran allí en aquella hora. Quise evitarlo y me escondí detrás de un arbusto.

—Entonces, ¿Mr. Fletcher no la acompañó a la puerta?

—N-n-no —tartamudeó—. No había ningún motivo para que lo hiciera.

—¡Oh! —murmuró Hannasyde—. Muy bien, Mrs. North. ¿Dice que se escondió detrás de un arbusto? ¿Vio usted quién era el que entraba por el jardín?

—No, no lo vi. Quiero decir que de noche y... sólo podía mirar a través de las ramas y me era difícil ver claramente. Sólo sé que se trataba de un hombre. Un hombre vulgar, que llevaba sombrero, pero no pude ver su rostro.

—¿Qué clase de sombrero, Mrs. North?

—Un fieltro, creo.

—¿Claro u oscuro?

Helen vaciló:

—Creo que era de color claro.

—¿Se fijó usted si llevaba un bastón?

—No. Estoy segura de que no llevaba nada en la mano.

—¿Fue hacia la casa?

—Sí, se dirigió al despacho de Mr. Fletcher.

—¿Oyó usted lo que dijeron?

—No. En cuanto vi que podía salir sin ser vista, aproveché la oportunidad. No sé nada más.

Hannasyde cerró su libreta, miró fijamente a Helen y dijo de pronto:

—Mrs. North, ¿está usted dispuesta a declarar que su visita a Mr. Fletcher no estaba relacionada en ningún modo con sus pagarés?

—¿Por qué me lo pregunta? Ya le he dicho...

—No creo que la verdad sea lo que usted me ha dicho.

—No comprendo por qué afirma usted esto y sospecha de mi actitud, pero...

—¡Sospecho que Mr. Fletcher la estaba amenazando con hacer uso de los pagarés, Mrs. North!

—Eso es absurdo. Le he dicho que era un buen amigo mío.

—Sí, me lo ha dicho, pero encuentro difícil conciliar su declaración con la presencia de los pagarés en la caja fuerte. Si sus motivos para obtener la posesión de los mismos eran tan caballerosos como usted pretende, lo natural hubiera sido que los hubiera destruido o que se los hubiera devuelto, ¿no le parece?

—¿Está usted insinuando que trataba de hacerme un chantaje? No es cierto. ¡Dios Santo!, ¿por qué hubiera necesitado hacer el chantaje?

—Quizá pretendía algo que usted se rebelaba a conceder. ¿Me comprende, Mrs. North?

—¡Oh...! —exclamó sonrojándose—, nada le da derecho a insinuar esto. Además, ¿qué fuerza podía tener su amenaza? No es pecado tener deudas.

—Pudo haberla amenazado con entregar los pagarés a su marido, ¿no le parece?

—No lo hubiera hecho... Él no era así —murmuró débilmente.

—¿Dónde está su marido, Mrs. North?

—Se halla en Berlín. Se fue la semana pasada y no volverá hasta el miércoles.

Mientras decía esto, Hannasyde observó una transformación en su rostro. Se oyó el ruido de una puerta que se abría. Hannasyde volvió la cabeza bruscamente. Un hombre acababa de entrar y se hallaba de pie en el umbral. Su mano se apoyaba todavía en el pomo de la puerta, mientras sus ojos grises y fríos observaban fijamente el grupo que se encontraba en el centro de la habitación...

Capítulo 4

Hannasyde oyó el suspiro ahogado que Helen no pudo contener y su mirada se dirigió hacia ella. Estaba muy pálida y contemplaba, muda de asombro, al recién llegado. Fue Sally la primera en romper aquel silencio.

—Hola, John —saludó sin entusiasmo—, ¿de dónde sales?

John North cerró la puerta y avanzó, contestando al saludo:

—¿Cómo estás, Sally?

Su voz era grave y hablaba sopesando las palabras. Era un hombre de estatura normal, bien proporcionado, guapo y con dominio absoluto de sí mismo. Después de haber estrechado la mano de su cuñada, saludó a su mujer:

—Hola, Helen. ¿Sally te hace compañía?

—Sí, vive aquí —contestó Helen, nerviosa—. John, ¿qué estás haciendo aquí? Creía que te hallabas en Berlín.

—Acabé de despachar mis asuntos más aprisa de lo que creía. Miró a Hannasyde con curiosidad y rogó:

—¿Quieres presentarme, Helen?

Lanzó ella una mirada suplicante a Hannasyde, pero contestó:

—Sí, claro, naturalmente. Es el comisario... ¡Dios mío!, me parece que he olvidado su nombre, comisario.

—Hannasyde —contestó éste.

—Sí, de Scotland Yard, John. Ha ocurrido algo espantoso..., sí, algo horrible: ¡Ernest Fletcher ha sido asesinado!

—¡Caramba! Pero ¿por qué ha de estar aquí el comisario? —dijo con calma—. ¿Puedo saber lo que está usted haciendo aquí, comisario?

Antes de que Hannasyde pudiera replicar, Helen se apresuró a explicar:

—¡Oh!, ¿es que no lo comprendes, John? El comisario interroga a cuantas personas puedan esclarecer el misterio y, sabiendo que yo conocía a Ernie, ha venido a ver si podía ayudarle. Pero no puedo, porque nada sé y todo me parece absolutamente increíble.

—¿Está usted visitando uno a uno a todos los amigos de Fletcher, comisario? ¿O sospecha usted que mi mujer haya podido hundirle la cabeza? No creo que posea la fuerza suficiente para conseguirlo.

—Está usted muy bien informado, Mr. North. ¿Dónde se ha enterado usted de que le hundieron la cabeza?

John North le contempló con una vaga sonrisa. Sacó un periódico doblado del bolsillo y se lo entregó a Hannasyde.

—Si así lo desea, puede examinar la fuente de mis informaciones —explicó correctamente.

Hannasyde se fijó por un momento en el periódico de la tarde, lo dobló y al entregárselo, comentó sonriente:

—¡Qué rapidez en las noticias! ¿Conocía usted al difunto, Mr. North?

—Sí, desde luego. No puedo afirmar que fuera una gran amistad. Si usted se dispone a interrogar a todos cuantos le conocieron, quizá será mejor que pase usted a mi biblioteca y me interroge —se dirigió hacia la puerta mientras hablaba y la abrió—. ¿Ha terminado usted de interrogar a mi mujer?

—Sí, creo que sí. —Hannasyde miró a Helen y contestó a su mirada angustiada con una ligera sonrisa tranquilizadora—. Gracias, Mrs. North. No quiero molestarla por más tiempo. Buenos días, Miss Drew.

—No crea usted que me ve por última vez —afirmó Sally—. Quizá mi nombre no le diga nada, cosa que me molesta, pero escribo novelas policíacas y jamás he tenido la oportunidad de estudiar un crimen de cerca. Siento un interés especial en comprobar cómo lleva usted este asunto. Los novelistas estamos siempre en peligro de equivocarnos en cuanto describimos nuevos procedimientos policíacos.

—Es muy posible —contestó Hannasyde, sorprendido.

—Desde luego ya he aprendido algo —prosiguió dirigiéndole una sonrisa—. Hasta ahora había descrito a mis detectives algo vulgares y bulliciosos, a lo del cine americano.

—Gracias —contestó Hannasyde. Se inclinó ligeramente ante Helen y salió de la habitación precediendo a John North, quien seguía sosteniendo la puerta abierta de la biblioteca.

—Por aquí, comisario —rogó North, acompañándole a través del vestíbulo—. ¿Qué es lo que quería usted preguntarme? Supongo que no se olvida de que yo era amigo de Fletcher.

—Sí, desde luego, aun cuando ha dicho que no era muy íntima su amistad.

—Así es, cierto, yo no era tan amigo de él como mi mujer —replicó North—. Probablemente descubrirá usted que en su intimidad sólo había mujeres.

—En resumen, ¿no le era simpático, Mr. North?

—No puedo decir que simpatizáramos mucho —confesó North—. Era en realidad uno de esos hombres que sólo van tras las mujeres y que no resulta buen amigo.

—¿Lo consideraba usted peligroso... con las mujeres?

—¿Peligroso? ¡Oh, no!. No había peligro —observó North con voz algo indiferente—. Mi mujer, por ejemplo, lo consideraba, a la manera de un gato domado, pero sólo así...

—Ya comprendo. De modo que, desde el punto de vista de marido, ¿usted no le consideraba capaz de despertar sus celos?

—Por los demás yo no puedo hablar. Ahora bien, si usted desea conocer mi opinión, es ésta: No, no tenía celos de él. ¿Quiere preguntarme algo más?

—Sí, quisiera saber cuándo regresó usted de Berlín, Mr. North.

—Llegué a Londres ayer por la tarde.

—¿Pero no ha venido a Marley hasta esta mañana?

—Así ha sido, comisario.

—¿Dónde estuvo usted, Mr. North?

—En mi piso, comisario.

—¿Dónde está, si tiene la bondad?

—En Portland Place.

—¿Y siempre suele hacer igual?

—Sí.

—Tendrá que perdonar mi insistencia, Mr. North, pero debo pedirle que me explique las cosas un poco más claramente. ¿Usted y Mrs. North viven en distintos hogares?

—No hay lo que usted sospecha —contentó North—. Puede ser que me equivoque, pero parece que usted da una importancia indebida a que haya pasado la noche en Londres. Mi mujer y yo estamos casados desde hace cinco años, comisario, y hemos pasado ya de la fase de vivir uno pegado al otro, como en luna de miel.

Aquellas palabras meditadas parecían cortantes y Hannasyde se dio cuenta inmediatamente. Entonces, North añadió con indiferencia:

—Con frecuencia termino tarde y por eso el piso me resulta conveniente.

—Desde luego. ¿Cenó usted allí?

—No, cené en mi club.

—¿Y después de la cena?

—Pues regresé al piso y me acosté.

—¿Está usted solo allí o tiene servidumbre?

—Me hallaba completamente solo. Es un pequeño piso y le había dado permiso a mi criado para salir por la noche. Me temo que, de momento, no pueda confirmar lo que le digo, comisario. ¿No va usted a tomar mis huellas dactilares?

—No, por ahora no. Gracias —replicó Hannasyde—. En realidad, no creo que necesite molestarle más tiempo.

North le acompañó hasta la puerta.

—Bien, ya sabe usted dónde encontrarme si desea interrogarme de nuevo. Mi despacho y la dirección de mi piso están ambos en el listín telefónico de Londres.

Cruzaron juntos el vestíbulo y llegaron a la puerta principal. Un sombrero de fieltro gris claro estaba sobre una mesa junto a un par de guantes de piel lavable. Hannasyde lo miró por un segundo, pero no hizo el menor comentario, limitándose a coger su propio sombrero de la silla en que lo había dejado.

Después de despedirse, North regresó lentamente a la salita, entrando en el momento en que su cuñada decía con voz tajante:

—Has de estar atontada, hermana. Parece mentira que tengas la esperanza de poder evitar que...

Dándose cuenta de quien entraba en la habitación, se calló sin terminar la frase. North cerró la puerta, tiró el periódico, que todavía llevaba en la mano, sobre la mesa y preguntó:

—¿Qué es lo que no debe confiar en evitar que llegue a mis oídos?

—¿Dije a tus oídos? —preguntó Sally.

—Como si lo hubieras dicho.

Meticulosamente comenzó a llenar su pipa. Se hizo un silencio violento. Helen estaba sentada, mirando fijamente a North y con las manos crispadas sobre las rodillas. Cuando éste guardó la petaca en su bolsillo, levantó la vista y por un momento fijó los ojos en los de Helen.

—¿Acaso me he equivocado? ¿No has querido referirte a mis oídos?

Helen esquivó la pregunta.

—¿Por qué has vuelto tan de pronto, John?

—¿Te interesa saberlo? —preguntó.

—¡Has venido para espiarme! —replicó ella en voz baja y trémula.

La expresión de John se endureció. No obstante, no pronunció una palabra, sino que se limitó a buscar en sus bolsillos los fósforos para encender la pipa.

—¿Acaso deseáis hablar sin mi presencia? —preguntó Miss Drew para disipar la atmósfera—. Me molestaría pensar que estaba frenando vuestros afanes oratorios.

—No, no te vayas —rogó Helen—. John y yo no tenemos nada que discutir —levantó la mirada hacia su marido y añadió—: Sería interesante saber por qué has elegido regresar a casa hoy por la mañana. No será por un deseo irrefrenable de estar junto a mí, de lo contrario hubieras venido anoche.

—No —replicó imperturbable—, ya no estamos por estas cosas, ¿verdad? He venido al enterarme del asesinato de Fletcher.

—Vamos, hermana —exclamó Sally—, tu marido ha venido con afán de protección. No me gustan estos hombres protectores, pero me encantaría si fuera una muñequita como tú, Helen.

—No me encanta esto. Así, tú sospechaste que yo podría estar mezclada en el asesinato, ¿verdad, John?

Tardó un momento en contestar, pero al poco rato dijo con voz fría:

—No, no creo que sospechara tal cosa, pero sí al encontrar un comisario de Scotland Yard en la casa.

—Supongo que habrás comprendido el exacto motivo de su visita. Vino simplemente...

—Sí, ya lo he comprendido —por primera vez había cierta dureza en su voz—. El comisario vino a averiguar si las pisadas de mujer en el jardín eran las tuyas. ¿Lo

eran?

—Cuenta hasta diez antes de contestar —aconsejó Sally con los ojos fijos en el rostro severo de North—. Creo que todos quieren saber demasiado.

—¡Oh!, ¿no puedes callarte? —gritó Helen, exasperada—. ¿Qué pretendes?

—Evitar que digas mentiras inútiles. Podéis haberos peleado los dos, pero no comprendería por qué John te dejaría acusar de asesinato si esto puede evitarse.

—Nada he hecho ni le he asesinado, no podéis sospechar semejante cosa.

—¿Eran tuyas las pisadas? —preguntó North de nuevo con insistencia.

Se levantó de un salto, gritando furiosa:

—¡Si! ¡Eran mías!

Sally lanzó un gemido de disgusto.

—No me gusta este modo de confesar las cosas —dijo—. Por amor de Dios, John, trata de decir algo y no parecer una estatua de piedra. ¡Caramba! ¡Y pensar que he escrito novelas sobre gente como tú y jamás creí en serio que existieran!

North, como si no la hubiera oído, se dirigió a su mujer:

—Sin duda te pareceré imperdonablemente curioso, pero quisiera saber por qué visitaste a Fletcher en una forma aparentemente sospechosa.

—Fui a verle porque es..., era... un amigo mío. No había nada sospechoso en nuestras relaciones. No tengo la menor esperanza de que me creas, pero es verdad.

Sally se arrellanó en su asiento, y dijo con cierto humor, mientras limpiaba su monóculo:

—Preguntada Miss Sally Drew, eminente escritora de novelas policíacas, confirmó la declaración.

—Sally, tú eres un testigo algo parcial —observó North—. No me mires tan agresiva, Helen, pues lo pregunté por curiosidad. En realidad no tiene ninguna relación con esto. Lo que me parece a mí más importante es que me digas si conoces algo del porqué del asesinato.

—Nada, en absoluto.

—¿Cuándo estuviste con Fletcher?

—Temprano, muy temprano. Salí del despacho a las diez menos cuarto. John, ya sé que te parecerá raro, pero fui a verle para una cosa absolutamente trivial. Yo... quería saber si vendría conmigo a la reunión de los Dimberley la semana próxima. Nada más que eso.

No le prestó la menor atención, sino que levantando el periódico leyó la primera página, y comentó:

—Aquí dice que el cuerpo de Fletcher fue descubierto a las diez y cinco —mirando fijamente a su mujer preguntó—, ¿y dices que no sabes nada?

—Vi a un hombre que venía por el sendero —contestó en voz baja—. Por eso me escondí detrás de un arbusto.

—¿Viste a un hombre que venía por el sendero? Bien, ¿quién era?

—No lo sé.

—¿No lo conociste?

—En realidad, no le pude ver claramente. Sólo..., sólo sé que se dirigió al despacho entrando por la vidriera.

—¿Has informado de esto a la policía?

—Sí, se lo he dicho.

—¿Te preguntó el comisario si podrías reconocer al hombre misterioso en el caso de que volvieras a verlo?

—No. Le dije ya desde el primer momento que no lo pude haber visto claramente y que sólo tenía la impresión de un hombre vulgar con un sombrero de color claro.

Siguió luego una pausa.

—¿Un sombrero claro? ¡Ah! ¿Volverías a reconocerlo de nuevo?

—No, ya te lo he dicho. No tengo la menor idea de quién era.

—Dios quiera, que el comisario te haya creído —observó.

—¿Por qué? —preguntó Sally, que tenía la mirada fija en él.

La contempló con indiferencia y repitió:

—¿Por qué? Porque no tengo el menor deseo de ver a mi mujer en el banco de los testigos.

—¡Oh, Dios mío!, no tendré que ir a declarar, ¿verdad? —gimió Helen—. No podría. Creo que antes moriría. ¡Oh, que espantoso enredo!

—En efecto, así es —afirmó el marido.

Sally, que había estado balanceando rítmicamente su monóculo al extremo de su cordón, se lo colocó de pronto y preguntó:

—¿Es que el comisario sospecha que tú tengas algo que ver con ello, John?

—No tengo ni idea de lo que sospecha. La posible relación de Helen con el crimen le ha dado pie para pensar cualquier cosa, y probablemente es hombre que mantiene ideas ya anticuadas sobre maridos celosos.

—Hubiera jurado que eras capaz de tener instintos primitivos —murmuró Sally—. Sin duda alguna, tu llegada algo inesperada debió de parecerle sospechosa.

—¿Por qué? Si yo hubiera asesinado a Fletcher, sin duda alguna no estaría aquí.

—No sé —murmuró Sally, pensativa—. Desde luego puede que tengas razón, pero también hubiera hecho muy mal efecto que no hubieras venido y que él hubiera descubierto que ya no te hallabas en Berlín.

—Sally, deberían reconocer que poseo cierto sentido común. Cuando cometa un crimen, te aseguro que tendré buen cuidado en no dejar huellas. Helen, di que adelanten la comida —añadió, consultando el reloj—. Tengo que regresar a la ciudad.

—Iré a decírselo a Evans —ofreció Sally y salió cerrando con fuerza la puerta tras ella.

Helen arregló maquinalmente un ornamento de la chimenea.

—¿Es que... es que regresas? —le preguntó.

—Claro, eso voy a hacer —replicó.

—¿Estas muy enfadado por lo sucedido? —preguntó en voz baja y vacilante.

—No vamos a discutir esto porque lo hecho ya no tiene remedio y supongo que mi enfado no te hará arrepentirte de lo pasado más de lo que estás ya.

—No me crees, pero te aseguro de nuevo que no había nada inconfesable en mis relaciones con Ernie.

—¡Oh, sí te creo!

—¿De verdad? ¿No sospechas que estaba enamorada de él...? Yo pensaba...

—Tú creías que porque Fletcher me disgustaba, y también tu amistad con él, estaba celoso —comentó, sarcástico—. Estabas muy equivocada. He sabido desde el primer momento que con aquel hombre no había motivo para sospechar.

—No es justo que intentes insinuar que quizá con otro hombre el motivo de los celos hubiera sido justificado. Te he sido siempre absolutamente fiel.

—Lo admito.

—¿Has averiguado algo para admitirlo así?

—Claro, me interesaba —replicó con dureza.

—¿Por qué te portaste como lo hiciste respecto a mi amistad con Ernie? Sabías perfectamente que podías confiar en mí, en que no me dejaría llevar a una intriga vulgar.

—No desconfiaba de ti, sino de Fletcher. Te advertía ya de que no estaba dispuesto a tolerar esa amistad, ¿recuerdas?

—¿Qué derecho tenías para esperar que rompiera con él o con algunos de mis amigos? Permitiste que yo siguiera mi camino y tú seguiste el tuyo...

—Esta es una discusión inoportuna —le interrumpió—. Tú elegiste tu camino a seguir, pero creo recordar que hace dos años te dije claramente que no toleraría tus deudas o tus libertades. Hace seis meses te pedí que te apartaras de Ernest Fletcher. Desde entonces, por el contrario, has estado casi continuamente en su compañía.

—Me gustaba como amigo, pero únicamente así, porque no le amaba.

—Era difícil esperar que la gente se lo creyera.

—Pero tú lo sabías.

John North la contempló con mirada fría e inexpresiva.

—Sabía que Fletcher poseía una fascinación especial para las mujeres.

—Sí. Es verdad, y sentí también, el influjo de esa fascinación. Pero amarle, ¡oh no!, jamás.

Se apartó, agitada, dirigiéndose como a tientas hacia la ventana. Con la espalda vuelta a la habitación, dijo, después de un momento:

—¿Por qué has regresado hoy? ¿Sospechabas que estaba... mezclada en esto?

—Si. Lo sospechaba. ¿Por qué negarlo?

—No me explico, pues, por qué has venido —observó amargamente.

—Es una tontería averiguar esto, Helen. Sean cuales sean nuestras equivocaciones, somos marido y mujer, y sí ocurre algo, a ambos nos afecta —su voz se había hecho más conciliadora—. Espero, no obstante, que se desvanecerá pronto lo que pueda sospecharse. No te preocupes demasiado... y no digas más de lo necesario si el comisario Hannasyde te vuelve a interrogar.

—No, ya tendré cuidado.

En aquel momento, se presentó Miss Drew para avisarles que la comida estaría preparada dentro de cinco minutos.

—Gracias. Subiré a lavarme —dijo North mientras se disponía a salir.

—¿Le has dicho la verdad? —preguntó Sally, mirando fijamente a su hermana.

—¡No!

—¡Loca!

—No pude. Es inútil discutir esto contigo porque no vas a comprenderme.

—Él prefería saber la verdad que estar sometido a la sospecha.

—Estás equivocada. Él sabe perfectamente que sólo fue amistad lo que hubo entre Ernie y yo.

—¿De verdad?

—¿Qué quieres insinuar?

—Quizá me equivoque, pero a mí me parece que él no está tan convencido como tú crees. Si no sospechaba de tu amistad con Ernie, no comprendo el motivo de su animosidad contra Ernie.

—Nunca se preocupó mucho por él. Pero en cuanto a lo de la animosidad, eso es absurdo.

—¡Oh, no! Te equivocas, hermana. John no derrama lágrimas por la muerte de Ernie. Además, no me sorprendería enterarme de que sabe mucho más de lo que tú crees.

—Los novelistas hacéis siempre de cualquier cosa una novela —dijo Helen, sonriendo.

—Es verdad. Y teniéndolo en cuenta, creo que voy a echar un vistazo al lugar del crimen, después de comer.

—No puedes hacerlo.

—¿Quién me lo impedirá?

—No es prudente.

—Prudente, ¿eh? Iré a escarbar hasta que descubra cuánto oculta Neville. Este es otro de los que también saben más de lo que dicen. Espero que la policía lo considere como yo. En Neville hay inmensas posibilidades.

—¿Posibilidades de qué?

—En eso está el secreto, hermana —contestó Sally—. Nada sé ahora, y por ello voy a intentar descubrirlo.

Un momento más tarde anunciaron la comida, durante la misma se abandonó el tema de la muerte de Ernest Fletcher. Helen habló muy poco y comió menos aún que habló. Miss Drew mantuvo animada charla y North, después de haber comido rápidamente, se levantó de la mesa anunciando a su esposa que cenaría en su compañía.

Una vez ellas tomaron café, Sally decidió que Helen debía ir a descansar. Con gran sorpresa por su parte, Helen accedió a esta sugerencia y se dejó acompañar a su alcoba. Cuando Sally le cerró los postigos, le preguntó:

—¿Dices en serio que vas a Greystones?

—Sí, quiero además dar mi pésame de tu parte a la pobre Miss Fletcher. Le diré que vas a escribirle.

De entre las almohadas salió una voz apagada que se excusaba:

—¡Oh! Ya debiera haberlo hecho.

—Lo harás después de que hayas dormido —recomendó Sally, al salir de la habitación.

Media hora más tarde cuando llegó a la puerta de Greystones, se encontró que Miss Fletcher, como Helen, estaba descansando. Se ahorró tener que preguntar por Neville porque el dinámico joven salió del salón al vestíbulo y la invitó a pasar para distraerle en su aburrimiento.

Simmons expuso claramente, con su tos y un aire de piadoso desconsuelo, que consideraba aquella invitación inoportuna, pero como ni Sally ni Neville le hicieron el menor caso, no tuvo más remedio que desistir en su plan, lamentándose de aquella despreocupación, para edificación de su mujer, pintando un desagradable cuadro de la suerte que esperaba a los duros de corazón y a los poco religiosos.

Entretanto, Neville acompañó a su visitante hasta el salón, preguntándole:

—¿Has venido a investigar, querida? Has llegado demasiado tarde para ver cómo dragaban el surtidor.

—¡Ah! ¿De modo que están buscando el instrumento que le aplastó el cráneo?

—Sí, pero hasta ahora nada han logrado. Les he ofrecido las porras indias de tía Lucy, una maza de croquet y un pisapapeles de bronce que está en el despacho de Ernie, pero no me hicieron caso.

—¿De modo que había un pisapapeles de bronce en su pupitre? ¡Hum...!

—No —aclaró Neville en voz baja—. No estaba, pues fui yo quien lo puso.

—¿Para qué?

—¡Oh, para entretenerlos! —contestó Neville, con sonrisa seráfica.

—Te estará muy bien empleado si te acusan de asesinato —dijo Sally.

—Quizá sí. Pero ¿verdad que era cierto lo de John?

—Sí. ¿Cómo sabías que había ya regresado?

—Las noticias circulan, querida.

—¡No te creo!

—Muy bien, preciosa. Le vi pasar ante la casa en dirección a la estación. ¿Huye acaso?

—No. John no es de los hombres que huyen. Además, ¿por qué debería hacerlo?

—Mira, buena amiga, no pierdas el tiempo tratando conmigo. A ti te preocupa esto, ¿verdad? —preguntó Neville con una indiferencia maliciosa.

—No me preocupa lo más mínimo. Mi interés por el asesinato es puramente literario. ¿Por qué creen que el instrumento del crimen está todavía en la casa? ¿Por lo que dijo Helen?

—De mí no creen nada —replicó Neville—. ¿Qué dijo Helen?

—Sólo afirmó que estaba segura de que el hombre que vio no llevaba nada.

—¡Pobrecita mía! ¿Esto afirmó? ¡Qué imaginación más prodigiosa! Primero asegura que no vio al hombre. Ahora declara que no llevaba nada. Dale unos días más y se acordará de que era patizambo y algo nervioso.

—¡Ah, qué suspicaz! Eso son opiniones tuyas, ¿pero no ves que no había luz suficiente para que pudiera reconocer al hombre...?

—¡Ah!, ¿así crees que no era él? —preguntó Neville malicioso—. No te creo tan inocente en tus conclusiones.

—¿De modo que tú crees que ella reconoció al hombre y que era precisamente... su marido?

—Sí, eso creo. Pero, claro, soy muy mal pensado.

—Lo mismo digo. Has de poner frenos a tu imaginación.

—Ya lo sé.

—Pues bien, yo también soy mal pensada, y la idea que se me ocurre es que probablemente tú eres el heredero de Ernie. ¿Cierto?

—Sí —afirmó Neville con naturalidad—. Voy a ser un plutócrata.

—Es cierto. Será un cambio muy agradable para usted, Mr. Neville Fletcher. Particularmente, después de estar cubierto de deudas hasta ahogarse...

Capítulo 5

Esta sospecha, lanzada a su rostro como un desafío, fue recibida con extraordinaria placidez. Pareció considerar el asunto desapasionadamente y luego aclaró:

—No estoy seguro de compartir en todo tu criterio.

—¿Qué? —preguntó Sally, sarcástica—. Creo que no puedes dudar que siempre es mejor una fortuna heredada que unas deudas agobiadoras.

—Todo depende de la costumbre a una vida determinada.

—No seas majadero. Supongo que no esperarás que me trague esto.

—No.

—Entonces, ¿por qué diablos lo dices?

—Pues porque todavía no me he interesado por lo que tú puedas pensar. Es algo que no me preocupa.

—Oye, Neville, ¿insistes en que te da lo mismo vivir sepultado bajo deudas? —preguntó Sally.

—Claro, ¿por qué no?

—Si pudieras pagarlas hablarías de otro modo. No hay nada peor que no tener dinero y sentirse acosado por los comerciantes. Recibir facturas por todos los correos, acompañadas de amenazas veladas, y sumar los totales y...

—Bueno, ya no hago esas cosas —aseguró Neville—. Nunca examino las facturas.

—Entonces, ¿te citan en el juzgado?

—Uno se acostumbra pronto a esto. Además, como a Ernie le molestaba, adopté la costumbre de pagar mis deudas más comprometedoras. En realidad todo salía estupendamente. Ahora que he heredado su dinero, no volveré a tener tranquilidad en la vida. La gente me molestará.

—Escúdate en un secretario.

—No me gustaría. Tendría que buscar una casa para instalarlo, y servidumbre, y sin darme cuenta me hallaría convertido en una persona respetable.

Aquel punto de vista desconcertó a Sally.

—Debo confesar que no se me había ocurrido todo esto —confesó—. Desde luego, la situación de una persona respetable parece muy aburrida. ¿Qué piensas hacer?

—Nada por el momento. Pera quizá decida ir a Bulgaria la semana próxima. Es un país que apenas conozco.

—¿Crees que podrás ir?

—¿Billete de primera clase hasta Sofía y habitaciones en el mejor hotel? Me parece que no.

Sally se interesó por aquel proyecto que, sin darse cuenta, se encontró metida en

el tema de un viaje al extranjero. El relato, desarticulado y pintoresco, de aventuras increíbles en las que se encontró Neville durante el transcurso de sus vagabundeos sin rumbo y sin dinero, la mantuvieron arrobada, y al final le arrancaron una exclamación:

—¡Señor, cuánto has debido de divertirte! Quisiera ser un hombre. ¿Por qué no has escrito un libro de tu vida aventurera?

—Eso —repuso, Neville, sin entusiasmo— hubiera dado un motivo a mis aventuras y me las hubiera estropeado.

—Eres un hombre absolutamente frío —comentó Sally, contemplándole con curiosidad—. ¿Te preocupas alguna vez por algo?

—Sí. Me preocupo de no preocuparme.

—Odio las paradojas —sonrió Sally—. ¿Es que lo que acaba de suceder aquí no te preocupa?

—¿Qué? ¿El asesinato de Ernie? Francamente, no. ¿Por qué ha de preocuparme?

—¿No te llama la atención el que precisamente tú tengas un indiscutible motivo para desear la muerte de Ernie?

—No, no me preocupa.

—La policía sospechará.

—La policía está demasiado ocupada buscando al desconocido que vieron Helen y Malachi.

—¿Quién dices?

—¿No conoces a Malachi? —preguntó Neville interesado de pronto—. ¡Oh!, te lo presentaré en seguida. Ven.

—Conforme, ¿pero quién es? —preguntó Sally.

La cogió por la muñeca y la hizo salir al jardín saliendo por la puerta vidriera.

—Es el policía que descubrió el crimen.

—¡Dios del cielo! ¿También él vio al hombre que halló Helen en su camino? Eso no lo decía el periódico que trajo John.

—Es que aquí vivimos en el mismo corazón del crimen —explicó Neville.

—Un momento —interrumpió Sally, soltándose de su mano—. Primero quiero echar un vistazo al terreno. ¿Vigila alguien el despacho?

—Ahora no. Pero allí no hay nada sospechoso.

—Pero yo sí puedo hallar algo —murmuró Sally, insinuante.

—¡Siempre la sospecha! ¿Interés de novelista? ¿Herencia familiar?

Sally no comprendió la insinuación que significaban las dos últimas palabras, y contestó.

—Interés literario.

Habían dado la vuelta a la casa y llegaron al sendero que conducía a la puerta de la verja que separaba el jardín de Maple Grove. Un espeso plantel de arbustos

disimulaba la verja y era en aquel momento objeto de un examen riguroso por parte de dos policías despeinados y sudorosos. Sally les miró con cierto disgusto y concentró su atención en la casa.

—¿Cuál es el arbusto en que se escondió Helen?

Neville se lo señaló y ella se acercó allí, inspeccionando las huellas de pisadas. Y se hubiera escondido tras él a no ser por la rápida intervención de P. C. Glass, quien después de haber observado su llegada con desagrado, abandonó su examen entre las matas para amonestarla.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó Sally—. No voy a borrar las huellas ni nada de eso. Sólo quiero tener una idea de lo que una persona escondida ahí, por la noche, podría ver. Me interesa este crimen.

—«Aparta tu pie del pecado» —recomendó Glass con severidad—. Estas cosas están en manos de la policía.

—No se preocupe por mí, buen hombre. Estoy interesándome por este asesinato. Además puedo ayudarle —se ofreció Sally.

—Lo mismo digo —murmuró Neville—. He tratado de ayudarles, pero nadie me lo agradece.

Unos ojos fríos se posaron en él.

—«Sabroso es al hombre el pan de la mentira —exclamó Glass. Pero después añadió amenazador— su boca será llena de cascajo».

Una vez Sally se hubo convencido de que apenas podía verse nada detrás del arbusto, salió de entre sus ramas y preguntó:

—¿Es de la Biblia esa frase? Todos los mejores pensamientos han salido de este libro o de las obras de Shakespeare. ¿Puedo entrar en el despacho, Neville?

—Entra —accedió cordialmente.

—¿Para qué ha venido aquí? —preguntó Glass—. ¿Por qué desea examinar esa habitación?

—Soy novelista —explicó Sally—. Escribo novelas policíacas.

—Estaría mejor en su casa —masculló Glass sombrío, pero sin tratar de detenerla.

Seguida de Neville, quien había sacado una Biblia del bolsillo y que volvía rápidamente las páginas, Sally entró en el despacho y se detuvo junto a la ventana, mirando a su alrededor. Neville se sentó al borde de la mesa, enfrascado en la lectura de los Proverbios.

—¿Dónde encontraron el cadáver? —preguntó Sally bruscamente.

Neville movió la cabeza en dirección al sillón de la mesa.

—¿Frente a la ventana?

—Sí. No me molestes ahora con tus preguntas.

—¿Sentado en el sillón?

—¡Qué proverbio acabo de hallar sobre los labios de la mujer, pero no busco éste!

—¿Y se supone que el asesino entró por la vidriera frente a la que se encontraba Ernie?

—... «Para que te guarden de la mujer ajena y de la que ablanda sus palabras». Pero no, no es éste.

—Por Dios, deja los Proverbios. ¿No te das cuenta de que si el asesino entró por la vidriera, Ernie debía conocerle y estar confiado? Por lo visto, ni siquiera se levantó del sillón.

—Ya tengo el proverbio —grito Neville, triunfante—. «Alborotadora y rencillosa, sus pies no pueden estar en casa». Esta eres tú. Voy a leérselo a Glass.

Saltó del borde de la mesa y salió en busca del policía.

Una vez sola, Sally se sentó en un sillón, apoyó la barbilla en sus manos cruzadas y se preocupó por todo lo que la rodeaba. Al poco rato reapareció Neville, diciendo:

—No le ha gustado. Por lo visto era un proverbio que ya conocía.

—¿Qué estas diciendo? —preguntó Sally, distraída.

—Poco correcto es lo que he leído. Sólo hay dos clases de mujeres en el Viejo Testamento. La mujer alborotadora y rencillosa era de la segunda clase. ¿Ya has desentrañado el misterio?

—No, pero tal como lo veo, un hecho sobresale. No fue John.

—Muy bien. Puedes pensar lo que quieras.

—¿Pero no te das cuenta? —insistió Sally—. Ernie no esperaba que lo asesinaran. Si John hubiera entrado, ¿no te parece que...? No, me parece que esto no encaja. El solo hecho de sospechar que es un marido celoso no es bastante para temer un asesinato.

—¿Acaso John es celoso? —preguntó Neville—. Le creía un hombre complaciente a la moderna y no lo que dices.

—Eso es lo que cree la mayoría de la gente, pero... Bueno, dejémoslo.

—¿Crees tú que tengo un interés enorme en acusar a John? —preguntó Neville—. Te equivocas.

—Sin embargo, creo que sería prudente que no confié en tu reserva —repuso Sally—. Por esto te contaré lo menos posible.

—Muy bien, me parece muy bien —reconoció—. Como tema de conversación empiezo a encontrar el asesinato de Ernie muy pesado y fastidioso.

—No reaccionas por nada, Neville. No me gustaba Ernie, pero, por el amor de Dios, deploro que haya muerto así.

—Cómo malgastas tu emoción. ¿De qué te sirve sentir compasión por un muerto?

—Tienes algo de razón, pero es cinismo proclamarlo. ¡Oh, maldito sea todo! Esto es un lío molesto. ¿Por qué diablos no te apoderaste de los pagarés antes de que ocurriera todo esto?

—¿Los han encontrado? —preguntó Neville.

—Claro que sí.

—¿Qué ha dicho John?

—No sabe nada aún. Helen no quiere decírselo.

—Vayamos por partes. ¿Qué ha contado Helen acerca de este asesinato?

—Que fue a ver a Ernie para tratar un asunto trivial. Claro que fue una imprudencia, pero ella probablemente no lo cree así. A John no le gustó eso y como por lo visto se indigna por todo lo que se refiere al juego y a las deudas, quizá ella obró bien al no confesarle lo de los pagarés. Si te encuentras con él, será mejor que finjas no saber nada.

—Vete a casa y cuéntale a Helen lo que del «pan de la mentira» nos ha dicho el policía —aconsejó Neville—. No creo que ahora obre con sentido común.

—No. Creo que está desorientada y deprimida. La he dejado en la cama y espero que se encontrará mejor cuando regrese... más capaz de comprender las cosas. Creo que ha descansado poco esta noche.

—Bueno, esperemos que no diga tonterías —dijo Neville—. Probablemente las dirá pero, con un poco de suerte, conseguirá enredarlo todo.

—No olvides al hablar de ella que es mi hermana —observó Sally, algo molesta.

—Sí, esto de ser tu hermana es la mejor cualidad que le reconozco —afirmó Neville.

Sally, que no esperaba aquella contestación, se mostró desconcertada.

—Y la peor que te conozco a ti —añadió Neville, dulzón y malicioso.

Sally le lanzó una mirada fulminadora y salió del despacho con el ánimo de charlar con cierta picardía con el más joven de los dos policías que seguían examinando entre las matas.

Entretanto, Helen no estaba, como su hermana suponía, en la cama, sino encerrada con el comisario Hannasyde en la comisaría de policía.

Después de que Sally abandonó la casa, permaneció pensativa, echada unos minutos. Miró por dos veces al teléfono, se sentó en la cama, y, por fin, con la brusca energía del que ha llegado a tomar una decisión poco agradable, levantó el receptor.

—Quiero que me pongan con la comisaría de policía —rogó a la telefonista.

Le dieron la comunicación casi inmediatamente y pidió que se pusiera el comisario Hannasyde. La voz que contestó al otro extremo del teléfono deseaba, algo suspicaz, que ella diera su nombre. Helen vaciló y por fin se decidió a decir:

—Soy Mrs. John North. Si el comisario Hannasyde...

—Un minuto —suplicó la voz.

Esperó un momento. Al poco rato, otra voz se dirigió a ella y la reconoció en el acto.

—¿El comisario? Mrs. North al habla. ¿Podría verle? Hay algo que quisiera

declarar.

—¡Desde luego! —replicó—. Iré a su casa inmediatamente.

—No, no lo haga. Debo ir a la ciudad y me es más cómodo pasar por su despacho, si le parece bien.

—Conforme —contestó Hannasyde—. La espero.

—Gracias. Estaré ahí dentro de veinte minutos. Hasta luego.

Dejó el teléfono y, apartando el edredón, saltó de la cama. Abrió los postigos que Sally había cerrado cuidadosamente y, a la luz violenta del sol, se sentó ante el tocador y contempló su rostro en el espejo. Estaba pálida, con profundas ojeras. «¡Cielos! ¡Qué aspecto de culpable!», se dijo a media voz y con manos rápidas y nerviosas abrió un cajón dejando al descubierto un arsenal de cremas, lociones y cosméticos.

Diez minutos más tarde se ponía los guantes, contemplando detenidamente su rostro maquillado cuidadosamente. Ahora el rostro que la miraba por debajo del ala del sombrero estaba ligeramente sonrosado; los rizos dorados, cuidadosamente recogidos sobre la nuca, y las cejas, ligeramente marcadas, y la boca, insinuante y roja...

Al bajar la escalera encontró a su doncella, quien se lamentó al verla porque la señora no había descansado nada.

—No me ha sido posible. Tengo que salir —contestó Helen—. Si Miss Drew regresa antes que yo, díglele que he ido a la ciudad y estaré de vuelta a la hora del té.

Fue en su coche a la comisaría de policía donde la hicieron pasar en seguida al despacho poco confortable donde Hannasyde examinaba un montón de documentos.

Se levantó al verla entrar y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Bunas tardes, Mrs. North. ¿Quiere sentarse?

Helen se sentó frente a él diciendo:

—Gracias. La única vez que he estado en una comisaría de policía antes de ahora fue en ocasión de haber perdido un perro.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que deseaba decirme ahora, Mrs. North?

—Quisiera declarar algo que ya debiera saber usted —dijo Helen francamente, levantando los ojos hacia él.

—Puede declarar lo que guste.

Su voz sólo denotaba corrección y un atento interés. Sin duda aquella actitud le pareció a ella desconcertante y esto la hizo vacilar en sus primeras palabras.

—Fue una tontería por mi parte, pero ya sabe usted lo que ocurre cuando uno se encuentra de pronto enfrentado.... No, no puede saberlo. Usted es siempre el que... interroga, ¿verdad?

—Tengo una enorme experiencia de gente que disimula la verdad o que sólo me dice una parte de ella, si esto es a lo que se refiere usted Mrs. North.

—Supongo que sí —confesó Helen—. Quizá podrá comprender, no obstante, lo desagradable que me resultó que usted descubriera mis indiscreciones esta mañana. Ni quiero intentar negar que estaba nerviosa, no por el asesinato, porque nada tenía que ver con él, porque no soy de la clase de mujeres que mi amistad con Mr. Fletcher podría dar a entender, sino por lo perjudicial que sería para mi reputación que estas indiscreciones se hicieran públicas. Esta mañana mi única idea era confesar lo menos posible. Usted..., usted me comprende, ¿verdad?

—Perfectamente, Mrs. North. Siga, por favor.

—Muy bien. Desde que le vi esta mañana he tenido tiempo de pensarlo y, naturalmente, comprendo que cuando se trata de un asesinato no es conveniente mantenerse reservada. Además —prosiguió sonriendo tímidamente—, se portó usted muy bien conmigo no diciéndole nada a mi marido y esto me induce a confiar en usted.

—Será mejor que le diga con entera franqueza, Mrs. North, que aunque no tengo el menor deseo de crear situaciones desagradables en relación, con este caso mi consideración por sus sentimientos no debe influir en lo que yo crea y decida que es mi deber.

—Claro que no. Es muy lógico que así sea.

Hannasyde la miró. Unas horas antes estaba nerviosa, con una excitación casi irrefrenable, pero ahora sabía lo que decía y hacía. Sus miradas se cruzaron sin recelo y ella tenía incluso la serenidad para jugar con sus encantos. Era una mujer bonita. No obstante, Hannasyde se preguntó qué planes había tras de aquellos ojos azules. Sin duda estaba representando un papel, pero tan bien que incluso él mismo estaba desconcertado. Era fácil creer que le había callado parte de la verdad por la mañana. No obstante, las razones que daba por haberlo hecho eran aceptables. De lo que debía dudar ahora era hasta qué punto podrían creerse las revelaciones que iba a hacer en aquel momento.

—Muy bien, Mrs. North —dijo indiferentemente—. ¿Qué es lo que va a decirme usted?

—Es algo relacionado con lo que ocurrió después de esconderme detrás del arbusto cercano a la puerta del despacho de Mr. Fletcher. Le dije que tan pronto el hombre que subía por el sendero entró en la casa, yo me marché. Pero no fue así.

Los ojos penetrantes de Hannasyde se entornaron ligeramente.

—¿De veras? ¿Por qué no?

Helen jugueteó por un momento con el cierre de su monedero y luego explicó:

—Vera usted. Lo que le dije primeramente sobre mi entrevista con Mr. Fletcher no era cierto. No.... No fue amistosa. Por lo menos por mi parte. Mr. Fletcher, tal como usted insinuó esta mañana, comisario, quería de mí algo que... yo no estaba dispuesta a conceder. No quiero darle a usted una falsa impresión. Ahora,

examinando el pasado, me doy cuenta de que perdí la cabeza en aquel asunto y que probablemente exageré las cosas. Mr. Fletcher me amenazaba con los pagarés, pero riendo. Es decir, creo que era en broma, porque realmente él no era un hombre para hacer tal canallada. Sin embargo, me asusté y me comporté estúpidamente. Fui a su casa aquella noche para tratar de persuadirle de que me los devolviera. Me propuso algo que me hizo perder la serenidad y salí de su casa furiosa. Mientras esperaba escondida detrás del arbusto, comprendí que con mi enfado nada lograría. Pensé que sería mejor volver a intentar convencerle de que me diera los pagarés, aunque al mismo tiempo temía regresar a su despacho.

—¡Un momento! —la interrumpió Hannasyde—. ¿Qué ocurrió en el despacho mientras usted permanecía escondida en el arbusto?

—Lo ignoro. ¿Recuerda usted que le dije que me pareció ver al hombre cerrar la vidriera? Pues así fue. Sólo pude oír un murmullo confuso de voces. No creo que permaneciera en la habitación más de cinco o seis minutos. A mí me pareció más tiempo, aunque puedo equivocarme porque el reloj del vestíbulo comenzó a dar las diez cuando finalmente salí de la casa. Pero antes sucedió algo más. Mientras estaba esperando y vacilando sobre lo que debía hacer, se abrió la vidriera del despacho y Mr. Fletcher y el visitante salieron. Mr. Fletcher hablaba serenamente, con voz clara y alta y le oí decir: «Usted se ha equivocado. Permítame que le acompañe a la salida».

—¿Y el visitante? ¿Contestó algo?

—Nada que yo pudiera oír. Mr. Fletcher dijo aún algo más, pero esto no pude entenderlo.

—¿Daba la impresión de estar disgustado?

—No, pero él era de esa clase de hombres que jamás demuestran que están disgustados. A mí me pareció que había chanza en sus palabras. No creo que discutieran, porque paseó por el sendero con el otro hombre, normalmente, sin ninguna prisa. En realidad, llegué a pensar que quizá el visitante había entrado por equivocación.

—¡Ah!, ¿y qué más?

—Pues, ¿recuerda usted que el sendero hace una curva junto a unos arbustos? Tan pronto llegaron a esta curva, salí de detrás del arbusto y corrí al despacho. Abrigaba... la loca esperanza de que mis pagarés se encontraran en el pupitre de Mr. Fletcher y creí que aquella era mi oportunidad para apoderarme de ellos. La mayor parte de los cajones no estaban cerrados y no me preocupé de ellos. Pero el cajón central tenía la llave puesta y yo sabía que Mr. Fletcher lo tenía siempre cerrado. Le había visto sacar la llave del bolsillo varias veces para abrirlo. Tiré de él, pero no hallé mis pagarés. Entonces oí que Mr. Fletcher regresaba. Venía silbando. Me acometió el pánico y en lugar de permanecer donde estaba, cerré el cajón y salí por la puerta. Tuve el tiempo justo para abrirla sin hacer ruido, asegurarme de que no había

nadie en el vestíbulo y escapar por allí. En efecto, no vi a nadie y salí de la casa antes de que Mr. Fletcher llegara a su despacho. Entonces fue cuando oí el reloj. En realidad me dio un susto espantoso, porque es uno de esos relojes de caja que chirrían antes de comenzar a tocar. Salí tan silenciosamente como pude y regresé a casa por Vale Avenue que, como usted sabe, cruza nuestro propio camino.

Después de sus palabras quedaron ambos en silencio. Hannasyde cambió unos papeles de sitio sobre su mesa y preguntó:

—Mrs. North, ¿por qué me dice usted todo esto?

—Pero... ¿acaso no me cree? —preguntó ella—. No podía permitir que usted sospechara que un hombre completamente inocente hubiera asesinado a Mr. Fletcher. ¿No comprende que yo sé que Mr. Fletcher vivía cuando el visitante abandonó el despacho y la casa?

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en el despacho la segunda vez?

—No puedo precisarlo, pero poco menos de tres minutos. Bastante menos. Sólo tuve tiempo de mirar precipitadamente el interior del cajón antes de que oyera regresar a Mr. Fletcher.

—Comprendo.

Algo en la voz del comisario la hizo ponerse en guardia.

—¿No me cree? ¡Es cierto! Puedo probarle que es cierto.

—¿Que puede? ¿Cómo?

—No llevaba guantes —explicó, extendiendo las manos—. Mis huellas dactilares deben encontrarse en la puerta. Fíjese, se lo demostraré. —Helen se levantó y se acercó a la puerta, cogiendo el pomo con la mano derecha y apoyando la izquierda sobre el entrepaño de encima—. Usted sabe perfectamente cómo se abre suavemente una puerta si uno teme que haga ruido. Recuerdo que puse mi mano izquierda exactamente así.

—¿Tiene usted inconveniente en que le tomemos las huellas dactilares, Mrs. North?

—En absoluto —contestó inmediatamente—. Por el contrario, es lo que deseo y por esto he venido aquí.

—Muy bien, pero antes debo hacerle dos o tres preguntas.

—Desde luego —contestó Mrs. North acercándose y sentándose.

—Acaba usted de decir que Mr. Fletcher la amenazaba con sus pagarés. ¿Significa esto que exigía su pago o que la amenazaba con entregarlos a su marido?

—Dio a entender que podrían interesarle a mi marido.

—¿Está usted en buenas relaciones con su marido, Mrs. North?

—Sí, naturalmente —aseguró, sonriendo con cierta inquietud.

—¿No tenía él motivos para sospechar que hubiese en algún modo intimidades censurables entre usted y Mr. Fletcher?

—¡No! ¡Oh, no! Siempre he tenido mis amigos y mi marido jamás se ha opuesto a ello.

—¿No estuvo nunca celoso ni vio con malos ojos su amistad con otros hombres?

—¡Qué chapado a la antigua está usted, comisario! ¿Por qué había de estar celoso?

—Esto demuestra que él confiaba mucho en usted, Mrs. North.

—Sí, naturalmente...

—No obstante, pese a esta perfecta armonía que, según usted, existía entre ambos, usted estaba dispuesta a robarle los pagarés a Mr. Fletcher antes que permitir que su marido se enterara de sus deudas de juego.

Helen tardó un momento en contestar, pero finalmente aclaró tranquilamente:

—Mi marido odia el juego. Siempre he sido bastante extravagante en mis cosas y me horrorizaba confesarle estas deudas.

—¿Tenía usted miedo a las consecuencias?

—En cierto modo sí. Me faltaba valor moral. Si hubiera previsto todo lo que iba a ocurrir...

—¿Se lo hubiera dicho?

—Sí —contestó vacilando.

—¿Se lo ha dicho ahora?

—No. No, yo...

—¿Por qué no?

—Debe usted comprender —exclamó—. ¡Todo esto ha sido tan enrevesado..., se ha enredado tanto! Ahora que Mr. Fletcher ha muerto, sólo existirá mi palabra de que todo ocurrió como yo digo. Me refiero a lo de los pagarés y a su deseo de utilizarlos para obligarme a que fuera... Ya me comprende usted, comisario... Sé perfectamente lo increíble que parece todo esto, aunque no tengo la menor duda de que fui una perfecta estúpida, pero no supe reaccionar. Cualquiera que oyera mi relato creería que entre Mr. Fletcher y yo había existido más de lo que en realidad significa una amistad. Si hubiera tenido el sentido común de decírselo a mi marido en seguida, tan pronto como me enteré de que Mr. Fletcher se había apoderado de mis pagarés..., pero tuve miedo. Traté de recuperarlos yo sola. Lo que parece que demuestra que temía que se descubriera algo sobre mí y Mr. Fletcher. ¡Oh!, ¿no puede usted justificar mi actitud, comprenderla?

—Creo que sí —contestó—. Lo que ocurre es que usted no me decía la verdad cuando me aseguró que su marido no tenía nada que objetar acerca su amistad con Mr. Fletcher. ¿No es así?

—Está usted tratando de hacerme confesar que mi marido estaba celoso, pero no es cierto. Desde luego, no le era persona grata Mr. Fletcher. Sabía que tenía mala reputación respecto a mujeres. Pero... —su voz se quebró, alzó la cabeza y dijo con

dificultad— mi marido no me quiere lo suficiente para sentir celos de lo que haga.

Hannasyde contempló los papeles que tenía en la mano y dijo con dulzura:

—Podía, sin embargo, estar celoso de su reputación, Mis. North. También hay celos así.

—Eso lo ignoro.

—Hay algo que no comprendo, señora —observó—. Me pide usted que crea que existía un estado de confianza entre usted y su marido, aunque no una afección profunda y al mismo tiempo quiere hacerme creer que es imposible ahora confesarle toda la verdad.

—No deseo verme ante un tribunal de divorcio, comisario.

—¿Existe, pues, tan poca confianza entre ustedes que teme que su marido tome esa resolución?

—Si —confesó mirándole fijamente.

—¿No temió usted por el contrario que se enfadara mucho... contra el hombre que usaba tan innoble procedimiento?

—No.

Siguió una pausa. Cuando el comisario volvió a hablar lo hizo con una brusquedad que la sorprendió.

—Hace unos minutos repitió usted las palabras que oyó pronunciar a Mr. Fletcher al acompañar por el jardín a su acompañante. ¿Cómo podía ser que las pudiera oír con tanta claridad y no entender, por el contrario, nada de lo que dijo su visitante?

—Ya le he dicho que Mr. Fletcher tenía una voz clara y muy alta. Si alguna vez ha hablado usted con una persona sorda debe de saber que estas voces se hacen oír mejor que una voz corriente.

Al parecer, debió de aceptar esta explicación porque asintiendo se levantó:

—Muy bien, Mrs. North. Ahora, si está usted dispuesta, tomaremos sus huellas dactilares.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Helen abandonó la comisaria, volvió a sentarse ante su mesa y estudió ciertas notas que había tomado en una hoja de papel.

Declaración de P. C. Glass: A las 10.02 un hombre salió por la puerta del jardín. Declaración de Helen North: A las 9.58 aproximadamente un hombre desconocido fue acompañado a la puerta del jardín por Fletcher.

Seguía todavía meditando sobre aquellas notas cuando P. C. Glass entró en el despacho para informar que en el jardín de Greystones no se había encontrado rastro de arma alguna.

Hannasyde refunfuñó contrariado pero cuando ya Glass se disponía a salir, le rogó:

—Aguarde. ¿Está usted seguro de que la hora en que usted vio salir un hombre del jardín era dos minutos después de las diez?

—Sí, señor.

—¿No podía ser, por ejemplo, que hubieran faltado dos o tres minutos para las diez?

—No, señor. La hora, según mi reloj y según el del despacho, eran las diez y cinco cuando entré en la habitación. Por consiguiente, estoy doblemente seguro porque, para llegar de la habitación al lugar donde yo me encontraba, eran necesarios tres minutos y no siete.

—Muy bien —asintió Hannasyde—. Nada más. Preséntese al sargento Hemingway por la mañana.

—Sí, señor —contestó Glass, y añadió severamente—: «El perverso de corazón nunca hallará bien».

—Era muy lógico que sea así —murmuró Hannasyde indiferente.

—«Y el que revuelve con su lengua caerá en el mal» —añadió Glass con el mismo tono.

Hannasyde ni siquiera quiso preguntar si aquella frase condenatoria iba dirigida a él o al sargento. En el momento en que Glass se acercaba a la puerta sonó el teléfono y la voz del policía de servicio informó al comisario que el sargento Hemingway deseaba hablarle.

El sargento parecía menos abatido que cuando Hannasyde se despidió de él.

—¿Es usted, señor? —preguntó alegremente—. Tengo algo, aunque no sé todavía a dónde nos llevará. ¿Quiere que venga a verle?

—No, regreso a la ciudad. Le veré a usted allí ¿Han tenido suerte con las huellas?

—Todo depende de lo que usted considere suerte, comisario. Algunas de ellas pertenecen a un tipo llamado Charlie Carpenter.

—¿Carpenter? —repitió Hannasyde—. ¿Quién diablos es?

—Es un relato muy extenso..., lo que usted llamaría muy complicado —replicó el sargento.

—Muy bien, ya me lo contará cuando le vea. Estaré ahí dentro de media hora.

—Muy bien, jefe. Un abrazo de mi parte a Ichabod —dijo el sargento.

Hannasyde sonrió al colgar el teléfono pero se abstuvo de dar el mensaje ya que, a juzgar por el aspecto poco amistoso de Glass, no habría sido bien recibido. Por el contrario, dijo amablemente:

—Muy bien, Glass. Ha trabajado usted mucho en este caso. Le agradecerá saber que algunas de las huellas dactilares han sido identificadas.

Pero el policía no se mostró satisfecho.

—Bien, pero temo oscuridad y pesadumbre —contestó Glass.

—Lo mismo podría decirse de todos los casos de asesinato —replicó Hannasyde

secamente, dando por terminada la entrevista.

Capítulo 6

Hannasyde encontró a su subordinado esperándole. Estaba de un humor excelente.

—¿Ha tenido usted suerte, jefe? —le preguntó—. Yo he tenido un día completísimo.

—Sí, he descubierto algo —replicó Hannasyde—. No obstante, Glass no encontró rastro de arma alguna en Greystones, lo que decepciona.

—Estaba probablemente demasiado ocupado rezando mentalmente para que le quedara tiempo para buscar el arma —observó el sargento—. ¿Qué tal se porta? Yo creo que ese hombre va a ser mi cruz con sus máximas.

—Por lo que veo hasta ahora, usted será la suya —replicó Hannasyde sonriendo—. Me ha insinuado gravemente algo sobre corazones aviesos y lenguas ligeras y sospeché que se refería a usted.

—¿Eso dijo? Vaya, menos mal que no me llama un reptil y una abominación. Pero ya llegará a esto. No me importa que recite sus máximas, aunque se aparten algo de la disciplina, mientras no se meta en su estúpida cabeza que su misión es redimirme. Ya he estado redimido una vez y no necesito otro esfuerzo. Él y sus moralejas sobre el cordero perdido y la maldad de la bebida... Es una cosa extraña, pero siempre que uno tropieza con uno de esos miembros de sectas que pretenden reformar a los demás tienen en sus cabezas la idea fija de que uno es una exhibición de vicios ambulantes. No hay manera de convencerlos de lo contrario porque les domina su idea.

Hannasyde, que sabía que en cuanto el sargento abordaba este tema, acudía a su vocabulario especial de palabras feas y teorías atrevidas, intervino rápidamente preguntándole sobre los sucesos del día.

—Ha sido un día interesante, pero parecido a lo que Glass dice de mí: sombrío —expuso el sargento—. Tomando en primer lugar a nuestro amigo Abraham Budd tropezamos con el primer detalle inesperado del caso. Cuando llegué esta mañana a la comisaría ¿a quién encontré sino a su señoría esperándome de pie ante la puerta?

—¿Budd? —preguntó Hannasyde—. ¿Vino aquí?

—Así es, jefe. Vino tan pronto se enteró de las noticias por el periódico de la noche. Dentro de poco venderán las ediciones de la noche antes del desayuno. En fin, Mr. Budd llevaba su periódico debajo del brazo y rebosaba deseos de ayudar.

—Siga, siga. ¿Sabe algo o qué?

—No sabe nada, según usted mismo verá —contestó el sargento—. Por lo que él dice, abandonó la casa por la puerta del jardín a las nueve y treinta y cinco.

—Esto concuerda con la declaración de Mrs. North —observó Hannasyde.

—¡Ah!, ¿sabe usted algo nuevo, comisario?

—Sí, pero siga con su informe. Si Budd se marchó a las nueve y treinta y cinco

no pudo haber visto nada. ¿Para qué vino a Scotland Yard?

—Por miedo —afirmó el sargento escuetamente—. He leído muchísimo sobre las causas y los efectos y esto me lo ha hecho ver con tanta claridad como...

—Basta de causas. ¿Por qué tiene miedo Budd? Y, por favor, hágame la merced de no hablarme de sus teorías, porque, francamente, no me interesan lo más mínimo. Si todavía supiera usted de lo que está hablando, lo soportaría, pero me parece que se hace cada lío...

El sargento, acostumbrado a esta falta de interés por sus teorías, se limitó a suspirar y repuso de buen humor:

—Hasta ahora no he llegado a comprender bien las amarguras de Mr. Budd. Se titula agente exterior de bolsa, pero por lo que he creído descubrir el difunto Ernest lo utilizaba de hombre de paja siempre que deseaba realizar negocios que, estrictamente hablando, eran algo peligrosos. Por lo menos eso es lo que me ha parecido sumando dos y dos y dando un margen de timidez a nuestro amigo Budd.

—Ya me figuré que era un corredor. Entre los papeles de Fletcher hemos encontrado una o dos copias de cartas dirigidas a él y algunas de sus respuestas. Todavía no he tenido tiempo de repasarlas cuidadosamente. ¿Qué le obligó a visitar a Fletcher a las nueve de la noche?

—Ahí es donde la explicación empieza a ponerse oscura —replicó el sargento—. Si usted me preguntara, le diría que no creí nada de lo que me confesó Budd. Sudaba a chorros. Claro que hacia calor y él es un hombre gordo. No obstante, la dificultad de no oír bien por teléfono originó alguna confusión sobre un encargo confidencial del difunto Ernest en un asunto... todavía más confidencial. Nuestro Mr. Budd, no queriendo confiar estos negocios secretos por teléfono, fue a hablar personalmente al difunto Ernest.

—Esto parece sospechoso —declaró Hannasyde.

—No es nada comparado con lo que apestaba —prosiguió el sargento—. Tuve que abrir la ventana. Pero teniendo en cuenta que el hombre que perseguimos no es Budd, no profundicé demasiado. Lo que creí importante fue preguntarle si lo que había entendido mal había dado lugar a una situación desagradable con el difunto Ernest.

—Muy bien investigado. ¿Qué contestó?

—Se portó como si yo fuera su confesor. Esto quizá fue por mi simpática y amable personalidad o quizá por otra cosa. Pero lo cierto es que se abrió a mí como una amapola al sol.

—Sobran esas comparaciones poéticas —refunfuñó Hannasyde.

—Usted manda, jefe. En todo caso me acogió en su seno. Estaba suave y tanta confianza y franqueza me parecieron sospechosas. No se calló nada... nada de lo que yo sabía. Hubo cierta tirantez a causa de que el difunto Ernest creyó que sus

instrucciones, por comprender mal lo dicho por teléfono o por otra causa, no habían sido cumplidas. No obstante, una vez Ernest se hubo calmado en su malhumor, hablaron tranquilamente y se separaron como hermanos.

—Quizá sí —comentó Hannasyde.

—Pero le diré algo muy extraño —añadió el sargento—. He estado espantando moscas durante todo el día, pero mientras nuestro Abraham estuvo conmigo no se le acercó ni una sola.

—¡Oh! —exclamó Hannasyde.

—Sí, así fue. Y lo que es peor, comisario, aunque usted y yo no estemos de acuerdo sobre cuestiones de psicología, sé conocer cuándo un hombre tiene miedo. Nuestro Abraham tenía otro pesar en sus manifestaciones. Y no tropezó. Contestó a todas mis preguntas antes de que tuviera tiempo de preguntárselas. Me explicó su estado de ánimo cuando leyó la noticia de la muerte de Ernest, que era una descripción literaria. Cuando llegó, podía haberlo derribado con sólo soplar. Luego debió de pensar que aquello había ocurrido media hora después de haber dejado al difunto Ernest. Después de su declaración, me dijo que esperaba que no se le mezclara en el asunto y luego tardó pocos segundos en recordar que había entregado el sombrero al mayordomo de Ernest, que Ernest le había dirigido la palabra en voz alta y enfadada. Finalmente recordó, con espanto, que el difunto Ernest le había acompañado hasta la puerta del jardín, pero nadie podía apoyar lo que decía. Después de haber explicado todos estos datos, se dio cuenta de que se encontraba en una situación comprometida y de que la única cosa que podía hacer era visitar a los amables policías, que desde su infancia había considerado como sus mejores amigos.

—Me parece demasiado suave —murmuró Hannasyde, ceñudo—. ¿Qué ha hecho luego?

—Le di un caramelo y le mandé a casa con su mamá —contestó inmediatamente el sargento, haciendo gala de su buen humor.

Hannasyde, que conocía a su sargento, aprobó aparentemente esta actitud tan suya.

—Sí, es lo mejor que podía hacer. Que espere. Y ahora, ¿qué hay de Charlie Carpenter del que me habló por teléfono?

El sargento abandonó momentáneamente su tono bromista.

—Un hueso. Ahora nuestro caso se ha metido en el fango. En realidad yo creía que estas huellas dactilares iban a ser desconocidas. Pero nos ha salido el tiro por la culata.

Cogió una cartera de la mesa mientras hablaba y se la entregó a su superior. Contenía la fotografía de un hombre joven, dos series de fotografías de huellas dactilares y un informe breve y poco literario de la carrera del llamado Charlie Carpenter, de veintinueve años de edad, de 1.60 metros de alto, de unos ochenta

kilogramos de peso, pelo castaño, ojos grises y ninguna señal de nacimiento.

Hannasyde fue abriendo los ojos mientras leía porque el informe era un hatajo de fechorías, culminando en una sentencia de dieciocho meses de prisión por falsificación de personalidad.

—Esto es realmente inesperado —observó.

—No concuerda, ¿verdad? —preguntó el sargento—. Esto es lo que yo creía.

—Buen mozo —murmuró Hannasyde mientras examinaba el retrato—. El pelo probablemente con rizado no natural. Muy bien, sargento. Veo que está usted reventando por darme más noticias. Dígamelas.

—Newton se hizo cargo de su caso. No sabe mucho de él, excepto sus pequeñas fechorías. Un chico joven, malgastador, sin reservas, y apasionado por moverse en las altas esferas. Canta y baila un poco. Ha estado en el teatro, pero no ha conseguido sobresalir. Hace tiempo hizo de bailarín de un local popular del East End. Parece que era el ídolo de las mujeres... Se comprende conociendo su tipo. Un hombre completamente parecido al difunto Ernest. Estaba pensando que había logrado el mejor descubrimiento del año, que Bertillon se había equivocado en lo de las huellas, cuando Newton me dijo algo que abría ante mí nuevas perspectivas.

—¿Qué dijo?

—Que cuando le detuvieron, lo que ocurrió, como usted puede ver, en noviembre de 1935, Charlie vivía con una actriz. Se sobreentiende que era una simple corista llamada Angela Angel.

—¿Angela Angel? —exclamó Hannasyde levantando la vista—. ¿No hubo un proceso hace un año con una muchacha llamada Angela Angel? Fue suicidio ¿verdad?

—Sí —contestó el sargento—. Hace exactamente dieciséis meses —abrió la cartera en la que había recogido todos los papeles de Ernest Fletcher y tomó una fotografía que estaba sobre los demás documentos—. Y ésta, comisario, es Angela Angel.

Hannasyde examinó la fotografía y reconoció en seguida la que había despertado aquella mañana en la imaginación del sargento el recuerdo de haber conocido a la retratada.

—En cuanto Newton mencionó el nombre y esto lo hizo porque la chica, pobrecilla, también había muerto —explicó el sargento—, recordé que Jimmy Gale se había encargado del asunto y que por aquel motivo yo me había enterado del mismo cuando ocurrió. Se suicidó y jamás nadie pudo descubrir el motivo. No le ocurría nada, era muchacha de conjunto en un espectáculo y poseía algún dinero ahorrado en el banco. De todos modos, metió la cabeza en un horno de gas un buen día por la noche. Considerándolo un caso aislado, no tenía ninguna importancia. Pero había ciertos detalles que interesaban a Gale en cierto modo. En primer lugar no dejó

ninguna carta explicando por qué se suicidaba, cosa que, según la experiencia de Gale, es poco frecuente. Nueve veces entre diez un suicida deja una carta que tiene como consecuencia hacer que un pobre desgraciado, lo merezca o no, se considere asesino por ser la causa del suicidio. Ella no escribió ni una línea. Lo que es más, jamás descubrieron cuál era su verdadero nombre. Incluso había puesto el dinero en el banco con el nombre de Angela Angel. No parecía tener parientes y, si los tenía, jamás la reclamaron. Y desde luego no era una de esas muchachas que cuentan a sus amigas la historia completa de su vida. Ninguna de sus compañeras sabía nada de ella cuando les interrogamos. Lo único que sabían era que siete u ocho meses antes de suicidarse, salía con un caballero muy simpático que le había puesto un piso elegante, amueblado como suele hacerse en tal caso.

—¿Fletcher?

—Atando cabos, pensándolo y estudiándolo, parece ser que se trataba de Fletcher, jefe. No me han dado su nombre, pero lo deduzco. Todavía hay dos muchachas bailando en el mismo espectáculo en que trabajaba Angela, pero ni una ni otra oyeron jamás pronunciar el nombre del amigo. Todo lo que recordaban era el apodo de «Boo-Boo», pues así lo llamaba ella, pero me parece que un caballero respetable no puede resignarse a tolerar un nombre así como no venga de una muchacha de la que esté enamorado. Como usted ve, esto no nos ayuda mucho.

—¿Detalles personales?

—Sí, los conozco: era de edad mediana, moreno, delgado y elegante. El retrato exacto del difunto Ernest. Y otra mucha gente, pero creo que es mejor que digamos que es Ernest, pues, como le indiqué, instaló a Angela muy bien y ella dejó de bailar para vivir una existencia dorada. Esto fue seis meses después de que el amigo Charlie fuera a la cárcel. No se oye hablar más de Angela hasta seis meses después, lo que nos lleva a diciembre de 1936, en que apareció pretendiendo ocupar su antiguo puesto en el espectáculo.

—¿Abandonada?

—Eso —murmuró el sargento comedido— es lo que supone la hermosa Lily...

—¿Quién?

—Una de las coristas. Asegura ahora, como aseguró tiempo atrás, que Angela era muy reservada en lo referente a su vida íntima. Separando el grano de la paja, que no es una tarea fácil como usted podría suponer cuando Lily habla, llegué a la conclusión de que el muerto Ernest (o alguien por el estilo) había llegado a ser la gran pasión en la vida de Angela. Pero luego pasó... No obstante, teniendo en cuenta que vivió bien y que había arrinconado una cantidad de dinero, me atrevo a asegurar que no debió de haberla tratado mal. No obstante, la hermosa Lily asegura que la pobrecilla tenía el corazón destrozado y que no le gustaba ninguno de los admiradores que flotaban a su alrededor. Pasados un par de meses decidió que no

podía vivir sin el ahora difunto Ernest. Por consiguiente, metió la cabeza en el horno del gas y así puso fin a su novela de amor.

—¡Pobrecilla! Cuantas más cosas conozco de Fletcher, menos me gusta.

—Jefe, sea justo —suplicó Hemingway—. Este no es uno de sus casos de seducción. Si Angela ignoraba lo que le iba a ocurrir, debía de habérselo imaginado. Es lo de siempre. Pero esto no tiene importancia. Lo que quiero saber es cómo y cuándo entra Charlie Carpenter en este asunto.

—¿Ha podido averiguar lo que hizo desde que salió de la cárcel? ¿Cuándo fue exactamente? —Hannasyde consultó los papeles que tenía sobre su mesa—. ¡Ah! en junio de 1936. Por consiguiente, hace un año. ¿Qué diablo habrá estado haciendo durante ese tiempo?

—¡Qué sé yo! —refunfuñó el sargento—. Lo único que le puedo decir es que no le han cogido en nada. Extraño, ¿verdad? Si estaba dispuesto a vengarse de algo, ¿por qué espero un año?

Hannasyde volvió a examinar las fotografías.

—¿Venganza? —preguntó—. ¿Usted sospecha que pudo existir?

—No, quizá no. Tonto, rostro sin voluntad y, según todos los informes, un joven egoísta que no se molestaba por nadie sino sólo por sí mismo. No. A mí me parece, a primera vista, que trató de sablear a Ernest. Y tampoco debió de insistir mucho, que es lo que uno esperaría a juzgar por su vida al margen de la ley.

—Sí —asintió Hannasyde— y ahora llegamos al asesinato.

—De cabeza al asesinato —afirmó el sargento—, pero esto no encaja bien.

—Hay muchos cabos sueltos. Coincide con la descripción de Glass y de Mrs. North, aunque..., no. Confieso que sus declaraciones son vagas y no pueden convencer para nada práctico.

—¿Mrs. North estaba allí?

—Sí. Y o mucho me equivoco, o creo que su marido asesinó a Fletcher.

—¡Qué cosas descubre usted! —exclamó el sargento abriendo los ojos—. Muy interesante. ¿Y qué dice Ichabod de todo esto?

—Como todavía no le he expuesto nada, no me ha fastidiado con su opinión.

—Espere a que se entere. Descubrirá algo nuevo para recitarnos sus máximas. Pero esta complicación acerca del marido de Mrs. North es aún algo confusa. ¿Cómo se ha enterado usted, jefe?

Hannasyde relató brevemente sus dos entrevistas con Helen North. El sargento escuchó en silencio, con sus ojos vivos y penetrantes fijos en el rostro de su superior, con una expresión de repugnancia que aumentaba por minutos.

—¿Qué le dije? —exclamó cuando Hannasyde hubo terminado—. Todo está lleno de sospechas. Le diré algo más: cuando terminemos, estaremos hasta la coronilla de la señora North. Apostaría no sé qué que está convencida de que no tenemos nada

mejor que hacer sino dar vueltas mientras ella prepara su representación en tres actos. Estoy sorprendido, jefe, de que se deje usted arrastrar a intervenir entre ella y su marido. Y lo que es más, ¿qué espera ganar no confesando a su marido el asunto de los pagarés? Al final también se enterará.

—Posiblemente, pero no veo que entre en mis atribuciones el revelárselo yo.

El sargento refunfuñó no muy convencido.

—¿Cómo es el marido? ¿Dio alguna explicación por llegar a casa una semana antes de lo que creía?

—Ninguna. Es un buen tipo. Algo obstinado y piensa más de lo que dice. Aseguraría que es un hombre decidido. No se asusta fácilmente y desde luego sabe lo que se hace.

—Deseo que podamos acusarle —afirmó el sargento poco caritativo—. Sospecho que va a ser un obstáculo tan grande como su mujer. ¿Tiene coartada?

—No. Y fue él mismo quien me lo confesó.

El sargento le miró de reojo:

—¿Ah, sí? ¿No le llamó a usted la atención el que intentara presentarse como sospechoso?

—Esta es una posibilidad. Quizá sospechaba que su mujer asesinó a Fletcher. Todo depende de lo enterado que esté de sus relaciones con el difunto.

—Ya lo entiendo —aseguró el sargento—. Una bonita combinación de sentimientos nobles y usted y yo representando el papel de espectadores. Naturalmente, nuestras cabezas no comenzarán a dolernos hasta el momento en que Mrs. North nos asegure que el hombre que vio salir podía ser Charlie Carpenter. Volverá a rectificar todo cuanto ha dicho acerca de Ernest despidiendo a un hombre en el jardín. Probablemente todo es falso.

—Puede ser, pero dijo la verdad cuando habló de sus huellas dactilares en la puerta. Lo comprobé antes de marchar de Marley. La única discrepancia importante es en la hora. A las 9.35 Budd salió de Greystones por la puerta del jardín. Esto es verdad. En aquel momento, Mrs. North se acercaba por Maple Grove y declara que vio a un hombre gordo salir de Greystones.

El sargento lo apuntó en un papel.

—Esto concuerda con su relato. Budd sale a las 9.35 y llega la señora North.

—Mrs. North abandona el despacho a las 9.45, según ella dice.

—Me parece muy corta la visita —comentó el sargento.

—Ella y Fletcher discutieron. Lo confesó la segunda vez, al venir a verme.

—Y a las 9.45 también llega el desconocido X por la puerta lateral del jardín —dijo el sargento—. ¿En este momento, Mrs. North se escondió detrás del arbusto?

—Si. X entró en el despacho un minuto más tarde. Esto no es importante. Ahora, según su primera declaración, Mrs. North salió por la puerta del jardín. Si creemos la

segunda versión, permaneció escondida hasta alrededor de las 9.58, cuando X, acompañado por Fletcher, salió del despacho y se dirigió andando hasta la verja. Entonces ella regresó al despacho en busca de les pagarés, oyó que Fletcher regresaba y escapó a través de la puerta del vestíbulo. Se hallaba en el vestíbulo cuando el reloj comenzó a dar las diez. A las 10.02 minutos, Glass haciendo su ronda, vio a un hombre, que correspondía a la descripción que hizo Mrs. North de X, salir por la puerta del jardín y seguir por Arden Road. Glass entró en el jardín y llegó al despacho a las 10.05, encontrando a Fletcher muerto y ni huellas de su asesino. ¿Qué opina de esto?

—No opino nada —contestó el sargento desanimado—. Desde el primer momento me ha parecido un lío. Lo único que digo es que no debe usted confiar en lo que afirme Mrs. North. En realidad, sólo debemos tener en cuenta una cosa y es que a las 10.05 Glass se encontró a Ernest con la cabeza aplastada. Esto por lo menos es cierto y lo que es más, hace que la declaración de Mrs. North parezca falsa en algo. Glass vio a X saliendo de la casa a las 10.02, lo que indica que si él fue el asesino debió de acabar con Ernest entre las diez y las 10.01, quedándole un minuto para salir del despacho y llegar hasta la verja del jardín.

—Muy bien, esta es una buena deducción.

—Sí, pero no concuerda... y menos si acepta usted la declaración de Mrs. North. Según ella, eran las diez cuando oyó que Ernest regresaba al despacho. Fíjese bien, jefe: Ernest debe de tener tiempo de volverse a sentar en su sillón, detrás de la mesa y comenzar a escribir la carta que encontramos bajo su mano. Está claro que le cogieron de sorpresa, lo que prueba que X no le siguió corriendo tras él. Esperó a que Ernest estuviera en la casa. Eso está bien claro. Una vez Ernest sentado y comienza a trabajar..., X entra, golpea a Ernest con un instrumento contundente no una vez, sino dos y tres veces y huye. Muy bien. Si puede usted hacer todo esto en dos minutos, comisario, le admiro. Ahora fíjese: si Ernest le acompañó hasta la salida, X tuvo que simular que se marcha, ¿no le parece?

—¿Usted lo cree así?

—Estoy seguro. Mientras Ernest regresa al despacho, X vuelve cauteloso a la verja. Si estaba decidido, como debía estarlo, a matar a Ernest, no abrió la verja hasta que Ernest hubo entrado de nuevo en la casa, que fue a las diez, pues es lógico que no quisiera correr el riesgo de que Ernest le oyera. Descartado. ¿Subió por el sendero, atrevido y violento, pregonando así su presencia? Claro que no. Se acerca y si hace falta un minuto para llegar de la verja al despacho andando al paso ordinario, como hemos comprobado, estoy convencido de que X tardó mucho más pana andar sin hacer ruido y a oscuras. Cuando llegó al despacho debían de pasar unos dos minutos de las diez, hora en que, según Glass, se le vio salir por la puerta del jardín.

—Usted se ve dominado por sus teorías —observó Hannasyde—. Todavía no

sabemos que X sea el asesino.

El sargento aceptó el reproche y contestó con dignidad:

—Iba a tratar de ello. Pudo haber sido Budd, que regresando en secreto esperaba en el jardín hasta que pudiera actuar libremente, o pudo haber sido Mr. North. Pero si a quien vio Glass era Charlie Carpenter, ¿qué estaba haciendo mientras asesinaron a Ernest?

—Todavía hay otra posibilidad —comentó Hannasyde—. Suponga que North fuera el asesino...

—Un momento, comisario. ¿Es que North es X? —preguntó Hemingway.

—Nadie es X. Suponiendo que North fuera el hombre que Mrs. North vio pasar por el sendero, debemos considerar la posibilidad de que Fletcher hubiera sido asesinado entre las 9.45 y las diez y un minuto.

El sargento parpadeó ante aquella deducción.

—¿Usted cree esto de Mrs. North? Entonces, ¿cuándo se presentó Carpenter?

—Después del asesinato —contestó Hannasyde.

—Tenemos que encontrar a Carpenter —anunció el sargento después de una pausa.

—Naturalmente. ¿Ha ordenado su busca?

—Casi tengo al departamento completo buscándole. Pero si no ha tenido ningún tropiezo durante este año pasado, nos será un poco difícil localizarlo.

—El otro punto que me deja perplejo es el arma que se empleó. Los médicos parecen estar de acuerdo en que los golpes fueron asestados con un instrumento contundente, como puede ser un bastón fuerte o una barra pesada. El cráneo fue aplastado. Lo mismo Glass que Mrs. North dicen que el hombre que vieron no llevaba nada. En el momento del juicio puede usted prescindir de la declaración de Mrs. North pero no podrá hacerlo con la de Glass. Lo natural en un asesino era desembarazarse del arma en seguida pero he mandado revolver el jardín con un peine de púas finas y no ha aparecido nada.

—¿Y en la habitación? ¿No ha visto figura de bronce o pisapapeles que pudiera ser fácilmente disimulado en el bolsillo del asesino?

—El mayordomo asegura que no falta nada en la habitación y aunque hay un enorme pisapapeles sobre la mesa, creo que éste lo puso después Neville Fletcher, su joven y juguetón amigo..., que quiso gastarnos una broma. Sobre él voy a investigar.

El sargento se mostró indignado.

—¿Lo trajo él, eh? A juzgar por lo que he observado, jefe, eso es precisamente lo que haría... si hubiera asesinado a su tío con el pisapapeles. Le parecería que aquella era una jugarreta humorística de buena ley.

—Me parece algo fresco.

—Lo es, lo es. Y bastante inteligente también. Pero de ser él el asesino, Mrs.

North lo hubiese visto salir del... Bueno todo esto es suponiendo que el primer relato de Mrs. North sea la justa verdad.

—Si está dispuesto a considerar a Neville Fletcher como presunto asesino, debemos considerar cierto el primer relato. Pero esto nos lleva ante dos vallas. La primera es que sus huellas estaban en la puerta y no comprendo cómo estarían allí si ella no hubiera salido de la habitación por la puerta. La segunda es que si su relato primitivo era el verdadero, sabemos que un hombre entró en el despacho alrededor de las 9.45 y salió a las 10.02..., porque me parece un poco difícil suponer que más de un hombre visitó a Fletcher durante aquellos diecisiete minutos. Teniendo en cuenta esto, ¿en qué momento asesinó Neville a su tío? ¿Entre el momento en que Glass vio marchar a X y él entró en el despacho? Creo que esto es ir demasiado lejos en las probabilidades.

—Sí —confesó el sargento, rascándose la barbilla—. Pero puesto que me lo señala usted, no me importa confesar que la ausencia del arma necesita una explicación. Suponga que el asesino pudo haber escondido el bastón debajo de la pierna del pantalón, pero esto le hubiera hecho andar con la pierna tiesa y Glass lo hubiera notado. Quizá llevaba algo en el bolsillo.... Una llave inglesa, por ejemplo.

—Esto es suponiendo que el asesinato fuera premeditado. Uno no acostumbra a llevar llaves inglesas en los bolsillos. Ignoro por qué sospecho que este asesinato no fue premeditado. No puedo llegar a creer en un asesino que proyecta matar a su víctima aplastándole el cráneo durante la visita en su propio despacho.

—Es cierto —asintió el sargento—. Por eso estuvimos examinando los hierros de la chimenea. Parece que el arma, fuera la que fuera, desapareció de una manera incomprensible. Sería una buena idea buscar yo mismo por la casa. Y una pequeña conversación con el mayordomo no creo que nos perjudicara. Parece mentira lo que llega uno a saber de los criados... si se sabe cómo hacerles hablar.

—Desde luego, vaya usted allí, si quiere —dijo Hannasyde—. Quiero que se tenga la casa en observación. Entretanto voy a averiguar el estado económico de Neville Fletcher, la actitud de Mrs. North en la noche del crimen y los misteriosos negocios del expansivo Mr. Budd con Fletcher.

—Tendrá un día ocupado —profetizó el sargento—. Va complicándose esto, ¿verdad? Comenzamos con un hombre, y ahora tenemos una dama, un marido celoso, un agente de Bolsa, una corista muerta, un criminal y un sobrino sospechoso, todos ellos relacionados con el crimen. Y sólo hemos empezado a trabajar esta mañana a las nueve. Si seguimos a este paso, nos será imposible movernos entre los sospechosos dentro de un par de días. ¡Cuántas veces me pregunto por qué ingresé en la policía! —comenzó a recoger sus papeles y prosiguió—: Si no fuera por el hecho de que el asesinato no concuerda con lo que sabemos de Charlie Carpenter, apostarí a mi dinero a que él ha sido. ¿Cree usted que ha venido molestando al difunto Ernest desde que

salió de la cárcel?

—Lo ignoro, pero teniendo en cuenta que ni siquiera su hermosa Lily sabía quién era el protector de Angela, puede ser posible.

—Quizá lo descubrió por casualidad y pensó que éste era el mejor modo de sablear a Ernest. Y pensando en ello, esta teoría concuerda con la versión revisada de Mrs. North, aquello de que Ernest dijo a X: «Comete usted una equivocación». En fin, una cosa es cierta y es que debemos atrapar a Carpenter.

—La policía del departamento se ocupará de él. Quisiera que usted bajara a Marley a primera hora de mañana y viera lo que podía descubrir —Hannasyde se levantó, añadiendo con una sonrisa—. A propósito, si tropieza usted con una joven decidida que usa monóculo, que Dios le proteja. Es hermana de Mrs. North y está interesada en el crimen. Escribe novelas policíacas.

—¿Qué? —gritó el sargento—. ¿Pretende insinuar que voy a llevar a una autora pisándome los talones?

—Creo que es probable —prosiguió Hannasyde seriamente.

—¡Vaya, qué estupendo! —masculló el sargento con sarcasmo—. Uno hubiera creído que Ichabod era una cruz suficientemente grande para cualquiera, ¿verdad? Pues esto sirve para demostrar que cuando la suerte se pone en contra, no hay límite a lo que se tiene que soportar.

—Vaya a casa y estudie a Havelock Ellis o Freud, o estudie lo que tenga por costumbre. Quizá ellos le ayudarán a capear la situación.

—Estudiar. No tendré tiempo —exclamó el sargento buscando su sombrero—. Esta noche estaré muy ocupado.

—Será mejor que descanse. Ha tenido usted un día agotador ¿Qué pretende hacer?

—Empollarme la Biblia —dijo el sargento amargamente.

Capítulo 7

Era muy tarde cuando Hannasyde abandonó su despacho de Scotland Yard y al llegar, por fin, a su casa, había estudiado tan concienzudamente los documentos de Ernest Fletcher, que aquello justificó una visita a los despachos de Mr. Abraham Budd poco después de las nueve de la mañana siguiente.

Mr. Budd no le hizo esperar. La mecanógrafa que había llevado su tarjeta al jefe regresó casi inmediatamente, con los ojos desorbitados por la curiosidad, dispuesta a dramatizar en cuanto se presentara un auditorio favorable para comentar aquella sospechosa e impresionante visita y con voz temblorosa le invitó a seguirla.

Mr. Budd, que se levantó de una silla giratoria en cuanto entró Hannasyde y se acercó obsequioso a saludarle, correspondía con tanta exactitud a la descripción que de él había hecho el sargento Hemingway, que a Hannasyde le costó trabajo reprimir una sonrisa. Era un hombre bajo, gordo, de piel grasienta y con un aire de tan abierta afabilidad que llegaba incluso a ser molesto. Estrechó la mano de Hannasyde, le obligó a sentarse, le ofreció un puro y le aseguró repetidas veces que estaba encantado de conocerle.

—Estoy muy contento, comisario —le dijo—. ¡Qué tragedia! ¡Qué horrible suceso! Todavía estoy trastornado. Como dije al sargento de Scotland Yard, me ha dejado hecho polvo. ¡Hecho polvo! —repitió enfáticamente—. Respetaba a mister Fletcher. Sí, señor, le respetaba. Tenía un cerebro privilegiado. También poseía la comprensión de las finanzas. Cuántas y cuántas veces he dicho: Mr. Fletcher huele los negocios. Esta es la palabra. Y ahora se nos ha ido.

—Sí —contestó Hannasyde sin emocionarse—, como usted dice. Hacía usted muchos negocios con él, ¿verdad?

Mr. Budd logró transmitir, por una mirada de sus ojillos astutos y un gesto de aquellas manos que denotaban la raza, una respuesta en la que la afirmación estaba mezclada con una excusa.

—¿Qué clase de negocios? —preguntó Hannasyde.

Mr. Budd se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos sobre la mesa, y contestó en tono confidencial:

—Estrictamente confidencial, Mr. Hannasyde. ¿Me comprende? Con nadie en el mundo discutiría los asuntos de un cliente y mucho menos los de Mr. Fletcher, pero cuando ocurre una cosa así, el caso es distinto. Soy muy discreto. Debo serlo. Si no lo fuera, ¿dónde cree usted que me encontraría? Usted no lo sabe. Yo no lo sé, pero desde luego no estaría donde me encuentro hoy. Siempre me encuentro del lado de la ley y del orden. Comprendo que mi deber es ayudar a la policía donde y como pueda. Es mi deber de ciudadano y por ello voy a hacer una excepción a mi regla de reserva. Mr. Hannasyde, usted es un hombre comprensivo, de ideas amplias. Un hombre de

experiencia. Sabe perfectamente, no lo dudo, que todo cuanto se tramite en la City no se publica en el *Financial News* —sonrió con malicia y añadió—, ni muchísimo menos.

—Estoy convencido, desde luego, de que un hombre poco escrupuloso en la posición de Mr. Fletcher, que pertenecía a distintos consejos de administración, podría considerar adecuado emplear un agente que comprara por su cuenta ciertas acciones sin revelar el nombre del comprador.

—Usted lo sabe todo, ¿verdad, Mr. Hannasyde? —observó Mr. Budd guiñando sus ojillos—. Si, es eso. Exactamente eso. A usted puede que esto no le parezca bien. A mí quizá tampoco pero, al fin y al cabo, ¿qué nos importa a nosotros?

—A usted sí que le importa. Le importa porque Mr. Fletcher tenía por costumbre emplearle a usted para esas operaciones poco limpias.

Budd asintió.

—En efecto. No lo niego. ¿Qué ganaría con ello? Mi negocio consiste en obedecer las instrucciones de mis clientes. Y esto es lo que yo hago, Mr. Hannasyde, sin discutir las.

—No siempre, según tengo entendido.

—¿Qué? ¿Qué quiere usted insinuar? —preguntó Budd aparentemente ofendido—. Esto es algo que jamás se me había dicho hasta hoy. No me gusta, Mr. Hannasyde. No, no me gusta su opinión.

—¿No dijo usted al sargento Hemingway que dejó de obedecer ciertas instrucciones de Mr. Fletcher?

La sonrisa que había desaparecido del rostro de Budd, reapareció. Se arrellanó en su silla, aparentemente aliviado, y dijo:

—Vaya, vaya. Eso es una exageración. ¡Oh!, sí, es una pequeña exageración, se lo aseguro. Lo que yo dije al sargento es que había habido una confusión entre Mr. Fletcher y yo.

—¿Cuál era esa confusión? —preguntó Hannasyde.

Mr. Budd pareció disgustado.

—Comisario, sea usted comprensivo. No esperará de un hombre en mi situación que le descubra la índole de ciertas operaciones estrictamente confidenciales. No estaría bien. No sería honorable.

—Está usted equivocado. Es eso lo que espero yo precisamente. Probablemente ahorraremos tiempo si yo le digo en seguida que los documentos particulares de Mr. Fletcher están en este momento en poder de la policía. Además, lo que usted se niega a decirme lo encontraremos, sin duda, en sus libros.

La expresión de reproche se acentuó. Más dolorido que irritado, Budd suplicó dulcemente.

—Comisario, usted sabe perfectamente que no puede obrar así. Ni usted ni yo

somos tontos. ¿Qué piensa sacar poniéndose así conmigo? Desearía que me lo dijera.

—Usted encontrará que en mis atribuciones entra el tratarle a usted con extraordinaria dureza —exclamó Hannasyde brutalmente—. Espontáneamente nos dijo usted que había visitado a Mr. Fletcher la noche en que fue asesinado. Confiesa que tuvo lugar una discusión, una pelea...

—Una pelea no, comisario, una pelea no.

—... entre los dos. No puede, por otra parte, probarnos que abandonó la casa a la hora en que usted dice. A todo esto debo añadir que entre los papeles de Mr. Fletcher hay suficiente documentación que justifique el que tenga una autorización de registro de su despacho.

Budd levantó una mano:

—No creo que ocurra nada desagradable. Usted no me trata como debiera, comisario. Usted no tiene nada contra mí ¿No fui a Scotland Yard en cuanto me enteré de las noticias? ¿No dije toda la verdad a su sargento? Eso no es lo que yo esperaba de su actitud. No, no es lo que yo esperaba. Jamás he estado del lado opuesto a la ley. Jamás, en toda mi vida. ¿Y qué recompensa obtengo?

Hannasyde escuchó estas quejas impertérrito. Sin molestarse a contestarle dijo, consultando un papel que llevaba en la mano:

—El día 10 de junio Mr. Fletcher le escribió ordenándole que comprara diez mil acciones de las industrias Hukton.

—En efecto —afirmó Budd contemplándole turbado—, no lo niego. ¿Por qué he de negarlo?

—Estas constituían, creo que así se llama, un mercado muerto, ¿no es esto?

Budd afirmó con la cabeza.

—¿Compró usted esas acciones, Mr. Budd?

Esta pregunta tan directa perturbó a Budd. Miró fijamente a Hannasyde durante unos minutos y luego dijo con voz débil.

—En verdad, esta es una pregunta extraña. ¿Había recibido instrucciones? Quizá no estaba de acuerdo con ellas. Quizá no me parecía prudente comprar Industrias Hukton. ¿Pero era cosa mía aconsejar a Mr. Fletcher?

—¿Compró usted esas acciones?

Budd no contestó inmediatamente, pero mantuvo la mirada, acongojada, fija en el rostro de Hannasyde. Sin duda, se encontraba perdido, quizá se preguntaba qué podían haber revelado los documentos de Fletcher. Finalmente, murmuró inquieto:

—¿Y si no las hubiera comprado? Debe usted de saber que una cantidad como ésta no se puede comprar en un santiamén. Podría parecer sospechoso, ¿no le parece? Conozco bien mi negocio y sé que hay peligros.

—Cuando usted recibió instrucciones de Mr. Fletcher para comprar las Industrias Hukton no se cotizaban, ¿verdad?

—Compañía en su agonía —murmuró Budd secamente.

—En su opinión, ¿no tenían ningún valor?

Budd se encogió de hombros.

—¿No le sorprendió a usted recibir órdenes de compra de tal cantidad de acciones?

—Quizá, pero yo no debía sorprenderme. Mr. Fletcher podía haber tenido una confidencia.

—Pero su opinión era que Mr. Fletcher había cometido un error.

—Si lo era, no tiene nada que ver con esto de ahora. Si Mr. Fletcher deseaba las acciones, a mí nada me importaba. Las compré. Ya que usted sabe tanto, sabrá que ha habido una actividad considerable en Industrias Hukton. La causa he sido yo.

—¿Comprando?

—No sé qué quería que hiciera —rezongó Budd con cierta indulgencia—. Voy a serle franco, Mr. Hannasyde. No hay ningún motivo para que lo sea, ni un motivo insignificante, pero no tengo nada que ocultar y estoy deseoso de ayudar a la policía en cuanto me sea posible. No creo que mis relaciones con Mr. Fletcher puedan ayudarle, pero soy un hombre razonable y comprendo que usted desea saber más detalles sobre este asunto. La equivocación que se produjo entre Mr. Fletcher y yo ocurrió por causa de esas órdenes. Supongo que le ha llamado la atención, y creo que podemos decir que de manera extraordinaria, que Mr. Fletcher hubiera deseado comprar diez mil acciones de una compañía en vísperas de quiebra. A mí me hizo el mismo efecto y a cualquiera se lo hubiera hecho. Usted mismo juzgará ¿Qué voy a hacer? —me dije—, posiblemente es una equivocación de la mecanógrafa. Es muy fácil añadir un cero de más, ¿no le parece? Por consiguiente, telefoneé a mi cliente para asegurarme. Le pregunté: ¿Compró mil acciones? Me contestó que sí. Está impaciente. Desea saber por qué discuto sus instrucciones. No tengo oportunidad de explicárselo porque, mientras intentaba hacerlo, colgó el aparato. Ahora yo le digo, ¿qué necesidad tenía de querer engañarme? Ninguna. Ya lo sé. Me equivoqué en aquello. Sí, Mr. Hannasyde, me equivoqué. Esta es la primera vez en veinte años que tengo que reprocharme un descuido. No me gusta confesarlo. A usted tampoco le gustaría. Debiera haber pedido a mi cliente una orden escrita de que eran mil las acciones que deseaba. Esto fue lo que no se me ocurrió hacer. Compré mil acciones por su cuenta, por pequeñas cantidades. Como resultado, las acciones subieron. Entonces me llama mi cliente. Había visto el informe de la transacción en la máquina: sabe que es obra mía. Me llamaba únicamente para saber si había cumplido sus instrucciones. Le dije que sí. Estaba de un humor excelente. Él y yo habíamos hecho negocios durante varios años. Yo había obedecido sus órdenes y entonces él me confiaba el secreto. Él era así. No se le podía tachar de mezquino en sus cosas, en absoluto. Me confió, pues, que Consolidados Y. P. S. compren las Industrias Hukton y

que si quiero comprar, que compre rápidamente pero con discreción ¿Lo comprende? Me dice, además, que las acciones subirán a quince chelines. Absolutamente seguro. Quizá subirían más. Pero ¿a que no sabe lo que ocurrió entonces? Con voz jovial me preguntó si todavía le creía loco por haberme ordenado comprar diez mil acciones. Lo dijo tan claro como yo se lo digo ahora. ¡Diez mil! ¿Lo entiende usted? Diez mil. Yo sólo tenía mil y las acciones habían subido de dos y medio a siete y medio. Además, ahora ya no volverán a bajar. No señor. Las Industrias Hukton están subiendo cada vez más. ¿Qué le estaba diciendo? Ah, sí. ¿Qué iba hacer yo entonces? Sólo podía intentar una cosa. La intenté. Fui a ver a Mr. Fletcher. Me dije: él te conoce, confía en ti, creerá lo que le digas. Y lo creerá porque es cierto. ¿Le gustó? No, Mr. Hannasyde. ¿Cómo iba a gustarle? Pero era un caballero. Sí, señor, un caballero. ¿Comprende? Comprendió que todo había sido el resultado de un error. Estaba disgustado, pero fue justo. Nos separamos como buenos amigos. Todo perdonado y todo olvidado. Y ésta es la verdad...

Hannasyde, al que esta explicación sincera no pareció impresionar como el otro esperaba, echó un cubo de agua fría sobre Mr. Budd al decirle:

—No es toda la verdad. ¿Cómo puede ser que Mr. Fletcher quien, como usted dice, vigilaba los informes de Bolsa en cuanto iban apareciendo en la máquina, no se fijó en que las acciones no subían tanto como debieran haber subido si usted hubiera comprado diez mil?

Siguió un silencio desagradable. Mr. Budd trató de reaccionar y dijo:

—¿No creerá usted que Mr. Fletcher sólo tenía que vigilar las cotizaciones de Bolsa? No, no. El pequeño negocio que hacía yo en su nombre era uno de tantos para él.

—Desearía examinar sus libros —preguntó Hannasyde.

Por primera vez apareció cierta dureza en la meliflua voz de Budd:

—No muestro mis libros a cualquiera.

Hannasyde le miró con el ceño fruncido preguntando:

—¿Ah, sí?

Mr. Budd perdió el color. Una sonrisa temblorosa apareció en su rostro.

—Por favor, entiéndame bien. Sea justo, Mr. Hannasyde. Esto es cuanto le pido. Si se supiera que he mostrado mis libros a una persona que no fuera de este despacho, perdería la mitad de mis clientes.

—No se sabrá —aseguró Hannasyde.

—Si pudiera estar seguro de eso...

—Puede estarlo.

—Verá usted, Mr. Hannasyde, soy razonable y si usted me enseña una orden de registro, no tengo nada que decir. Pero si no me la muestra, no le dejo examinar mis libros. ¿Por qué iba a mostrárselos? Nada me obliga. En el momento en que usted

venga aquí con una orden, yo me inclinaré ante sus deseos.

—Si es usted inteligente, no pondrá ninguna dificultad en ninguna circunstancia —le advirtió Hannasyde—. Ahora mismo verá sus libros.

—No lo puede hacer —insistió Budd obstinado, mirándole cara a cara—. En mi despacho no estamos acostumbrados a estos métodos. Y no los toleraré.

—¿Comprende usted —preguntó Hannasyde severamente— la situación en que se encuentra? Le estoy dando una probabilidad de alejar de sí las sospechas de...

—No tengo nada que ver con el asesinato. Usted lo sabe muy bien, Mr. Hannasyde. Fui directamente a Scot...

—El hecho de que usted fuera a Scotland Yard no tiene nada que ver con el caso. Usted acaba de contarme una historia que un niño no creería y, por razones solamente conocidas de usted, se niega a confirmarla con sus libros. No me deja usted otra alternativa...

—No, no —interrumpió Budd, rápidamente—. No vayamos deprisa. No hace falta ir deprisa. Lo único que ocurre es que yo no pienso como usted. Si me detiene perderá el tiempo y supongo que esto no le interesa. Yo no soy un hombre violento. Soy incapaz de abrir la cabeza a nadie. No podría hacerlo, puede estar seguro. En cuanto lo que le he dicho... Quizá no es exactamente la verdad, pero le juro que...

—No me jure nada. ¿Cuál es la verdad?

Mr. Budd se humedeció los labios y se revolvió inquieto en la silla:

—Fue un error por mi parte. Podía haberle ocurrido a cualquiera. Jamás podía soñar que I. P. S. se quedara con las Industrias Hukton. A mí me pareció que aquello era un simulacro. Un hombre debe procurar primero lo mejor para sí. No hay nada criminal en ello.

—Siga —ordenó Hannasyde—. ¿Usted pensó que las acciones volverían a bajar?

—¡Eso es lo que pensé! —contestó Budd—. Si Mr. Fletcher me hubiera confiado el secreto con anticipación, aquello no hubiera ocurrido. No, no hubiera ocurrido.

—En lugar de comprar las diez mil acciones que usted tenía orden de comprar jugó por el contrario por su cuenta, ¿verdad?

—Algunas veces un hombre debe de tentar la suerte —suplicó Budd—. Ya sabe lo que ocurre. No pensaba hacer nada malo.

Hannasyde no admitió esta afirmación tan ambigua.

—Comprar y vender, y volver a comprar y vender, y metiéndose las ganancias en el bolsillo. Esto es lo que usted hizo. La máquina informaba sobre las operaciones, pero Fletcher no debía saber lo que usted estaba haciendo. Entonces le confió a usted su secreto y le hago el favor de creer esta parte de su relato y usted se encontró solamente con mil acciones de las diez mil que debía comprar y con el mercado en alza ¿No fue así?

—Usted... usted debería de haberse dedicado a los negocios, Mr. Hannasyde —

confesó Budd desconsolado—. Es extraordinario cómo lo ha descubierto.

—En la noche que fue asesinado, usted fue a contar algo a Mr. Fletcher para justificar su imposibilidad de entregarle el número de acciones que él le había encomendado.

—Así fue —confesó Budd—. Mala muerte, Mr. Hannasyde. No niego que obré como un imbécil, pero...

—Por consiguiente, Mr. Fletcher estaba furioso.

—Sí, lo estaba. Y no le censuro por ello. Comprendí su punto de vista. Pero no podía actuar contra mí sin descubrirse. Y esto no podía hacerlo. ¿Comprende? No le interesaba que se supiera que había comprado Industrias Hukton bajo mano. Usted no puede hacerme nada, Mr. Hannasyde. Si se deja llevar de su impulso lo lamentará más tarde. Le doy mi palabra.

Dirigió una mirada angustiada a Hannasyde y mientras hablaba enormes gotas de sudor resbalaban por su frente. Cuando sospechó que no iba a ser detenido, suspiró profundamente, con expresión de alivio y se secó el rostro con un gran pañuelo de seda.

Hannasyde se marchó a averiguar la situación económica de Neville Fletcher.

Entre tanto, el sargento Hemingway llegó a Marley, en donde encontró a P. C. Glass esperándole con su aire habitual de melancólica censura. El sargento estaba de buen humor y se fijó en seguida en la expresión poco alegre de su subordinado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. ¿Padece disentería o algo parecido?

—No me ocurre nada, sargento. Disfruto de una salud perfecta.

—Si este es el aspecto que usted ofrece cuando disfruta de algo, espero no verle jamás cuando se sienta deprimido —observó el sargento—. ¿Sonríe usted alguna vez? Fíjese bien que no le pregunto si ríe, sólo quiero saber si se sonríe.

—El dolor es mejor que la risa —contestó Glass secamente—. El dolor en el rostro hace un bien al corazón.

—Si está hablando usted de mi corazón, se equivoca —contestó el sargento inmediatamente.

—No tengo motivos para sentir alegría —dijo Glass—. Estoy preocupado. Estoy enormemente abatido. Estoy desconsolado todo el día.

—Veamos si entiendo esto de una vez —exclamó el sargento—. ¿Es que tiene motivos para estar desconsolado, o es que pensando en el desconsuelo es como disfruta?

—Veo pecado tras pecado descubierto con motivo de la muerte de un hombre. Veo cuan abominable y perverso es el hombre que bebe la iniquidad como si bebiera agua.

—Mire, cuando he llegado esta mañana —confesó el sargento haciendo un esfuerzo para dominarse— me encontraba muy bien. Hacía un día bonito, soleado,

los pájaros cantaban y el caso comenzaba a ser interesante. Pero, si tengo que seguir escuchando su conversación, me dará un ataque y esto no nos ayudará ni a usted ni a mí. Olvide la iniquidad y piense que donde debe usted trabajar es en el caso que llevamos entre manos.

—Expreso lo que está en mi mente. Un hombre malo ha sido aniquilado. Pero por su muerte los pecados ocultos han sido puestos al descubierto. Ni uno solo de los implicados en el caso puede decir: «No tengo nada que censurarme, sobre mí no hay ninguna mancha».

—Esta es la mejor frase del día —masculló el sargento—. Claro está que nadie puede afirmar que no lleva alguna mancha. ¿Qué esperaba, pues? Lo que ocurre es que usted se toma las cosas demasiado a pecho. ¿A usted qué le importan los demás? Puede que yo no sepa tanto de la Biblia como usted pero ¿qué me dice de la paja en el ojo de su vecino?

—Es verdad —reconoció Glass—. Tiene razón en reprenderme. El pecado anida en mí.

—Bueno, no se lo tome así —replicó conciliador el sargento—. Vamos a trabajar. ¿No habrá ocurrido nada nuevo?

—Que yo sepa, no.

—Será mejor que venga conmigo a Greystones. Voy a volver a buscar yo mismo el instrumento contundente.

—Allí no hay nada.

—Eso es lo que usted cree. ¿Qué es todo esto que acabo de oír de labios del comisario sobre el pisapapeles que ha aparecido por obra y gracia del joven Neville?

—«Abominación son a Jehová los perversos de corazón» —afirmó Glass ceñudo y glacial—. Neville Fletcher es vanidoso y un pobre hombre.

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó el sargento—. ¿Puede o no decirme algo?

—Le considero un hombre descreído, que menosprecia la Palabra. Nada más puedo decir de él.

—¿Qué me dice de los North?

—Se asegura que él es un hombre digno y asimismo le considero yo. Ella no confiesa la verdad, pero no asestó el golpe que mató a Ernest Fletcher.

—No, como no lo hubiera hecho con un martillo —explicó el sargento—. Creo que cuando encontremos a Charlie Carpenter, él nos dirá quién mató a Fletcher. Ha oído usted hablar de Carpenter, ¿verdad?

—Oí, pero no comprendí ¿Qué se sabe de Carpenter?

—Es un vulgar malhechor. Estuvo encerrado y salió de la cárcel hace un año. Encontramos sus huellas dactilares en la mesa de Ernest.

—¿Cómo puede un hombre así verse metido en el caso? —preguntó Glass—. En verdad, la senda se hace oscura.

—No tan oscura como cree —contestó el sargento—. Carpenter estuvo mezclado en uno de los últimos asuntos amorosos de Ernest. Su comentario sobre la muchacha fotografiada, de que tendría un fin amargo como el ajeno, fue una de sus ideas más felices. La muchacha era Angela Angel, la misma que se suicidó hace dieciséis meses. Por lo visto no quería seguir viviendo cuando Ernest la apartó de su lado... suponiendo que él fuera el amigo, cosa que es casi segura. ¡Pobre infeliz! No obstante, uno no puede dejar de sentir cierta compasión por la muchacha.

—«El alma que pecare, esa morirá» —declamó Glass con dureza—. ¿Se supone que Carpenter asesinó a Ernest Fletcher?

—Esto es lo que ahora podemos averiguar. No lo sabremos hasta que lo detengamos. A primera vista parece sospechoso, pero en realidad no concuerda con lo que sabemos de él. Opino que Charlie pensó explotar a Ernest con motivo del suicidio de Angela.

—Es posible. Pero entonces no hubiera matado a Fletcher.

—Usted no lo creerá, pero cuando haya examinado tantos crímenes como yo, comprenderá que cuando más improbable parece una cosa, más posible es que resulte cierta. No le negaré que esta vez se apunta usted un tanto. El jefe piensa que Carpenter puede haber visto al asesino.

Glass volvió sus ojos inexpresivos y fríos sobre el sargento.

—¿Cómo puede ser? ¿Por qué callarse si así fuere?

—Es fácil de comprender. No creo que le interese volver a meterse en manos de la policía. En primer lugar tendría que explicar por qué razón se encontraba en Greystones.

—Cierto. ¿Se sabe en dónde vive?

—Si hablara normalmente nos comprenderíamos mejor —observó el sargento—. No, no me es conocido, pero creo que pronto lo será. Entretanto veamos lo que podemos descubrir sobre nuestro amigo North —vio la muda interrogación en los ojos de Glass y añadió—: ¡Ah! ¿Es que usted no conoce nuestro pequeño problema? Según el jefe, Mrs. North cree que su marido es el hombre que vio en el jardín. De modo que no puede hacer otra cosa sino cambiar su declaración para adaptarla a esta nueva fase. Lo de los labios con embustes le va muy bien.

—¿Qué le induce a pensar así?

—Pues porque su marido estuvo rodando por ahí toda aquella noche y no tiene ninguna coartada. El jefe se ocupa de él ahora. Luego tenemos a Budd. Pero a mi entender, éste nada tiene que ver con todo esto.

Entretanto llegaron a Greystones. Al acercarse a la puerta principal, Glass dijo de pronto:

—«Llegará el día en que arderán como en un horno. Y todos los orgullosos, sí, y todos los malos, se convertirán en ceniza».

—Puede que tenga razón, pero no creo que usted lo vea, muchacho. Por consiguiente, no piense en ello —replicó el sargento ásperamente—. Ahora vaya y trabaje con provecho. El mayordomo de la casa es amigo suyo, ¿no es cierto?

—Lo conozco, pero no le llamo amigo porque tengo pocos amigos.

—Me sorprende usted —rezongó el sargento—. En fin, si le conoce, esto me basta. Vaya y charle con él..., pero sin que se vea que es cosa preparada, como charla sin importancia.

—Un alma ociosa es una alma hambrienta —exclamó Glass con austeridad.

—No, cuando está ociosa con un mayordomo. Ni sedienta tampoco, que es lo mismo —observó el sargento.

—Tu lengua siembra el mal, como una navaja afilada, actuando traidoramente —le contestó Glass—. Simmons es un hombre honrado que va camino de la Luz.

—Sí, por eso se lo encomiendo a usted —contestó el sargento—. Y no quiero más charlas de éstas. Haga hablar al mayordomo y vea lo que pueda sacar.

Media hora más tarde, el sargento, que se encontraba ante la tapia en el extremo del jardín contemplando pensativo uno de los espaldares que en ella crecían, fue interrumpido en sus meditaciones por la llegada de Neville Fletcher y de Miss Drew.

—¡Ah, aquí está el sargento! —exclamó Neville—. Es muy simpático, Sally, te gustará.

El sargento dio la vuelta con el corazón oprimido. El monóculo de Miss Drew le molestó por su impertinencia. La miró con desconfianza, pero como era un hombre correcto, le dio los buenos días.

—¿Está usted buscando el arma? —preguntó Miss Drew—. A mí me preocupa mucho también.

—Lo mismo me sucede a mí. Incluso llegué a formar hipótesis —confesó Neville—, pero Malachi me recomendó que sintiera pavor y no pecara.

Los labios del sargento se contrajeron, pero no logró decir con seriedad:

—Por lo que he oído, señor, aseguraría que es un buen consejo.

—Sí, pero también me aconsejó que al ir a descansar hablara con mi propio corazón y permaneciera tranquilo, lo que me atrevo a sostener que es poco razonable a las tres de la tarde.

—Casi me siento dispuesta a estudiar a Malachi —explicó Miss Drew—. Es probablemente un caso muy interesante psicológicamente hablando. Creo que debería ser sometido a un estudio psicoanalítico.

—Tiene usted toda la razón, señorita —asintió el sargento mirándola con simpatía—. Apostaría diez contra uno a que descubrirían que le había ocurrido algo de niño y que eso es lo que motiva sus chifladuras de ahora.

—¿Un golpe en la cabeza? —preguntó Neville.

—¡Oh!, ¿no podría ser probablemente algún episodio aparentemente trivial que

afectó su subconsciente? — opinó Sally.

—¡Encanto mío! —exclamó Neville con humorístico cariño—. Glass no tiene subconsciente.

El sargento no podía permitir esta afirmación.

—En esto se equivoca, señor. Todos tenemos un subconsciente.

El interés de Neville se desplazó un momento proponiendo:

—Sentémonos y discutámoslo. Ya veo que va a dar la razón a Miss Drew pero, aunque sé poco o nada sobre este tema, mi cerebro está despejado y tengo la absoluta seguridad de poder refutar todos sus argumentos. ¿Vamos a tener una discusión interesante?

—Estoy seguro, señor, de lo interesante que sería —contestó el sargento—, pero no estoy aquí para discutir con ustedes. Sería perder el tiempo.

—Sin duda es perderlo más contemplar esa rama rota —observó Neville—. Discutir conmigo es estimulante para el cerebro. Y debo confesarle, además, que esa rama que parece un indicio es una trampa para incautos.

El sargento le contempló fijamente.

—¿De veras, señor? Quizá también pueda decirme cómo se ha roto.

—Claro que puedo, pero es poco interesante. ¿Está usted seguro de que no preferiría...?

—Me parece que lo encontraría muy interesante —interrumpió el sargento.

—Se equivoca —contestó Neville—. A usted le parece que alguien ha saltado la pared usando la rama como punto de apoyo, ¿verdad?

—Sí —afirmó el sargento—. Creo que fue de esta manera.

—¡Qué inteligente es usted! —exclamó Neville—. Es exactamente lo que ha ocurrido.

—¿Ah, sí? —el sargento le observó con maliciosa sospecha—. ¿Está usted tratando de burlarse de mí, señor?

—No, no me atrevería. Usted no lo creerá, pero me infunde miedo. El que mis modales despreocupados no le confundan ha sido algo que me ha dado que pensar.

—Eso lo creo —masculló el sargento—, pero querría que me dijera algo más sobre esta rama. ¿Quién saltó la pared?

—Yo —contestó Neville con sonrisa seráfica.

—¿Cuándo?

—La noche en que asesinaron a mi tío. —Y observando la expresión del sargento, prosiguió—: Ya veo que usted cree que se le acerca una presa y naturalmente, si su cerebro piensa en el asesinato, existe una presa. Salté por encima de la pared cuando todos, incluso el policía que vigilaba en el vestíbulo, pensaban que me había acostado. ¡Ah!, además salté también por la ventana de mi cuarto. Se lo demostraré.

—¿Por qué? —preguntó el sargento.

Neville le miró parpadeando por un momento.

—Había un policía en el vestíbulo. No quería que me viera al salir. Sin duda, si me hubiera visto, hubiera sospechado lo que ni de pensamiento existió. Creo que la policía se aferra demasiado a las viejas ideas. Desde luego, soy inocente en todo esto. En realidad tenía que ir a conferenciar con mi cómplice.

—¿Ten...? ¡Por favor, señor...!

Sally les interrumpió para decir:

—Me doy por vencida, Neville. Eres tan inteligente como hediondo.

—No seas vulgar, preciosa. El sargento no es ninguna señorita en sus expresiones pero no le gusta oír hablar a las jóvenes de una manera tan poco correcta.

—Lo que yo quisiera saber —pudo por fin decir el sargento— es si hay algo de verdad en esa historia que está tratando de hacerme creer.

—Conforme —asintió Neville amablemente—. Y por estar conforme se lo diré. Me dirigí sigilosamente a informar a Mrs. North de que mi tío había sido asesinado.

El sargento abrió la boca.

—Fue a decir a... ¿Y por qué, si me permite que se lo pregunte?

—Verá. Era muy importante que ella lo supiera a causa de sus operaciones financieras con mi tío Ernie —explicó Neville.

—¿De modo que estaba usted enterado de eso, señor?

—Sí, ¿no me había comprendido? Yo era su cómplice.

—Sólo nos faltaba ésta —exclamó Sally.

—No hubiera debido meterme en ello. No me extraña que parezca sorprendido, sargento. Tiene usted toda la razón. No sirvo para estas cosas. No obstante, hice cuanto pude para que mi tío entregara los pagarés. A esto se refería Simmons cuando le dijo a usted que había oído que mi tío me mandaba al infierno. —Se detuvo y contempló al sargento a través de sus largas pestañas—. ¿Sabe usted?, me parece muy inteligente. Comprendo en el acto que apenas acaba usted de decidir que hay algo que me da motivos para cometer el crimen, sabe ya las causas de mi decisión. Pero no, yo no hubiera podido apoderarme de sus pagarés, incluso si hubiera asesinado a mi tío. No es que lo haya intentado pero estoy seguro de que no podría abrir una caja de caudales. Miss Drew sí que podría —por lo menos esto dice ella— pero he observado que cuando se presentó el momento no hizo nada. Eso es lo peor de las mujeres: son incapaces de realizar nada con la cabeza. Si en aquel momento hubiéramos tenido sus apuntes sobre criminales hubiera preparado una pasta muy violenta que ella llama sopa y con esto hubiera volado la caja. No debe pensar que le animé a esto porque aunque parezca poca cosa, en realidad no lo soy. Y la especie de crudeza primitiva que caracteriza la mentalidad de la mujer no me satisface.

El sargento, que había escuchado este inesperado discurso con expresión interesada, dijo:

—¿Y por qué, señor, creyó usted tan importante para Mr. North el que se enterara de que su tío había muerto?

—¡Claro que era importante! —exclamó Neville con paciencia—. Ustedes iban a descubrir de un momento a otro los pagarés y si usted no cree que su presencia en la caja de mi tío era extraordinariamente comprometedora, ¿por qué demonios su comisario fue a fastidiar a la pobre chica?

El sargento le contempló como incapaz de pensar de momento una respuesta adecuada. Pero pudo ahorrarse la necesidad de contestar.

—¿Por qué presumes tú de maldad, ¡oh poderoso!? —preguntó la voz condenatoria de P. C. Glass.

Capítulo 8

El sargento, que no había oído llegar a su subordinado por el césped, se sobresaltó pero Neville probó estar a la altura de Glass al contestarle sin la menor vacilación:

—«¿Soy yo la mar o ballena, que me pongas guarda?».

Esta pregunta, dicha en un tono de profunda y dolorosa sorpresa, cogió a Glass desprevenido y tuvo como efecto el mejorar los sentimientos del sargento con respecto a Neville. Miss Drew se limitó a comentar:

—El diablo cita incluso las Escrituras para su propio uso. De todos modos es una buena frase. ¿Dónde la has encontrado?

—Es de Job —contestó Neville—. Encontré otras también muy buenas pero desgraciadamente son poco apropiadas para un salón.

—Aquel que desprecia la palabra —pronunció Glass recobrándose de la sorpresa de que le hubieran contestado en el mismo tono— será destruido.

—¡Basta! —gritó el sargento—. Vaya a esperarme en el camino, Glass.

Tan pronto el policía desapareció, dijo:

—Muy bien, señor, me acaba usted de hacer un relato muy sincero. Pero lo que yo me pregunto es ¿por qué no me dijo esto antes?

—Porque todavía no se había fijado usted en la rama —contestó Neville.

—Será mejor para usted, señor, que me diga la verdad sobre sus andanzas en la noche del crimen, sin esperar a que se lo pregunten —sugirió el sargento con cierta severidad.

—¡Oh, no! Usted hubiera considerado muy sospechoso que me hubiera mostrado tan expansivo —dijo Neville.

Después de reflexionar, el sargento estuvo de acuerdo interiormente con el muchacho. No obstante, advertía a Neville que obraría con mayor prudencia si no empleaba sus bromas con la policía.

—Puede que tenga razón —contestó Neville—. Pero su comisario me dijo que no saldría nada bueno de haber abierto mi corazón a la prensa y veo que ha sido lo contrario, pues está mi retrato en el periódico.

—¿Sí? —exclamó el sargento alegrándole aquello—. ¿No me diga que le han publicado todo aquel cuento del espía internacional?

—No —contestó Neville decepcionado—, eso no, pero uno de ellos creyó realmente que yo era el botones.

Sally lanzó una carcajada.

—Neville, ¿eso les dijiste? ¡Oh!, déjame que lea tu entrevista.

—Te lo dejaré si al sargento no le importa retrasar en diez minutos mi detención.

—Sabe usted perfectamente que no tengo por qué detenerle —contestó el sargento.

—Pero le encantaría hacerlo, ¿verdad? —preguntó Neville.

—¡Déjese de tonterías y vaya usted con Dios! —le recomendó el sargento.

Con gran alivio por su parte, Neville obedeció esta orden, cogiendo a Sally del brazo y alejándose con ella en dirección a la casa. Una vez lejos del alcance del sargento, la muchacha le dijo:

—Has dicho mucho más de lo que hacía falta.

—Era para confundirlo.

—Quiera Dios que no hayas dicho demasiado.

—También yo lo deseo —asintió Neville—. Lo que me consuela es que pronto lo sabremos de fijo. ¿Cómo se encuentra la heroína de esta novela?

—Si te refieres a Helen...

—Naturalmente, querida, y no me digas que se avecina una demostración de cariño fraternal porque si es así, ya puedes marcharte a tu casa en lugar de fastidiarme.

—¡Si supieras lo que me desagradas con tu actitud! —exclamó Sally.

—Pues no hago nada extraordinario —contestó Neville acariciándola—. En realidad me estoy dando cuenta de que cada día soy menos popular. A tía Lucy se le pone piel de gallina siempre que me ve.

—No me sorprende lo más mínimo. Debo decirte que creo...

—¿Qué crees? —preguntó Neville.

—¡Oh, cállate! Te iba a decir que es vergonzoso que te hayas dejado fotografiar como un botones. Miss Fletcher tiene ya bastante que soportar sin tener que añadir tus extravagancias a los demás.

—Te equivocas. Mi pobre tía estaba volviéndose lacrimosa y no es ningún placer para ella ni para mí. El periódico que publicó mi relato, cuidadosamente introducido por mí en la casa, ha sido otra de mis diversiones. Ha producido una indignación inútil, que es siempre mejor que una desesperación sin motivo. ¿Cómo está Helen?

—Se halla muy bien —contestó Sally con cierta reserva.

Una mirada inteligente, aunque apagada, se fijó en ella.

—¡Ah! ¿La atmósfera es algo irrespirable? Ahora comprendo por qué has venido.

—No es lo que sospechas. He venido a ver el lugar del crimen. Además creí que sería una buena idea desaparecer por unos momentos. John no va a la ciudad hasta después de la comida.

—No digas que viven bien, porque no te creeré —murmuró Neville incrédulo.

—No —se rio Sally—. Pero estoy dándoles una oportunidad para que vivan bien ¡Si solamente John no fuera tan... tan idiotamente reservado!

—¡Ah, estos hombres deportistas! Oye, dime: si resulta que John ha matado a Ernie, ¿intentaremos encubrir los indicios de su culpa o no?

Sally no contestó pero al llegar a la ventana del salón separó su brazo del de

Neville y preguntó bruscamente:

—Neville, ¿eres capaz de decir la verdad?

—¿No me acaban de oír ahora mismo decirle la verdad al sargento?

—Eso es distinto. Lo que yo quiero es saber si estás enamorado de Helen.

—¡Ah, Dios mío, dadme fuerzas para soportarlo! —gimió Neville—. Una silla..., coñac..., una jofaina. Esto es un idilio descrito por Sally Drew. Dime, ¿es que alguna vez alguien ha leído verdaderamente tus libros?

—Todo eso está muy bien —exclamó Sally contemplándole detenidamente—. Pero me estás resultando muy buen actor y no puedo sacarme de la cabeza que aceptarías sin discutir el arrancar a Ernie los célebres pagarés. Esta es la primera vez que no piensas en ti para ayudar a alguien más.

—Es cierto, querida mía, pero créeme que ésta será la última vez. Además no fue idea mía. Si lo intenté, fue porque me empujaron. Y no me digas que has incrustado esta idea repulsiva en la cabeza de John.

—Desde luego no lo he hecho pero no me sorprendería que la idea hubiera nacido allí. Puede ser que me equivoque, pero de una cosa estoy segura y es de que está reservadísima... por no decir glacial.

—Caramba, también te mostrarías tú muy reservada si creyeras que iban a acusarte de habar cometido un asesinato.

Sally dejó caer su monóculo.

—Neville, ¿crees que corre ese peligro?

—Claro. Además, no me parece que la nueva versión de las aventuras de Helen en la noche fatal pueda ayudar a John, como ella cree.

—No —contestó Sally sin titubear—, yo tampoco lo creo. Si hubiera sabido callar... A propósito, John no sabe nada de la segunda entrevista de Helen con el comisario. De modo que ten cuidado, no vaya a comprometerla.

—¿Por qué esta precaución? ¿Por qué?

—Pues porque inmediatamente él le preguntaría por qué regresó al despacho y naturalmente aquella lo descubriría todo. Tendría que confesarle lo de los pagarés.

—Oye, ¿y si mandáramos una carta anónima a John contándoselo todo? —sugirió Neville—. En realidad les haríamos un favor a los dos y a mí no me importa lo más mínimo hacer favores a la gente, siempre que no me cueste nada.

—Casi se lo dije yo el día en que regresó —suspiró Sally—, pero Helen tenía tal pánico a que lo supiera, que no me atreví. Y desde entonces... En fin, no sé qué decir. Puede ser que ella tenga razón. No comprendo a John. Neville, ¿por qué regresó a casa?

—Corazón mío, ¿quieres abandonar la creencia de que sé descifrar acertijos?

—No sospecha de sus relaciones con Ernie. Y, por lo visto, asimismo se lo dijo a Helen.

—Siempre es agradable saber que hay alguien que no sospecha como la mayoría. Anda, cuéntamelo.

—¿Qué sospecha la mayoría?

—La gente es tan irrespetuosa... —murmuró Neville.

—¿Han hablado mucho?

—¡Oh, no! Sólo un ligero comadreo para pasar el tiempo.

Sally permaneció silenciosa durante un momento preocupada. Por fin afirmó:

—Mal asunto. John puede enterarse fácilmente. Pero si lo supiera..., ¡demonio!, no hubiera venido a casa sólo para aplastar la cabeza de Ernie. Alguien más hubiera sufrido su ira.

Neville le alargó un cigarrillo y él encendió otro.

—Se podría combinar una bonita historia si tú quisieras. Durante su estancia en Berlín llegaron rumores a oídos de John, repercusiones del escándalo...

—¿Por qué precisamente en Berlín? —interrumpió Sally.

—Esto no te lo puedo decir. Tú misma puedes inventar varias respuestas divertidas para tu uso. Regresó para reprender a Ernie...

—No puedo imaginarme a John reprendiendo.

—No, querida. John no es de los hombres que pasan el tiempo reprendiendo.

—Lo que yo quiero decir es...

—Ya lo sé, ya lo sé. Tú supones que vino para plantear un ultimátum. No sentía simpatía por Ernie y sin pensarlo le pegó en la cabeza.

—No. Me parece poco lógico —comentó Sally—. ¿Por qué entró por la puerta del jardín? En esto hay algo premeditado.

—Nada, a no ser que se intentaba evitar que el mayordomo anunciase la visita. Esto no permite el comadreo entre la servidumbre, la posibilidad de tropezarse con tía Lucy... En fin, se ahorran infinidad de respuestas.

—Muy bien, ¿y qué hizo del arma?

—Esta pregunta no es acertada. Además, no puede ser aplicada exclusivamente a John. Quienquiera que asesinara a Ernie hizo desaparecer el arma con tal habilidad que hace que este caso sea de difícil solución.

—Muy bien. Neville, tú has estado leyendo mis libros. Pero permítame que te diga que yo no creo en las bruscas revelaciones de inteligencia en los asesinos. Cuando pienso en una ingenuidad sorprendente de alguno de mis criminales, me cuesta varias horas de esfuerzo cerebral.

—La mentalidad humana agudizada por el miedo...

—¡Cuentos! —exclamó Sally sacudiendo la ceniza de su cigarrillo—. En mi experiencia, la mentalidad humana, cuando está influenciada por el miedo, se revuelve desesperada. No. Esa teoría no me satisface. A mi entender, existía una persona que tuvo miedo, motivo y oportunidad para matar a Ernie y mucho tiempo

para hacer desaparecer el arma.

Neville la miró con una ligera sonrisa y levantó la mano protestando:

—¡Oh, no! «Esta mano es todavía virgen e inocente, no ha sido manchada aún con el tono escarlata de la sangre».

—Esto es para la galería, pero esta cita no prueba nada. Pudiste haberlo hecho perfectamente, Neville.

—¿Y por qué había de hacerlo? Quizá lo haría tía Lucy con una de sus porras indias. Creo que las maneja con un vigor sorprendente.

—No seas así. ¿Por qué razón tendría que hacerlo?

—¡Qué sé yo! Pero si la descartas a ella ¿qué me dices de Simmons?

—Y otra vez te pregunto ¿por qué opinas o recelas de él?

—Y otra vez te contesto que lo ignoro. ¿Por qué me dejas todo el trabajo cerebral? Piensa tú también un poco.

—Sí, pero no veo que tenga mucha importancia imaginar motivos fantásticos para Miss Fletcher y para Simmons mientras ante mis propias narices estás tú como un precioso motivo que no tengo que inventar.

—Si te empeñas en que yo soy el favorito, perderé todo interés en el asunto. El crimen se transforma enseguida en vulgar y aburrido. ¡Oh!, ahí viene mi pobre tía. Tía Lucy, acércate y ayúdanos a resolver el misterio. Mi teoría es que tú eres la culpable.

Miss Fletcher, que había entrado en el salón, se acercó a la vidriera diciendo con voz profundamente indignada:

—¡Neville, te juro que no sé de dónde sacas esa mala lengua! Desde luego no la has heredado de tu pobre padre. Ya sé que hoy todo es despreocupación pero las cosas que me dices son del peor gusto. Ni siquiera te has comprado un brazal.

—Ya lo sé. Pensé que eso parecería ir de lo sublime a lo ridículo —explicó indicando con un gesto de su mano la indumentaria fúnebre de su tía.

—A uno le gusta demostrar respeto a los muertos —contestó ésta—. ¡Oh, Miss Drew, qué amable ha sido su atenta hermana mandándome estas hermosas flores! —Oprimió la mano de Sally y añadió—. Supongo que usted encuentra esto extraordinariamente interesante. Siempre la he considerado muy inteligente por saber escribir libros. ¡Y lo difícil que debe de ser! No es que los haya leído, claro, porque me considero muy poca cosa para comprender las narraciones detectivescas, pero me gusta formar con ellos una biblioteca.

—Tía, no te mostrarías tan amable si supieras lo que se propone —observó Neville—. Intenta demostrar que yo asesiné a Ernie.

—¡Oh, no, querida! —exclamó Miss Fletcher disgustadísima—. Neville es a veces despreocupado pero nunca haría tal cosa.

—Lo que yo no comprendo es cómo diablos no sabes tener sujeta la lengua —

murmuró Sally irritada.

—Su pobre padre era muy hablador —disculpó Miss Fletcher— y el desdichado Ernie también. Pero desgraciadamente Neville ha cogido la costumbre de mascullar, lo que hace muy difícil comprenderle. Neville, acabo de descubrir que va a efectuarse una encuesta. ¿No se puede hacer nada para impedirlo?

—¿Acaso te preocupa? —preguntó.

—Comprenderás, querido, que no es muy agradable una encuesta. Jamás ha ocurrido eso en nuestra familia. ¡ Tan vulgar! ¡Quién sabe, quizá Mr. Lawrence podría hacer algo! Me parece que voy a llamarle por teléfono.

—Pero, Miss Fletcher... —empezó a rogar Sally. Pero fue interrumpida por un violento pisotón de Neville.

Miss Fletcher recomendó a su sobrino que se ocupara de su invitada y se alejó. Neville murmuró en voz baja:

—¡Eres temible! Haz el favor de dejar a mi tía para mí.

—¿Pero qué sacas con dejarla creer que no va a haber investigación? No es muy atento por tu parte...

—Lo reconozco, pero tampoco es atento que no descubriera esta mañana que no tengo camisa para mudarme ni un par de calcetines zurcidos. Y tampoco será atención por mi parte el idear una nueva trastada, que es lo que voy a hacer en cuanto la encuesta comience a tener lugar. Tú mantienes la idea repulsivamente sentimental de que a las personas de luto debe compadecérselas, acariciarlas y darles tiempo para que se entreguen a su dolor. No me sorprendería descubrir que tú eres uno de esos espeluznantes monstruos de altruismo con impulsiva tendencia al sacrificio y un fuerte anhelo por soportar las penalidades ajenas.

—Sigue, sigue —refunfuñó Sally—. Esa es la más atrevida suposición pero estoy interesada en saber en qué la fundamentas.

—Pues en que al tratarnos alguien no ha de obedecer a gratitud alguna —manifestó Neville escuetamente—. Siempre resulta intolerable. Y al fin se convierte en un desastre.

—¿Por qué?

—Porque siempre se cae en la hipocresía.

Sally limpió su monóculo.

—Hay algo de verdad en lo que dices —confesó—. Poco, pero sí un grano de verdad. Lamento que haya tratado de intervenir en tus planes para consolar a Miss Fletcher. Poco faltó para que interviniera entre Helen y John. Afortunadamente una voceilla interior me obligó a contenerme.

—El instinto femenino —proclamó Neville profundamente conmovido—. Eso no quiere decir que no simpatice con tu deseo puramente racional de hacer luz en la oscuridad en que se hallan. Pero uno no debería jamás olvidar que hay ciertas

personas que disfrutaban en la oscuridad.

—Helen no disfruta en nada de eso —replicó Sally—. Los matrimonios que no se avienen me molestan generalmente y considero que esta vez se está portando muy tontamente. Me hallo algo preocupada por las angustias de Helen. Parece como si todo se le hubiera caído rápidamente encima. Y lo peor es que ignoro por completo cómo reaccionará John cuando descubra la verdad.

—Es algo enigmático el amigo John —afirmó Neville.

—Sí, lo es. Fíjate sólo en esto: llega a Inglaterra inesperadamente el día en que Ernie es asesinado y aparece aquí a la mañana siguiente porque sospecha que las pisadas descubiertas en el jardín pueden ser las de Helen.

—¡Incomprensible! Esto nos induce a suponer que él conocía algo relacionado con el crimen.

—Sí, pero ¿qué? Helen afirma que no sospecha nada inconfesable entre ella y Ernie. Pero cuando apareció ayer por la mañana la impresión que tuve es de que un iceberg se había metido en el salón. En realidad estaba glacialmente furioso y, desde luego, no sentía simpatías por ninguno de nosotros.

—Perdona que te interrumpa pero si creyó que Helen estaba comprometida en un asesinato, había cierta justificación y excusa por su frialdad. No quiero parecerte anticuado pero la presencia de la esposa en la casa de un reputado galanteador de mujeres es suficiente para que ciertos hombres se sientan algo ofendidos.

—Muy bien. Si se hubiera enfurecido con ella lo hubiera comprendido más. Por el contrario, no se enfureció y se mostró glacialmente correcto.

—Opino que éste es el momento para que Helen represente ya la escena de la mujer arrepentida.

—Esto es lo que espero que esté haciendo ahora, pero se halla tan desconcertada que parece que ha perdido la cabeza. Si a John se le ocurriera decirle: «Querida, dímelo todo», se lo contaría. Pero él no es así. Ambos se han ido alejando de un modo lamentable.

Esto mismo estaba pensando Helen en aquel momento. Acababa de entrar en la biblioteca, donde su marido estaba escribiendo y casi antes de cerrar la puerta tras ella ya se arrepentía de haber entrado. North levantó la cabeza, contemplándola de un modo apropiado para tranquilizarla.

—¿Querías algo, Helen? —preguntó indiferente.

—Yo... no, nada. ¿Estás ocupado?

—Si es que deseas hablar conmigo, no lo estaré —dijo dejando de escribir.

Esta respuesta, aunque probablemente dirigida a Helen para animarla, tuvo un efecto negativo, pues se halló más alejada de él. Cruzó la habitación hasta un sillón junto a la ventana y se sentó.

—Hace tanto tiempo que no hablamos..., quiero decir íntimamente..., que me

parece que he olvidado ya esta confianza —murmuró aparentando indiferencia.

—Es cierto —contestó con expresión brusca.

Helen comprendió entonces que su observación había sido inoportuna. Por consiguiente, sin mirarle, murmuró:

—Deberíamos..., deberíamos hablar precisamente de esto, ¿no crees? Nos interesa a los dos.

—Desde luego. ¿Qué me quieres decir?

Intentó preparar diferentes frases. John ni habló ni se movió, sino que permaneció observándola. De pronto Helen levantó la vista y preguntó bruscamente:

—¿Por qué has vuelto a casa de este modo? ¿Tan inesperadamente y sin anunciármelo?

—Yo creía, Helen, que ya sabías la respuesta que hay que dar a esa pregunta.

—¿Yo? ¿Qué respuesta?

—Pues sencillamente, que yo había venido a casa para espiarte. Así me lo manifestaste tú misma.

—No quería decir eso. Estaba disgustada —murmuró enrojeciendo.

—Si te disgustó mi llegada, querida Helen, no es por cierto muy halagüeño para un marido.

—No se trata de eso. Es la muerte de Ernie... y aquel policía atormentándome con su interrogatorio.

—Nos entenderíamos mejor si no me hubieras mentido. Te conozco muy bien. Al verme te quedaste sin sangre.

Helen, al mirarle, no ocultó su abatimiento.

—¡Oh!, ¿de qué nos sirve hablar así? Sólo nos lleva a no entendernos y a sufrir amarguras.

Después de una pausa John contentó con voz tranquila:

—Muy bien. ¿De qué querías hablarme? ¿Del asesinato de Fletcher?

—¡Si!

—Me parece que este crimen te ha alterado los nervios.

—¿No te pasaría igual a ti?

—Eso dependería de si sentía miedo o dolor.

—¡Dolor! ¡Oh, no! Pero yo estaba allí aquella noche. No quiero que me mezclen en ello. Deberíais darte cuenta de mi espantosa situación.

—¿No sería mejor que confesaras lo que ocurrió? —sugirió su marido.

—Ya te lo dije. Creo que he convencido al comisario de que es inútil preguntarme para que dé detalles del hombre que vi, pero...

—Escucha, Helen. Es hora de que nos entendamos. ¿Es que en realidad reconociste al hombre?

—No, nunca vi su cara.

—Pero ¿tienes alguna idea?, ¿has visto quién era?

—Si así hubiese sido, no lo diría. Puedes estar seguro de ello —contestó en voz baja.

—En ese caso no veo la necesidad de seguir discutiendo el asunto. El único consejo que puedo darte, tal como están las cosas, es que conserves la calma y hables lo menos que puedas. —Volvió a escribir unas líneas y, sin levantar la cabeza, prosiguió—. A propósito, ¿tienes algún reparo en decirme por qué vino a verte Neville Fletcher la noche del crimen?

Helen se sobresaltó involuntariamente y balbuceó:

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Baker le vio salir y me lo ha dicho esta mañana.

—¿Es que toleras que los criados te informen de mis visitas?

—¡No! —contestó imperturbable.

—Neville vino a decirme que Ernie había sido asesinado.

—¿Ah, sí? ¿Por qué te lo anunció?

—Sabía que yo era amiga de Ernie. Supongo que pensó que me interesaría. Fue una suposición personal suya, a la que no hay que conceder demasiada importancia.

—¿Qué sabe él de todo esto?

—Nada, sólo lo que todos sabemos.

—Entonces, ¿por qué creyó necesario visitarte a medianoche para informarte de lo que ya sabrías unas horas más tarde?

—Había visto las huellas —confesó desesperada— y supuso que podían ser las mías. Por esto vino, para averiguarlo.

—Si Neville sospechó que las pisadas eran tus huellas, debe conocer tus secretos más de lo normal. ¿Qué hay entre los dos?

—¡Oh, Dios mío!, ¿por quién me tomas? ¡Es ridículo! ¡Neville! —exclamó apretándose las sienes.

—No me comprendes. No insinuaba que pudiera existir algo inconfesable entre vosotros. Pero tu explicación de su visita es demasiado inocente para que se pueda admitir. ¿Es que él sabía acaso que estuvieses en Greystones aquella noche?

—No, claro que no. ¿Cómo podía saberlo? Sólo fue una sospecha.

—Ni siquiera Neville Fletcher podía sospechar sin tener un fundamento. ¿Debo interpretar esto en el sentido de que tenías la costumbre de visitar a Fletcher en una forma (tendrás que perdonarme si la llamo clandestina) que fuera natural que Neville llegara a esta conclusión?

—¡Oh, no! Neville sabía perfectamente que yo apreciaba a Ernie solamente como amigo.

John no dejó convencerse.

—¿Es que tu posible relación con Fletcher interesaba a Neville?

—¡No! No, claro que no. Pero hace muchos años que conozco a Neville. —Su voz se detuvo incierta.

—Ya lo sé. Yo también conozco a Neville... o, digamos, he conocido a Neville durante años. ¿Intentas pedirme que crea que este joven despreocupado te pidió que explicaras tus relaciones con su tío?

Helen no pudo contener una sonrisa, pero sus ojos reflejaban cierto pánico.

—¡No! Yo se lo dije todo.

—Tú se lo dijiste a Neville Fletcher... ¡ah! ¿Por qué?

—Por nada, porque... vino así. No sé explicar el porqué.

—Esto por lo menos está claro —observó con dureza.

—No crees nada de lo que te digo.

—¿Es que acaso te sorprende?

Helen permaneció silenciosa contemplando sus manos cruzadas.

—¿Acaso Neville está enamorado de ti?

—¿Neville? —preguntó realmente sorprendida—. ¡Oh, no!, de ello no dudo ni un momento.

—Debes perdonar mi torpeza. Te he espiado tan poco que no estoy al corriente de nada. ¿Quién es tu fiel enamorado actual? ¿Es Jerry Maitland todavía el favorito?

—Si te dijera que nunca ha habido un favorito en mi vida me creerías tan poco como crees cuanto te he dicho.

—Como todavía no me has dicho nada acerca de esto no puedo contestarte. ¡Oh, por favor!, no digas ahora que ya lo has relatado.

—Si crees que ésta es la manera de hacerme confesar... —murmuró con labios trémulos—. Me tratas como si fuera... como si fuera una criminal y no tu mujer.

—¿Mi mujer? —rio John sarcástico—. ¿No te parece una burla hablar así?

—Si lo ese, tienes tú la culpa —contestó Helen con voz entrecortada.

—Sin duda alguna. No fuiste feliz, ¿verdad? Creías que el matrimonio era otra cosa y no te satisfizo estar sujeta a un hombre. Contéstame, Helen, ¿te hubieras casado conmigo si yo no hubiera sido un hombre rico?

Ella hizo un gesto como tratando de eludir aquellas palabras, se levantó vacilante y permaneció de espaldas a él apoyada en la ventana. Unos minutos después dijo con voz entrecortada.

—Si no me detienen por el asesinato de Ernie, será mejor que pidas el divorcio.

—No te arrestarán. No debes dejarte confundir por el interrogatorio del comisario.

—Todo parece concentrarse contra mí —murmuró abatida—. En realidad, no me importa.

—Si las cosas se han puesto así es porque te has callado algo que debe de ser de importancia vital. ¿Vas a decirme qué es eso?

—¡No! —murmuró denegando la cabeza—. Cuando termine esto, si salgo de ello con libertad, te daré toda clase de facilidades para que te divorcies.

—No pediré el divorcio, a menos que... —se detuvo de pronto.

—¿A menos qué?

—A menos que exista alguien de quien tú estés lo suficiente enamorada para... Pero no creo que exista en tu vida porque tú no te enamoras, Helen. Lo único a que aspiras es al coqueteo. Pero si debo ayudarte ahora...

—¿Por qué quieres ayudarme? —interrumpió Helen.

—Porque eres mi mujer.

—Y claro, éste es el deber de un marido. Gracias, prefiero que no intervengas.

—No puedo consentirlo.

—Obraste muy mal al presentarte inesperadamente.

—Posiblemente, pero si tú ibas a verte mezclada en este crimen, no podía proceder de otra manera.

—¿Para salvar tu reputación? ¿Tanto me odias, John?

—¡No! No se trata de eso.

—Te soy indiferente, que es lo mismo. Ambos sentimos mutua indiferencia. —Se alejó de la ventana y prosiguió—: ¡No, no quiero divorciarme! Comprendo que todo este lío, la muerte de Ernie, el escándalo, todo ha sido por mi culpa y lo lamento. En lo futuro tendré más cuidado. Realmente creo que ya no tenemos nada más que decirnos.

—Si no confías lo suficiente para confesarme toda la verdad, es muy lógico afirmar que ya no debemos decirnos nada.

—Confío en ti tanto como tú en mí —replicó irritada—, y ya sabes tú lo que quiero decir. Ahora, por favor, dejemos este tema. ¿Volverás a cenar esta noche?

John la contempló fijamente sin contestar. Helen repitió la pregunta y él contestó con su tono indiferente habitual:

—No, comeré en la ciudad. Es posible que vuelva muy tarde. No puedo precisar la hora...

Capítulo 9

El sargento Hemingway salió de Greystones preocupado. Una búsqueda agotadora no les había revelado el escondite de arma alguna, pero algo le puso de muy buen humor.

—Aunque no comprendo por qué, estoy de buen humor —exclamó dirigiéndose a Glass—. Ahora resulta que el asunto está más confuso que antes. He observado, no obstante, que esto ocurre con mucha frecuencia. Se inicia un caso que parece que va a ser un juego de niños y luego no se adelanta ni un paso. Después de trabajar en él un par de días, se recogen tantos datos y tantos indicios que al final parecen probar que no ha existido tal asesinato. Luego se descubre algo y ahí estamos ahora.

—¿Con eso quiere decir que cuanto más difícil se hace un caso con mayor facilidad se resuelve? —preguntó Glass con dificultad.

—Algo así —confesó el sargento—. Cuando la cosa se pone tan confusa que todo indicio que se descubre contradice el anterior, empiezo a sentirme alegre.

—No lo comprendo. Sólo veo a mi alrededor locura, pecado y vanidad. ¿Es que esas cosas pueden alegrar al hombre justo?

—Como no soy un hombre justo, no se lo puedo decir. Considerándome un humilde ciudadano, si no fuera por la locura, por el pecado y por la vanidad yo no me encontraría donde me encuentro ahora. Y usted tampoco. Y si dejara de una vez de perder su tiempo estudiando trozos de la Biblia para confundirme, lo que de por sí es algo que significa insubordinación, y se tomara un poco más de interés por este crimen, permítame que le diga que saldría usted beneficiado. A lo mejor incluso se le ascendería.

—No anhele los honores del mundo —murmuró Glass sombrío—. El hombre que es ensalzado no persevera. Es como los animales que perecen.

—Lo que usted necesita —declaró el sargento con aspereza— es un plato de lentejas. En mi vida he encontrado diferentes aguafiestas. Pero usted, desde luego, se lleva la palma. ¿Qué pudo averiguar de su amigo el mayordomo?

—No sabe nada.

—No lo crea. Los mayordomos suelen saber muchas cosas.

—No es así. Sólo conoce las palabras molestas que se cruzaron entre el difunto y su sobrino la noche del crimen.

—Así lo explicó el joven Neville —asintió el sargento—. Aunque no creo demasiado lo que me dice. Un cúmulo de mentiras a buen seguro.

—La lengua miente en un momento dado —exclamó Glass con melancólica satisfacción.

—No es posible que haya usted vivido en este mundo si cree tal cosa. ¿Persiste usted en asegurar que el hombre que vio en la noche del crimen no llevaba nada en las manos?

—Usted quisiera hacerme cambiar mi declaración —acusó Glass con una mirada llena de indignación—. Pero en verdad le digo que el hombre que levanta testimonio es un molinete, una espada y una acerada flecha.

—Nadie quiere que levante falsos testimonios —exclamó el sargento, irritado—. Y por lo que a mí respecta, ya me parece ahora que es usted una flecha acerada y probablemente un molinete también, si es que la palabra molinete significa lo que yo pienso. Ya he tenido que reprenderle una vez por hablar demasiado y ahora ya vuelvo a cansarme. Espere un momento —el sargento se detuvo en mitad de la calle, sacó su libreta y la hojeó rápidamente—. Espere —repitió sombrío—, aquí tengo algo que he copiado especialmente para usted. Ya sabía yo que me vendría bien. ¡Ah!, aquí está. «Aquel que al ser reprendido yergue la cabeza, será brutalmente destruido». —Observó el efecto de esta contestación y añadió con profunda satisfacción—: «Y sin remedio».

Glass apretó los labios y después de un momento de lucha interior, barbotó:

—El orgullo precede a la destrucción y un espíritu altivo a la caída. Declararé mi iniquidad y me lamentaré de mis pecados.

—Muy bien —contestó el sargento guardándose la libreta en el bolsillo—. Sigamos adelante.

—Mis iniquidades han sumergido mi cabeza —suspiró Glass profundamente abatido— y son como un peso demasiado aplastante para sobrellevarlo.

—Bueno, no es necesario abatirse de ese modo —aconsejó el sargento enternecido—. Esto no es más que una mala costumbre que usted tiene de la que debería enmendarse. Lamento haberle reprendido algo bruscamente. Olvídelo.

—Franca reprensión —dijo Glass igualmente sombrío— es preferible a un descontento secreto.

El sargento buscó en vano una respuesta. Como no pudo encontrar ninguna que no fuera exclusivamente profana y estaba moralmente seguro de que Glass, sin vacilar, le condenaría con uno de sus aforismos, se contuvo y siguió andando guardando un silencio molesto.

Glass iba junto a él, al parecer ajeno a que sus palabras hubieran sido capaces de enfurecerle. Al acercarse a la calle en que se encontraba la comisaría, observó:

—No ha encontrado ningún arma. Ya le advertí que no la descubriría.

—Tiene razón —contestó el sargento—, pero encontraré algo que usted hubiera descubierto hace un par de días si no tuviera la mentalidad de un piojo.

—Aquel que reprime sus palabras —comentó Glass— es prudente. ¿Qué es lo que no descubrí?

—Estrictamente hablando, no era cosa suya —contestó el sargento siempre justo—. Pero el gran reloj del vestíbulo atrasa un minuto respecto al del despacho del difunto Ernest que, por el contrario, marca la misma hora que el de usted. Además, he

averiguado por Miss Fletcher que atrasa desde hace algún tiempo.

—¿Es eso importante para el crimen? —preguntó Glass.

—Claro que sí. No digo que facilite las cosas, porque no es así, pero confirmo lo que le manifesté: en casos como éste uno tropieza con nuevos indicios que desbaratan cualquier teoría o hipótesis que hayamos hecho. A primera vista parece como si el hombre que usted descubrió, supongamos que fuera Carpenter, cometió el asesinato, ¿no le parece?

—Así es —asintió Glass.

—Pero el hecho de que el reloj del vestíbulo atrase un minuto no detiene el engranaje. En la segunda declaración, Mrs. North declaró que el reloj dio la hora, las diez, mientras se encontraba en el vestíbulo en dirección a la puerta principal. Usted vio a Carpenter escapando a las 10.02. Esto le daba un par de minutos de tiempo para asesinar a Ernie, hacer desaparecer el arma y llegar a la verja. En mi opinión, esto no pudo haber sido, pero por lo menos había una probabilidad remota. Luego descubro que cuando Mrs. North abandonó el despacho no eran las diez, sino las 10.01 y esto lo trastorna todo. Ahora parece como si Carpenter no fuera el asesino, sino que simplemente fue a intentar probar su suerte con el difunto Ernie y que se le despidió en la forma descrita por Mrs. North. En realidad no me sorprendería que Carpenter resultara ser uno de aquellos desgraciados que parecen no servir para otra cosa que para complicar la vida. El verdadero asesino debió de haberse escondido en el jardín esperando su oportunidad y, mientras usted se fijaba en Carpenter y decidía entrar para investigar, aquél realizó su fechoría.

Glass reflexionó durante un momento y preguntó:

—Aunque es posible, ¿cómo pudo escapar? No vi a nadie en el jardín.

—Estoy seguro de que usted no vio a nadie porque supongo que no se entretuvo en examinar debajo de todos los arbustos. Miró a su alrededor a la luz de la linterna y creyó que no había nadie en el jardín. Si hubo alguien, ¿qué le impedía huir mientras se encontraba usted en el despacho?

Entretanto habían llegado a la comisaría. Glass se detuvo en la puerta y dijo lentamente:

—No me parece que pueda haber ocurrido así. No digo que sea imposible, pero para eso tendría que creer que entre las 10.01, hora en que Mrs. North abandonó la casa, y las 10.05, hora en que yo descubrí el cadáver, el individuo había tenido tiempo de salir de su escondrijo, entrar en el despacho, asesinar a Ernest Fletcher y regresar otra vez a su escondrijo. Si bien es verdad que no entré en el despacho hasta las 10.05, también es cierto que si algún sujeto hubiera escapado mientras yo subía por el sendero, debía de haberlo visto.

—Estoy descubriendo que, cuando se preocupa usted por entero de su profesión, no es tan tonto como parece —observó el sargento dándole ánimos—. En fin,

también para esto tengo una respuesta. ¿Quién asegura que el asesino escapó por la puerta del jardín? ¿Qué le impedía huir por el mismo camino que Mrs. North, por la puerta principal?

Glass lo contempló, incrédulo.

—El que hiciera eso sería un loco. Correría el riesgo de ser descubierto por uno de la misma casa, quizá por la misma Mrs. North, que sólo dispuso de un minuto antes de llegar a la puerta del vestíbulo, como él debía de saber ya que había estado al acecho, como usted sugiere.

—Pudo haberle oído a usted acercarse por el sendero y verse obligado a tomar una decisión.

—La locura es un placer para el que carece de prudencia —murmuró Glass despectivo.

—Según lo que sabemos, el individuo carecía en absoluto de prudencia —replicó el sargento—. Váyase y coma y preséntese en cuanto termine.

Hemingway subió los peldaños que conducían al edificio. Hasta que hubo perdido de vista a Glass no se le ocurrió que la última observación del policía no iba precisamente dirigida al asesino desconocido. Una exclamación airada se detuvo en sus labios. Dudó por un momento si alcanzaría a Glass, pero luego lo pensó mejor. Tropezando con la mirada del sargento de guardia, masculló:

—Alguien debió de haberme echado una maldición, de lo contrario no tendría que arrastrar esta cruz.

—¿Se refiere a Glass? —preguntó el sargento Cross amablemente—. Es el mismo de siempre. Le advierto que no acostumbra mostrarse tan pesado como en este caso. El crimen es fuente de inspiración para sus proverbios. Hombres como él no saben trabajar si no es amonestando a los demás con sus máximas. ¿Quiere que le ponga otro hombre a sus órdenes?

—¡Oh, no! —replicó el sargento con amarga ironía—. Me encanta ser reprendido por los policías. Es algo nuevo.

—Lo destinaremos a otro empleo —prometió Cross—. Lo que ocurre es que no está acostumbrado a hacerse cargo de asesinatos. Para su moral es quizá demasiado.

—No lo cambie de sitio —rogó el sargento—. Por lo menos es un hombre meticulado y aparte de la molesta manía que tiene de recitarme las Escrituras, no tengo nada que objetar contra él. Tiene ideas propias y a ellas se aferra.

Una hora más tarde, algo cambiado sin duda por la comida, se presentó al comisario Hannasyde, quien llegó a la comisaría en el momento en que su subordinado regresaba de un buen almuerzo.

—Esta manía de Glass por los proverbios probablemente se debe a algún accidente de cuando era niño y a consecuencia de él le ha quedado.

—Como no tengo intención de perder el tiempo ni de permitir que lo pierda usted

investigando el pasado de Glass, no nos vamos a ocupar de él —cortó Hannasyde secamente.

El sargento comprendió por el tono que el comisario tropezaba con dificultades en su tarea.

—Ya le dije que este caso no sería tan claro como parecía. Se lo advertí al principio. ¿Qué tal ha ido la mañana?

—Sin cambios. Budd engañaba a Fletcher. Neville Fletcher aparece ahogado por las deudas y North no pasó la noche del día 17 en su piso.

—¡Vaya, más complicaciones! —comentó el sargento—. Nuevas sospechas, exactamente como pronostiqué que ocurriría. Dígame algo más del amigo Budd.

Hannasyde le expuso brevemente las hazañas del corredor. El sargento se rascó la barbilla, observando al final:

—No me gusta. Ni poco ni mucho. Claro que usted me dirá que si él tenía que entregar nueve mil acciones que no poseía y que no podía comprar como no fuera arruinándose, tenía un justificado motivo para asesinar a Ernest. Por otra parte, lo que le dije sobre la imposibilidad por parte de Ernest de hacer pública su estafa y perseguirlo, es cierto. Muy cierto. No, no me parece que sea el culpable. ¿Y qué hay de North?

—North, si no me equivoco, está jugando muy sucio. A mí me dijo que después de cenar en el círculo que frecuenta había regresado al piso y se había acostado temprano. Lo que realmente ocurrió fue que regresó a su piso a las ocho y media de la noche, volvió a salir a las nueve y regresó definitivamente a las doce menos cuarto.

—Bien, bien —exclamó el sargento—. Muy sincero. Todo lo que dijo era verdad y podía comprobarse.

—Aparentemente. Se detuvo para hablar con el portero cuando llegó a las ocho y media. Cuando salió, el portero se ofreció para buscarle un taxi, pero él rehusó diciendo que iría a pie.

—¿Quién le vio regresar más tarde, jefe?

—El portero de noche. Dice que le vio en el momento en que entraba en el ascensor.

—Un hombre como él que parece estudiar todos sus actos, no ha demostrado en esto mucho acierto. ¿Qué necesidad tenía de decirnos que había pasado la noche en su piso cuando podía suponer que usted descubriría el embuste a la primera investigación?

—Lo ignoro —contestó Hannasyde—. Si se hubiera tratado de Budd, hubiera achacado al pánico el que perdiera la cabeza. Pero North no estaba aterrorizado y estoy completamente seguro de que no perdió la cabeza. Lo que sospecho es que por alguna razón, que él conoce mejor que yo, trataba de poner obstáculos a mi labor.

—Obstáculos —murmuró el sargento— hasta que él pudiera hablar con su

esposa. Comprendo. Yo le llamaría a eso jugar arriesgado.

—No creo que esto le preocupara mucho.

—¡Ah!, ¿esas tenemos? —preguntó el sargento—. Por lo que veo no le vendrían mal unas cuantas moralejas de Ichabod.

Hannasyde sonrió y prosiguió distraído:

—Esta mañana no estaba en su despacho y, como su secretario creía que se encontraba en su casa, he venido a verle. Pero va a resultar un interrogatorio difícil porque es un hombre que no dice más palabras que las necesarias.

—También el joven Neville va a complicarnos el caso —observó el sargento—. Aunque no por la misma razón. Ese pájaro habla tanto que cuesta trabajo seguirle. ¿Qué me dice de su desfachatez al confesarme que saltó por la ventana de su cuarto y por encima de la valla del jardín la noche en que Ernest fue asesinado para ir a contárselo a Mrs. North? Me advirtió que él era su cómplice en el asunto de los pagarés.

—¡Qué fresco! —comentó Hannasyde—. Puede que sea verdad.

—¿Fresco? Claro que sí. Cara dura no es la palabra adecuada para lo que él es en realidad. No obstante, debo confesar que siento por él cierta debilidad. Dejé planchado al viejo Ichabod con el mejor directo que ha visto usted en su vida.

—¿Qué?

—Bueno, fue sólo en sentido figurado —explicó el sargento—. Soltó una frase bíblica que el pobre Ichabod no esperaba y que lo hizo migas. Pero no quiere decir nada. No aseguraría que no asesinara a su tío si así le ocurrió en aquel momento. Aunque se me ocurre que su estilo es más propicio a una puñalada entre las costillas. No. Si no fuera por el hecho de que no hay huellas del arma y de que no se encuentra un escondrijo adecuado, no le veo en el papel de asesino. Y esto me hace pensar en el único indicio interesante que he descubierto. El reloj del vestíbulo atrasa un minuto, jefe.

Hannasyde lo contempló y dijo lentamente:

—Si es así, la declaración de Mrs. North no tiene ningún valor.

—¿Se refiere a la segunda declaración?

—Sí. No es que nunca la haya considerado sincera, por lo que usted me dijo de ella, y no es que tampoco afirme que el asesinato no pueda haber ocurrido, pero lo que aseguro es que el hombre que vio Glass, supongamos que fue Charlie Carpenter, no pudo haberlo hecho. Debió de haber sido Budd, cosa que no creo, el joven Neville, North o la rubia.

Hannasyde sacudió la cabeza.

—Hemingway, esto no es admisible. Si partimos de la base de que la declaración de Mrs. North es cierta, resulta que Fletcher no volvió a su despacho hasta las 10.01. Usted mismo me ha dicho que el tiempo necesario para sentarse ante su mesa y

empezar la carta eran dos minutos por lo menos. Esto nos deja dos minutos para que el asesino entre, mate y huya. Menos todavía, porque aunque Glass no entró en el despacho hasta las 10.05, al subir por el sendero no perdió de vista ni un momento la ventana.

—Sí, eso es lo que asegura él —replicó el sargento—. Confieso que el tiempo es un poco justo. ¿Qué opina, jefe? ¿Cree que la primera declaración de Mrs. North es la verdadera?

—No —declaró Hannasyde después de una pausa—. Creo que ella regresó al despacho. Si no hubiera salido, como nos aseguró, no comprendo cómo sus huellas dactilares podían encontrarse en la puerta. Pero el hecho de que el reloj del vestíbulo atrase pone de manifiesto una discrepancia en su relato. Asegura que el hombre X abandonó el despacho en compañía de Ernest a las 9.58; que ella volvió a entrar y escapó cuando en el reloj daban las diez. Ahora bien, la única hora que conocemos con certeza es las 10.02, hora en que Glass vio salir a X; y las 10.05, cuando descubrió el cadáver de Fletcher. Esto nos deja una diferencia de cuatro minutos entre el momento en que Mrs. North dijo que salió X y la hora en que Glass le vio verdaderamente salir. Podríamos únicamente explicar esto si pretendiéramos que X regresó al despacho, asesinó a Fletcher y volvió a salir. Pero si Fletcher regresó al despacho, no a las diez, sino a las 10.01, queda descartada la posibilidad de que X regresara, asesinara y escapara por el jardín. Por consiguiente, o bien X salió por la verja a las 9.58, seguido cuatro minutos más tarde por otro hombre, le llamaremos Y, o el primer hombre X, era una invención de Mrs. North.

—Espere, comisario. Tengo que verlo escrito —dijo el sargento, tomando notas y contemplando el resultado con cierta preocupación—. Sí, esto es un lío con probabilidades. Muy bien, X descartado. ¿Qué nos queda? Sabemos que Mrs. North se escondió en el jardín porque en él encontramos sus pisadas. Ya lo comprendo. Y, que es a todas luces John North quien se encontraba con el difunto Ernest. Ella reconoció su voz... o quizá no la reconoció, todavía no he reflexionado sobre esto. En todo caso, Y mató a Ernest mientras Mrs. North estaba en el jardín y escapó. Mrs. North entró entonces en el despacho para echar un vistazo y, por razones que ni siquiera pensó entonces, escapó por la puerta principal. De este modo puede hacer que coincidan las horas. Alguien pudo pasar por Maple Grove cuando Y llegó a la verja y eso significa que se vio obligado a esperar a que el transeúnte se alejara antes de que él pudiera salir. O bien, si lo prefiere, Mrs. North no se marchó a las 10.01, sino más tarde. Confieso que no comprendo por qué inventaría esto. Esta hipótesis elimina a X y no concuerda con los únicos indicios que admitimos como ciertos.

—Puede eliminar a X, si así lo desea —interrumpió Hannasyde—, pero no puede eliminar a Charlie Carpenter. ¿Dónde puede concordar, entonces, en este relato?

—Es verdad —suspiró el sargento—. Si tenemos que incluirlo en la hipótesis, él

es Y y North es X, y se elimina. Sí. Esto es. Mrs. North no le reconoció la voz pero le vio de lejos y creyó que podía ser su marido. De ahí su falsa confesión. ¿Qué le parece esto?

—No está mal su teoría —concedió Hannasyde—. Pero si eliminamos a North, ¿quiere hacer el favor de decirme por qué me dijo que había pasado la noche en su piso cuando en realidad no había estado allí?

—Desisto —exclamó el sargento—. No sé qué decir a esto.

—Podría haber una respuesta. Podría ser que North no tuviera nada que ver con el asesinato, pero sospechara que su mujer estaba mezclada en ello.

—¿Qué? —exclamó el sargento abriendo los ojos—. ¿Cree que deliberadamente calló su coartada, si la tenía, para estar dispuesto a cargar con las consecuencias en favor de su mujer? No me diga que cree esto, comisario.

—No estoy seguro, pero me parece que es un tipo de hombre capaz de esto.

—A mí me hace el efecto de un astro cinematográfico —barbotó el sargento indignado—. También creo que es un individuo de pelo en pecho. —Volvió la cabeza al oír que la puerta se abría y tropezó con la mirada pensativa de P. C. Glass—. Vaya, ¿ya está de vuelta? Muy bien, puesto que trabaja en este caso, será mejor que entre. Me parece que podrá sernos ahora muy útil.

—Sí, pase, Glass —repitió Hannasyde—. Quiero que trate de recordar otra vez la noche del crimen. Mientras hacía su ronda por Vale Avenue, ¿recuerda haber visto a alguien, además del hombre que, según observó, salió por la puerta del jardín de Greystones? Alguien que pudiera, alrededor de las diez, haber pasado ante la puerta principal de Greystones.

Glass reflexionó durante unos minutos y luego dijo:

—No. No recuerdo a nadie. ¿Por qué se me pregunta esto?

—Porque tengo motivos para dudar de la veracidad de la confesión de Mrs. North, en la que asegura que abandonó Greystones a las 10.01 por la puerta principal. Lo que yo deseo es un posible transeúnte que pueda o no pueda haberla visto salir.

—Si es así, la cosa es sencilla —contestó Glass—. Hay un buzón en el cruce de Vale Avenue y Glynne Road, donde ella vive, que se vacía todas las noches a las diez. No me cabe la menor duda de que el cartero la vio si es que verdaderamente se dirigía a su casa a aquella hora.

—¡Buena idea, Ichabod! —exclamó el sargento—. Todavía le veremos inspector. Una mirada severa se posó sobre él.

—«El hombre que halaga a su vecino tiende una red a sus pies» —dijo Glass, añadiendo al ver que el sargento no se impresionaba—: «Incluso los ojos de su hijo perderán la luz».

—Bueno, no lo tome así. Como resulta que no tengo ningún hijo, en tal caso ¿qué me sucederá?

—Háganme el favor de no discutir —interrumpió Hannasyde severamente—. Glass, tenga la bondad de recordar que está usted hablando a su superior.

—Tener respeto a las personas no es bueno —contestó Glass seriamente—, porque el hombre pecará por un pedazo de pan.

—¿Ah, sí? —exclamó el sargento indignado—. Bien, pues no pecaré... ni por cincuenta panes. ¿Qué más?

—¡Basta! —gritó Hannasyde con voz irritada—. Glass, búsqieme al cartero, descubra a qué hora recogió las cartas del buzón, si vio a Mrs. North y de ser así, si llevaba algo en la mano. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Eso es todo. En cuanto lo sepa, preséntese.

Después que Glass hubo salido, Hannasyde preguntó:

—¿Por qué le da usted pie, sargento?

—¿Yo? ¿Yo le doy pie?

—Sí, usted.

—Si usted le llama dar pie a decirle cuatro cosas...

—Juraría que le divierte —le increpó Hannasyde.

El sargento se rio.

—Debo confesar que esperar sus comentarios añade interés al caso. Cualquiera pensaría que ya debía de haber agotado las frases que se sabe de memoria, ¿verdad? Pues no, señor. Tengo que admirarle, porque todavía no ha repetido ninguna hasta ahora. ¿Dónde vamos ahora?

—A casa de North —contestó Hannasyde—. Voy a ver si puedo averiguar lo que estuvo haciendo en la noche del crimen. En cuanto a usted, creo que podría hacer un buen trabajito de averiguación entre los criados.

Pero a su llegada a la casa, Hannasyde se enteró de que North había salido inmediatamente después de comer. El mayordomo era incapaz de decir a dónde había ido su amo, pero no creía, ya que él mismo conducía su coche, que hubiera ido a su despacho.

Después de un momento de reflexión, Hannasyde pidió que se pasara su tarjeta a Mrs. North. El mayordomo la tomó, observando reservado, que vería si la señora estaría en disposición de recibirla, haciéndole pasar luego a la biblioteca.

Allí se le unió inmediatamente Miss Drew, que llegó con el monóculo firmemente encajado en el ojo y con un cigarrillo en una larga boquilla de ámbar.

—Mi hermana está descansando, pero bajará dentro de un momento. ¿Para qué quiere verla?

—Se lo diré cuando baje —replicó Hannasyde inmutable.

—Muy bien —contestó Sally riendo—. Sé recibir los chascos. Pero si se trata del relato épico que Neville Fletcher murmuró al oído de su sargento, le aseguro que

pierde el tiempo. No le llevará a ninguna parte.

—¿Relato épico? ¡Ah!, usted se refiere a sus aventuras en la noche del asesinato de su tío. No he venido para eso.

—Pues yo pensaba que sí. No me hubiera sorprendido que hubiera deseado interrogarme.

—¿De veras? ¿Acaso usted está metida en estas aventuras?

—En realidad no lo estoy, pero Neville que, como habrá usted observado tiene procedimientos no siempre aceptables, dijo al sargento con su modo delicado que yo había planeado abrir el arca de caudales de Ernie Fletcher.

—¿Es cierto esto?

—Verá usted. Sí y no —contestó Sally con cierta reserva—. Si en aquel momento hubiera tenido conmigo la libreta de apuntes criminales y hubiera dispuesto de tiempo para que se me ocurriera, podía haberlo intentado. Pero este caso me ha enseñado una cosa de gran valor y es que en la vida real uno no tiene tiempo para nada. Si yo hubiera escrito esta historia, hubiera inventado una razón plausible para que mi yo ficticio hubiera tenido medios al alcance de la mano que me permitieran dar un fin al caso. Me hubiera convertido en la ayudante de un hombre de ciencia, con amplia libertad en su laboratorio o algo parecido. No obstante, en realidad no ha habido nada de esto.

Hannasyde la contempló realmente interesado.

—Entonces, ¿la historia de Mr. Fletcher era cierta y no, como suponía, un mero intento de distraer a la policía?

—Parece haberlo juzgado con bastante exactitud —comentó Sally—. En efecto, vino aquí para informar a Helen que su tío había sido asesinado y que no había podido apoderarse de sus pagarés. Eso, naturalmente, me pareció muy feo. En primer lugar, fue una idiotez por parte de mi hermana pedir la cooperación de Neville. Hubiera hecho mejor encargándomelo a mí. Supongo que no me juzgará mal si le digo que estaba dispuesta a todo para recuperar esos pagarés de la caja fuerte antes de que usted pusiera las manos en ella. Desgraciadamente, estaba entonces un policía de guardia en el despacho y esto echó a perder mi estilo.

—Comprendo su punto de vista. Pero si usted conoce algo de leyes, debe de saber que hubiera sido una acción culpable por su parte robar, fuera lo que fuera, de la caja de un hombre asesinado.

—En teoría sí. En la práctica, no —contestó Sally fríamente—. Yo sabía que los pagarés no tenían nada que ver con el caso. Naturalmente, usted no podía suponerlo y, por lo mismo, ya ve los trastornos que le están causando, sin hablar de la pérdida de tiempo.

—Miss Drew, su opinión es muy respetable, pero como ya debe de haber comprendido, no la comparto. A mí me parece, por el contrario, que los pagarés

tienen mucho que ver en este caso.

—¿Sí? ¿No le gustaría que me decida a verter mis confidencias juveniles en sus oídos? Muy bien, pues lo haré. Si juega usted con la idea de que mi hermana puede haber sido la asesina, le demostraré lo contrario en seguida. Dejando aparte el hecho evidente de que no entra en su carácter el aplastar la cabeza a nadie, no había ni la más ligera sombra de sangre ni en su traje ni en su capa cuando vino aquella noche a casa. Si usted pretende hacerme creer que pudo haber realizado el acto sin que ni una sola gota de sangre cayera sobre sus ropas, tendrá que hipnotizarme. No es que espere que usted preste atención a lo que yo diga, porque es normal que me ponga de parte de mi hermana, pero no le cuesta a usted nada interrogar a su doncella. Ella le dirá que ningún traje de mi hermana ha desaparecido o ha ido a la tintorería la semana pasada —se detuvo, sacó la punta del cigarrillo de la boquilla y lo tiró—. Pero yo me doy cuenta de que usted en realidad no cree que ella lo hiciera. El hombre de quien usted sospecha es mi cuñado y no le puedo censurar por ello. En esto puedo aconsejarle de nuevo. Le digo, y debe creerme, que él no conoce la existencia de esos pagarés. No dudo que esto le parecerá imposible, pero es verdad. Y por si acaso no lo ha entendido bien, tampoco sospecha que mi hermana haya tenido lo que llamaríamos tratos dudosos con Ernest Fletcher —se detuvo de pronto y lo contempló fijamente—. Veo que no tengo éxito con usted. ¿Y esto por qué? ¿No me cree?

—Sí, creo que usted me dice lo que cree que es verdad —contestó—. Pero es posible que usted no conozca la verdad. Por un momento imaginémonos que su cuñado es el hombre que yo busco. Debe usted de comprender que en tal caso es natural que no diga nada ni a usted.

—Desde luego —concedió Sally con justicia—. Pero hay otro punto. Mi cuñado no es tonto. Si lo hubiera hecho, hubiera tenido buen cuidado en protegerse o en no dejar huellas —se detuvo y colocó otro cigarrillo en la boquilla—. Sí, aquí hay algo que no concuerda. Usted cree que él pensaba hacerlo, pero que al mezclarse Helen estropeó sus planes. Puede que tenga usted razón, pero yo en su lugar no le concedería a eso demasiada importancia.

—En mi trabajo —observó Hannasyde— uno aprende a no conceder demasiada importancia a nada.

Volvió la calma, porque la puerta se había abierto y Helen acababa de entrar. Parecía cansada, más bien agotada, y le saludó con calma:

—Buenas tardes. Siento haberle hecho esperar. Estaba descansando.

—Lamento tener que molestarla, Mrs. North, pero hay una o dos cosas en su declaración que quisiera volver a analizar con usted.

Helen se acercó a un sillón junto a la chimenea.

—Siéntese, por favor. Desde luego no puedo declarar más de lo que le he dicho pero, naturalmente, contestaré a lo que quiera usted preguntarme.

Se sentó, dejando el carnet sobre una mesa contigua.

—Voy a ser perfectamente franco con usted, Mrs. North, porque creo que ahorraremos tiempo y confusiones si usted conoce los datos que obran en mi poder. Lo primero que voy a decirle es que tengo pruebas de que cierto hombre, que no debe de preocuparla puesto que es muy improbable que usted haya oído su nombre, visitó a Ernest Fletcher a una hora determinada durante la noche en que fue asesinado.

Los ojos de Helen estaban fijos en el rostro del comisario con una expresión de dolorosa ansiedad, pero se limitó a contestar en voz baja:

—Era sin duda el hombre que yo vi. Siga, por favor.

—Voy a leerle a usted, Mrs. North, los hechos ocurridos entre las 9.35 y las 10.05 según su declaración y la del policía que descubrió el cadáver de Fletcher. Si me he equivocado en las horas, adviértamelo. Para empezar: a las 9.35 usted llegó a la verja lateral de Greystones. Vio a un hombre bajo y gordo cuando salía por la puerta del jardín poco antes de que usted llegara a ella y que se marchaba en dirección a Vale Avenue.

Helen tenía las manos crispadas sobre los brazos del sillón pero cuando Hannasyde se detuvo y la observó inquisitivo, contestó sin alterarse.

—Sí, eso es cierto.

—Entró usted entonces por el jardín de Greystones, subió por el sendero y encontró a Ernest Fletcher solo en su despacho.

—Sí, también es cierto.

—A las 9.45, después de una breve disputa con Fletcher, abandonó usted el despacho por donde había venido, sola, y ya se dirigía a su casa cuando oyó pasos que se acercaban por el sendero. Entonces se escondió usted detrás de un arbusto que crece a pocos pasos del sendero.

—Sí. Ya he declarado todo eso.

—Un momento, por favor. Usted pudo ver que el nuevo visitante era un hombre de estatura y corpulencia medianas, con un sombrero de fieltro claro y sin ningún bastón en la mano. Pero no pudo usted reconocerlo.

—Me pareció que era una persona de aspecto corriente, pero realmente le vi muy poco, porque apenas había luz. No podría jurar nada sobre él.

—Dejaremos eso por ahora. Este hombre entró en el despacho por la vidriera, cerrándolo tras él, y permaneció allí hasta aproximadamente las 9.58. A las 9.58 salió del despacho, seguido por Fletcher, quien le acompañó sin apresurarse hasta la puerta del jardín. En cuanto ambos hombres se perdieron de vista, usted regresó al despacho y revolvió el pupitre en busca de sus pagarés. Oyó que Fletcher regresaba a la casa y escapó de la casa antes de que él llegara, pasando por la puerta que da al vestíbulo. Mientras usted estaba en el vestíbulo, el reloj de caja dio las diez. Pero debo decirle, Mrs. North, que aquel reloj atrasaba un minuto con relación al del despacho y por

consiguiente, la hora era en realidad las 10.01.

—No comprendo...

—Creo que comprenderá, porque le voy a explicar ahora la declaración del policía. A las 10.02 observó, desde el cruce de Maple Grove y Vale Avenue, a un hombre que salía por la verja del jardín de Greystones y que se dirigía a Arden Road. Considerando aquella circunstancia como sospechosa, avanzó por Maple Grove, entró en el jardín de Greystones por la puerta de la verja y subió por el sendero hasta llegar ante el despacho. Allí descubrió el cadáver de Ernest Fletcher desplomado sobre la mesa y con el cráneo aplastado. Entonces eran, Mrs. North, las 10.05.

—No lo comprendo —balbuceó Helen.

—Si lo piensa, lo comprenderá —observó el policía—. Si su declaración es cierta, Fletcher estaba vivo a las 10.01.

—Claro —contentó vacilando—. Claro, debía de estar vivo.

—No obstante, a las 10.02 el policía vio a un hombre desconocido que salía del jardín. A las 10.05, Fletcher había muerto y el asesino había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Quiere decir que no pudo haberlo hecho?

—Decídale usted misma, Mrs. North. Usted me asegura que el hombre que vio se marchó a las 9.58. ¿Quién era el hombre que vio el policía?

—¿Cómo puedo contestarle si lo ignoro?

—¿Puede usted sugerirme algún motivo que justificara su presencia en el jardín?

—No, claro que no. A menos que hubiera asesinado a Ernie.

—Debería haberlo hecho en bastante menos que un minuto.

Helen se le quedó mirando sin comprenderle.

—Me parece muy poco tiempo. ¿Es que... es que me está usted acusando de haber asesinado a Ernest Fletcher?

—No, Mrs. North. Pero le estoy insinuando que falseó usted su declaración.

—No es verdad. Yo vi a Ernie hablar andando hacia la puerta, con aquel hombre. Si había alguien más en el jardín, yo lo ignoro. Usted no tiene derecho a decir que mi declaración es falsa. ¿Por qué iba a serlo?

—Si usted, Mrs. North, reconoció al hombre que entró en el jardín, eso es de por sí una buena razón para falsear su declaración.

La mano de Sally cayó sobre el hombro de su hermana, apretándoselo, y dijo:

—Cállate. No estás obligada a contestar.

—Es que dije la verdad. Lo que declaré era cierto en todo. No sé nada del otro hombre y puesto que oí a Ernie silbar antes de entrar en el vestíbulo, he de suponer que estaba vivo en aquel momento, a las 10.01. Usted quiere que yo le diga que no vi salir al hombre, pero no lo lograré, porque lo cierto es lo declarado.

—¡Basta! —exclamó Sally. Y dirigiéndose a Hannasyde prosiguió—: Mi

hermana tiene derecho a ver a su abogado antes de contestar cualquier pregunta. Ahora no dirá nada más. Ya ha oído usted su declaración. Si no la cree conforme por discrepar con la de su policía, es cosa de usted y no de ella.

Sally hablaba agresiva, pero Hannasyde contestó sin perder la calma:

—Desde luego puede consultar a su abogado antes de contarme. Incluso creo que sería prudente que lo hiciera. Antes de marcharme le agradecería, no obstante, que me dijera dónde podría encontrar a Mr. John North.

—No lo sé —contestó Helen bruscamente—. No me dijo a dónde iba. Todo lo que le puedo indicar es que no vendrá a cenar y no sabe cuándo volverá a casa.

—Gracias —contestó Hannasyde levantándose—. No quiero molestarle más, Mrs. North.

Helen se dispuso a pulsar el timbre, pero Sally dijo:

—Yo le acompañaré —y dirigiéndose a la puerta la abrió.

Cuando regresó a la biblioteca encontró a su hermana paseando nerviosamente y retorciendo un pañuelo entre las manos. Contempló a su hermana, ceñuda, y le preguntó:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué he de hacer?

—No sé qué aconsejarte. ¿Estás dispuesta a decirme la verdad?

—Lo que he dicho es la verdad y nada me hará mentir —exclamó Helen, sosteniendo la mirada retadora de Sally.

—Muy bien —contestó Sally después de una pausa—. No seré yo quien te censure.

Capítulo 10

El sargento Hemingway se reunió con su superior ante la verja, advirtiéndole:

—No he descubierto nada. ¿Hizo usted cantar a la bella Helen?

—No. Mantiene que su declaración es verídica y que no puede mentir. Tampoco yo creía que dijera otra cosa. Lo que quería lograr, y creo que lo conseguí, era asustarla. ¿Sacó usted de los criados algo en limpio?

—Muy poco. El mayordomo vio a Neville aquella noche saliendo de la casa alrededor de las doce y media de la noche y eso parece confirmar que lo que le dijo a usted era cierto. Por otra parte he perdido el tiempo. Son criados a la antigua usanza. Hace muchos años que están con sus dueños y parecen adorar lo mismo al señor que a la señora. Por consiguiente, no hablan. Y apartándonos de la cuestión, es una lástima que no haya más servidumbre como ellos, aunque no nos favorece en nuestra profesión. ¿Sacó usted la impresión de que Mrs. North trataba de proteger a su marido?

—No lo sé. Su hermana le prohibió que me contestara hasta que hubiera visto a su abogado. No insistí más.

—Eso es precisamente lo que esperaba de esa dama del monóculo —observó el sargento disgustado—. En mi juventud, las mujeres no se atrevían a aconsejar esto porque lo ignoraban. No admito la emancipación de la mujer. No es lógico. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Vamos a interrogar al joven Neville?

—No. Regreso a mi despacho. Es inútil insistir con Neville. No tengo nada para sospechar de él, excepto su estado financiero, y él lo sabe. Dios quiera que Glass haya conseguido averiguar algo del cartero. Por lo que veo, las dos personas que nos interesan son North y Carpenter. Llamaré al despacho de North y averiguaré si está o si se ha ido. Con un poco de suerte, Jevons habrá podido averiguar más datos sobre Angela Angel. Lo puse sobre la pista a primera hora de esta mañana. Esto me recuerda que necesito una cosa, es decir, una fotografía de Fletcher. Al pasar ante Greystones entraremos y pediremos una a su hermana. Dice que no se encontraron fotografías entre los objetos de Angela Angel.

—Sólo la de unos compañeros de teatro y una de Charlie Carpenter. Pregunté especialmente a Jimmy Gale, pero estaba seguro de que no había ninguna del hombre que la acompañaba. El difunto Ernest dejaba poco rastro de su paso. Jefe, ¿cree usted que Angela puede tener interés en nuestras averiguaciones?

Hannasyde tardó en contestar. Al llegar frente a la puerta principal de Greystones, advirtió:

—No sé qué decirle. Si North es el hombre que buscamos, Angela no tiene importancia, pero de un modo u otro parece que está ligada con el caso. Creo que no nos estorbará saber algo más sobre ella.

Agitó la campanilla de la entrada y unos minutos más tarde Simmons les abrió la puerta, advirtiéndole, no obstante, que la señora había salido. Hannasyde iba a preguntarle si podía entregarles una fotografía de su difunto amo, cuando Neville se acercó a ellos y les dijo con su sonrisa vaga, como vergonzosa:

—¡Oh, qué alegría! ¡Estaba ya tan cansado de hacerme compañía a mí mismo! No me atrevo a salir por si acaso me vigilan ustedes. A mi tía no le gustaría nada que me pusiera en evidencia. ¿Pero dónde está el hombre de las máximas? ¿Acaso no ha venido con ustedes?

El sargento se cubrió la boca con la mano. Los grandes ojos de Neville parecieron reprochárselo.

—No es posible que usted le quiera tanto como yo —observó arrastrando las palabras—. He aprendido dos nuevas frases para decirle y estoy seguro de que no podré retenerlas por más tiempo.

El sargento sintió el impulso, pronto reprimido, de preguntarle cuáles eran aquellas nuevas frases. Sin embargo, se limitó a decir con voz indiferente:

—¿Dos nuevas frases?

El joven Mr. Fletcher, que parecía poseer el extraño poder de leer los pensamientos de los otros, murmuró confidencialmente:

—Ya sé que usted se muere de ganas de que se las diga. Lo haría, aunque no está bien que abuse de mi cerebro, si no fuera porque está usted con el comisario. No sé si me comprende: son algo atrevidas..., por no decir vulgares.

El sargento lanzó una mirada implorante a su superior, quien aconsejó severamente:

—Puede usted contárselo al sargento en cualquier otra ocasión, Mr. Fletcher. He venido con la esperanza de ver a su tía, pero quizás pueda ayudarme. ¿Tiene usted alguna fotografía de su tío que pudiera prestarme durante unos días?

—¡Oh, no! —dijo Neville—. Quiero decir que no tengo ninguna. Pero si la tuviera, no se la prestaría, se la regalaría.

—Esa es una gran amabilidad por su parte, pero...

—En realidad no lo es —explicó Neville—, porque no me gustan las fotografías. Le diré lo que puedo hacer. Le daré la que está solita sobre la mesa del salón. En realidad, estaba pensando qué podría hacer para fastidiar a mi tía.

—Pero yo no tengo el menor deseo de fastidiar a Miss Fletcher. ¿No tiene usted otra...?

—No, no tengo otra —afirmó Neville con naturalidad—. No le pienso decir que se la he dado a usted para ayudarle en sus gestiones. Lo considero una buena obra y desde que he empezado a hacerlas he observado que, invariablemente, me trae consigo algunas molestias.

Sin dejar de hablar les acompañó hasta el salón donde, como había afirmado, una

gran fotografía de su tío adornaba majestuosa una mesita. Se detuvo ante ella y preguntó:

—¿No es preciosa?

—No me gusta llevarme una fotografía que Miss Fletcher aprecie tanto —afirmó Hannasyde—. ¿De verdad no tiene ninguna otra?

—Claro que sí, junto a la cama de mi tía. Pero aquélla no se la dejaré coger porque no podría tolerarlo. Hay cosas que son disculpables, pero otras en modo alguno.

—No comprendo sus escrúpulos pues por una parte se muestra dispuesto a fastidiar a su tía —exclamó el sargento.

La mirada de Neville se posó, incierta, en el rostro del sargento un instante.

—Puede usted tomarla. Comisario, ¿la querrá usted con marco o sin él?

—Sin marco, por favor —contestó Hannasyde observándole con curiosidad—. Creo que comprendo el por qué de su actitud, aunque sus métodos me parecen un poco originales.

—Menos mal que no ha dicho que le parecen algo excéntricos —murmuró Neville, sacando la fotografía de su marco—. Me molesta que me llamen excéntrico. Es una palabra empleada por las mentalidades mediocres para describir el racionalismo puro. Ahora esconderé el marco y procuraré que Simmons no diga nada. Hasta ahora la única ventaja que he encontrado al heredar una fortuna es la facilidad que confiere a uno de ejercer el censurable poder de obligar a los otros a actuar contra su voluntad.

—Luego, ¿es de suponer que usted se unirá a buscar la fotografía perdida? —dijo el sargento reprochándoselo y divertido a su vez.

—No, eso sería demasiado hipócrita —contestó Neville sereno—. Aquí la tiene, comisario. No le invitaré a tomar el té conmigo porque mi tía podría regresar.

Una vez fuera de la casa, el sargento comentó:

—Acaba de ocurrírseme algo de repente. ¿Sabe usted lo que la estúpida sonrisa de Neville me hace pensar, comisario?

—No, ¿en qué?

—En el cuadro al que la gente da tanta importancia, aunque yo no comprendo lo que encuentran en él. Me refiero al retrato de aquella mujer de cara de torta con una sonrisa hipócrita y desagradable.

—¡Ah, Mona Lisa! —rio de pronto Hannasyde—. Sí, desde luego. Es un muchacho extraño. No sé qué pensar de él.

—A veces —prosiguió el sargento— nada desearía tanto como acusarle de este asesinato. No obstante, reconozco que esto de aplastar el cerebro de un hombre no me parece apropiado para un individuo como Neville. Él hubiera buscado otro medio de matar.

—No me extrañaría que tuviese usted razón —repuso Hannasyde.

Cinco minutos más tarde subieron a un autobús que les dejó a pocos pasos de la comisaría. P. C. Glass no había regresado de su entrevista con el cartero y Hannasyde, después de enterarse por teléfono de que Mr. North no estaba en su despacho, pidió comunicación con Scotland Yard y preguntó si el inspector Jevons había regresado. Pronto pudo hablar con el inspector, quien tenía poco que contarle. Acababa de descubrir el piso en el que el desconocido protector había instalado a Angela Angel. Pero el piso había sido alquilado por un hombre que se hacía llamar Smith. El portero estaba seguro de que reconocería al caballero si lo volviera a ver y lo describió como alto, delgado y muy bien vestido.

Hannasyde miró su reloj y decidió regresar a Londres, dejando al sargento encargado de recoger los informes que Glass pudiera traer. Fijó una hora para reunirse todos en la jefatura y se marchó con el retrato de Fletcher en el bolsillo.

Poco después se presentó Glass y al llegar parecía estar muy indignado. No bien puso sus ojos sobre el sargento, comentó severamente:

—Aquel que obliga al justo a desviarse por el camino del pecado, caerá en el pozo que él mismo ha abierto.

—¿Qué demonios dice? —preguntó el sargento—. No es posible que ya haya bebido, porque las tabernas todavía no están abiertas.

—Que aquellos que persiguen mi alma para destruirla, queden avergonzados y confundidos. Apartaré mis ojos de la vista de la vanidad, yo soy como el verde olivo sagrado.

—Oiga, ¿dónde diablos ha estado usted?

—Mis ojos han presenciado inmundicia y una mujer babilónica —anunció Glass con mirada sombría.

—¿Dónde? —preguntó el sargento súbitamente interesado.

—He presenciado todo eso en una brillante casa de corrupción. He escapado de caer a un espantoso abismo.

—Si quiere usted saber lo que yo pienso, lo único que puedo hacer es decirle que estoy avergonzado de usted —le increpó el sargento severamente—. Me gustaría saber qué es lo que estuvo usted haciendo en esa casa. El jefe le ordenó que buscara al cartero. En lugar de obedecer sus órdenes se ha ido a...

—He hecho lo que me han mandado. Le he encontrado, aunque mis pies me llevaron por el camino de la perdición.

—Ya ha hecho bastante y le ruego que no se preocupe mucho sobre la moralidad del cartero. No importa dónde lo encontró y la cuestión es que lo haya encontrado..., aunque no podía sospechar que el cartero concurriera a esa clase de casas, en ciertos barrios. ¿Ha logrado su declaración?

—Le mandé salir de aquel lugar de pecado, sí. Y a su mujer también...

—¿Qué? —exclamó el sargento asombrado—. Oiga, ¿dónde encontró usted al pobre diablo?

—En la casa de distracción, que es la morada del demonio.

—¿Pretende usted decirme que toda esa indignación es porque el pobre cartero llevó a su mujer al cine en sus horas libres? —preguntó el sargento—. Creo que está usted loco. Ahora, déjese de moralejas y vayamos al asunto. ¿Sabe si vio a Mrs. North en la noche del crimen?

—He condenado una actitud a causa de la inquietud de mi corazón —exclamó Glass con un gemido—. Ahora le daré mi informe —sacó una libreta del bolsillo y con un cambio extraordinariamente brusco de la exaltación al deber, leyó con voz monótona—. «La noche del 17 de junio, después de retirar la correspondencia del buzón de la esquina de Glynne Road, a las diez exactamente, el cartero llamado Horace Smart, domiciliado en el número 14 de Astley Villas, Marley, montó en su bicicleta y se dirigió hacia el Este pasando ante la verja de Greystones. Smart asegura que vio a una mujer andando por la avenida».

—¿Se fijó en si llevaba algo?

—Asegura que no llevaba nada, que cuando la vio tenía una mano levantada para proteger su pelo del viento. Con la otra sujetaba las faldas de su vestido.

—Reconoció... —El sargento se interrumpió para contestar al teléfono, que en aquel momento comenzó a llamar—. ¿Scotland Yard? Bien. Pónganos en comunicación... ¿Diga? Hemingway al habla.

—Hemos localizado a Carpenter —anunció una voz al otro extremo de la línea.

—¿Sí? —exclamó el sargento incrédulo—. ¡Buen trabajo! ¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos, pero le podemos decir dónde estará esta noche. La información la hemos conseguido por Alec Dedoslargos, que dice que Carpenter vive en una habitación del sótano del número 43 de Narsley Street. Es...

—Espere un minuto —rogó el sargento buscando un lápiz—. 43 Barnsley Street..., habitación de los sótanos. ¿Dónde está Barnsley Street?

—Ahora se lo digo. ¿Conoce usted Glassmere Road? Pues Barnsley Street parte de allí y termina en los Jardines de Letchley.

—¿Los Jardines de Letchley? ¡Caramba, en qué barrio más elegante vive el amigo Carpenter!

—No, no vive allí. Barnsley Street es bastante triste. El número 43 parece una casa de huéspedes. ¿Quiere usted que cacemos a Carpenter?

—Si no entendí mal, usted me ha dicho que ignoraba su paradero.

—Lo ignoramos, pero es fácil que su patrona lo sepa.

El sargento reflexionó un momento y luego opinó así:

—No, no se sabe nunca lo que puede ocurrir y es mejor no darle la impresión de que lo buscamos. Podemos esperar hasta que vaya a su casa. Voy a visitar al

comisario ahora mismo. Entonces iremos los dos a Barnsley Street y cazaremos desprevenido al caballero.

—En fin, debo indicarle que, según Alec Dedoslargos dijo a Fenton, no lo encontrarán hasta bastante tarde. Trabaja en un restaurante. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—De momento, no se me ocurre otra cosa. Si trabaja en un restaurante, el jefe puede que decida cazarlo por la mañana. De todos modos, le veré dentro de un rato. Adiós —colgó el teléfono y dijo con satisfacción—. Ahora adelantamos si no me equivoco —se encontró con que Glass seguía esperando con la libreta abierta en una mano y los ojos fijos en él—. ¡Ah!, ¿usted todavía? ¿Qué le estaba diciendo?

—Iba usted a preguntarme si el cartero reconoció a la mujer. Y yo iba a contestarle que no. Iba en bicicleta por el otro lado de la carretera y no vio más que una figura de mujer con las faldas sostenidas en una mano y el pelo, que el aire levantaba, con la otra.

—Vaya, no hay duda de que era Mrs. North —observó el sargento.

Recogió sus papeles y se levantó. El policía estaba aparentemente enfrascado todavía en meditar el peligro por el que había pasado porque dijo, estremeciéndose:

—La lámpara del pecador se apagará, pero el tabernáculo de los justos florecerá.

—Probablemente —asintió el sargento guardando los papeles en su cartera—. Pero si la película que usted ha visto era tan mala como para excitarlo así, confieso que me hubiera gustado verla. Jamás he tropezado con ninguna película atrevida... En fin, lo que yo llamo atrevida.

—¿Cuánto tiempo morarán en ti los vanos pensamientos? —preguntó Glass—. En verdad os digo que cuando los malos perezcan, se oirán gritos de alegría.

—Váyase a casa y tómese una aspirina —recomendó el sargento—. Ya tengo bastante de usted por hoy.

—Me voy —contestó Glass guardando la libreta en su bolsillo—. Me siento arrastrado de un lado para otro, como la langosta.

El sargento no se dignó contestar, sino que se marchó. Más tarde, cuando se reunió con el comisario Hannasyde en su despacho de Scotland Yard, comentó:

—Jefe, no sabe usted lo que ha hecho. Ha transformado al pobre Glass en una langosta. En su vida ha oído usted una cosa así.

—¿Qué demonios...?

—Ha dirigido sus pies a un horrible abismo —prosiguió el sargento compungido—. En vista de ello lo he mandado a su casa para que se recobre.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Hannasyde impaciente—. Quisiera que olvidara a Glass y se fijara en este caso...

—¡Olvidarlo! ¡Qué más quisiera yo! Gracias a usted ha ido al cine y lo que tiene que decir sobre la película pone los pelos de punta. No obstante, ha encontrado al

cartero y, en efecto, Mrs. North fue vista alrededor de las diez, aunque no la reconoció y no llevaba nada en la mano. En todo caso decía la verdad sobre la hora en que salió de Greystones. ¿Se ha enterado de lo de Carpenter?

—Sí. He estado hablando con Lawson. Por lo que deduce de la información de su Dedoslargos, parece que podemos encontrar en su casa a Carpenter a cualquier hora después de las nueve y media. Iremos a verle.

—Muy bien. ¿A qué hora?

—Será mejor darle media hora de margen para estar seguros de encontrarle. Me reuniré con usted en la esquina de Glassmere Road y Barnsley Street a las diez. Entretanto, seguramente le agradará enterarse de que el portero reconoció la fotografía de Fletcher en cuanto se la mostré. Dijo que era «Smith».

—Nunca tuvimos dudas sobre ello, ¿verdad? —preguntó el sargento—. ¿Pudo descubrirle algo más?

—Nada que nos sirva a nuestras gestiones. Como todos los que estuvieron en relación con Fletcher, parece que siempre fue persona simpática. No sabe nada más sobre la muchacha, sobre la época en que murió, que lo que dijo a Gale.

—Debo confesar que parece que el suicidio de Angela Angel y el asesinato del difunto Ernest concuerdan maravillosamente —observó el sargento—. Pero maldito si entiendo el papel de North en todo esto.

—Sabremos probablemente más cuando oigamos lo que Carpenter tenga que decir —contestó Hannasyde.

—Sí, él es lo que llamaríamos la clave del misterio —afirmó el sargento.

Un poquito antes de las diez, Hemingway llegó al lugar en que debían encontrarse y descubrió que Barnsley Street era una callejuela que unía la Avenida de Glassmere Road con los pulcros y bonitos Jardines de Letchley. Glassmere Road, que el sargento conocía bien, era una vía concurrida y en la esquina de ésta con Barnsley Street, cerca de la parada del autobús, había un puesto de café. El sargento fue a tomarse una taza y se entretuvo charlando con el propietario. Pronto se le reunió Hannasyde, quien llegó andando por Glassmere Road desde la estación del metro, a unos metros de distancia.

—Buenas noches —dijo Hannasyde, saludando al propietario del despacho—. Poca gente, ¿verdad?

—No puedo quejarme —contestó el hombre y, señalando por el pulgar por encima de su hombro, prosiguió—. Más tarde tengo toda la gente que sale del Regal Cinema. Claro que ahora no hay jaleo pero es que es temprano. No, no puedo quejarme.

El sargento apartó su taza, dio cordialmente las buenas noches al dueño del puesto y se marchó con su superior.

Estaba nublado y, aunque la luz del día persistía todavía, se hacía de noche.

Barnsley Street, abierta en semicírculo en dirección a los Jardines de Letchley, era una callejuela mal iluminada y de casas pequeñas y tristes. El número 43 fue descubierto hacia el centro. Un cartón en la ventana del primer piso anunciaba habitaciones y una escalera de seis peldaños llevaba a la entrada principal. Lucía una lámpara en el piso superior, pero el sótano estaba a oscuras.

—Parece que llegamos temprano —exclamó el sargento tirando de la campanilla—. Claro que si «trabaja» en un buen restaurante no es fácil que haya regresado.

—Podemos intentar de nuevo —replicó Hannasyde.

Después de un intervalo, el sargento volvió a tirar de la campanilla. Iba a tirar de ella por tercera vez cuando apareció una luz tras el cristal de la puerta de entrada y unos pies calzados de zapatillas se acercaron desde el interior de la casa.

La puerta fue abierta por una señora gruesa, de aspecto desagradable, que la mantuvo entornada y preguntó con voz brusca:

—¿Qué? ¿Qué quiere? Si vienen para alquilar habitaciones, no tengo ninguna. Está completa toda la casa.

—Si viniera a buscar habitación, me marcharía con el corazón destrozado —repuso el sargento instantáneamente—. Jamás me ha gustado tanto una persona, a primera vista, como usted. Lo comprendí en cuanto la vi por primera vez.

—No necesito para nada sus halagos —contestó la dama mirándole con cierta osadía.

—Bueno, dígame si está en casa Mr. Carpenter.

—Si desea verle, ¿por qué no baja al sótano? Esto de tirar de la campana y hacerme bajar corriendo desde el último piso como si no tuviera nada más que hacer sino subir y bajar escaleras durante toda la noche, es una cosa mal hecha.

—¿Correr? —preguntó el sargento—. Vamos, usted exagera. Ahora dejemos esto y hablemos confidencialmente, ¿está Charlie Carpenter en casa?

—Sí —contestó la mujer de mal talante—. Si quiere verle no tiene más que bajar y golpear la puerta.

—Gracias —dijo el sargento—. Espero que me dejara ver cómo corre usted a hacer las cosas. Usted y yo bajaremos, usted llamará, después de lo cual dirá a Mr. Charlie Carpenter que cierre los ojos y abra la puerta y vea lo que le han traído las hadas.

—De modo que yo bajaré, ¿eh? —rezongó la buena mujer molesta—. ¿Y quién puede asegurar que bajaré?

El sargento sacó una tarjeta y se la enseñó.

—Ese es mi nombre, jovencita, pero si lo prefiere puede llamarme Willi, puesto que le soy simpático. Vamos ahora, andando.

La mujer leyó la tarjeta con dificultad y pareció que su aversión hacia él aumentaba.

—Soy una mujer respetable y no quiero fisgoneos en mi casa, ni hay motivo para que me pregunten. Si este joven ha hecho algo, no es cosa mía y quiero que se entere bien de eso.

—Muy bien. Ahora que me he enterado, vamos —ordenó el sargento.

Refunfuñando le acompañó hasta la escalera del sótano. Hannasyde hizo un gesto al sargento y permaneció ante la puerta, vigilando el sótano.

Nadie contestó a la llamada imperativa de la patrona sobre la puerta de la habitación del sótano, ni se oyó ningún rumor.

—¡Qué raro! Generalmente se acuesta más tarde —observó la patrona repitiendo su llamada—. Habrá vuelto a salir. Vaya, espero que ya estará usted satisfecho.

—Un momento, hermana —dijo el sargento, apartándola a un lado—. Supongo que no tendrá usted inconveniente a que eche un vistazo.

Mientras hablaba cogió el pomo de la puerta. Este cedió y buscó a tientas el interruptor.

—Parece que tiene usted razón —exclamó mientras entraba en la habitación.

Pero la patrona no tenía razón. Charlie Carpenter no había salido. Yacía completamente vestido sobre la cama arrimada a la pared opuesta a la puerta y estaba muerto, según comprobó el sargento en seguida.

La patrona, mirando por encima del hombro del sargento, lanzó un grito estridente y escapó de la habitación perdiéndose en la oscuridad del corredor.

—Cállese —ordenó el sargento. Cruzó la habitación, se inclinó sobre el cadáver y tocó sus manos. Estaban todavía calientes.

—¿Ocurre algo? —gritó Hannasyde desde arriba.

—Lo que ocurre es que hemos llegado tarde —contestó el sargento, acercándose a la puerta—. Venga y verá.

Hannasyde bajó la escalera, lanzó una mirada al rostro pálido de la patrona y penetró en la habitación.

El sargento se hallaba junto a la cama y sus ojos contemplaban con indiferencia el cadáver. Al oír la exclamación involuntaria de Hannasyde, levantó la cabeza, observando:

—Esto es algo que no esperábamos.

Hannasyde se inclinó sobre el cadáver, con la preocupación reflejada en el rostro. Carpenter había muerto del mismo modo que Ernest Fletcher, pero mientras Fletcher parecía haber sido asesinado estando desprevenido, en este cuartucho del sótano había tenido lugar una lucha. Una silla aparecía en el suelo, una alfombra vuelta al revés y, por encima del cuello arrugado del cadáver, se veía una señal morada en la garganta que resaltaba sobre en piel clara.

—El mismo método y probablemente la misma arma. Pero este hombre sabría lo que le esperaba —murmuró Hannasyde—. Hemingway, suba a la casa y

entiéndaselas con esta mujer. Adviértale que tendrá que someterse a un interrogatorio. Aunque es posible que no sepa nada.

El sargento asintió y se fue. Solo en aquella situación, Hannasyde fijó su atención en el cadáver y en cuanto le rodeaba. Nada descubrió allí. La habitación estaba amueblada miserablemente, pero había sido embellecida por un número de fotografías y estampas, algunas con marco y otras clavadas en la pared o sujetadas en el marco del espejo que dominaba la chimenea. Una cortina, echada a través de una esquina de la habitación, escondía a la vista varios trajes económicos y algunos pares de zapatos. Sobre el tocador, delante de la ventana, se veían botellas de brillantina, de masaje para el afeitado, barniz para las uñas y perfumes. Hannasyde hizo una mueca y sacando su pañuelo se cubrió la mano y abrió los dos cajones del tocador. Una colección abigarrada de pañuelos y calcetines era todo cuanto contenía el primero, pero en el otro, bajo un montón de corbatas, descubrió algunas cartas, programas viejos, facturas y recortes de prensa.

Hannasyde lo recogió todo en un montón antes de que el sargento regresara y cuando éste entró en la habitación vio a su jefe contemplando una fotografía, al parecer recortada de una revista. Cuando oyó entrar al sargento, se volvió y le alargó el recorte, sin comentario alguno.

El sargento lo tomó y leyó:

—«En las carreras, la Hon. Mrs. Donne, Miss Claudine Swithin y Mr. Ernest Fletcher». Interesante. Vaya, nos han eliminado a X, jefe. ¿Ha descubierto algo más?

—Aún no. Esperaré a que hayan tomado las huellas que pueda haber en la habitación —con la mano todavía envuelta en el pañuelo sacó la llave de la cerradura, la puso por el lado exterior y salió.

El sargento le siguió. Observó cómo cerraba y se guardaba la llave en el bolsillo y dijo:

—La vieja está en la cocina. ¿Qué quiere que haga?

—Entérese si el hombre del café vio pasar a alguien por esta calle hace media hora. Espere, trataré de averiguar de la patrona la hora exacta en que Carpenter llegó a casa.

Fue por el corredor hasta la cocina, en la parte posterior de la casa, en donde encontró a la patrona reconfortándose con ginebra. En cuanto le vio, hizo desaparecer la botella y le abrumó con un torrente de palabras. No sabía nada y su pobre marido, a quien el disgusto mataría seguramente, estaba en cama con la gripe y ella había estado con él durante la última hora. Todo lo que podía jurar era que Carpenter venía a las nueve y media porque le había gritado desde abajo para preguntarle si el remendón le había mandado un par de zapatos, como si ella no se los hubiera puesto en su habitación de haberlos recibido y así se lo había dicho sin rodeos.

—Bien. ¿Pudo entrar alguien en la casa sin que usted se enterara? —preguntó

Hannasyde.

—Lo que sé es que lo consiguieron —contestó abatida—. Si alguien entró, debió de haber sido por la puerta del sótano y en ese caso no es cosa mía. Carpenter debió haberla cerrado cuando entró. No es ésta la primera vez que se olvida de poner la cadena. Hace tiempo perdí la llave y siempre pienso comprar una nueva.

—¿Empleaba esta puerta?

—Sí, porque le ahorraba trabajo.

—¿Quién más vive en la casa?

—Yo y mi marido, y mi hija Gladys, y la del primer piso.

—¿Quién es?

—Una señora muy simpática. Trabaja como actriz. Está ahora descansando.

—¿Quién vive en la planta baja?

—Nadie. El inquilino se ha ido. Se llama Barnes. Es viajante de jabones.

—¿Desde cuándo vivía Carpenter con ustedes?

—Desde hace seis meses. Era un joven muy simpático y muy elegante.

—¿Estaba usted en buenas relaciones con él? ¿Le habló usted alguna vez de sus cosas?

—No, no me gusta preguntar porque así no obligo a mentir. Mientras me pagara, lo demás no me importaba. Supuse que había tenido sus apuros, pero no me gusta fisgonear en lo que no me importa. Lo que yo digo es: vive y deja vivir al mismo tiempo a los demás.

—Muy bien, nada más por ahora.

Hannasyde la dejó y retrocedió por el pasillo hasta la puerta que daba al sótano. Los pestillos no estaban corridos y la cadena colgaba junto a la pared. Unos minutos más tarde, la ambulancia de la policía se detuvo ante la casa.

Casi inmediatamente el médico de guardia, el fotógrafo y el perito en huellas dactilares estuvieron ocupados en la habitación del sótano, mientras se envió un sargento joven e inocentón en sus métodos para ayudar a Hemingway en busca de posibles testigos.

El sargento Hemingway regresó poco tiempo después de que el cadáver de Carpenter fuera retirado y se reunió con Hannasyde en el sótano donde, ayudado de un inspector, revolvía y examinaba las cosas del difunto.

—¿Qué? —preguntó Hannasyde.

—Me he enterado de algo —contentó el sargento—: El cafetero llegó a su puesto a las nueve y media. Desde entonces, la única persona que vio por la calle, excepto usted y yo y el policía que hacía su ronda, fue un hombre de estatura mediana en traje de etiqueta, que pasó andando rápidamente por el otro lado de la calle en dirección a la parada de taxis de Glassmere Road. ¿Qué le parece?

—¿Detalles personales?

—No. No se fijó en él. Dice que era demasiado oscuro para poder ver su rostro. Pero lo que afirma, comisario, es que iba sin abrigo y que no llevaba nada en las manos. Es una historia que se repite. No hace falta que le pregunte si han encontrado el arma. Si me dijera que sí, no le creería.

—No la he encontrado. ¿Vio usted alguien que pudiera confirmar el informe del cafetero?

—No sé si puede ser una confirmación —contestó el sargento con un respingo—. Al otro extremo de la calle hay una pareja que sostiene una pared. Supongo que conoce el estilo: hace una hora que se besan y se acarician. Yo no concedo mucha importancia a lo que dicen, pero según lo que afirma la muchacha, vio a un caballero en traje de etiqueta pasar ante ellos hace cosa de media hora. En esta calle no hay mucho tráfico. He mandado a Lyne a las casas del lado opuesto por si alguien estaba asomado a la ventana.

—¿Sabe usted si los de la pareja se fijaron en si el hombre de etiqueta llevaba un bastón?

—¡Ja! Lo primero que me dijeron fue que no habían visto a nadie. Tuve que insistir un poco antes de que bajaran a la tierra, por decirlo así. Luego la muchacha recordó que vio a un hombre con una camisa blanca, del otro lado de la calle, y el novio asegura, después de pensarlo mucho, que cree que vio a alguien, aunque no se fijó en él y que no puede recordar si lo vieron antes o después de que el policía pasara ante ellos. Si el cafetero es digno de confianza, y creo que lo es, el hombre pasó antes que el policía. Además, andaban en direcciones opuestas y es casi probable que se cruzaron. ¿Quiere que busque al policía que estaba de vigilancia?

—Sí, en cuanto le sea posible. Por lo visto no observó nada sospechoso, pero si se cruzó con el que iba de etiqueta, probablemente se fijó en él y nos podrá dar algunos detalles.

—Si quiere saber mi opinión, no creo que quepa la menor duda sobre su personalidad —murmuró el sargento—. Para mí se trata de North. Pero lo que me desconcierta es lo referente al arma. ¡Fue muy hábil en esto! ¿Se le ocurre algo, jefe?

—No. Ni tengo la menor idea de por qué, si fue North, mató a Carpenter.

—¡Pero si está claro, jefe! Carpenter lo vería mientras asesinaba a Ernest. Probablemente ahora trataba de hacer un chantaje a North, aprovechándose del secreto.

—Oiga usted, Hemingway, si Carpenter fue despedido de la casa por el propio Fletcher a las nueve cincuenta y ocho, ¿cómo pudo haber presenciado el asesinato?

—Quizá no le acompañó a la puerta —observó el sargento—. Quizá Mrs. North lo inventó —se detuvo y se rascó la barbilla—. Ya comprendo lo que usted quiere decir, jefe. Que North está complicado. A mí me parece que Charlie Carpenter sabía bastante más de este asunto de lo que suponíamos nosotros.

Capítulo 11

La pareja enamorada interrogada en la comisaría por Hannasyde se demostró deseosa de poder ayudar, pero como su informe era vago y muchas veces contradictorio, no pudieron ser los novios testigos de valor. La muchacha, que era una ayudante de camarera con la noche libre, no bien sospechó que por el hecho de haber visto a un hombre en traje de etiqueta era considerado como personaje importante por el policía, comenzó a imaginarse en seguida que había visto bastante más de lo que declaró al principio.

—A mí me hizo el efecto de un tipo raro —confesó a Hannasyde—. ¡Huuuuu!, pensé, no me gustas nada. No sé si me entiende. Un tío raro.

—¿En qué aspecto era raro? —preguntó Hannasyde.

—No sé decírselo. Quiero insinuar que..., que no sé cómo explicarlo, pero que había algo en su modo de ser, en la forma que andaba..., muy de prisa, ¿sabe usted? A mí me hizo el efecto de un «gánster».

En aquel momento intervino su novio exclamando:

—¡Vamos, vamos! ¡Me parece que exageras!

—Si que lo vi. Te juro que lo vi.

—Pues no me dijiste nada.

—No, pero me produjo esta impresión —confesó Miss Jenkins misteriosamente.

—Déjate de impresiones, mujer.

—Dígame —intervino Hannasyde—. ¿El hombre era rubio o moreno?

Miss Jenkins se negó a comprometerse en lo referente a aquel punto. Al insistir, confesó que estaba demasiado oscuro para poder precisar en esto.

Mr. Sydney Potter dijo condescendiente:

—No viste nada. Ocurrió lo siguiente, señor. Yo y esta señorita estábamos en lo que usted llamaría una conversación. No nos fijamos especialmente en nadie. Lo que quiero decir es que no podemos estar seguros de nada.

—¿Se fijó usted en el hombre vestido de etiqueta?

—No puedo decir que me fijara —contestó Mr. Potter precavido—. Pasaron dos o tres personas, pero no me fijé. Ocurrió lo siguiente: me parece recordar a uno muy bien vestido que pasaba por el otro lado de la calle, pero tampoco podría jurarlo.

—Sí, y lo que es más, debió de cruzarse con el policía —interpuso Miss Jenkins—. Cuando vi al policía, hacía cosa de un minuto que había pasado el que ahora les interesa. Figúrese, haberlo liquidado ante las mismas narices del policía, como diríamos. ¡Oh, qué atrevidos son ciertos hombres! Comprendí en seguida que era un «gánster».

—Eso son cuentos. El policía pasó hacía tiempo —interrumpió Mr. Potter—. Anda, cierra la boca. No te acuerdas de nada.

Esta misma opinión la compartía el sargento Hemingway. Una vez la pareja se hubo ido, éste comentó, fastidiado:

—Bonita pareja de testigos. Jamás los he encontrado iguales. Si habían pasado toda la velada en la misma forma en que yo los encontré me extraña que hayan visto algo. ¡Bonita pareja! No comprendo cómo pueden pasar tantas horas haciendo lo mismo. Está claro que la chica quiere ver su foto en los periódicos. Ya conozco este tipo de muchachas. Potter no sirve tampoco como testigo. En resumen, ni uno ni otro nos sirven.

—Pero la muchacha vio a un hombre en traje de etiqueta, lo que corrobora la declaración del cafetero. Veremos lo que nos declara el policía. Si la muchacha decía la verdad cuando aseguró que el policía había pasado después de ver al hombre en traje de etiqueta, podríamos averiguar algo.

Pero el policía Mather, un joven serio y pecoso, les aseguró apenado que cuando pasó por Barnsley Street no había visto, ni de lejos, a un hombre de etiqueta.

—¡Caramba! —exclamó Hemingway, exasperado—. ¿Qué les dije? Aquella imbécil estuvo inventando toda una historia.

—Cuando usted pasó —preguntó Hannasyde al joven policía—, ¿se fijó si había luz en las ventanas del sótano del número 43?

—Esa es la casa de Mrs. Prim —murmuró Mather—. Si me lo permite, señor, trataré de recordarlo.

El sargento lo miró como un ave de presa, mascullando:

—O lo sabe o no lo sabe.

—Intentaré recordar, señor. De momento no puedo contestar —aseguró con mirada serena el joven policía—. Lo haré ahora mismo, si me lo permiten. Creo que así podré hablar con precisión.

—Hágalo —dijo Hannasyde conteniendo al escéptico sargento con una mirada.

Todos callaron y el policía se quedó meditativo, haciendo un esfuerzo mental para recordar cuanto vio en su ronda por Barnsley Street. Por fin, contestó decidido:

—Sí, señor, había luz. El número 39 es la casa de Mrs. Dugdale —contestó—, tenía una ventana abierta, pero dispone de barrotes y, claro, no importa. La casa siguiente, que es el número 41, estaba a oscuras, y después de ella, sólo había otra con luz en los sótanos. Esta era el número 43.

—Bien —observó Hannasyde—. ¿Está usted seguro?

—Segurísimo, señor.

—¿No oyó usted ningún rumor procedente del sótano o sospechó que ocurría algo?

—No, señor. Los postigos estaban cerrados y no se oía nada.

—Si la luz estaba encendida, el asesino posiblemente se encontraba allí —argumentó el sargento—. En efecto, a mí me parece que debía de estar allí después de

dar muerte a Carpenter, esperando a que usted pasara para huir.

El policía parecía disgustado.

—Sí, señor. Podría ser muy bien así y lo lamento, señor.

—No es culpa suya —aseguró Hannasyde, mientras se despedía de él agradeciéndole la declaración.

—Bonito caso —masculló el sargento—. Ahora sólo nos falta oír que el taxista no se fijó en el aspecto de su pasajero. Eso completaría el cuadro.

Estaba escrito que no se equivocaría. Un poco más tarde, cuando ya él y Hannasyde habían regresado a Scotland Yard, recibieron el informe de que un tal Henry Smith, taxista, de la parada de Glassmere Road, había servido a un caballero vestido de etiqueta y que se habían dirigido al Piccadilly Hotel. Lo que ignoraba era si su pasajero había efectivamente penetrado en el hotel. No se había fijado en su cliente, pero tenía la vaga impresión de que era de estatura media y de aspecto vulgar. No recordaba el rostro del caballero, pero creía que era un hombre joven y de buen parecido.

—En todo caso no pudo haber sido Budd —comentó el sargento—. Nadie en su cabal juicio lo calificaría de bien parecido. No hay nada en las huellas dactilares, jefe. El que hizo este trabajo usaba guantes.

—Y ni rastro del arma —exclamó Hannasyde ceñudo—. Un instrumento pesado y contundente, manejado con fuerza extraordinaria. Se trata, en efecto, del mismo instrumento que se utilizó para matar a Fletcher.

—Por lo menos esto confirma que no fue por negligencia por lo que no se ha encontrado el arma. El asesino debió de marcharse con ella debajo del brazo. ¿Ha encontrado usted algo entre los papeles de Carpenter?

—Nada que parezca ser de gran utilidad. Sólo esto.

El sargento tomó una carta plegada y se dispuso a leerla. Una mirada a la firma le hizo exclamar:

—Angela. ¡Vaya, vaya!

La carta no tenía fecha y era algo corta. La escritura era torpe y decía así:

«Charlie: Cuando recibas ésta ya no me encontraré en nuestra antigua dirección. No creo que te importe mucho, pero no quisiera hacerlo sin decírtelo, porque a pesar de todo, y del abismo en que has caído, querido Charlie, y de todo lo demás, no olvidaré nunca los tiempos pasados. Ahora comprendo que mi amor no era como yo creía, porque ahora sí que he encontrado el verdadero. Lo veo todo de otra manera. No te diré su nombre porque te conozco, Charlie, y sé que no puedo confiar en ti y que armarías jaleo si pudieras. No creas que te dejo por lo que te ha ocurrido; ahora sé que el amor es más fuerte que la muerte y si te hubiera querido de verdad

hubiera permanecido fiel, porque el agua no puede apagar el amor, ni las corrientes arrastrarlo. Era algo que he leído varias veces y que no comprendía, pero ahora sí que lo comprendo».

El sargento leyó esta carta, y devolviéndosela a Hannasyde, observó:

—Le había cogido fuerte, ¿verdad? Imagine enamorarse así del difunto Ernest. Parece como si hubiera escrito esta carta mientras Charlie estaba detenido. Eso es lo que podríamos llamar datos confirmativos. Probablemente se suicidó por amor a Ernest y Charlie era el tío malas pulgas capaz de hacer chantaje como fuera, a quien fuera, si lo veía posible. Bueno, ¿y ahora en dónde estamos? ¿Cree usted que Carpenter vio asesinar a Ernest?

—Si lo vio se plantean dos cuestiones —contestó Hannasyde—. ¿El asesino no sólo vio a Carpenter, sino que lo reconoció también? O bien, Carpenter reconoció al asesino y trató de valerse de lo visto para sus planes de chantaje.

—Mire, jefe, ¿escogemos a North como protagonista, o suponemos que el asesino es una persona completamente insospechada a la que jamás hemos visto?

—¿Cómo quiere que le conteste? Confieso que casi todo acusa a North. Aunque no todo. En favor de esta teoría tenemos el regreso inesperado de North a Inglaterra, sus movimientos inexplicados en la noche del crimen, el comportamiento extraño de Mrs. North y la presencia en aquella noche en Barnsley Street de un hombre que corresponde vagamente con su descripción. En contra de esta teoría debemos oponer el carácter de North en primer lugar. Sabemos por su cuñada que no es un imbécil, y lo creo. ¿Y qué podría ser más imbécil que asesinar a otro hombre en la misma forma en que asesinó al primero?

—No puedo afirmar tanto —interrumpió el sargento—. Reconozco que es una cosa que nos preocupa, ¿verdad? Si es un hombre inteligente como usted pretende, a lo mejor se le ocurrió la brillante idea de deshacerse de sus víctimas del modo más torpe que encontró. Además, no es una cosa tan mal hecha como parece. No deja huellas dactilares y tiene un truco especial para esconder un arma pesada, un truco que es digno de un buen prestidigitador.

—Sí, ya he pensado en ello —confesó Hannasyde—, pero tenemos otros puntos. ¿Dónde y cuándo un hombre de su posición llegó a trabar amistad con Carpenter?

—En Greystones, la noche del asesinato de Ernest —replicó el sargento rápidamente—. Fíjese, comisario; suponga que de momento olvida usted por completo la segunda declaración de Mrs. North. Suponga que Carpenter estaba escondido en el jardín durante el tiempo que ella pasó con Ernest...

—¿Por qué demonios se escondería si vino a hacer un chantaje a Fletcher?

—¿Y qué me dice si se escondió por el mismo motivo que Mrs. North? Pudo haber estado en el sendero cuando le oyó a ella abrir la verja...

—Imposible. De ser así se hubiera tropezado con Budd, y no le vio.

—Muy bien —rezongó el sargento con acento de fastidio—. Imaginemos que estuvo aquí todo el tiempo. Llegó mientras Budd se encontraba con Ernest. En lugar de escapar de su escondrijo en el mismo instante en que se marchó Budd, esperó un momento para estar seguro de que no quedaba nadie. En aquel momento Mrs. North entró en el jardín y él continuó escondido. Cuando ella se marchó, North acababa de llegar. La mujer se escondió, tal como nos dijo, reconoció a su marido y huyó... No, eso no. El cartero la vio salir por la puerta principal después de las diez. ¡Espere, espere! Sí, ya lo tengo. North mató a Ernest entre las 9.45 y las diez, y salió por la puerta del jardín, observado por Mrs. North y por nuestro amigo Charlie. Sin sospechar la presencia de Charlie, Mrs. North entró en el estudio para intentar averiguar el porqué de la visita de su marido, descubrió el cadáver de Ernest, le entró pánico y escapó. Carpenter, entretanto, se apresuró a salir por la puerta del jardín a las 10.03, fue visto por Ichabod y huyó en la misma dirección que North había tomado. De pronto lo vio, decidió seguirlo...

—¿Seguirlo? Pero ¿adónde?

—No sé, a la ciudad probablemente. Debió de haberlo seguido hasta su casa para averiguar quién era. Después de eso intentó hacer un chantaje a North y éste, naturalmente, tuvo que eliminarlo. ¿Le gusta esta suposición?

—Muy poco —contestó Hannasyde.

—Verá. Si nos ponemos en este plan, a mí tampoco me gusta —contestó el sargento—. Lo que ocurre es que, considerada de una u otra manera, la historia de Mrs. North lo enreda todo. Tenemos que admitir que se escondió detrás del arbusto porque hemos hallado allí sus pisadas. Igualmente tenemos que admitir que regresó a su casa, por lo dicho por el cartero en su declaración.

—Exactamente —asintió Hannasyde—. Y, según su última teoría, ella entró en el despacho cuando Fletcher había muerto. Usted ha visto las fotografías. ¿Cree usted que una mujer de nervios templados, después de ver lo que probablemente vio desde la vidriera, entró deliberadamente en el despacho?

—Usted no sabe cómo son las mujeres cuando pretenden algo, jefe. Y ella quería sus pagarés.

—Esto no me gusta, Hemingway. A Mrs. North le hubiera sido imposible abrir el cajón del escritorio sin tocar el cuerpo de Fletcher. Debía de saber esto antes de poner los pies en la habitación. No podemos imaginar que no intentara entrar y hacer algo, porque de lo contrario hubiera gritado pidiendo auxilio, en lugar de huir de la casa sin decir una palabra a nadie.

—Pudo haber hecho esto si sabía que el asesino era su marido.

—Si lo hubiera sabido, no creo que hubiera entrado en el despacho. A menos que ambos trabajaran juntos, hipótesis contraria a todos los indicios que poseemos, no

creo que viera cometer el asesinato.

—Espere, comisario. ¡Ya lo tengo! —exclamó el sargento—. ¿No le parece que desde el arbusto no podía ver el interior del despacho?

—¡Claro!

—Muy bien... North se marcha a las 10.02, él es el hombre que vio a Ichabod. Mrs. North, ignorando lo que había ocurrido, se acerca a la ventana del despacho para mirar al interior. Esto es lógico, ¿verdad?

—Hasta ahora sí —afirmó Hannasyde—. ¿Dónde piensa que está Carpenter? ¿Todavía escondido?

—En efecto. Ahora dice usted que Mrs. North no hubiera querido entrar en el despacho. Bien, pero tenía que entrar.

—¿Por qué?

—Ichabod —dijo el sargento con aire triunfal—. En el momento en que ella estaba dispuesta a desaparecer por el jardín, él debió de llegar a la verja. La mujer no quiso arriesgarse escondiéndose en el jardín mientras Ernest yacía muerto en el despacho. Tenía necesidad de huir, fuera como fuera. Y su mejor probabilidad era pasar por la casa.

Hannasyde levantó la vista perplejo:

—¡Dios del cielo!, puede que tenga usted razón. ¿Y qué le ocurrió entretanto a Carpenter?

—Si estuvo escondido detrás de uno de los arbustos que están junto al sendero, pudo haberse deslizado hacia la verja tan pronto Ichabod avanzó en dirección al despacho. Sí, debió de hacerlo así.

—Posiblemente, pero teniendo en cuenta el hecho de que el otro hombre salió del jardín a las 10.02, huyendo con la máxima rapidez en dirección a Arden Road y fue visto por Glass cuando doblaba la esquina, ¿cómo pudo Carpenter adivinar en qué dirección había ido y alcanzarle?

—Ya me ha fastidiado —masculló el sargento—. O bien tuvo mucha suerte o bien no ocurrió como le he dicho.

—Entonces, ¿cómo supone usted que hubiera reconocido a North? Hasta ahora no se ha hablado de los North en los periódicos —se detuvo golpeando la mesa con el lápiz—. Hemingway, hay algo que no sabemos —contestó el sargento.

—Eso es lo que tenemos que descubrir. A lo mejor me lo dice North, pero no me fío demasiado. Lo más probable es que no diga ni media palabra.

—No obstante, tendrá que explicar lo que hizo anoche y en la noche del asesinato de Ernest.

—Sí, pero si me presenta una coartada que no pueda probar ni yo puedo confirmar, estaré igual que antes. Como no pueda probar la relación entre él y Carpenter o probar que anoche estuvo en Barnsley Street, no puedo acusarle de nada.

A menos que pueda fastidiar a su esposa hasta que hable..., o hacerle hablar a él valiéndome de ella —añadió.

—Pudiera ser que North hubiera comido en el restaurante en que trabajaba nuestro amigo Charlie —sugirió el sargento.

—No lo creo posible —replicó Hannasyde—. North es un hombre de fortuna considerable. Y si usted es capaz de decirme por qué iría a un restaurante lleno de moscas de Fulham Road, se lo agradeceré. Usted vino conmigo cuando visitamos el lugar, ¿puede imaginar a North comiendo allá?

—No, pero tampoco puedo imaginarle comiendo en las tascas de Soho —dijo el sargento—. Y apostaría, sin perder mi dinero, que ha comido en la mayor parte de ellas.

—Soho es distinto —repuso Hannasyde, recogiendo los documentos esparcidos ante él y guardándolos en su escritorio—. Es hora de que nos vayamos a casa, amigo. No podemos hacer nada más hasta que veamos a North. Propongo que le visitemos mañana a primera hora... Antes de que tenga tiempo de salir de su casa. Le encargaré a usted este trabajo. No hace falta que asista a la encuesta. Procure averiguar lo máximo del pasado de Carpenter y de su historia. Yo me llevaré a Glass a casa de los North, por si necesita un hombre.

—En todo caso le distraerá bastante —observó el sargento—. Siento no estar presente para oír su declaración. Apostaría a que será divertida.

El comisario Hannasyde llegó a Marley a las ocho y media de la mañana siguiente, pero no por eso fue él la primera visita a «The Chestnuts». A las nueve menos veinte, cuando Miss Drew se sentaba para desayunar sola, una figura delgada, vestida con pantalones grises de franela y una americana de lana ribeteada de cuero y una corbata puesta sin gran cuidado, fue introducida en la habitación por el mayordomo.

—Hola —dijo Sally—, ¿qué quieres?

—Desayunar. Por lo menos he venido a ver si tienes algo mejor de lo que disponemos nosotros. Si lo tienes me quedaré, si no, me marcharé. En casa tenemos una comida que no es de mi gusto.

—¿Qué, vas a la encuesta? —preguntó Sally, observando cómo inspeccionaba Neville el contenido de las fuentes del aparador.

—No, querida, pero tú sí. Hígado, riñones, jamón y tocino ahumado. ¡Caramba, qué bien os cuidáis! Empezaré por el primer plato y terminaré en el último. ¿Te importa? Comprendo que da náuseas ver a las personas comer demasiado, ¿no te parece?

—A mí me gusta comer bien —contestó Sally—. ¿Qué prefieres, bollo o tostada?, ¿quieres té o café, o quizá preferirías una tacita de chocolate para completar esta

comida?

—¡Qué lujo! —suspiró Neville, acercándose a la mesa—. Café solo, querida.

—Tú también eres ahora uno de los que puedes permitirte lujos —le recordó Sally—. Lo suficientemente rico para comprarte un traje decente y mandarte cortar el pelo.

—Me parece que me casaré —murmuró Neville pensativo.

—¿Te casarás? —exclamó Sally—. ¿Por qué?

—Mi tía dice que necesito alguien que me cuide.

—Lo que tú necesitas es alguien que te cepille —contentó Sally—. En cuanto a lo de cuidarte, tengo la ligera impresión de que pese a tu languidez, Mr. Neville Fletcher, conoces perfectamente el arte de organizar tu propia vida.

Levantó la mirada del plato y con su sonrisa lenta y tímida musitó:

—Arte de vivir. No organización. ¿Es que Helen figurará como declarante?

—¡Oh! —exclamó sin saber de momento a qué se refería—. ¿Hablas de la encuesta? No, hasta ahora no ha sido llamada. Lo que significa, naturalmente, que la policía va a pedir un aplazamiento.

—Me imagino que estará encantada —dijo Neville—. Pero para mí es una decepción. Otro de los misterios de la vida todavía sin resolver. ¿Qué historia les habrá contado?

—Lo ignoro, pero quiera Dios que dijera a John de una vez la verdad y acabara con todos estos tapujos. No tienes idea de la atmósfera de cábala y misterio en que vivimos. Todas las veces que quiero hablar tengo que meditar antes de abrir la boca.

—Eso debe resultarte muy molesto —observó Neville—. A propósito, ¿dónde están ahora?

—Supongo que en la cama. John vino muy tarde anoche y Helen nunca se levanta hasta después del desayuno. Supongo que Miss Fletcher asistirá a la encuesta.

—Querida mía, supones mal.

—¿De veras? Esto es muy sensato por su parte. Yo creía que insistiría en asistir.

—Hubiera insistido de saber de lo que se trataba hoy.

Sally lo contempló con curiosidad.

—¿Insinúas que has logrado ocultárselo?

—Sin dificultad —contestó Neville—. Mi tía es una mujer muy femenina. Siempre cree lo que el hombre le dice.

—Pero ¿y los periódicos?, ¿es que no los lee?

—Ya lo creo. Lee las páginas primera y central del «Times». Los demás periódicos de información y menos importantes han sido confiscados por el hábil sobrino y utilizados para usos innobles.

—Neville, te apuntas un tanto —concedió Sally—. Has sido el consuelo de Miss Fletcher.

Neville dejó oír un gemido angustiado.

—No, no lo he sido. No sabría cómo serlo. Te prohíbo que supongas como tú sueles hacerlo.

En aquel momento Helen entró en la habitación. Sus ojos parecían cansados como por falta de sueño. Y al ver a Neville, la sacudió un estremecimiento que manifestaba claramente el estado de tensión en que tenía los nervios.

—¡Oh! ¿Tú?

—Jamás sabré contestar a un saludo así —observó Neville—. Debería encontrar una respuesta igualmente admirativa, pero nunca me siento dramático a la hora del desayuno. Siéntate, por favor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Helen.

—Comiendo —contestó Neville—. Hubiera preferido que no bajaras. Me doy cuenta de que vas a deshacer la santa calma que debe acompañar la primera comida del día.

—Esta es mi casa, ¿no te parece? —preguntó Helen indignada.

Sally, que se había levantado y acercado al aparador, regresó con una taza que sirvió a su hermana.

—Tienes mal aspecto —le dijo—. ¿Por qué te has levantado?

—No puedo descansar —exclamó Helen con mal reprimida vehemencia.

—Extenuación nocturna —suspiró Neville.

Helen le lanzó una mirada exasperada y antes de que pudiera contestarle, el mayordomo entró en la habitación y dijo:

—Ruego a la señora que me perdone, pero ha venido el comisario Hannasyde y quiere hablar con el señor. Le he informado de que Mr. North no ha bajado todavía. ¿Quiere la señora que despierte al señor o diré al comisario que se espere?

—¿El comisario? —repitió—. ¡Ah!, sí! Debe decírselo al señor, naturalmente. Hágalo pasar a la biblioteca. Iré en seguida.

—¿Para qué? —preguntó Sally cuando se hubo marchado el mayordomo—. No preguntó por ti.

—No importa. Debo verle y averiguar lo que pretende ahora. ¡Ah, Dios mío, si tan sólo pudiera pensar!

—¿No puedes? —preguntó Neville solícito—. ¿Ni un poquito?

—Por el amor de Dios, toma el té y no te muevas —rogó Sally—. Si estuviera en tu caso dejaría que John se las compusiera solo.

Helen dejó su taza bruscamente.

—¡John no es tu marido! —exclamó furiosa, saliendo de la habitación.

—Ahora podemos continuar nuestra plácida comida —dijo Neville, suspirando satisfecho.

—No puedo —replicó Sally, bebiéndose el café de un sorbo—. Debo ir con ella y

tratar de evitar que haga tonterías.

—Adoro a la gente que se alza en armas para defender las causas perdidas —dijo Neville—. ¿Eres por casualidad miembro de la Liga de la Rosa Blanca?

Sally no se molestó en contestar, sino que salió decidida del comedor. Su llegada a la biblioteca coincidió con la del mayordomo, quien informó a Hannasyde que Mr. North se estaba afeitando y que bajaría dentro de un momento.

Helen contempló a su hermana, indignada.

—Gracias, Sally, pero no te necesito.

—Eso es lo que tú crees —replicó ella—. Buenos días, comisario. Vaya, ahí tenemos a nuestro Malachi. ¡Estupendo! Ahora sólo nos falta un armónium.

—Alejad de mí este corazón avieso —exclamó Glass severísimo—. No quiero conocer a una mala persona.

Helen, que no había hasta entonces conocido al policía de las máximas, se sobresaltó, pero Sally contestó alegremente:

—Muy bien. Las malas compañías corrompen las buenas costumbres.

—Basta, Glass —exclamó Hannasyde con firmeza—. Me ha preguntado usted, Mrs. North, por qué deseo ver a su marido y yo le contestaré con franqueza que deseo preguntarle lo que hizo la noche en que asesinaron a Ernest Fletcher.

—Es muy lógico —observó Sally.

—Pero mi marido se lo dijo. Debe recordarlo. Seguramente lo recuerda. Pasó la noche en su piso.

—Eso es lo que él me dijo, Mrs. North, pero desgraciadamente no era verdad.

Sally estaba entretenida limpiando su monóculo. Pero esta observación, que cayó como una piedra en un estanque, la hizo enderezarse bruscamente.

—¡Buen golpe! —observó—. Vuelva a probar de dar otro igual.

—No bromeo, Miss Drew. Tengo pruebas de que entre las nueve y las doce menos cuarto Mr. North no estaba en su piso.

Helen se humedeció los labios.

—Es absurdo. Claro que estaba. No tenía ninguna razón en asegurar que había estado si no era verdad.

—Mrs. North, no puedo creer esto —aseguró Hannasyde lentamente.

Sally alargó la mano y cogió la caja de cigarrillos.

—Claro que no —intervino—. Según su idea, mi cuñado tenía que estar en Greystones.

—Exactamente —afirmó Hannasyde.

Una mirada de ira hizo brillar los ojos de Helen.

—Basta, Sally. ¿Cómo te atreves a insinuar tal cosa?

—Cálmate, no he sugerido nada que no estuviera ya en la cabeza del comisario. Consideremos las cosas con sentido común, ¿no te parece?

—¡Oh, quisiera que te fueras! Ya te he dicho que no te necesitaba.

—Ya sé que tú deseas que me marche —contestó Sally imperturbable—. El comisario también lo desea. A dos pasos se puede ver que su juego consiste en asustarte para que hables. Si solamente tuvieras un granito de sentido común cerrarías la boca y dejarías que John hablara por su cuenta.

—Miss Drew, es usted muy perspicaz —interrumpió Hannasyde—, pero sus palabras implican que su hermana correría peligro al hablar con sinceridad.

Sally encendió el cigarrillo, aspiró profundamente y lanzó el humo por la nariz.

—Un punto a su favor. Pero yo sé tan poco como usted. Es decir, sé más porque tengo la ventaja de conocer perfectamente a mi hermana y a su marido. Seamos honrados. Incluso un niño vería que todo se pone en contra de mi cuñado. Aparentemente, él tenía un motivo para matar a Ernest Fletcher. Su brusco regreso de Berlín era inesperado y sospechoso y ahora parece ser que usted tiene pruebas de que la coartada que le dio para la noche del 17 de junio era falsa. Mi consejo a mi hermana es que se calle. Si su abogado estuviera presente, le recomendaría lo mismo que yo. Se lo diría porque, comisario Hannasyde, usted esta tratando de sacar la verdad con mentiras. Si tuviera usted pruebas evidentes contra mi cuñado no perdería su tiempo hablando ahora con mi hermana.

—Muy inteligente, Miss Drew, ¿pero no está usted olvidando una cosa?

—No lo creo. ¿Cuál?

—Usted sólo está preocupada por la idea de la posible culpabilidad de Mr. North. Es natural que usted no se fije en la postura extraordinariamente equívoca de su hermana.

—¿No sospechará que haya tenido que ver con todo esto? —rio Sally sarcástica.

—Posiblemente no sospecho. Pero puedo pensar que sabe más de lo que me ha dicho. Usted quiere que yo sea franco. Bien, pues le diré que la declaración de Mrs. North no coincide con los hechos que yo sé que son ciertos.

Helen se adelantó y levantó la mano para imponer silencio a su hermana.

—Sí, eso es lo que me dijo usted la última vez que vino. Estoy de acuerdo con mi hermana en que es hora de que seamos sinceros, comisario. Usted cree que el hombre que yo vi era mi marido y cree, además, que yo le reconocí. ¿No es eso?

—Digamos, Mrs. North, que lo considero como una posibilidad.

—Y yo le aseguro que no es como usted sospecha.

—Eso es lo que me propongo descubrir —insistió Hannasyde—. Usted me ha dado dos versiones separadas de lo que hizo en la noche del 17 de junio. La primera antes de que su marido llegara aquí, al día siguiente del asesinato. La segunda, con la que, según creo, quería convencerme en primer lugar de que el hombre misterioso que usted vio fue acompañado hasta la puerta por el mismo Fletcher, y en segundo lugar, que Fletcher vivía a las diez de la noche, me la dijo usted después de la llegada

de su marido. Comprenderá que esto me da pie para pensar seriamente. Además de esto, he descubierto que Mr. North salió de su piso a las nueve de la noche del día 17 y regresó al mismo a las doce menos cuarto.

Helen palideció bajo su ligero maquillaje, pero repuso con perfecta calma:

—Aprecio su posición, comisario. Pero está usted equivocado al suponer que mi marido se halla mezclado en el asesinato. Si usted posee pruebas de que no estaba en el piso el día 17 por la noche, posiblemente estará usted en lo cierto. Pero yo no sé nada de eso. Lo que sí sé es que no tuvo arte ni parte en el asesinato de Ernie Fletcher.

—¿No, Mrs. North? ¿No será mejor esperar a que él mismo nos lo diga?

—Será inútil. Por lo que yo sé no se acercó a Greystones en la noche del día 17. Es posible que intente convencerle de que estaba porque... porque es de la clase de hombres, comisario, que protegería a su esposa aunque ésta... aunque ésta no hubiera sido muy buena para él.

Su voz se quebró, pero su rostro permaneció rígido. Sally se atragantó por el humo y le dio un acceso de tos indomable. Hannasyde preguntó dulcemente:

—¿Sí, Mrs. North?

—Sí —contestó y los ojos de Helen se fijaron firmemente en los suyos—. Lo sé porque yo fui quién le mató.

Hannasyde no dijo nada ante aquella declaración. Glass, que había estado observando a Helen, declamó con voz profunda:

—Escrito está que los hombres dirán la verdad a sus vecinos. Seguramente la red está tendida en vano ante cualquier pájaro.

—Pero no para este pájaro —balbuceó Sally—. Helen, no seas loca. No pierdas la cabeza.

Una suave sonrisa se asomó a los labios de Helen. Con la mirada fija en el rostro de Hannasyde, dijo:

—Mi declaración era sincera. Ernie Fletcher acompañó al desconocido hasta la puerta del jardín y yo regresé al despacho en busca de mis pagarés. Lo que no era verdad era mi versión de que yo había salido de la habitación antes de que él regresara. No me fui. Él me encontró allí. Se sentó ante el escritorio. Se burló de mí. Me amenazó. Vi que era inútil intentar suplicarle. Supongo..., creo que enloquecí. Y le maté.

Sally, que ya entonces había logrado contener su tos, observó burlona:

—¿Lo mataste con tu hacha de bolsillo? ¿No comprendes que éste no es un asunto tan fácil como los de pistola? El que mató a Ernie lo hizo con violencia. Si hubieras intentado golpearle la cabeza, no diré que no le hubieras hecho daño, pero desde luego no hubieras tenido la fuerza necesaria para aplastarle el cráneo.

—Le cogí desprevenido. Creo que lo atonté. En aquel momento estaba tan... tan

furiosa, que deseaba matarlo. Le volví a pegar una y más veces —su voz se quebró y un estremecimiento la sacudió de pies a cabeza. Acercó entonces el pañuelo a sus labios temblorosos.

—Esto es un cuento extraordinariamente descabellado —afirmó Sally—. Mira, me parece que si sigues inventando esta historia espeluznante acabarás mareada. Parece que te veo ya aplastando cabezas.

—Por favor, por favor —murmuró Helen—, les aseguro que había perdido la noción de todo.

—Mrs. North —interrumpió Hannasyde—. Creo que mi deber es informarla de que no es suficiente decir que ha asesinado a un hombre. Debe probarme que lo hizo si usted desea que la crea.

—¿No es usted quien tiene que hacer eso? —preguntó Helen—. ¿Por qué debo comprometerme yo misma?

—No seas loca —la increpó Sally—. Acabas de confesar un asesinato y eso significa que querrás estar comprometida. Bueno, oigamos más. ¿Cómo lo hiciste? ¿Por qué no había ninguna mancha de sangre en tu traje? Lo más lógico es que la sangre te salpicara.

Helen palideció todavía más y se agarró a una silla.

—Por el amor de Dios, cállate. No puedo soportar esto.

Glass, apoyado en la pared como una estatua acusadora, exclamó de pronto:

—Mujer, no levantarás un falso testimonio.

—Cállese usted —gritó Hannasyde.

Los fríos ojos azules del policía parecieron desafiarle y, volviéndose hacia Helen, que le contemplaba entre asustada y absorta, le dijo con cierta dulzura:

—El engaño está en el corazón de aquellos que imaginan el pecado. El temor del hombre crea una trampa, pero aquel que pone su confianza en el Señor, está a salvo.

—Otra palabra suya y... —exclamó Hannasyde, furioso.

—Espere —interrumpió Sally—. Cuenta con mi aprobación. Lo que dice es absolutamente cierto.

—Tan cierto como usted quiera —exclamó Hannasyde—, pero ha de callarse. Mrs. North, si mató usted a Ernest Fletcher, supongo que querrá decirme qué arma usó y qué hizo después con ella.

Siguió un silencio. Los ojos de Helen recorrieron aquellos rostros escépticos uno tras otro. Ocurrió una interrupción porque Neville Fletcher apareció en aquel momento junto a la ventana abierta con una taza en una mano y una rebanada de pan tostado en la otra.

—No se preocupen por mí —dijo sonriendo dulcemente—. Comisario, acabo de oír sus palabras llenas de sospechas y estoy impaciente por oír la respuesta. Vaya, ya tenemos aquí a Malachi —saludó al impassible policía con la tostada y se sentó sobre

el alféizar de la ventana—. Sigue —dijo animando a Helen.

Hannasyde lo contempló perplejo un instante y luego volvió a dirigirse a Helen:

—Sí. Siga, Mrs. North. ¿Cuál era el arma y qué hizo usted con ella?

—Se lo diré —contestó Helen jadeante—. Usted ya ha visto el... el arma. Es un pisapapeles de bronce terminado por una estatuilla. Estaba sobre el escritorio de Mr. Fletcher. Lo cogí y le pegué con él varias veces. Luego escapé por la puerta principal, como le dije. Escondí el pisapapeles bajo mi capa. Cuando llegué a casa lo... lavé y más tarde cuando..., cuando Mr. Neville Fletcher me visitó se lo... se lo devolví y él lo volvió a poner en su sitio, como usted sabe.

Sus ojos se fijaban implorantes en Neville, que la contemplaba con la boca abierta. Parpadeó y dijo débilmente:

—¡Oh, den permiso a Malachi para que hable! Lo dirá mucho mejor que yo. Dirá algo referente a que los pecados que uno comete le persiguen a uno. Ahora ya no me hace ilusión esta tostada. ¡Señor, dadme fuerzas!

Sally recobró el habla.

—Helen. No puedes hacer eso. ¡Santo Dios, estás intentando presentar a Neville como tu cómplice! Esto es demasiado.

—Gracias, querida —gimió Neville con voz quebrada—. Aparta de mí esta taza y este plato. Mi mano tiembla como un junco. ¡Ah, mujeres!

—Bien, Mr. Fletcher —preguntó Hannasyde—, ¿qué responde a la acusación de Mrs. North?

—No se preocupe —contestó Neville—. La caballerosidad no me atrae lo más mínimo. Es una completa mentira. Yo hice aparecer el pisapapeles para divertirnos un rato. Supongo que Miss Drew se lo contó a su hermana.

—En efecto —admitió Sally—. Y te aseguro que lo siento, Neville. Jamás sospeché que Helen utilizaría mi relato para esto.

—¡Ah, la crueldad del llamado sexo débil! —gimió Neville—. Pero yo puedo refutar esta prueba. El pisapapeles jamás estuvo sobre el escritorio de Ernie. Procedía de la sala de billar. Pregúnteselo a cualquiera de los criados. Puede preguntárselo incluso a mi tía.

—Es cierto —confesó Helen con voz extraña y alterada—. Neville no tiene nada que ver con el asesinato, aunque fue él quien se llevó el pisapapeles. Neville, no es que nadie sospeche que mataras a Ernie, pero..., pero devolver un pisapapeles no es una cosa tan sospechosa para que te niegues a confesarla.

—Nada, nada —replicó Neville con firmeza—. No me cabe la menor duda de que tú crees que mi aspecto se ennoblecería por el sacrificio, pero nunca me ha gustado ennoblecerme y no quiero que se me obligue a ello.

—Neville...

—Mira, no malgastes el tiempo discutiendo conmigo —suplicó—. Ya sé que

debería procurar todo lo posible por salvar a tu marido de que le detengan, pero aunque te parezca extraño, no quiero hacerlo. En fin, si se trata de su detención por asesinato o de la mía por ser cómplice, prefiero que sea la suya.

—Y no se te puede censurar —dijo una voz fría desde la puerta—. ¿Pero puedo saber por qué razón voy a ser detenido por asesinato?

Capítulo 12

Al oír la voz de su marido, Helen se puso en pie de un salto, volviendo hacia él su rostro angustiado. Él la contempló algo molesto y luego, deliberadamente, cerró la puerta y avanzó hacia ellos.

—John, has entrado en el momento oportuno —dijo Sally.

—Así parece —replicó. Su mirada se posó en Glass, en Hannasyde y en Neville—. Quizá podrán decirme por qué mi casa ha sido invadida a esta hora del día tan poco apropiada.

—¡John! —el grito procedía de Helen—. Yo te lo diré. No se lo preguntes. ¡Oh!, ¿no me dejarán que le hable a solas, comisario? Se lo suplico, debe usted comprender, deme cinco minutos, sólo cinco minutos.

—¡No, Mrs. North!

—Es usted inhumano. No puede esperar que le dé una noticia así en público..., no puedo hacerlo. No quiero hacerlo.

—Si su hermana y Mr. Fletcher desean retirarse, pueden hacerlo —ofreció Hannasyde.

—¡Usted también! ¡Oh!, por favor, no me escaparé. Pueden vigilar la puerta.

—No, Mrs. North.

—Vamos, Helen —North cruzó la habitación hacia donde se hallaba su mujer y le tendió la mano—. No temas decírmelo. ¿De qué se trata?

Helen oprimió su mano con las suyas y contempló su rostro con ojos asustados y suplicantes.

—No. No tengo miedo. Sólo temo lo que pensarás de mí. No digas nada. Por favor, no digas nada. ¿Comprendes? Acabo de confesar al comisario que yo fui... que maté a Ernie Fletcher.

Un silencio sucedió a sus palabras. La mano de North oprimió las suyas con más fuerza. Se la quedó contemplando, pálido y con las facciones rígidas.

—No —exclamó bruscamente—. No es cierto.

—Sí lo es —insistió Helen, clavando las uñas en su mano—. Tú no lo sabes. Tú no estabas allí. Tú no puedes saberlo. Le pegué con un pisapapeles que estaba sobre su mesa. Tenía un motivo...

La mano libre de su marido se alzó rápidamente y le cubrió la boca.

—Cállate —dijo duramente—, estás loca. Helen, te ordeno que te calles —y volviendo la cabeza hacia Hannasyde, prosiguió—. Mi mujer no sabe lo que está diciendo. No hay una palabra de verdad en su declaración.

—Necesito algo más que su seguridad para convencerme de esto —replicó Hannasyde atento.

—Si cree que ella lo hizo, usted está equivocado —dijo North—. ¿Qué pruebas

tiene usted? ¿Qué motivos para sospechar de ella?

—Su esposa, Mr. North, fue la última persona en ver a Ernest Fletcher con vida.

—Tonterías. Mi mujer abandonó el jardín de Greystones mientras un hombre desconocido se hallaba con Fletcher en su despacho.

—Temo que esté usted en un error —observó Hannasyde—. Mr. North, según la propia confesión de su esposa, no abandonó el jardín mientras el sujeto en cuestión estaba con Ernest Fletcher.

—Según la propia confesión de mi esposa —repitió North. Contempló a Helen, pero ésta tenía inclinada la cabeza. La acompañó a un sillón y la obligó con suavidad a sentarse, colocándose detrás de ella y descansando una mano en sus hombros.

—Cálmate, Helen. Me gustaría enterarme de los hechos. Por favor, comisario.

—Sí, Mr. North. Pero yo también quisiera saber ciertos hechos. En mi primera entrevista con usted, me informó que había pasado la noche del día 17 en su piso. He descubierto que esto no es cierto. ¿Dónde estuvo usted entre las nueve y las doce menos cuarto de la noche?

—Siento tener que negarme a contestar esa pregunta, comisario.

Hannasyde asintió con la cabeza como si hubiera esperado esta contestación.

—¿Y anoche, Mr. North? ¿Dónde estuvo usted entre las nueve y cuarto y las diez?

North le contemplaba atentamente.

—¿Qué quiere insinuar con esta pregunta?

—No le importe lo que deseo insinuar —dijo Hannasyde—. ¿Decide contestarme?

—Desde luego, si insiste. Estaba en Oxford.

—¿Puede probármelo, Mr. North?

—¿Es que mis andanzas de anoche son tan importantes? ¿No nos hemos alejado algo del asunto? Le he preguntado yo sobre los hechos e indicios que hay sobre mi mujer. Usted parece curiosamente decidido a no decírmelos.

Sally, que se había alejado hacia uno de los ventanales y que escuchaba sin perder sílaba, se dio cuenta de Neville, que junto a ella le decía en voz baja:

—Qué encantadora situación. ¿La utilizamos?

Hannasyde tardó un minuto en contestar a North. Cuando por fin habló, fue con voz natural sin reflejar preocupación alguna.

—Creo que quizá sería mejor que conociera usted los hechos, Mr. North. Su esposa ha asegurado que a las 9.58 de la noche del asesinato, Ernest Fletcher acompañó al visitante desconocido hasta la puerta del jardín. Mientras estaba haciendo esto, Mrs. North regresó al despacho para apoderarse de ciertos pagarés que estaban en poder de Fletcher. Según su declaración, Fletcher regresó y la encontró allí. Tuvo lugar una discusión que terminó con Mrs. North golpeando a Fletcher con

el pisapapeles que, según me informa, estaba sobre la mesa. Luego escapó del despacho por la puerta que conduce al vestíbulo, dejando sus huellas dactilares sobre la madera. Entonces eran las 10.01. A las diez y cinco minutos el policía Glass, aquí presente, descubrió el cadáver de Fletcher.

—¿No olvida usted algo? —preguntó Sally desde la ventana—. ¿Qué me dice del hombre a quien Glass vio salir del jardín a las 10.02?

—No lo he olvidado, Miss Drew. Pero si hay que creer una u otra de las declaraciones de su hermana, éste no pudo haber tenido nada que ver con el asesinato de Fletcher.

—¿Una u otra? —protestó Neville—. Ha olvidado usted la cuenta. Hasta ahora ha declarado tres veces.

—No creo que debamos tomar en consideración la primera declaración de Mrs. North. Si la segunda, en la que nos dice que abandonó el despacho a las 10.01, antes de que Fletcher regresara, es verídica, el hombre visto por el policía no pudo haber tenido tiempo para cometer el asesinato. Si, por otra parte, es cierto que ella mató a Fletcher...

Helen levantó la cabeza.

—Es cierto. ¿Debe seguir adelante? ¿Por qué no me arresta?

—Te advierto que me negaré con todas mis fuerzas a que me des un papel en tu plan de comprometerte —afirmó Neville.

—Jamás sugerí que tú fueras mi... cómplice. Tú no sabías para qué quería yo que te volvieras a llevar el pisapapeles.

—¡Oh, no!, ¿y no se me hubiera ocurrido? —dijo Neville—. ¡Y pensar que en un mal momento dije al sargento que yo era tu cómplice! Me parece sentir las pesadas puertas de la cárcel cerrarse tras de mí. Sally, en ti confío. ¿Es que tu acusadora hermana me dio un pisapapeles aquella noche memorable?

—Yo por lo menos no lo vi —contestó Sally.

—No creo que lo hubiera hecho en su presencia, Miss Drew —objetó Hannasyde.

—¡Santo Dios!, ¿no creerá esta declaración? —exclamó Sally—. ¿Sugiere usted que Mr. Fletcher está también complicado en ello? Dentro de poco creerá que yo también metí baza en este crimen. ¿Es que no queda nadie a salvo de sus inadmisibles sospechas?

—Sospecho de todos cuantos en una forma u otra están relacionados con el crimen —replicó Hannasyde con calma—. Debería saberlo.

—¡Bravo! ¡Estupendo! —murmuró Neville—. No hay ni uno solo de nosotros que no sospeche de otro de nosotros. ¿No es esto una delicia?

—Así es —afirmó Glass, que había estado escuchando en silencio, con una voz de justa indignación—. He guardado silencio leyendo los pensamientos que abrigan. ¿Hasta cuándo imaginarán sandeces contra un hombre? Desaparecerán todos, como

una pared que se derrumba o una valla que se pudre.

—Yo ya soy como una valla que se pudre —dijo Neville—. En cuanto a usted, es igual que una gran calamidad. ¿Por qué no está aquí el sargento?

—¡Por el amor de Dios! —grito Helen—. Ya le he dicho lo que había ocurrido, comisario. ¿No puede terminar todo esto de una vez?

—Sí, creo que sí.

—¡Un momento! —interrumpió North—. Antes de tomar una decisión que lamentará, comisario, ¿no sería mejor que profundizara un poco más en la única cosa que ha dejado usted de lado?

—¿Cuál, Mr. North?

—En lo que hice en la noche del asesinato de Fletcher —dijo North.

Helen se revolvió en su silla.

—¡No, John, no! No puedes, no puedes. Te suplico que no lo digas. John, no querrás destrozar mi corazón.

Su voz se quebró. Cogió las manos de su marido y se las apretó con fuerza, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Fíjese en lo que ha hecho! —dijo Neville—. Les advierto que esto quedará en los anales de mi vida como una mañana verdaderamente memorable.

—¡Helen! —exclamó North, conmovido—. ¡Helen, querida!

—¿Qué hizo usted en la noche del 17, Mr. North?

—¡Qué importa! ¡Yo maté a Fletcher! Eso es lo que usted desea saber, ¿no es así?

—¡No! —afirmó Helen llorando—. Lo dice sólo para salvarme. Usted mismo se dará cuenta de ello. No le haga caso.

—Desde luego, no es eso todo lo que quiero saber, Mr. North —observó Hannasyde—. ¿A qué hora llegó usted a Greystones?

—No se lo puedo decir porque no consulté mi reloj.

—¿Puede usted decirme lo que hizo?

—Subí por el sendero hasta el despacho, entré y dije a Fletcher la razón de mi visita.

—¿Cuál era la razón?

—Esto es algo que no estoy dispuesto a decirle. Luego maté a Fletcher.

—¿Con qué?

—Con el hurgón de la chimenea —contestó North.

—¿Ah, sí? No obstante, no encontramos ni huellas dactilares ni manchas de sangre.

—Las limpié, naturalmente.

—¿Y luego?

—Luego me marché.

—¿Por dónde?

—Por donde llegué.

—¿Vio usted alguien en el jardín y en la calle?

—A nadie.

—¿Para qué fue usted a Oxford ayer?

—A una conferencia de negocios.

—¿Una conferencia de negocios de la que su secretario no estaba enterado?

—Sí. Una conferencia estrictamente confidencial.

—¿Alguien más que usted sabía que se dirigía a Oxford?

—Mis dos socios.

—¿Qué pruebas puede usted darme de que estuvo realmente en Oxford anoche?

—¿Qué diablos tiene que ver mi visita a Oxford con el asesinato de Fletcher? —preguntó North—. Claro que puedo darle pruebas. Cené en mi antiguo colegio, ya que se empeña en saberlo, y pasé la velada con uno de los que fueron mis profesores.

—¿Cuándo dejó usted a su profesor?

—Precisamente antes de medianoche. ¿Quiere usted saber algo más?

—Nada más, gracias. Tendré que pedirle que me dé el nombre y la dirección del profesor para que pueda comprobar lo que acaba usted de decirme.

—No crea lo que ha declarado. No es verdad. Juro que no lo es —gritó Helen.

—No. Sólo creo que en efecto estaba ayer en Oxford, Mrs. North. Pero considero que será mejor que no jure usted nada más. Ya ha hecho usted bastante para interrumpir el curso de la justicia, lo que es muy grave. En cuanto a usted, Mr. North, me temo que su versión del asesinato de Fletcher no concuerda con nuestros indicios. Si debo creer que usted le mató, debo creer también la historia que me contó su esposa en la comisaría el primer día que les interrogué a los dos. Su esposa salió de Greystones por la puerta principal inmediatamente después de las diez de la noche, porque fue vista. Eso significa que usted asesinó a Fletcher, limpió las tenazas con tan minucioso cuidado que incluso desafió al microscopio y llegó a la puerta del jardín y todo esto en el espacio de un minuto. Comprendo el motivo que le obligó a usted a inventar este cuento de hadas, pero le ruego que dejen de interponerse en mi camino.

—¿Cómo?, ¿es que no lo hizo? —preguntó Neville—. No me diga que vamos a tener que volver a empezar desde el principio. ¡Qué fastidioso! ¡Qué aburrido! Soy incapaz de continuar estando interesado. Ya es hora de que llegáramos a un final lógico.

—Falta algo y no lo puedo descubrir —murmuró Sally pensativa, dirigiéndose a Hannasyde—. ¿Qué le hace estar a usted tan seguro de la inocencia de mi cuñado?

—El hecho de que ayer por la noche no estaba en Londres, Miss Drew.

Helen alargó una mano temblorosa y se reclinó sobre el respaldo de un sillón.

—¿No lo hizo? —preguntó como si le costara trabajo comprender—. Está usted engañándose para que diga algo..., algo...

—No —contestó Hannasyde—. Una vez Mr. North me haya dicho dónde pasó realmente la noche del día 17, estaré absolutamente seguro de que ni uno ni otro asesinaron a Ernest Fletcher. Usted, por lo menos, jamás hubiera podido hacerlo.

Helen lanzó un extraño gemido y se desplomó sin sentido.

—Fastidioso comisario —exclamó Sally, adelantándose rápidamente.

Pero se vio empujada a un lado sin cortesía. North se inclinó, recogió a Helen en sus brazos y se levantó, ordenando secamente:

—Abran la puerta —y por encima del hombro añadió—: Fui a ver a un amigo en la noche del 17. Puede comprobarlo. Peter Mallard, Crombie Street, núm. 17. Gracias, Sally. No te necesito.

A los pocos minutos había desaparecido dejando boquiabierta a su cuñada, quien cerraba la puerta tras él. Neville se cubrió los ojos con las manos, gimiendo:

—Drama en el hogar. ¡Oh, Dios mío!, ¿podré resistirlo? Él creyó que ella lo hizo y ella creyó que lo hizo él, todo esto es un lío mayúsculo. ¡Y pensar que representaron sus emotivos papeles con los estómagos vacíos!

—Trastorno y angustia se apoderan de mí —anunció de pronto Glass—. Engañarán a todos sus vecinos y no dirán la verdad. Han enseñado sus lenguas a mentir.

—Tengo que confesarles que no es que no aprecie en lo que vale a Malachi —observó Neville, zumbón—, pero deben admitir que sabe poner fin adecuado a las conversaciones.

—Espere en el vestíbulo, Glass —ordenó Hannasyde escuetamente.

—La rebelión —dijo Glass— es como el pecado de brujería y la obstinación es como la iniquidad y la idolatría. Por consiguiente, me iré tal como me ordenan.

Hannasyde no quiso discutir ni replicar y se limitó a guardar silencio hasta que Glass abandonó la habitación. Neville comentó entonces:

—Hubiera sido mejor traer al sargento. Usted no sabe dialogar con Malachi.

—No tengo el menor deseo de dialogar con sentencias —observó Hannasyde—. Miss Drew, cuando su hermana se encuentre lo suficientemente bien para verme, deseo hacerle unas preguntas.

—Muy bien —contestó Sally, encendiendo otro cigarrillo.

—¿No sería mejor que subiera a enterarse de cuándo puedo verla?

—No me dejes, Sally, no me dejes —suplicó Neville—. Necesito que me den la mano. Las sospechas van dirigidas hacia mí. ¡Oh!, ¿por qué no lo hizo John?

—No me voy a ir —replicó Sally—. En primer lugar porque sería falta de tacto y en segundo, porque este problema comienza ahora a ser interesante. Comisario, no se preocupe por mí. Siga adelante.

—Ya sé lo que me espera —exclamó Neville—. ¿Con quién estaba usted anoche?

—Eso es, Mr. Fletcher.

—Pero es muy comprometedor. Usted no tiene idea de lo comprometedor que es —contestó Neville—. Ya comprendo que lo que me pregunta es muy importante. Pero me parecería mucho más fácil si usted me dijera cuál es el secreto de anoche.

—¿Por qué? —preguntó Hannasyde—. Todo cuanto yo deseo saber es dónde estuvo usted anoche. Pueden ocurrir dos cosas: o bien que usted sepa por qué se lo pregunto o que no lo sepa..., en cuyo caso no debe tener ningún inconveniente en contestarme a la pregunta.

—Dudo de ello. Esto me suena a engaño. Yo me veo cayendo de cabeza en una trampa. ¡Qué terriblemente acertado está siempre Malachi! ¡Cuántas veces me previno contra el engaño!

—¿Debo entender con ello que ha estado usted mintiendo?

—Sí. He mentido a mi tía —confesó Neville—. Esto es precisamente lo que me preocupa. Le dije anoche que iba a visitar a Miss Drew. Y no puedo menos de comprender que eso va a echar una luz extremadamente comprometedora en mi relato.

—¿No vino usted aquí, por consiguiente?

—No —confesó Neville, abatido.

—¿Adónde fue?

—¿No crees que será mejor que diga la verdad? —preguntó Neville a Sally.

—Mr. Fletcher, supongo que esto le está divirtiéndolo a usted, pero a mí no me hace la menor gracia.

—Usted debe de creer que yo tengo un mal concepto del humor —observó Neville—. Pues no es así. No soy anormal ni mucho menos. Lo que ocurre es que las preocupaciones de los demás me divierten. Disfruto con sus apuros.

—Estoy esperando todavía una respuesta a mi pregunta, Mr. Fletcher.

—Si pudiera hacer lo que yo quiero, esperaría usted toda la vida —exclamó Neville con franqueza—. ¡Ah, Señor!, ¿por qué no fui yo también a Oxford a visitar a mi profesor? El pobre hubiera estado encantado de verme. Usted no lo creerá, pero todos esperaban en Oxford que yo hiciera grandes cosas. No sé si me entiende. Quiero decir que fuera profesor o becario. Se afirmaba que tenía inteligencia.

—No me sorprende en absoluto —dijo Hannasyde.

—Sí, pero todo eso no sirve más que para demostrar que una educación clásica no conduce a nada. Hay muchas cosas que a nada conducen. ¡Oh!, terminemos esta horrible incertidumbre. Anoche estuve en Londres.

—Intriga —murmuró Sally con los ojos brillantes—. Mientes a tu tía y te diriges a la gran ciudad pecadora. Vamos a ver, Neville, ¿qué antro de vicio visitaste?

—Ninguno. Quisiera haber estado en alguno. Todo cuanto busqué fue compañía.

—¡Bandido! Podías haberla encontrado aquí también.

—¡Oh, no, querida! ¡No! De ningún modo estando Helen presente.

—¿Dónde encontró usted esa compañía? —interrumpió Hannasyde.

—No la encontré. Fui a visitar a Philip Agnew, que vive en Queen's Gate y ejerce una carrera deliciosamente intelectual e inútil en el Museo de South Kensington. Pero había salido.

—¿Sí? ¿Y qué hizo usted entonces?

—Vagué solitario como una nube tratando de recordar a alguien, además de Philip, con quien reunirme. Pero me fue imposible, volví a casa y me acosté.

—Gracias. ¿A qué hora salió usted de Greystones?

—¡Oh!, no lo recuerdo. Después de cenar. Supongo que alrededor de las ocho y media o nueve.

—¿Cómo iba usted vestido?

—¡Señor!, veo el abismo que se abre a mis pies. ¿Por qué no le pregunta eso a mi tía o a Simmons? Con corbata negra, comisario. Y una muy bonita precisamente. Incluso le gusta a mi tía.

—¿Llevaba usted gabán?

—¿Cómo? ¿A mediados de junio? No, claro que no.

—¿Sombrero?

—Sí.

—¿Qué clase de sombrero?

—Un sombrero de fieltro negro.

—¿Por qué tanta pregunta? —interrumpió Sally.

—Sí, es un sombrero muy bueno. Además no tengo otro.

—Perdóneme la interrupción —se disculpó Sally con Hannasyde—, pero si trata, como sospecho, de acusar a Mr. Fletcher del asesinato de su tío, ¿le importa decirme cómo se explica que Malachi viera a un hombre salir de Greystones a las 10.02?

—Tengo la impresión, Miss Drew —replicó Hannasyde deliberadamente— de que ese hombre ha muerto.

Neville parpadeó unos momentos.

—¿Es que..., es que lo maté yo? —preguntó angustiado.

—Alguien lo mató —contestó Hannasyde, mirándole fijamente.

—¿Quién era? —preguntó Sally.

—Se llamaba Charles Carpenter. Se hallaba en Greystones en la noche del asesinato y fue encontrado muerto ayer alrededor de las diez de la noche.

—¿Cómo sabe usted que se hallaba en Greystones?

—Descubrimos sus huellas dactilares, Miss Drew.

—¡Ah! ¿Entonces era un conocido de la policía?

—¡Qué inteligente! —dijo Neville admirado—. Jamás se me hubiera ocurrido eso.

—Sí, era conocido de la policía —afirmó Hannasyde—. Pero antes de que la

policía le pudiera interrogar, lo asesinaron... como asesinaron a Ernest Fletcher.

—¿No podríamos decir que fue él quien asesinó a mi tío? —suplicó Neville.

—No, Mr. Fletcher, no podemos.

—Asesinado porque sabía demasiado —murmuró Sally, levantándose y paseándose de un lado a otro de la estancia—. Sí, ya comprendo. Pero Neville, no. ¿Descubrieron el arma?

—No —contestó Hannasyde—. En ambos casos, el asesino logró esconder su arma con, digamos, extraordinaria ingenuidad.

—¡Oh! —exclamó Sally, sonriendo burlona—. ¿Entonces usted cree que eso señala a Mr. Fletcher? Existe una diferencia, comisario, entre una mentalidad ingenua y una inteligencia práctica. Neville, hablando prácticamente, es medio tonto.

—Supongo que debo estarte agradecido —murmuró Neville—. A propósito, ¿qué arma empleé? Mire usted, no quisiera trastornar la única teoría que le queda, pero le aseguro que dudo de que yo fuera capaz de cometer un acto tan violentamente repulsivo... y ni hablar de dos.

—¡Un momento! —interrumpió Sally—. La confesión de mi hermana resulta ahora de vital importancia. Será mejor que suba y vea si está en condiciones de verle, comisario.

—Le agradecería que lo hiciera.

—Lo haré, pero supongo que no me recibirán muy bien —dijo Sally, dirigiéndose a la puerta.

—Dile que la vida de un hombre pende de un hilo —recomendó Neville, balanceando sus piernas encima del alféizar de la ventana y saltando a la habitación—. Esto agrada a su mentalidad sentimental.

Sally subió al dormitorio de su hermana. Entró para preguntar a Helen quien, después de recobrar el sentido, se desahogaba llorando apoyada en el pecho de su marido, gimiendo a intervalos:

—No lo hiciste... No lo hiciste.

—No, querida. Claro que no lo hice. Si hubieras confiado en mí...

Sally se detuvo un momento en el umbral y luego cerró la puerta y avanzó, preguntando:

—Dama delicadamente consolada, ¿sufres acaso de un ataque de histeria? Anda, Helen. Basta. Te necesitan abajo.

Se dirigió al cuarto de baño, descubrió una botella de amoníaco en el botiquín, echó unas gotas en un vaso, la mezcló con agua y regresó al dormitorio colocando el vaso en la mano de North.

—Dale eso —dijo.

—Anda, Helen. Bébetelo —rogó North.

Helen bebió algo de la mezcla y se atragantó.

—¡Oh! Qué cosa tan mala. Estoy muy bien, te aseguro que estoy muy bien. ¡Oh!, John, dime que es verdad y que no sueño. ¿No fuiste tú el que vi aquella noche?

—Claro que no. ¿Es eso lo que has estado pensando todo este tiempo?

—He tenido mucho miedo. Luego este desagradable comisario me dijo que aquella noche no estabas en tu piso, y eso pareció confirmar mis sospechas. Yo esperaba que pudieras escapar mientras hablaba con el policía, por eso te mandé a Baker a decírtelo. Confiaba que comprenderías que era un aviso.

—¿Fue por esta razón por lo que dijiste al comisario que tú habías cometido el asesinato?

—Naturalmente. No se me ocurrió otra cosa. Era demasiado desgraciada para preocuparme de lo que me ocurriría a mí. No me importaba.

—Helen, ¿tanto me quieres?

—¡Oh, John, John!, siempre te he querido. Tú creíste que no y yo me porté como una imbécil, pero jamás pretendí abrir este abismo entre los dos.

—Fue culpa mía. No traté de comprenderte. Incluso llegaste a sentir miedo de hablarme cuando estabas en un apuro. Pero Helen, debes creerme, yo no quería perder tu confianza. Te tuviera sacado de este enredo costara lo que costara.

—¡Oh, no!, todo fue una locura. ¡Oh, John, perdóname!

Sally limpió su monóculo, diciendo:

—¡No, no, por mí no es preocupéis!

—¡Sally, márchate! —exclamó North levantando la cabeza.

—Me marcharía si pudiera. No creáis que para mí sea un placer contemplar a una pareja de idiotas derritiéndose uno sobre el otro —refunfuñó Miss Drew con brutal franqueza—. He venido con un encargo. El comisario quiere ver a Helen. ¿Crees que estás en condiciones de bajar, hermana?

Helen suspiró y se acercó a John.

—No quiero volver a ver al comisario en mi vida.

—Ya me lo figuro, pero resulta que ahora eres un declarante importante. Como ya estás convencida de que John no es un asesino, la policía desearía volver a oír tu declaración. Tómate otro sorbo de este menjunje. Dime John, ¿por qué regresaste de Berlín inesperadamente?

—Ya no tiene ninguna importancia.

—¡Qué sorprendente emoción! —exclamó Sally abriendo los ojos—. ¿Es que recibiste una carta anónima sobre la vida de tu esposa?

—¡No! No era anónima.

Helen bebió un poco y preguntó sonrojándose:

—¿De quién?

—No importa. No fue lo que tu hermana cree. En realidad constituyó una bofetada para mí. Y decidí venir a casa.

—Y has resultado muy útil —murmuró Sally—. Te pusiste en un plan tan furioso, que incluso yo comencé a creer que Helen tenía razón en no confiar en ti.

—Verás, la situación era... un poco difícil —replicó—. Helen quedó tan abatida cuando me vio y tan claramente asustada de que yo descubriera la naturaleza de sus relaciones con Fletcher...

—Ahí —dijo Sally— estaba tu oportunidad y la perdiste. Si la hubieras emprendido bien desde el principio, te hubiera contado toda la verdad.

—En efecto. ¡Pero no estaba seguro de que quisiera oírla!

—¿Representaste el papel de avestruz? Jamás lo hubiera creído de ti —reprochó Sally.

—¡Y pensar que tú..., tú tratabas de que te detuvieran para salvarme! —gimió Helen—. ¡Oh, John!

—Lo siento, Helen. Parecía que entre nosotros todo había terminado.

Sally cogió el vaso vacío y dijo a su hermana:

—Oye, ¿no podrías dejar esto para más tarde? Debes bajar y decir al comisario la verdad de lo que ocurrió en la noche fatal. De momento parece que está decidido a coger a Neville y culparle del asesinato, cosa que no me parece bien. Ignoro si tu declaración puede serle beneficiosa. A lo mejor sí. Empólvate la nariz y baja.

Helen se levantó y se dirigió de mala gana a su tocador.

—Muy bien, si es necesario. Aunque no comprendo qué te importa a ti. Creía que Neville te era indiferente.

—Jamás —exclamó Miss Drew tartamudeando pero con dignidad— he permitido desentenderme de alguien porque me fuera indiferente. Además, no comparto tu idea de que mientras no sea John el detenido por asesinato, no importa lo demás. ¿Estás lista?

Helen se arregló el pelo, contempló su perfil con un espejo de mano y dijo, por fin, que estaba dispuesta.

Hannasyde las esperaba en la biblioteca todavía en compañía de Neville. North, sonriendo algo avergonzado, dijo:

—Le debemos una explicación, comisario. Creo que nos hemos hecho acreedores a una causa judicial.

—Sí, me han entorpecido ustedes bastante —contestó Hannasyde sonriendo—. Ahora, Mrs. North, ¿quiere hacer el favor de decirme exactamente qué ocurrió mientras se encontraba usted en Greystones el día 17 por la noche?

—Ya se lo dije —contestó Helen, levantando los ojos hacia él—. Dije la pura verdad. Se lo aseguro.

—¿Cuándo? —preguntó Neville.

—Cuando fui a la comisaría. De verdad me escondí detrás del arbusto y que luego regresé al despacho en busca de mis pagarés.

—¿Y el hombre que vio usted entrar en el despacho? ¿Está usted segura de que Fletcher lo acompañó hasta la puerta antes de las diez?

—Sí, absolutamente segura.

—¿Y oyó usted a Fletcher regresar a la casa antes de que usted abandonara el despacho?

—Sí, y venía silbando. Oí sus pasos sobre la arena del sendero. No parecía tener ninguna prisa, creo que venía paseando.

—Muy bien. Gracias.

Sally observó que parecía preocupado y le preguntó con astucia:

—¿Es que no le gusta la declaración de mi hermana, comisario?

—No es precisamente eso —contestó evasivo.

—Un momento —interrumpió Neville que había estado tomando notas en el dorso de un sobre—. ¿Creen ustedes que soy capaz de hacer lo siguiente?: 10.01, mi tío vivo y coleando; 10.02, hombre que sale en dirección de Maple Grove; 10.05, se descubre a mi tío asesinado. ¿Quién era el segundo hombre misterioso? ¿Lo hizo él? ¿Era él yo? Y de ser así, ¿por qué? Todas estas acciones tan extrañas y aparentemente sin sentido. Opondré resistencia a mi detención.

—No se habla de detenciones —anunció Sally—. No hay nada contra ti. Si lo hiciste, ¿cuál fue tu arma?

Neville señaló a Hannasyde con su dedo:

—Amada mía, la respuesta la leerás en el rostro del comisario. El pisapapeles. El pisapapeles que yo mismo introduje en la intriga.

Como Hannasyde permaneciera silencioso, Sally replicó:

—Sí, lo comprendo. Pero si tú asesinaste a Ernie, se necesitaba mucha cara dura para regalar el arma a la policía.

—Sí, ¿no te parece? —asintió—. Me hubiera estremecido de miedo. Además no veo el motivo. ¿Por qué lo hubiera hecho?

—¡Ah, la terrible hipocresía del asesino! —murmuró Sally—. Esta es una característica conocida de la mentalidad homicida, ¿verdad, comisario?

—¿Usted se ha dedicado al estudio de ese tema, Miss Drew?

—Claro que lo he estudiado. Pero mi opinión es que Neville no es un hipócrita. Diga que es un ejemplo de astucia diabólica, si lo prefiere, pero ahí también se presenta una objeción. No había ningún motivo para que usted sospechara del pisapapeles más que de cualquier otra arma que se encuentre en Greystones. Por consiguiente, ¿qué razón les hubiera hecho sospechar de él?

—El humor equivocado —explicó Neville—. Una bromita del asesino. Dentro de pocos instantes comenzaré a creer que soy culpable. ¡Oh, que sospechen de que yo asesiné a un hombre por sus millones! No, no estoy de acuerdo. Ésta es una solución repulsiva de un crimen, por otra parte bastante vulgar.

—No obstante, ¿es un hecho que su situación económica en el momento en que murió su tío era extremadamente precaria? —preguntó Hannasyde.

North, que había permanecido de pie y en silencio detrás de la silla de su mujer, interrumpió diciendo con voz tranquila:

—Esta pregunta, comisario, no debería ser hecha a Mr. Fletcher en público.

—¡Oh!, ¿quién podía esperar esta delicadeza de ti? ¡Y yo que creía que le era indiferente!

—Tiene razón, Mr. North —reconoció inmediatamente Hannasyde—, pero como al principio de esta entrevista dije claramente que deseaba interrogarle a solas, y él se negó a permitir que Miss Drew saliera, supongo que se pondrá usted de acuerdo conmigo en que un exceso de discreción por mi parte sería absolutamente superfluo. No obstante, estoy dispuesto a interrogar a Mr. Fletcher a solas si así lo desea.

—De ningún modo —exclamó Neville—. Me moriría de miedo si me encontrase encerrado a solas con usted. Además, Miss Drew actúa como abogado mío. No me atrevería a abrir la boca si ella no se encontraba aquí para contener mis frases irresponsables.

—Entonces reconocerá conmigo que no estaba en un error al decir que se encontraba usted en una posición desagradable económicamente en la época en que murió su tío.

—No —contestó Neville tranquilo—, no me molesta que usted diga esto.

—¿Está usted dispuesto a asegurar que tenía un saldo a su favor en el banco?

—¡Ja! Nunca tengo nada a final del trimestre.

—¿Y no estaba usted en realidad en descubierto?

—Lo ignoro. ¿Es que lo estaba?

—¿No le parece esto poco formal? ¿No recibió usted un aviso de su banco, el día 14 de este mes, informándole del estado de su balance?

—¡Ah!, ya me figuraba yo que era sobre eso —exclamó Neville, tranquilizado—. Generalmente ocurre lo mismo, aunque no siempre. Una vez me escribieron del banco sobre unos valores y se armó un gran jaleo porque pusieron el nombre del banco en el sobre. Ocurrió lo natural en tal caso: cuando vi el membrete tiré la carta a la papelería. ¿No hubiera hecho usted lo mismo?

—¿Pretende usted hacerme creer que no abrió la carta del banco?

—Verá usted, será mucho más fácil que me crea.

Hannasyde se molestó algo ante aquella salida, pero preguntó:

—En ese caso, ¿no pidió dinero a su tío para hacer frente a sus acreedores?

—¡No!

—¿Sabía quizá que sería inútil pedírselo?

—No lo hubiera sido —objetó Neville.

—¿Es que su tío no le había avisado que no se haría responsable de sus deudas?

Neville reflexionó unos momentos.

—No lo creo. Pero sí recuerdo que se molestó muchísimo respecto a algo que me ocurrió en Budapest. Se trataba de una mujer rusa y en realidad yo no quería que Ernie interviniera. Pero él tenía una serie de ideas anticuadas respecto al honor de un hombre y sobre que la prisión sería la vergüenza final y por eso se empeñó en sacarme del apuro. Además no le gustaba que yo fuera procesado. Siempre creí que hubiera ahorrado muchas molestias si se me declaraba irresponsable, pero Ernie no lo consideraba así. No quiero hablar mal de los muertos, porque creo que su intención era buena.

—Mr. Fletcher, ¿es que no le preocupan a usted las facturas sin pagar?

—¡No! A uno siempre le queda el remedio de huir del país —aseguró Neville con una de sus sonrisas enigmáticas.

Hannasyde lo contempló algo sorprendido y dijo:

—Vamos, un nuevo punto de vista.

—Sí, no se me había ocurrido —dijo Neville con naturalidad.

Helen, que había estado reclinada en su sillón como exhausta, intervino de pronto:

—Pero no comprendo cómo pudo haber sido Neville. No entra en sus costumbres y por otra parte, ¿cómo pudo haberlo hecho en tan poco tiempo? No le vi por ninguna parte cuando salí de la casa.

—Pues yo te vi por entre los barrotes de la escalera —explicó Neville—. Cuando uno piensa que Helen estaba en el despacho a las diez y mi querido amigo Malachi a las 10.05, ¿no le parece que tuve mucha suerte? ¿Qué piensa de esto, comisario?

—Pienso que sería mejor que anduviera con cuidado en sus bromas, Mr. Fletcher.

Capítulo 13

—¿Qué creéis que quería decir con esto? —preguntó Neville cuando la puerta se cerró tras Baker, que acompañaba al comisario Hannasyde.

—Trataba de asustarte —contestó Sally brevemente.

—Pues lo ha logrado —aseguró Neville—. Me alegro de haber hecho aquel magnífico desayuno antes de que llegara él, porque lo que es ahora no podría resistir el susto.

—Hablando de desayunos... —comenzó North.

—No hablemos de eso ahora —interrumpió Neville—. Helen querida, tú tienes una imaginación fertilísima, pero ¿estás segura de que realmente viste a Ernie acompañar hasta el jardín a su misterioso visitante?

—Claro que lo estoy. ¿Qué ganaría con inventar un cuento así?

—Si lo pones en este plan, ¿qué ganabas con engañar a John durante todo este tiempo? —razonó Neville—. Tontería completa... Es decir, manía peculiar en las mujeres.

—No era una tontería —sonrió, contestando a la defensiva—. Es decir, sí lo era, mas yo tenía un motivo.

—Me gustaría saber cuál era —observó—. No, pensándolo bien, prefiero no saberlo. Sería abusar demasiado de mí credulidad. Lo único que le quedaba a John era creer que tú habías cometido algo inconfesable para una mujer de hogar. Sally y yo por poco le escribimos una carta anónima diciéndole toda la verdad.

—En cierto modo lo hubiera preferido —afirmó North—. Si me permitís decirlo, hubiera sido bastante más útil que tus esfuerzos para conseguir de tu tío los pagarés. No dudo que querías hacerlo, pero...

—Me conoces muy poco —interrumpió Neville—. No quería hacerlo. Me empujaron a ello y mira el resultado. Me consideran como una especie de buen samaritano, lo que de por sí va a traerme horribles consecuencias, que es lo menos que me puede ocurrir.

—No sabéis cuánto lo lamento —suspiró Helen—, pero aunque tú no lograste mis pagarés y nos metimos en un lío, el encontrarte metido tú también en él ha dado buenos resultados. De no haber sido así, John y yo no nos habiéramos reconciliado.

Neville cerró los ojos y la expresión de su rostro era de infinita y cómica angustia.

—¡Qué pensamiento! ¡Qué bellamente presentado! ¡Ah, no habré vivido en vano! ¿Debo alegrarme?

—Mira —interrumpió Sally—, es inútil lamentar lo que has hecho. Lo que debes pensar ahora es lo que vas a hacer. No cabe la menor duda de que la policía sospecha de ti. Por otra parte, tampoco cabe la menor duda de que no tienen bastantes indicios contra ti ni para poder pedir una orden de detención. Lo que se trata de saber es si

pueden recoger los indicios que les faltan.

Neville abrió los ojos y la contempló fingiendo estar horrorizado.

—¡Oh, Señor!, esta mujer cree que yo fui el criminal.

—No, no lo creo. Conozco demasiado estos temas para admitirlo —confesó Sally—. Si lo hiciste, es que tenías un poderoso motivo para ello y en este caso cuentas con mi aprobación.

—¿Sí? —preguntó Neville agradecido—. ¿Y qué me dices de mi segunda víctima?

—En mi opinión —contestó Sally—, la segunda víctima todavía no podemos decir que sea tuya. Sabía demasiado sobre el primer asesinato y hubo necesidad de deshacerse de ella. Es una desgracia, desde luego, pero teniendo en cuenta el primer asesinato, comprendo que era inevitable.

Neville suspiró profundamente, exclamando:

—¡El sexo débil! Cuando recuerdo las tonterías que se han escrito sobre las mujeres en todas las épocas me pongo enfermo. Son unas salvajes primitivas y desenfrenadas. Incapaces de las ideas abstractas de lo justo y de lo malo, abriendo brechas en la sociedad. Sus preocupaciones por las pasiones humanas son inadmisibles.

—Tienes probablemente razón —contestó Sally con calma—. Cuando llega el momento echamos reglas y prejuicios por la borda. Las cosas abstractas no nos dicen gran cosa. Somos más prácticas que vosotros y... sí, también más intrépidas. No quiero decir que apruebe el asesinato y te aseguro que si me hubiera enterado de estos dos por los periódicos los hubiera considerado algo exagerados. Pero siempre se ven las cosas de otro modo cuando uno conoce al asesino. Supongo que me considerarías despreciable si me alejara de ti únicamente porque habías asesinado a un hombre que yo odiaba y a otro que ni siquiera sabía que existiera.

—Me parece, Sally, que estás dándole la razón a Neville —intervino North iniciando una sonrisa de comprensión—. El hecho de que sea amigo tuyo no debería influir sobre tu buen juicio.

—Esto son tonterías —afirmó Sally—. Es como si tú creyeras que Helen te hubiera odiado cuando pensó que tú eras el asesino.

—Eso creía —afirmó con cierto deje de ironía.

—Bueno, nos hemos alejado de nuestro tema. Quiero saber si pueden descubrir más indicios contra ti, Neville.

—¡Si no hay indicios! Estoy cansado de decirte que no tengo nada que ver con el asesinato.

—¿Quién, pues, tiene que ver? —preguntó Sally—. ¿Quién pudo cometerlo?

—¡Oh!, el hombre misterioso.

—¿Con qué motivo?

—El mismo que John. ¡Celos!

—¿Más pagarés?

—No, ¡celos! ¡Venganza! Todos los indicios característicos de un asesinato pasional, ¿no te parece?

—Es una idea —murmuró Sally pensativa—. ¿Estás enterado de si tu tío hizo una trastada a alguien?

—¿Cómo voy a saber esto? En la vida de Ernie había multitud de preciosas mujeres, de modo que...

—¿Crees tú que un hombre desconocido lo asesinó por culpa de una mujer? Parece posible, ¿pero cómo diablos logró hacerlo en tan poco tiempo?

—Como no estaba allí, no te lo puedo decir. Averígualo tú.

—Lo que yo quiero saber es si el comisario será capaz de descubrirlo.

—Para mí es mucho más importante saber si el comisario será capaz de inventar cómo he cometido los dos crímenes —replicó Neville.

Ambas cosas preocupaban al comisario en aquel momento. Después de expresar a P. C. Glass en pocas y justas palabras lo que pensaba de su conducta al condenar la moral de sus superiores, se dirigió con él hacia la comisaría.

—«El Señor —anunció Glass severamente— dijo a Moisés, di a los hijos de Israel: Vosotros sois un pueblo de dura cerviz; en un momento subiré en medio de ti y te consumiré».

—Posiblemente —contestó Hannasyde—. Pero ni usted es Moisés ni ninguno de esos señores son hijos de Israel.

—Sin embargo, la altivez de los hombres será aplastada. Son pecadores ante Dios.

—Eso también es posible, pero a usted no le importa. Si se preocupara más de este caso y menos de las actividades de las otras personas, me sentiría más satisfecho de usted.

—He meditado profundamente —suspiró Glass—. «Todo vanidad y aflicción de espíritu».

—En esto estoy de acuerdo con usted —repuso Hannasyde—. Una vez eliminado el matrimonio North, todo parece señalar ahora a Neville Fletcher. Y no obstante..., no me convence admitir esto.

—Él no es culpable —afirmó Glass convencido.

—¿Quién sabe! ¿Cómo ha llegado usted a esta conclusión?

—Él no cree en nada. Habla mucho y por sus burlas puede conducir a engaño. No obstante, no le creo un hombre capaz de violencias.

—No, tampoco a mí me produce esta impresión. Pero muchas veces me he equivocado en mi juicio respecto a los hombres para darle a esos principios demasiada importancia. No obstante, quien quiera que sea el que asesinó a Fletcher,

asesinó también a Carpenter. Quizá el joven Fletcher..., pero en este caso daría gustoso la paga de un año para saber qué hizo del arma.

—¿Tan seguro está usted de que usó la misma arma en las dos ocasiones? —preguntó Glass.

—Parece muy probable según el informe del médico en los dos crímenes.

—¿Y el hombre que yo vi? Creo que no era Neville Fletcher.

—Quizá era Carpenter.

—¿Quién era, pues, el hombre que vio Mrs. North? —preguntó Glass, pensativo.

—No sé qué contestarle. Como no se tratara otra vez de Carpenter...

—¿Cree usted que regresó después de haber sido despedido? ¿Por qué razón?

—Sólo él podría contestar esta pregunta.

—A mí me parece que el asunto está más oscuro aún. ¿Por qué iba a regresar como no fuera para agredir a Fletcher? Pero, puesto que él también ha muerto, no debió ser así. Creo que Fletcher tenía muchos enemigos.

—Esa conclusión queda confirmada por lo que sabemos de él. Cabía la posibilidad de que North hubiera sido el asesino pero nadie más, excepto Budd, que no corresponde a la descripción del hombre que vieron anoche en traje de etiqueta, interviene en el caso. Hemos estudiado cuidadosamente el pasado de Fletcher. Es una vida poco recomendable. El sargento opinó igual el día en que comenzamos a ocuparnos del mismo.

—El pecador —contestó Glass con la mirada inquieta— es como la paja que el viento arrastra.

—Bueno, basta —dijo Hannasyde fríamente, dando por terminada la conversación.

Cuando el sargento se enteró más tarde de que se había probado la inocencia de North intentó, con desaliento, presentar su dimisión.

—Era el más sospechoso de todos y ahora resulta que es inocente —murmuró—. Supongo que no hay probabilidad de que sus coartadas sean falsas.

—Me temo que no, amigo. Son perfectas. Las he comprobado. Parece que nos queda sólo Neville Fletcher. No tiene ninguna coartada acerca de lo que hizo anoche. Y confiesa que estuvo en Londres.

—Vaya —murmuró el sargento—. Si no fuera por sus burlas acerca de las máximas de Ichabod, le detendría a él sin titubear.

—Así lo creo, pero, desgraciadamente, hay un freno..., dos frenos. Declaró francamente que anoche iba de etiqueta. Pero también nos dijo que su sombrero era de fieltro negro. El hombre que buscamos usaba sombrero de copa.

—Eso no nos lleva a nada definitivo. Probablemente lo inventó.

—No lo creo. Dijo que era el único sombrero que poseía. Podría refutar esta declaración, si no fuera verdad, y por lo mismo ni siquiera he intentado hacerlo.

Además, o bien es un actor magnífico o realmente no sabía a lo que yo me refería cuando le pregunté lo que hizo anoche.

—De todos modos —insistió el sargento—, si eliminamos a North, el joven Neville es el único que pudo cometer el crimen en aquellos momentos.

—¿Cuándo?

El sargento contestó algo nervioso.

—Entre la salida de Mrs. North y la llegada de Ichabod, jefe.

—En menos tiempo —corrigió Hannasyde—. El asesinato debió de cometerse después de las 10.01 y antes de las 10.02.

—Entonces, si es así, no ha habido tal asesinato —concluyó el sargento perplejo—. No ha podido haberlo por falta de tiempo dadas las circunstancias.

—No obstante, lo ha habido. Dos.

El sargento se rascó la barbilla.

—Me parece que Carpenter no lo presencié. Si se marchó a las 10.02, ¿cómo pudo haberlo visto? Es de sentido común.

—Entonces, ¿por qué le mataron?

—Eso es lo que todavía no he descubierto —confesó el sargento—. Pero me parece que él debía de saber algo que equivalía a conocer al autor del crimen. ¿Quién sabe si Angela Angel tenía otros admiradores? —Se detuvo, y sus ojos inteligentes parecieron los de un pájaro de presa—. ¿Y si le acompañaron a la puerta a las 9.58? ¿Y si cuando se marchaba descubrió a un conocido deslizándose por la puerta lateral del jardín? ¿No le haría esto concebir sospechas? Quizá temió una agresión y sus dudas se desvanecieron al leer que había sido hallado Ernie con el cráneo aplastado.

—Sí, eso es razonable, excepto por un detalle que ha olvidado. Usted supone que el hombre que vio Glass a las 10.02 no era Carpenter, sino el asesino y estamos de acuerdo que, fuera cuando fuera, el hombre que entró en el jardín no pudo asesinar a Fletcher hasta después de las 10.01. Y eso ya sabe usted que no concuerda.

—Ni concordará —contestó el sargento de mal talante. Después de meditar un momento volvió a insistir—. Bueno. Reconozcamos que Carpenter regresó para ver lo que el intruso se disponía a hacer. Presenció el asesinato y salió corriendo hacia la puerta tan rápidamente como pudo.

—¿Y el asesino?

—Ya se lo dije antes. Oyó las suaves pisadas de Ichabod, se escondió en el jardín y escapó tan pronto como el policía llegó al despacho. Cuanto más pienso en ello, jefe, más creo que debió ser así.

—Parece lógico —concedió Hannasyde—. ¿Cuál era el móvil que impulsó al desconocido? ¿Acaso Angela?

—Si, tendremos que admitir que era Angela, porque Charlie estaba metido en el asunto.

—No obstante, su amiga..., ¿cómo se llama? ¡Ah!, Gladys..., a la que usted interrogó, no mencionó ningún hombre que tuviera relación con Angela, excepto Carpenter y Fletcher. ¿No es así?

—Específicamente no. Reconoció que la pobre muchacha tenía muchos admiradores.

—No parece muy lógico que un admirador no correspondido llegara al extremo de matar a Fletcher.

—Si suponemos eso, lo más razonable en este caso es terminarlo sin descubrir nada —exclamó el sargento algo molesto.

—Anítese —sonrió Hannasyde—. Todavía no hemos terminado. ¿Qué ha descubierto hoy?

—Nada que pueda sernos útil —contestó el sargento—; hemos localizado uno de los parientes de Carpenter, pero no pudo decirnos gran cosa. Espere, lo tengo aquí apuntado tal como declaró —y sacando una libreta la abrió y comenzó a leer—: «Carpenter, Alfredo. Ocupación, empleado. Edad, treinta y cuatro años. Hermano del difunto. No ha visto a su hermano desde el año 1935».

—¿Sabía algo sobre Angela Angel?

—No, sólo de oídas. Según él, Charlie no fue jamás lo que se llama la esperanza de la familia. De pequeño robaba las cosas de los otros chicos en la escuela. Comenzó como empleado en una tienda de tejidos y fue despedido porque guardaba los cambios en el sitio que no les correspondía. No se hizo ninguna denuncia contra él. El viejo Carpenter, muerto ya hace tiempo, pagó. Después de esto, nuestro héroe se unió a una compañía de variedades. Al parecer cantaba con bastante gusto y tenía un aspecto que le hacía interesante en escena. Estuvo con ellos algún tiempo y luego pidió el ingreso como corista de teatro. La familia, por todo esto, se cansó de él y le echaron de casa para siempre. Más tarde se casó con una actriz llamada Peggy Robinson. Lo único que supo la familia, al poco tiempo, fue que él se había esfumado y que su esposa juraba que se vengaría del abandono. Alfred encontró que este afán de venganza era intolerable. Dijo que la única cosa que jamás reprocharía a su hermano Charlie era haber abandonado a aquella mujer, que parecía más una tigresa furiosa que una mujer decente. Finalmente, lograron deshacerse de ella, pero por poco tiempo. Se fue de gira teatral y, aunque Alfred asegura que se enteraron de que ella se había marchado con otro individuo, no por eso dejó de volver a casa de la familia de Charlie para echarles en cara que se había enterado de que él volvía a estar en la ciudad viviendo con una muchacha que había encontrado en algún pueblo del Midland. Por lo visto, él también había ido a una gira teatral. Lo que ocurrió realmente no lo sé y tampoco lo sabe Alfred, pero no parece caber la menor duda de que la muchacha era Angela Angel.

—¿Dónde está la esposa ahora? —interrumpió Hannasyde.

—Tocando el arpa —contestó humorísticamente el sargento—. Murió de pulmonía hace un par de años. Alfred sabía que Charlie había estado en la cárcel, pero no tenía noticias de su hermano desde que cumplió la condena, ni quería tenerla. Jamás vio a Angela, pero dice que está completamente seguro de que la muchacha no trabajaba en el teatro cuando Charlie la encontró. Por lo que la esposa abandonada le dijo, deducía que era la conocida historia de la joven de aldea. Ya sabe lo que quiero decir. Una chiquilla romántica, criada con severidad, enamorada del primer tenor de pelo rizado que encuentra, terminando con la fuga de ambos. ¡Pobrecilla, su final fue bien triste!

—¿Es que Alfred Carpenter recordaba el nombre verdadero de esta joven?

—No, porque jamás lo supo. Pero entre una cosa y otra, me parece que por lo menos hemos desentrañado un misterio y éste es el que nadie reclamara a Angela cuando se suicidó. Si procedía de una familia severa, es bien seguro que la echaron de su casa, lo mismo que hicieron con Charlie. He conocido a mucha gente así.

—Sí, pero esto no nos ayuda para nada —afirmó Hannasyde—. ¿Averiguó algo más por la patrona de Carpenter o por el propietario del restaurante en el cual trabajaba?

—Lo que obtuve de Giuseppe —replicó el sargento con acritud— fue una gesticulación interesantísima, pero que no me servía de nada. Aún no he podido comprender cómo estos extranjeros pueden gritar y no cansarse jamás. Organizó un monólogo para mí solo en el cual mezcló *dio-míos*, *corpo-di-bacos* y otras cosas, además de tirarse de los pelos. Tuve que beber algo para reaccionar, pero él se quedó tan fresco cuando terminó y repitió otra escena similar a su mujer. A mí me pareció que no hablaba en la forma habitual, aunque probablemente me equivoco. En fin, él no sabía nada de Charlie.

—¿Y la patrona?

—Tampoco sabía nada. Dice que su lema es no meterse en lo de los demás. Eso no me sorprende lo más mínimo. Me produjo la sensación de que no es una mujer en la que la gente desee confiarse. Y ahí está todo, jefe. O es Neville o no ha sido nadie. Y si usted quiere saber lo que hizo con el arma, ¿qué me dice de meterse un bastón dentro de la manga?

—¿Ha intentado usted una vez meterse un palo en la manga? —preguntó Hannasyde.

—No un palo precisamente, sino una especie de porra.

—Ni aun así hubiera causado aquellas heridas en el cráneo. El arma era pesada. Si fue un palo, debió de ser algo como revestido de hierro.

—Si es Neville, no tenemos que preocuparnos sobre el arma que utilizó para matar a su tío —observó el sargento—. Tuvo tiempo suficiente para deshacerse de ella, o limpiarla, o hacer lo que fuera. En cuanto al segundo asesinato, no creo que

hubiera podido meterse el pisapapeles en el bolsillo, ¿no le parece?

—Hubiera llamado la atención. La cabeza de la estatuilla que lo remata hubiera salido algo del bolsillo.

—Pudo pasar inadvertida en la oscuridad. Volveré a hablar con Brown, el del puesto de café, y con el taxista. No es que quiera decir que no les haya interrogado a fondo, pero nunca se sabe si se ha hecho del todo bien.

—¿Y el sombrero?

—El sombrero es un inconveniente —declaró el sargento—. Si él no posee sombrero de copa, quizás cogió el del difunto Ernest, precisamente porque nadie esperaría verle con la cabeza cubierta. Pudo haberlo llevado, plegado, bajo su brazo sin que el mayordomo lo advirtiera al salir de casa. Al cambiar de sombrero debió de guardarse el suyo en el bolsillo.

—Vaya, ya tenemos dos bolsillos abultados —observó Hannasyde—. No obstante, dos testigos (no quiero hablar de la muchacha porque estuvo demasiado vaga) dijeron que no observaron nada que les llamara la atención en su aspecto. Además, se presenta otro detalle del caso. El taxista, que me pareció ser un individuo inteligente, describió el aspecto de su pasajero como el de un hombre corriente y simpático. No creía poder volver a reconocerlo si se le enfrentara con él. Cuando insistí para que me lo describiera no hizo más que repetir que era igual que cientos de otros hombres de treinta a cuarenta años. Ahora bien, si se encontrara usted con Neville Fletcher, ¿cree usted que lo volvería a reconocer?

—Sí —contestó el sargento de mala gana—, desde luego. No es posible confundirlo con nadie. En primer lugar, es más moreno que otros y su tipo no es vulgar. Además tiene unas pestañas muy largas y una sonrisa que me crispa. Nadie en su cabal juicio diría que es igual a cientos de otros. Además tiene menos de treinta años y su aspecto es juvenil. ¿Qué pista vamos a seguir ahora?

Hannasyde tamborileó sobre la mesa, reflexionando. El sargento le observaba con interés. De pronto dijo en el tono decidido que le era habitual:

—Angela Angel. Todo vuelve a ella. Le parecerá cogido por los pelos, sargento, pero tengo la extraña convicción de que si supiéramos más sobre esta muchacha, descubriríamos lo que tan obstinadamente se nos escapa.

—Sí, algo así como una corazonada. Yo también creo en las corazonadas. ¿Qué haremos? ¿Pondremos anuncios?

Hannasyde reflexionó un momento.

—No. Será mejor que no.

—Francamente, no me gusta mucho ese método. Además, si sus familiares no aparecieron cuando ella murió, no es fácil que aparezcan ahora.

—No quiero precipitar otra tragedia —murmuró Hannasyde, preocupado.

El sargento dio un salto.

—¿Qué quiere insinuar? ¿Más cráneos aplastados? No creerá eso, ¿verdad?

—Lo ignoro. Hay alguien que tiene interés en que no descubramos nada. Todo lo que rodea esos dos asesinatos implica una mentalidad despiadada en acción.

—Yo le llamaría locura —objetó el sargento—. En fin, uno puede comprender que un individuo aplaste el cráneo de otro si está en aquel momento dominado por una ira feroz, y al mismo tiempo es de suponer que el hombre, una vez realizado el crimen, se hallara anonadado. No me emociono ante cualquier cosa, pero por nada del mundo hubiera realizado el trabajo, ni siquiera hubiera querido presenciarlo. Es un asesinato repugnante. Quien hizo el primero no quedó anonadado. Nada de esto. Repitió la fechoría, a sangre fría. ¿Cree usted que esto es estar en su cabal juicio? Francamente, no lo entiendo.

—Para no excitarle a que elimine a alguien más, debemos proceder con cuidado en nuestras investigaciones.

—Es cierto. Pero si tratamos con un loco, comisario, es peor de lo que creía. Es fácil cazar a un hombre sensato. Su mente trabaja lógicamente, como la nuestra; y, lo que es más importante, tiene siempre un motivo para cometer el asesinato, lo que también nos ayuda. Pero cuando uno tropieza con el cerebro de un loco, es lo mismo que quedarse a oscuras porque es imposible seguir sus razonamientos. Y me juego diez contra uno a que no tiene ningún motivo para asesinar..., es decir, nada de lo que una persona sensata consideraría como motivo para el crimen.

—Hay mucho de verdad en lo que usted dice, pero no creo que nuestro hombre esté tan loco para llegar a tanto. Tenemos una idea bastante precisa sobre su motivo de matar a Carpenter y también lo tuvo para matar a Fletcher.

El sargento revolvió entre los papeles esparcidos ante él sobre la mesa y cogió uno llenado con su propia escritura.

—No me avergüenza decirle, comisario, que me he entretenido tratando de descifrar el caso por mí mismo. Y la única conclusión que he sacado es que todo lo ocurrido es imposible desde el principio al final. Una vez puesta por escrito la información, uno no puede menos de observar que el difunto Ernest no fue asesinado. Que no pudo haberlo sido.

—¡Oh, no sea absurdo! —exclamó Hannasyde algo molesto.

—No soy absurdo, jefe. Si pudiéramos deshacernos de la declaración de Mrs. North, todo estaría bien. Pero dejando de lado que no tiene ningún motivo para decir mentiras, ahora que sabe que su adorado marido no está complicado en el crimen, tenemos también la declaración del cartero, según la cual una mujer vestida como ella salió de Greystones después de las diez de la noche del día 17. Por consiguiente, esto queda confirmado. A no ser por haber comparado su reloj con el del despacho del difunto Ernest, juraría que el viejo Ichabod se confundió acerca de la hora en que vio salir un hombre por la puerta del jardín. Pero Ichabod es un policía meticoloso y no

de la clase de los que declaran y afirman que eran las 10.02 no siendo verdad. Quisiera que le oyera cuando se trata de declaraciones falsas. Cuando intenté discutirle la exactitud de lo que declaraba, se me indignó. Pero si usted logra que su declaración coincida con la de Mrs. North, tendré que confesar que es usted más inteligente que yo. Cuando la única que conocíamos eran las 10.02 en que Ichabod vio al desconocido, y las 10.05, cuando descubrió el cadáver de Ernest, las cosas parecían más sencillas, pero en el momento en que comenzamos a descubrir las horas precisas todo el caso resultó tan embrollado que uno no sabe por dónde moverse. Ahora resulta que nos encontramos ante cuatro horas incompatibles, a menos que supongamos que el joven Neville asesinó a su tío y que Carpenter, al verlo, huyó despavorido. Tenemos las 9.58, poco más o menos, en que Mrs. North vio a Ernest acompañar al desconocido a la puerta; las 10.01, en que se marchó Mrs. North; las 10.02, en que el hombre visto por Ichabod salió por la puerta lateral del jardín, y las 10.05, en que se encontró a Ernest asesinado. Como usted ve, no concuerdan, y esto es todo cuanto hemos logrado. ¿No cree usted que Neville lo hizo y que Mrs. North lo encubre?

—Nada de eso. Mrs. North sólo haría una cosa así por su marido. Pero creo que el hombre que ella vio y el que vio Glass era el mismo. No es que sea un indicio definitivo, pero entre las ropas de Carpenter encontramos un sombrero de fieltro gris pálido.

—Muy bien, digamos que era el mismo. Ahora bien, ignoramos por qué motivos regresó Carpenter después de haber sido despedido, aunque posiblemente hay docenas de razones, dejando aparte las de venganza. Suponga que vio al joven Neville en el despacho con su tío y decidió no esperar. ¿No le parece razonable? Bien, se marcha. El hecho de que andaba rápidamente no prueba nada. Desde luego, no se proponía nada bueno y, naturalmente, no deseaba que un policía le hiciera preguntas. En aquel momento, Carpenter no sabía quién era Neville. Pero luego pudo saberlo. ¿Recuerda usted al joven Neville en uno de los periódicos ilustrados?

—Sí, como botones, y con el nombre de Samuel Crippen —contentó Hannasyde.

—Aparentemente, esto no tiene la menor importancia, pero suponga que Carpenter vio el periódico. Es lógico que siguiera el caso con interés y que reconociera a Neville inmediatamente. Y si en la noche del asesinato lo vio en traje de etiqueta, es posible que creyera que la afirmación de que Neville estaba empleado de botones era falsa. Mi idea es que comprendió que conocía algo para ganar dinero y volvió para ponerse en contacto con Neville. Esto no ofreció dificultades. Lo que ocurrió fue que Neville es demasiado inteligente para permitir que nadie comparta un secreto que de saberse equivalía a ponerle una cuerda alrededor del cuello y, por tanto, procedió a la rápida eliminación de Carpenter. ¿Qué le parece?

—Es perfectamente plausible hasta cierto punto. Pero se desmorona en cuanto

llegamos a la muerte de Carpenter, por razones que ya hemos estudiado.

—Entonces, Carpenter fue asesinado por otra persona —observó el sargento desanimado.

—¿Dónde están los datos que recogió sobre su asesinato? —preguntó Hannasyde—. Déjeme que los examine.

El sargento le alargó unos pliegos escritos a máquina, observando pesimista:

—No sacaré gran cosa de ellos.

Hannasyde los leyó por encima.

—Sí, eso creía. La patrona confirmó que Carpenter volvía a las 9.30. Dora Jenkins dijo que el hombre vestido de etiqueta pasó por el otro lado de la calle antes de que apareciera el policía viniendo en dirección opuesta.

—Sí, y si usted lee un poco más verá que el novio dijo que el policía pasó bastante tiempo antes que el hombre en traje de etiqueta. Si he de escoger entre los dos, prefiero creerle a él. Ella no hizo más que inventar una bonita historia.

—Sí, pero..., claro, así es. Brown dice que vio al policía alrededor de las 9.40 y afirmó además que creía recordar que el caballero vestido de etiqueta pasó uno o dos minutos más tarde. Esto coincide poco más o menos con lo dicho por la muchacha. ¿Preguntó usted al policía a qué hora entró en Barnsley Street?

—No —tuvo que confesar el sargento—. Como no vio a nadie en traje de etiqueta y no observó nada extraño en el número 43, no creía que tuviera importancia.

—¿Quién sabe! —murmuró Hannasyde mirando la pared opuesta.

—¿Tiene una idea, jefe? —preguntó el sargento, volviéndose a interesar por el caso.

—No —contestó Hannasyde mirándole—, pero creo que es necesario descubrir exactamente el momento en que el policía pasó por la calle.

—Lo lamento, jefe —se excusó el sargento acercándose al teléfono—. Es culpa mía. No sospeché que pudiera ser interesante. Puede que no lo sea, después de todo. Pero es mejor preguntar.

Mientras el sargento esperaba la comunicación con la comisaría de Glassmere Road, Hannasyde estudió pensativo las notas sobre ambos casos. El sargento, después de cambiar unas palabras con el policía de servicio que contestó al teléfono, dejó el receptor y dijo:

—Acaba de entrar de servicio, comisario. ¿Quiere hablar con él?

—Si, dígle que se ponga al teléfono —contestó Hannasyde.

El sargento transmitió el encargo y mientras se buscaba al policía Mather, contempló a su superior con expresión de duda. Una voz que sonó en su oído le volvió a la realidad:

—¿Diga? ¿Es Mather? Espere. El comisario Hannasyde quiere hablar con usted. Está escuchando, jefe.

Hannasyde tomó el teléfono.

—¡Hola, Mather! Quiero hacerle unas preguntas respecto a lo que ocurrió anoche. Quisiera que me aclarara usted algo que parece haber quedado confuso.

—Estoy a sus órdenes —contestó P. C. Mather, respetuoso.

—¿Recuerda a qué hora llegó usted a Barnsley Street durante su ronda?

Siguió una pausa. Luego el policía, con voz incierta, contestó:

—No se lo puedo decir con precisión.

—No importa. Lo más aproximado posible.

—Sí, señor. Cuando pasé ante la estafeta de correos de Glassmere Road el reloj marcaba las 9.10. Así que supongo que sería alrededor de las 9.15 cuando llegué a Barnsley Street.

—¿Qué? —exclamó Hannasyde—. ¿Dijo usted a las 9.15?

—Sí, señor. Pero no quisiera darle una hora equivocada. Pudo haber sido un minuto menos o más.

—¿Está seguro de que no fue después de las nueve y media?

—Sí, señor. Absolutamente seguro. No necesitaría todo este tiempo para ir desde la estafeta a Barnsley Street. Y hay otra cosa, señor Brown, el del puesto de café no lo había abierto cuando yo pasé.

—Pues Brown declaró al ser interrogado que poco después de su llegada, a las 9.30, le había visto pasar a usted.

—¿Que me vio a mí anoche? —repitió Mather, con asombro en la voz.

—Sí y estaba muy seguro.

—Señor —se quejó Mather con voz cargada de sospechas—, yo no sé qué juego se trae entre manos, pero si dice que me vio anoche, se equivoca. Si me permite que diga lo que pienso, señor...

—Sí, desde luego.

—Pues verá usted, señor, durante seis o siete días sí que me ha visto, porque he pasado por Barnsley Street a distintas horas todas las noches, pero siempre después de las nueve y media. Pero esta vez pasé por Barnsley Street y los Jardines de Letchley a primera hora. A mí me parece que Brown ha inventado eso, señor, basándose en lo que cree que probablemente ocurrió.

—Muy bien, gracias. Nada más por ahora.

Hannasyde volvió a colgar el teléfono y dio la vuelta para encontrarse con el sargento que le contemplaba con evidente interés.

—No me lo diga, comisario. Lo he comprendido todo. Mather pasó por la calle a las 9.15 y Brown no lo vio. ¡Vaya, vaya! Ahora parece que llegamos a alguna parte, ¿no cree? Podríamos llamarle a esto la apertura de una nueva pista. ¿Quién es Mr. Brown y qué tiene que ver con el caso? Ahora recuerdo que sus contestaciones no fueron muy rotundas y claras. Pero qué es lo que se propone, a menos de que fuera él

quién mató a Carpenter, no lo comprendo.

—¿Cuál es la dirección de Alfred Carpenter? —preguntó Hannasyde sin prestar atención al sargento—. Necesito el nombre de la compañía de teatro de la que formaba parte Carpenter.

—¿Ya volvemos otra vez a Angela? —interrogó a su vez el sargento, entregándole la declaración de Alfred Carpenter—. La muchacha no formaba parte de la compañía, si es eso lo que usted sospecha.

—No, no pienso en eso. Lo que yo quiero es la lista de las ciudades por las que pasó la compañía.

—¡Ah! —exclamó el sargento—. No irá usted a revolver la región en busca de una muchacha que ni siquiera sabe cómo se llama.

Hannasyde levantó la cabeza y un reflejo burlón brilló en sus profundos ojos.

—No, no estoy tan loco como eso... todavía.

—¿Qué quiere insinuar? —preguntó el sargento suspicaz—. ¿Se burla de mí?

—No, y si lo que se me ha ocurrido resulta tan descabellado como me temo, no voy a darle la oportunidad de que se burle usted de mí —contestó Hannasyde—. Sí, ya veo que Alfred Carpenter está en el listín telefónico. Llame a su casa y pregúntele si sabe el nombre de la compañía o del posible empresario. A esta hora seguro que lo encontrará en su casa.

El sargento movió la cabeza dudoso y de nuevo volvió a coger el teléfono. Unos minutos más tarde pudo informar a su superior que Mr. Carpenter, a pesar de afirmar que desconocía las compañías en las que su hermano había trabajado, creía recordar haberle oído hablar de un empresario.

—Pudo haber sido Johnson o Jackson, o incluso Jamieson —prosiguió el sargento con ironía—. En todo caso está seguro de que el nombre empieza con J. Muy interesante para rompecabezas.

—No está mal —contestó Hannasyde—. Me ocuparé de esto mañana.

—¿Y qué debo hacer yo? —preguntó el sargento—. ¿Volver a interrogar a Mr. Brown?

—Su misión será buscar la muchacha y comprobar si sigue aferrada a su primera historia al prestar declaración junto con su novio. ¡Ah!, y otra cosa, Hemingway. No diga nada de esto absolutamente a nadie. Una vez haya hablado con Brown y Dora Jenkins márchese a Marley. Yo iré a reunirme con usted o le mandaré un recado.

—¿Y qué haré allí? —preguntó el sargento sorprendido—. ¿Dar una conferencia moralista a Ichabod?

—Confirme su opinión acerca el sombrero de Neville Fletcher. También puede estudiar detenidamente el pisapapeles.

—¡Ah!, ¿de modo que ahora vamos todos detrás del joven Neville? —preguntó el sargento mirando al comisario—. ¿Trata usted de relacionarlo con Angela, jefe? ¿Qué

ha descubierto usted de pronto, si me permite que lo pregunte? Hace veinte minutos nos encontrábamos entre dos casos de asesinato sin solución posible. No me parece que se interese mucho por Brown por lo que le pregunto: ¿qué busca ahora?

—El factor común —contestó Hannasyde—. Se me ha ocurrido hace solamente veinte minutos y posiblemente voy equivocado.

—¿Factor común? —preguntó el sargento—. Eso es el arma y yo creí que era lo que perseguíamos desde que empezamos.

—Pues pensaba en el arma —murmuró Hannasyde dejándole con la boca abierta.

Capítulo 14

Ya bien entrada la mañana del día siguiente, el sargento Hemingway estuvo por fin en libertad de viajar en el metro hacia Marley. Sus dos entrevistas no habían tenido mucho éxito. Miss Jenkins, dudando entre un miedo instintivo a la policía y una deliciosa sensación de importancia, retorció el borde de su delantal hasta formar un nudo, rio, se arregló coquetonamente el pelo y afirmó que no sabía qué contestar. Esperaba que nadie sospecharía de ella en relación con el asesinato, pues cuando leyó la noticia en los periódicos, se quedó sin sangre de asustada y sorprendida. Pero, gracias al experto interrogatorio del sargento, abandonó gradualmente sus métodos evasivos o exclamatorios y repitió que estaba convencida de que el caballero en traje de etiqueta había pasado uno o dos minutos antes que el policía, que desde luego llevaba sombrero de copa y que estaba elegantísimo.

Por lo que el sargento había visto de su excéntrico amigo, le era imposible creer que el calificativo se pudiera aplicar con justicia a Neville Fletcher. Se despidió de Miss Jenkins y se dirigió en busca de Mr. Brown.

Eso le llevó a Balham, donde Brown vivía y donde dormía plácidamente después de su trabajo nocturno. Su esposa, alarmada, al igual que Miss Jenkins, al ver el carnet de policía, se ofreció a ir a despertarlo en seguida y poco después apareció Mr. Brown soñoliento y molesto. Contempló al sargento con verdadero disgusto y le preguntó si se podía saber por qué a un hombre no se le podía permitir dormir en paz. El sargento, que en aquel momento estaba de buen humor, evitó la respuesta mediante otra pregunta. Pero Mr. Brown contestó molesto, que si el policía pensaba que podían impunemente despertar a un trabajador únicamente para volverle a preguntar lo que ya les había dicho, estaban equivocados. Lo que había declarado estaba dispuesto a repetirlo de nuevo. Confrontado con la declaración de P. C. Mather, parpadeó, bostezó, se encogió de hombros y dijo:

—¡Muy bien!, como usted quiera. A mí todo esto me importa tres cominos.

—Así, ¿no vio usted al policía? —preguntó el sargento.

—¡No! —contestó Mr. Brown—. La calle está embrujada. Lo que yo vi fue un fantasma.

—Mucho cuidado con bromitas —le advirtió el sargento—. ¿Qué estaba usted haciendo a las nueve y cuarenta?

—Emparedados. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Eso es usted quien tiene que decirlo. ¿Conocía usted a un hombre llamado Charlie Carpenter?

Mr. Brown recordó el nombre, se indignó por tanta pregunta e invitó al sargento a salir antes de que lo echara. Ofendido, desafió a todo Scotland Yard a probar que él tuviera nada que ver con Carpenter o que hubiera abandonado el mostrador durante

un solo minuto en toda la noche.

Ya no se le pudo sacar más. El sargento se marchó en dirección a Marley. Encontró a Glass esperando órdenes en la comisaría y observó con cierta mordacidad que le sorprendía verle rondando de un sitio a otro como un alma en pena.

Glass replicó, erguido:

—Aquel que calumnia es un loco. Me he preparado para cumplir las órdenes de mis superiores. ¿En qué he faltado?

—Muy bien, muy bien, no se enfade —contestó el sargento conciliador—. No ha faltado en nada.

—Gracias. Veo que su espíritu está turbado e inquieto. No está usted más cerca del final de su trabajo en este caso.

—No, no lo estoy. Es un lío. Cuando haya comido me voy a interrogar a Neville Fletcher. Es el único candidato que nos queda para el papel principal. No diré que el caso fuera fácil cuando North era el favorito, pero lo que sí digo es que es mucho más difícil ahora que ya no se sospecha de él. Cuando pienso en las tonterías de la imbécil de la esposa y de las tuyas tengo que contenerme para no detenerles por asesinato.

—Han mentido y es verdad que los labios mentirosos son la abominación del Señor, pero también está escrito que el amor redime todos los pecados.

—¿Qué diablos le ocurre? —preguntó el sargento sorprendido—. Ande con cuidado. Si continúa así, pronto las consecuencias serán muy tristes con tanta moraleja.

—Yo también estoy trastornado y destrozado. Pero si va en busca de aquel joven avieso, Neville Fletcher, perderá su tiempo. Es un escarnecedor al que nada preocupa, ni personas ni bienes mundanos. ¿Por qué, pues, hubiera matado a un hombre?

—Hay algo de razón en sus palabras —asintió el sargento—. Pero de todos modos tengo que confirmar su última declaración. Usted puede irse a comer. No le necesitaré en Greystones.

Una hora más tarde se presentó ante la puerta de servicio de Greystones y después de un intercambio de gentilezas con Mrs. Simmons, una señora regordeta que le permitió entrar, se retiró con el mayordomo al cuarto de estar de la servidumbre.

—Dígame, Simmons. ¿Cuántos sombreros tiene el joven Fletcher?

—¿Cómo? —exclamó Simmons, sorprendido.

El sargento repitió la pregunta.

—Lamento decirle, sargento, que Mr. Neville sólo posee un sombrero.

—¿De veras? Y por su expresión, deduzco que no es muy respetable tampoco.

—Es más viejo de lo que uno cree que debe llevar un caballero —contestó Simmons, pero añadió rápidamente—, porque el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira al corazón de los hombres.

—Mire —gritó el sargento irritado—, déjese usted de frases. Ya tengo bastante

con las de su amigo Glass. Hablemos solamente de sombreros. Supongo que su difunto señor tenía bastantes.

—Mr. Fletcher iba siempre muy bien vestido.

—¿Qué se ha hecho de sus sombreros? ¿Guardados, regalados, o qué?

—Nada —contestó Simmons—. Están todavía en su armario.

—¿Cerrados con llave?

—De ningún modo. No es necesario cerrar las cosas con llave en esta casa, sargento.

—Muy bien. ¿Quiere acompañarme a la sala de billar?

El mayordomo pareció sorprendido, pero no opuso resistencia sino que se limitó a abrir la puerta de la despensa para que el sargento saliera al pasillo.

Una mesa escritorio colocada ante una de las ventanas de la sala de billar, tenía encima una carpeta de piel, un tintero de cristal tallado y un pisapapeles de bronce rematado por una figura desnuda de mujer. El sargento ya había visto antes el pisapapeles, pero lo cogió y lo inspeccionó con más interés que el de la primera vez que Neville Fletcher se lo entregó.

El mayordomo seguía observándole.

—Mr. Neville se saldrá con la suya, sargento.

—¡Ah, vaya!, ¿se ha enterado usted también de la broma?

—Sí, sargento. Es muy poco serio. Es un caballero algo despreocupado.

El sargento refunfuñó e intentó meterse el pisapapeles en el bolsillo. Fue interrumpido en aquella tarea, bastante difícil por una voz suave, burlona, que, procediendo de la ventana, recomendaba:

—No, no. No debe jugar con eso, sargento. Ahora sólo encontrarán sus huellas dactilares y eso puede traerle malas consecuencias.

El sargento dio un salto y se volvió, encontrando a Neville Fletcher apoyado desde el exterior en una de las ventanas abiertas y contemplándole con la sonrisa que tanto le crispaba los nervios.

—¡Oh! —exclamó el sargento—, ¿es usted, señor?

Neville pasó por encima del alféizar y entró en la sala de billar.

—¿Le molesta que le haya visto? ¿Es que sigue usted buscando indicios de culpabilidad?

—El sargento, señor —explicó Simmons con su hablar lento—, desea saber si los sombreros del difunto señor están guardados y cerrados con llave.

—¿Qué cosas más extrañas interesan a la policía! —observó Neville—. ¿Están encerrados, Simmons?

—No, señor..., ya se lo dije al sargento.

—No lo comprendo bien, pero aseguraría que acaba usted de ponerme un dogal al cuello —suspiró Neville—. Márchese, Simmons. Yo me ocuparé del sargento. Es un

hombre muy simpático.

Al sargento no le gustó la broma. No le hacía ninguna gracia quedarse solo con Neville, pero lo disimuló diciendo:

—Es inútil que intente halagarme, señor.

—No me atrevería. Malachi me ha dicho muchas veces lo que ocurre a los aduladores. Me hubiera gustado que hubiese estado aquí ayer. Encontré una frase magnífica sobre Malachi.

—¿Qué decía? —preguntó el sargento, interesado en conocerla.

—Suponía que el comisario ya se la había dicho.

El sargento también creía lo mismo pero observó, reservado, que el comisario tenía algo más importante en que pensar.

—Algo más importante. No se preocupaba de otra cosa que de mi culpabilidad improbable, pero posible. Creo que a usted le ocurre lo mismo, cosa que me trastorna porque me parecía que éramos hermanos de sangre. Me refiero a lo de Malachi —sus ojos maliciosos escudriñaron al sargento—. ¿Por qué le preocupan los sombreros? Avíseme cuando me queme. Mi desgraciado viaje a Londres. El fieltro negro. La colección de Ernie. ¡Oh!, ¿es que usé un sombrero de Ernie?

El sargento creyó mejor contestar con una pregunta.

—¿Y no lo hizo, señor?

Neville lanzó una alegre carcajada y cogió al sargento por el brazo.

—Venga conmigo. ¿Es triste la vida de los policías? Pues yo, por lo menos, alegraré la suya.

—Oiga, señor, ¿qué se propone? —preguntó el sargento, arrastrado hacia la puerta contra su voluntad.

—Estoy probando mi inocencia. Ya comprendo que a usted no le gusta que lo haga, pero tendría que disimularlo.

—Es una gran equivocación meterse ideas tontas en la cabeza, como son el que la policía quiera arrestar a un hombre inocente —afirmó el sargento con severidad. Al darse cuenta de que iban hacia arriba, protestó—. Ignoro el juego que se propone hacer usted ahora, pero tengo que advertirle que tengo mucho trabajo que hacer.

Neville abrió una puerta que daba acceso a una salita con pesados muebles de caoba.

—El vestidor de mi tío. Hasta ahora no ha aparecido su fantasma, así que no tenga miedo.

—En mi opinión —observó el sargento— las cosas que usted dice no son muy oportunas ni convenientes.

Neville abrió un gran armario, descubriendo unos estantes llenos de sombreros ordenadamente colocados.

—Muchas veces no son convenientes mis palabras —observó Neville, de acuerdo

con el sargento—, pero éstos son los sombreros de mi tío. En teoría, ¿cree usted que la propiedad privada es una equivocación? ¿Qué clase de sombrero llevaba yo?

—Según usted, señor, un sombrero de fieltro negro.

—¡Oh no!, seamos realistas. El realismo ha sido la maldición del arte. Esto es lo que trastornó al comisario. Él es un hombre rígido y comprendió que mi sombrero era un anacronismo. Naturalmente, lo que yo llevaba era uno de esos que se pliegan y despliegan mediante un resorte. Este tipo de sombrero hace la delicia de los niños y de los de mentalidad infantil, pero me recuerda demasiado los anuncios de cigarrillos y otras vulgaridades. Ahora dígame, sargento, ¿cree que yo cogí el sombrero de mi tío?

El sargento, contemplando el aspecto que ofrecía Mr. Neville Fletcher con un sombrero de copa tres números demasiado pequeño para él, luchó consigo mismo durante un instante y terminó contestando con dificultad:

—No, señor. No tengo más remedio que decir que no. Hubiera necesitado..., hubiera necesitado mucho valor para salir con esto.

—Claro, eso es lo que yo creo —confesó Neville—. Me gusta la comedia, pero no la farsa. A juzgar por su expresión, comprendo que el sombrero me salva. Espero que jamás me vuelva a ocurrir eso de ser sospechoso de asesinato. La tensión nerviosa no es de mi gusto.

—Así lo espero yo también, señor —contestó el sargento—. Pero, en su lugar, no me apresuraría a adelantarme a las conclusiones.

—Es natural que me diga usted eso —murmuró Neville, volviendo a poner el sombrero de su tío en el armario—. ¿Cómo imaginar quién fue el asesino si no fui yo?

—Ya que lo plantea usted así, ¿quién puede ser? —preguntó el sargento.

—Yo qué sé. Y como no me importa, me preocupa bastante menos que a usted.

—Mr. Fletcher era su tío, señor.

—En efecto, y si se me hubiera pedido consejo, hubiera votado en contra de su muerte. Pero no me consultaron y lo que más me molesta es llorar sobre lo que ya no tiene remedio. Además, uno se cansa en seguida de las cosas buenas. Yo me he cansado de este misterio después del segundo día. El interés, aunque doloroso, renació cuando pasé a desempeñar el papel de primer sospechoso. Debo celebrar mi escape de la horca. ¿Cómo se pide a una muchacha si quiere casarse con uno?

—¿Cómo se hace qué...? —repitió el sargento estupefacto.

—¿No lo sabe? Yo creía que sí.

—¿Está usted... pensando en casarse? —preguntó el sargento perplejo.

—Sí, pero no me diga que cometo un error porque eso ya lo sé. Además estoy convencido de que destrozaré mi vida entera.

—Entonces, ¿por qué va usted a hacerlo? —preguntó el sargento, no sin razón.

—Mis circunstancias han cambiado —contestó Neville haciendo uno de sus gestos vagos—. Me perseguirán por mi dinero. Además, no se me ocurre otro modo de gastarlo.

—En efecto, no tendrá usted ninguna dificultad en eso si se casa, se lo aseguro.

—¿De verdad lo cree? Entonces iré a declararme en seguida, antes de que tenga tiempo de pensarlo mejor. Adiós.

El sargento le llamó:

—Señor, señor, no se marche con la idea de que yo he dicho que ya no era usted sospechoso, porque yo no he afirmado tal cosa.

Neville agitó la mano, despidiéndose y desapareció escaleras abajo. Diez minutos más tarde entró en el salón de los North a través de la ventana. Helen se hallaba sentada ante la mesa escribiendo una carta y su hermana corregía cuatro páginas escritas a máquina.

—¡Hola! —saludó ésta levantando la cabeza—. ¿Todavía estás en peligro?

—¡Oh!, estoy, por decirlo así, libre de toda sospecha. Oye, ¿quieres venir a Bulgaria conmigo?

Sally tanteó en busca del monóculo, se lo colocó debidamente y lo miró fijamente. Luego, dejando los papeles que sostenía, contestó con naturalidad:

—Sí. ¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor, ¿no te parece?

Helen dio la vuelta en su silla.

—Sally, ¿qué queréis decir? No puedes marcharte con Neville de este modo.

—¿Por qué no? —preguntó Neville interesado.

—No seáis absurdos. Sabéis perfectamente bien que tal cosa no sería correcto.

—No, probablemente no lo sería. Pero hay el encanto de viajar por los Balcanes. Además, Sally no se asusta de nada.

—Pero...

—Despierta, querida —aconsejó Sally—. Parece mentira, que no hayas comprendido que me acaban de hacer una proposición de matrimonio.

—¿Una...? —preguntó Helen asombrada—. ¿Dices que se trata de una proposición?

—¡Ah, cuánto me disgustan las mujeres intransigentes, por sus escrúpulos! —dijo Neville.

—Sally, ¿pero te casarás con..., con un inútil como Neville?

—Claro que sí. Fíjate en el dinero que tiene. Sería una imbécil si le dijera que no.

—¡Sally!

—Además no es un hombre mandón, cualidad que tienen pocos maridos.

—Pero tú no le quieres.

—¿Quién dice que no le quiero? —contestó Sally, sonrojándose levemente.

Helen, abatida, contempló a ambos durante un rato.

—En fin, sólo puedo deciros que creo que estáis locos.

—Cuánto me alegro —exclamó Neville—. Ya empezaba a sentirme muy preocupado. Si no tienes nada más que decirnos, creo que sería estupendo que te marcharas.

Helen se dirigió hacia la puerta, observando al abrirla:

—Podías haber esperado que yo me fuera antes de declararte... Si es que esta extraordinaria invitación es en realidad una declaración.

—Es que tú no mostrabas deseos de marcharte y me hubiera parecido muy poco correcto haber dicho: «Helen, ¿quieres marcharte de una vez?, pues quiero declararme a Sally».

—Ambos estáis locos —declaró Helen saliendo.

Sally se levantó.

—Neville, ¿estás seguro de que no lamentarás esto? —preguntó con cierta ansiedad.

—No, claro que no. ¿Y tú? —preguntó rodeándola con sus brazos.

—Claro que no. Estoy absolutamente segura —contestó sonriendo.

—Querida mía, esto es algo que me alegra. Estoy seguro de que algún día lamentaría no haber tomado esta decisión. Creo que ha sido tu nariz lo que me ha decidido. ¿Cómo tienes los ojos, azules o grises?

Sally levantó la cabeza. Neville se apresuró a besarla. Sintió que sus brazos la rodeaban con fuerza y escapó a este abrazo brutal e inesperado, sorprendida y fatigada.

—Pícara —exclamó Neville—, tienes ojos grises, con manchas amarillas. Lo sabía desde el primer día.

Sally apoyó su cabeza en el hombro de él.

—Neville, no estaba..., no estaba segura de que lo dijeras en serio hasta ahora. Oye, ¿vamos a viajar a pie o de un modo igualmente incómodo?

—No, aunque creo que seguiremos algunos canales y, por consiguiente, nos veremos obligados a pasar bastantes noches en las chozas de los aldeanos. ¿Puedes comer cabra?

—Si —contestó Sally—, ¿a qué sabe?

—Malísima. ¿Estás ocupada esta semana o dispones de tiempo para casarte?

—Creo que tengo tiempo, pero me parece que necesitaremos una licencia especial y tú no puedes tocar el dinero de Ernie hasta que no cesen las sospechas sobre ti.

—¿No puedo? Entonces lo pediré prestado.

—Será mejor que lo dejes por mi cuenta —ofreció Sally con su sentido común habitual—. A lo mejor traerías una licencia de perro o algo por el estilo en lugar de la de matrimonio. A propósito, ¿estás seguro de que no te detendrán por los dos

asesinatos?

—Muy seguro de que no seré detenido, porque el sombrero de Ernie no es para mi cabeza.

—¿Y eso es suficiente para demostrar tu inocencia?

—Ya lo creo, incluso el sargento lo creyó así —contestó.

El sargento lo creyó así, pero no queriendo perder a su último sospechoso, se guardó para sí la convicción. Al bajar del vestidor de Ernest Fletcher se encontró con Miss Fletcher, que lo miró sorprendida, aceptando fácilmente su explicación de que Neville lo había invitado. La buena señora terminó diciendo vagamente:

—Pobre chico. Tan distraído. Pero los hombres lo son con frecuencia, ¿verdad? Deseo que no crea usted que él tuviera algo que ver con esta horrible tragedia, porque estoy segura de que jamás cometería una mala acción. Esas cosas una las puede adivinar.

El sargento murmuró algo ininteligible.

—Exactamente —contestó Miss Fletcher—. ¿Y dónde estará Neville ahora? No debió dejarle solo arriba. No es que, usted me comprende..., porque, claro, eso sería absurdo.

—Verá usted, señora —confesó el sargento—. No sé si debo decírselo, pero creo que Mr. Fletcher ha ido a prometerse para casarse.

—¡Oh, cuánto me alegro! —sonrió la dama beatíficamente—. Pienso que ya es hora de que se case, ¿no le parece?

—Debo decir que me parece que necesita alguien que le vigile —exclamó el sargento.

—¡Ah, cuan sensato es usted! —exclamó Miss Fletcher—. ¡Qué descuidada soy! ¿Quiere un poco de té? ¡Tiene tanto polvo el camino desde la comisaría!

Hemingway declinó el ofrecimiento y logró, poco a poco, escapar. Regresó a la comisaría hondamente abatido, agravado a su llegada por la presencia del policía Glass que seguía esperando órdenes. Entró en un pequeño despacho y de nuevo extendió ante él sus apuntes y se concentró sobre ellos.

Glass le siguió, cerró la puerta tras él y contemplándole con melancolía, exclamó:

—«No te lamentes a causa de los pecadores. Pronto serán cortados como la hierba y se secarán».

—Puede estar seguro de que si yo no me preocupo por ellos no se secarán —exclamó el sargento, indignado.

—Tantearás a mediodía como el ciego tantea en la noche.

—¡A ver si se calla! —exclamó el sargento, exasperado por la certeza de aquella observación.

—Estoy poseído por la furia del Señor —anunció Glass con ojos indignados—. Y estoy cansado de contenerme.

—Pues hasta ahora no me he fijado en que se contuviera mucho. Váyase usted con sus versículos a otra parte.

—No me iré. He comunicado con mi propia alma. Hay un camino que parece junto al hombre, a cuyo extremo se encuentra la muerte.

El sargento hojeó unas páginas dactilografiadas.

—Bueno, no es necesario que lo tome así. Si se toma el pecado tan a pecho, no servirá para policía. Y si piensa quedarse aquí, por el amor de Dios, siéntese y no se quede ahí de pie contemplándose.

Glass se sentó, pero mantuvo los ojos severos fijos en el rostro del sargento.

—¿Qué dijo Neville Fletcher? —preguntó.

—Casi tantas tonterías como usted.

—Él no es el hombre que buscamos.

—Pues si no lo es le costará probarlo, se lo aseguro —replicó el sargento—. Con sombrero o sin sombrero, estuvo en Londres la noche en que asesinaron a Carpenter y fue el único de todo el grupo que tenía motivo y oportunidad para matar a Ernest. Confieso que no es de la clase que va por ahí asesinando gente, pero debemos recordar que no es tonto y que probablemente se está burlando de todos nosotros. Ignoro si mató a Carpenter, pero cuanto más me fijo en la evidencia, más me convenzo que él es el único hombre que pudo haber asesinado a su tío.

—No obstante, no le han detenido.

—Es cierto, pero tengo la convicción de que lo harán en cuanto el comisario lo crea oportuno.

—El comisario es un hombre justo según sus principios. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Llegará pronto, supongo.

—Debe cesar la persecución de aquellos que son inocentes. Mi alma sufre el envite de una tormenta, pero así está escrito, así, en letras de fuego. Aquel que derrame la sangre de un hombre, pagará con la suya.

—Eso es —asintió el sargento—. En cuanto a perseguir a los inocentes...

—Reniega de los locos y vive —interrumpió Glass, con una sonrisa amarga en los labios—. Desgraciados aquellos que se crean sabios. Burlas y escarnios se han preparado para los que se mofen de los imbéciles.

—Muy bien —contestó el sargento molesto—. Si es usted tan inteligente, quizá podría decirme quién es el asesino.

Los ojos de Glass se clavaron en los suyos, retadores.

—Yo sólo sé quién es el asesino.

El sargento parpadeó. Ni él ni Glass se habían fijado que se abría la puerta. La voz tranquila de Hannasyde los sobresaltó.

—¡Usted ha sido! Usted, Glass.

Capítulo 15

El sargento, que había estado contemplando a Glass con incredulidad, miró hacia la puerta y se levantó.

—¿Qué..., qué ocurre, jefe? —preguntó.

Glass volvió la cabeza y miró, sombrío, a Hannasyde.

—¿Sabe usted, pues, la verdad? —preguntó—. Si es así, me siento jubiloso, porque mi alma está fatigada de mi vida. Soy como Job; mis días transcurren rápidos, huyen y no hallan nada bueno.

—¡Santo Dios, está loco! —exclamó el sargento.

Glass sonrió despreciativo.

—La imbecilidad de los imbéciles es locura. Yo no estoy loco. A mí me pertenecen la venganza y la recompensa. En verdad les digo que los malos serán precipitados al infierno.

—Sí, sí, muy bien —exclamó el sargento sin perderlo de vista—. Por favor, no nos lo amenice con una canción y una pantomima.

—Basta, Hemingway —intervino Hannasyde—. Glass, estaba usted en un error. Usted sabe perfectamente que estaba en un error.

—Aunque la mano se una a la mano, los malos serán castigados.

—No, no era usted quien debía castigar.

Glass lanzó un suspiro que más pareció un sollozo.

—No lo sé. No obstante, los pensamientos de los justos son rectos. Yo estaba poseído por la furia del Señor.

El sargento se agarró al borde de la mesa para sostenerse.

—¡Caramba! Pero ¿de verdad fue Ichabod quien asesinó?

—Sí. Glass mató a Fletcher y a Carpenter —contestó Hannasyde.

Glass le observó con interés indiferente y preguntó:

—¿Lo sabe todo?

—Todo no. ¿Angela Angel era su hermana?

Glass se irguió y contestó indignado:

—Antaño tuve una hermana llamada Raquel, pero murió, sí. Y murió para Dios antes de que su espíritu pecador abandonara su cuerpo. No quiero hablar de ella. Pero para aquel que la condujo al pecado y para aquel que fue la causa de su muerte, yo seré una espada llameante que devorará su carne.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el sargento.

—¿Quién eres tú para invocar a Dios y burlarte de su sabiduría? —exclamó Glass con ojos llameantes—. Tome este lápiz y escriba lo que le diré, para que todo esté en regla. ¿Creen que les temo? Ni a usted ni a todas las fuerzas de las leyes humanas. Yo he escogido el camino de la verdad.

El sargento se desplomó en su silla y cogió el lápiz.

—Muy bien, diga.

—¿No es suficiente que diga que estos dos hombres murieron por mi mano? —preguntó Glass a Hannasyde.

—¡No! Ya sabe usted que no es suficiente. Debe decirnos toda la verdad —Hannasyde observó al policía y prosiguió—. No creo necesario hacer público el nombre de su hermana, Glass. Pero debo conocer todos los detalles. Conoció a Carpenter cuando viajaba con la compañía teatral por los Midlands, y representó durante una semana en Leicester. ¿No fue así?

—Sí. La sedujo con bonitas palabras y muchos embustes. Pero ella era una mala mujer de corazón. Se fue voluntariamente con aquel hombre, abrazando una vida de pecado. Desde aquel día nosotros, su familia, la consideramos muerta. Incluso su nombre fue olvidado, porque está escrito que los pecadores permanecerán en silencio en las tinieblas. Cuando se mató, sentí regocijo, porque la carne es flaca y su recuerdo, sí, y su imagen también, eran como una espina clavada en nuestro corazón.

—Sí —murmuró Hannasyde comprensivo—, ¿sabía usted que Fletcher era el hombre que ella amaba?

—¡No! No sabía nada. El Señor me mandó a su morada. Y aun entonces lo ignoraba —sus manos se crisparon sobre sus rodillas hasta que los nudillos aparecieron blancos—. Cuando le encontraba me sonreía con sus labios falsos y me deseaba las buenas noches. Y yo le contestaba correctamente.

El sargento se estremeció involuntariamente. Hannasyde preguntó:

—¿Cuándo descubrió usted la verdad?

—¿No lo adivina? La noche en que lo maté. Cuando le dije a usted que a las 10.02 vi a un hombre salir por la puerta lateral de Greystones, mentí —sus labios se plegaron despectivos—. El simple cree todas las palabras, pero el hombre prudente vigila sus pasos.

—Usted representaba la ley —observó Hannasyde severamente—. Su palabra estaba libre de toda sospecha.

—Así es, y por lo mismoiqué. No obstante, lo que hice me sentí forzado a realizarlo porque ningún otro podía vengarse de Ernest Fletcher. Mi hermana se suicidó, pero él estaba manchado con su sangre. ¿La hubiera vengado la ley? Él se consideraba a salvo de la ley, pero a mí no me conocía.

—Esto no lo discutiremos —dijo Hannasyde—. ¿Qué ocurrió en la noche del 17?

—No vi a Carpenter a las 10.02, sino unos minutos antes. En la esquina de Maple Grove nos encontramos cara a cara.

—¿Carpenter era el hombre que vio Mrs. North?

—Sí. No mentía cuando le habló de su visita a Fletcher, porque él me lo contó todo a mí mientras mi mano le oprimía la garganta.

—¿Qué motivo tenía para matar a Fletcher? ¿Chantaje?

—Eso mismo. Él también había ignorado lo ocurrido, pero una vez, antes de entrar en la cárcel, vio a Fletcher en aquel antro dorado de iniquidad donde mi hermana se mostraba incitante a las miradas de la gente en sus danzas lascivas. Y cuando salió de la cárcel y mi hermana estaba ya muerta, nadie le dijo quién había sido el amante, excepto una muchacha que describió al hombre que una sola vez había visto. Lo recordó, pero no pudo descubrir el nombre hasta que vio su fotografía en un periódico. Entonces, descubriendo que Ernest Fletcher era rico en bienes de este mundo, su cerebro maligno decidió obtener dinero de aquel hombre con amenazas de escándalo. Con este objeto vino a Marley, no una, sino varias veces, tratando primero de entrar por la puerta principal, donde fue rechazado por Joseph Simmons, quien, al ver que el hombre no quería decir el motivo de su visita a Fletcher, le cerró las puertas en las narices. Por esta razón decidió entrar por la puerta lateral del jardín en la noche del día 17. Pero Fletcher se rio de él y le tachó de loco. Lo acompañó hasta la verja y lo echó. Carpenter se fue, no en dirección de Arden Road, sino hacia Vale Avenue. Allí fue donde yo lo encontré.

Se detuvo. Hannasyde aprovechó la pausa para preguntar:

—¿Le reconoció usted?

—Sí. Pero él no supo quién era yo hasta que mis manos estuvieron en su garganta y le escupí el nombre al oído. Tal era la furia que me consumía que le hubiera matado allí mismo, pero él me suplicó, jadeante, que le dejara porque no era por él por el que mi hermana se había matado. Yo no le hice caso, pero en su terror gritó, medio sofocado, que podía divulgar el nombre del culpable. Entonces me detuve. Sin soltarle le obligué a decirme lo que sabía. Tenía un miedo terrible, el miedo de la muerte. Me lo confesó todo, incluso sus malas intenciones. Cuando me enteré del nombre del hombre que había sido causa de la muerte de mi hermana y recordé sus falsas sonrisas y sus cordiales palabras hacia mí, mi alma se estremeció de odio. Dejé que Carpenter se fuera. Mi mano soltó su garganta porque quedé perplejo. Huyó rápidamente, ignoro en qué dirección. Él no me importaba lo más mínimo porque entonces me di cuenta de lo que debía hacer. No se veía a nadie. Mi espíritu, que había estado hasta entonces intranquilo, se calmó. Sí, se calmó al descubrir el camino de la justicia. Pasé aquella verja y subía por el sendero hacia la vidriera abierta que conducía al despacho de Fletcher. Se hallaba ante su mesa escritorio escribiendo. Cuando mi sombra se extendió sobre el pavimento, levantó la cabeza. No tenía miedo. Solamente vio en mí un representante de la ley que se adelantaba ante él. Pareció sorprendido, pero al hablarme, sus labios sonreían. Aquella sonrisa yo la vi a través de una niebla roja y le golpeé con tanta fuerza, con mi porra, que murió en el acto.

El sargento levantó la vista de su libreta.

—¡Su porra! —exclamó—. ¡Oh, Dios mío!

—¿A qué hora? —preguntó Hannasyde.

—Cuando miré al reloj, las manecillas marcaban las 10.07. Pensé lo que iba a hacer y me pareció ver el camino despejado ante mí. Cogí el teléfono que estaba sobre la mesa e informé a mi sargento. Pero aquello que está torcido no puede enderezarse. Yo era un falso testigo que mentía y a través de mi testimonio vino la oscuridad y la perplejidad, y los inocentes sufrieron tribulaciones. Sí, pese a que viven en sus pecados, a que son pecadores ante el Señor todos sin excepción, no era justo que sufrieran por mi culpa. Yo estaba trastornado, abatido y entristecido y mi corazón temía. No obstante, me parecía que todo podía mantenerse oculto, porque ustedes, los que trataban de desentrañar el misterio, estaban sorprendidos y no sabían por dónde empezar. Pero cuando se descubrieron las huellas dactilares de Carpenter vi que mis pies me habían llevado ante un abismo profundo del que no se podía escapar. Cuando se dijo al sargento donde moraba Carpenter, yo me hallaba junto a él. Lo oí todo, incluso que vivía en una habitación del sótano y que era camarero de una casa de comidas. El sargento me dio permiso para marchar y me fui, luchando con mi propia alma. Presté atención a una voz que me tentaba, pero un hombre no debe dejarse arrastrar por la maldad. Carpenter era malo, y aunque merecía la muerte no le maté por aquel motivo.

—Entonces, usted era el policía que vio el propietario del puesto del café —observó el sargento.

—En efecto, fui yo. No dudo de que el hombre me vio. Pasé delante de él como si hiciera mi ronda. Llegué a la casa donde moraba Carpenter, vi la luz brillante a través de los postigos. Bajé los peldaños del sótano. La puerta de entrada no estaba cerrada. Entré despacio. Cuando llegué a su habitación, Carpenter se hallaba de espaldas a mí. Dio media vuelta, pero no tuvo tiempo de lanzar el alarido que vi que iba a salirle de los labios. Y otra vez oprimí su garganta entre mis manos y no pudo luchar contra mí. Le abatí como abatí a Fletcher y me fui por donde había ido. Pero a Fletcher lo maté con justicia. Cuando maté a Carpenter comprendí que había cometido el pecado de asesinato y mi corazón me acusó sin cesar. Ahora pensaban ustedes detener a Neville Fletcher en lugar de mi, pero él es inocente y ya es hora de que reine la verdad —volviéndose hacia el sargento preguntó con acritud—. ¿Ha escrito usted exactamente lo que he dicho? Que lo copien y lo firmaré.

—Sí, así se hará —dijo Hannasyde—. Entre tanto, Glass, considérese arrestado.

Y al decirlo abrió la puerta, añadiendo:

—Pase, inspector.

—¿Creen ustedes que les temo? —chilló Glass levantándose—. Ambos son débiles. Podría abatirles como abatí a los otros. No lo haré, porque no tengo nada en contra de ustedes, pero guárdense de ponerme esposas en las manos. Quiero ser libre.

Un par de hombres, que habían entrado al oír la llamada de Hannasyde, lo agarraron firmemente por los brazos.

—Venga sin oponer resistencia, Glass —dijo el sargento Cross—. Tómesele con calma.

El sargento Hemingway miró cómo Glass salía entre los dos policías y le oyó comenzar a declamar versículos con fanática cantilena. Sacando su pañuelo se secó el sudor de la frente, incapaz por una vez de decir una sola palabra.

—¡Loco! —comentó Hannasyde—. Ya sabía yo que esto iba a ocurrir.

El sargento recobró el habla.

—¿Loco? Un lunático homicida y cruel. ¡Y pensar que lo he llevado conmigo sin sospechar y tan tranquilo! ¡Dios mío, se me ponía piel de gallina al oírle contar su historia!

—Pobre diablo.

—Eso es una forma de enfocararlo —replicó el sargento—. ¿Qué me dicen de Ernest y de Charlie Carpenter? Los pobres sufrieron un trato espantoso. ¿Y todo por qué? Por culpa únicamente de un pedacito de mujer que no valía gran cosa, que huyó con uno de ellos y fue lo suficientemente imbécil para suicidarse por causa del otro. No comprendo por qué tiene que compadecer a Ichabod. Lo único que le ocurrirá es que lo mandarán al manicomio de Broadmoor, que será un gasto para todo el mundo y se dará la gran vida predicando la muerte y la destrucción a los otros locos.

—¿Y pretende usted ser un psicólogo?

—Pretendo ser un hombre vulgar con el sentido de la justicia, comisario —replicó el sargento—. Cuando pienso en los trastornos que nos ha ocasionado, y en este loco que nos reprendía a cada momento por ser poco santos... En fin, no quiero pensar en ello porque de hacerlo se me reventaría alguna vena. ¿Cómo lo descubrió usted?

—Comencé a sospechar cuando Mather dijo que Brown no había abierto todavía cuando él pasó por Barnsley Street. Eso, unido a las declaraciones confusas de la pareja que se hablaba al extremo de la calle, me hizo entrar en sospechas. La presencia de un policía poco antes de ambos asesinatos era el factor común del que le hablé. Pero debo confesar que la hipótesis me parecía extraordinariamente improbable. Por esta razón no le dije a usted nada hasta que hubiera podido averiguar algo más. En cuanto comencé a reflexionar sobre ello, se me ocurrieron infinitas de pequeñas cosas que había pasado por alto. Por ejemplo, la carta de Angela Angel que encontramos en la habitación de Carpenter. ¿Recuerda usted que en ella había ciertas frases morales? ¿Recuerda usted que cuando descubrimos la fotografía de Angela en el escritorio de Fletcher, Glass no quiso mirarla, sino que dijo algo con voz agitada sobre que su fin había sido amargo como el ajeno? Cuanto más pensaba en ello más seguro estaba de que había sido encontrada la solución. Logré la lista de las poblaciones que Carpenter visitó durante la gira de que me habló su hermano. Todo

cuanto hice fue preguntar a la policía de cada una de ellas si una familia llamada Glass vivía o había vivido allí. En cuanto descubrí que unos Glass vivían en Leicester y me enteré por el comisario local de que una muchacha de la familia había huido con un actor años atrás, comprendí que había hallado la pista. Todo bien considerado, creí más prudente venir directamente aquí y confrontar a Glass con lo que yo sabía..., antes de que se le ocurriera asesinarle a usted —añadió sonriendo.

—Vaya, esto fue una consideración por su parte, jefe —reconoció el sargento con exagerada gratitud—. ¿Y qué me dice de ser objeto de las antipatías de Brown y de malgastar mi tiempo viendo cómo el joven Neville se probaba los sombreros de su tío?

—Lo lamento, pero no me atreví a dejar que Glass sospechara que le seguía las huellas. Ahora debo notificar a Neville Fletcher que el misterio está esclarecido.

—No se preocupe —replicó el sargento—. Ya no le interesa saberlo.

Hannasyde sonrió, pero insistió:

—De todos modos, debo decirle lo que ha ocurrido.

—No me importa apostar a que lo considerará todo ello como una historia divertida. No tiene ni la menor formalidad, por no decir sentimientos. No obstante, no puedo negar que se las hubo con Ichabod mucho mejor que nosotros. Dígale que espero que me mande un poco de pastel de boda.

—¿Qué pastel de boda? —preguntó Hannasyde—. ¿No será el suyo?

—Sí —contestó el sargento—. A menos que la muchacha del monóculo tenga más sentido común de lo que yo creo.

Fue interrumpido por la entrada del policía de servicio. Anunciaba que Mr. Neville Fletcher quería hablar con él.

—Hablando del rey de Roma... —exclamó el sargento.

—Hágalo pasar —ordenó Hannasyde.

—Está en el teléfono, señor.

—Muy bien, pásame la comunicación.

El policía se retiró. Hannasyde levantó el auricular y esperó. Un instante después la voz de Neville sonó en su oído:

—¿El comisario Hannasyde? ¡Qué estupendo! ¿Dónde puedo comprar una licencia especial? ¿Tiene usted alguna?

—No —contentó Hannasyde—. No es de nuestra incumbencia. Precisamente iba a verle ahora, Mr. Fletcher.

—¿Cómo, otra vez? No quiero que se me moleste con asesinatos. Me voy a casar.

—No le molestarán más. Esto ha terminado, Mr. Fletcher.

—Vaya, menos mal. Le aseguro que ya estaba cansado. ¿Dónde dice que puedo comprar una licencia especial?

—No he dicho tal cosa. ¿Quiere saber quién mató a su tío?

—No, quiero saber quién vende licencias especiales.
—En el Palacio Arzobispal de Canterbury.
—¿De veras? ¡Qué divertido! Muchas gracias. Adiós.
Hannasyde colgó el teléfono, riendo.
—¿Qué? —preguntó el sargento.
—No le interesa ni saber el nombre del asesino —contestó Hannasyde.



GEORGETTE HEYER nació en Wimbledon, Londres, en 1902. A los quince años, para entretener a su hermano convaleciente, Georgette Heyer comenzó a relatarle historias inspiradas en la baronesa Orczy, autora de *La Pimpinela Escarlata*. Animada por su padre, Georgette volcó al papel sus relatos, hasta que en 1921, con sólo diecinueve años, publicó su primera novela, *The black moth (La polilla negra)*, dando comienzo a una carrera literaria colmada de éxitos. A partir de entonces y hasta 1973, un año antes de su muerte, Georgette Heyer escribió sin descanso un bestseller tras otro, convirtiéndose en sustento principal de su familia tras la muerte de su padre. En una Inglaterra marcada aún por la estricta moral victoriana, Heyer situó casi toda su obra en el periodo de la Regencia, época precedente a la reina Victoria que se caracterizó por un cierto relajamiento de las costumbres en la clase aristocrática. Celosa de su intimidad, Georgette Heyer jamás concedió entrevistas y contestó únicamente las cartas de los lectores que planteaban alguna cuestión histórica interesante sobre su obra. Su éxito constante a lo largo de medio siglo y su vigencia actual —sus libros siguen disponibles en las librerías de medio mundo— la confirman como un fenómeno literario único en la literatura inglesa del siglo xx, admirada por escritoras de la talla de A.S. Byatt y Margaret Drabble. Sus numerosos lectores, siempre en aumento, disponen en www.georgetteheyer.com de abundante documentación sobre su obra y una exhaustiva bibliografía, junto con opiniones de expertos sobre el contexto histórico de las novelas, foros de debate y muchos otros artículos de interés.